GIOVANNI ROSSI

Hombres que encontraron a CRISTO

STVDIVM

Este libro no lo he escrito yo. Ni lo he encontrado entre viejos pergaminos de ninguna biblioteca. Lo he hallado entre mis manos lleno de vida, en esta serena primavera cristiana, al tratar a muchos hombres de otro tiempo o personalmente en los Cursos de Estudio en Asis, o a través de interviús en el *Observatorio Cristiano* o de la correspondencia de *La Roca* o *El Reino.*

Antes eran acontecimientos de extraordinaria resonancia, conversiones como la de Ausonio Franchi o Juan Newman. Hoy, los hombres de gran relieve intelectual que, saliendo del paganismo, protestantismo, judaísmo o ateísmo, se acercan a Cristo son tantos, que su conversión queda a veces inadvertida del gran público, aun del cristiano.

A pesar de las negaciones y espectación de muchos, la pléyade admirable de filósofos, científicos, literatos y artistas que afirman su fe en Cristo frente a la estúpida multitud, es un hecho que sólo encuentra semejante en el siglo IV, cuando los más grandes genios de [illegible] se agolpaban en las prime[illegible]licas cristianas.

[illegible]agro que florece en un [illegible] enfermo es un motivo de irrefutable credibilidad en el Hijo

de Dios humanado; pero la conversión de un alma que recibe de Jesús luz para resolver todos sus problemas espirituales y sociales, y gracias para elevarse de los oscuros valles del mundo a las alegres alturas de una Trapa, es una epifanía de meridiana evidencia del Verbo Encarnado, vivo aún entre los hombres.

Observando de cerca a estos afortunados peregrinos de la Fe, he llegado a descubrir que no hay uno que haya seguido el mismo camino que el otro. Porque no son los hombres los que van al encuentro de Cristo, sino que es Cristo el que va al encuentro de los hombres.

Es característica del hombre la repetición, pero es característica de Dios el no repetirse jamás. Y Jesús es Dios; de ahí que sean siempre nuevos sus caminos y sus obras.

Sobre los aeropuertos de nuestras poblaciones se levanta un gran guión para señalar a nuestros aviadores la dirección del viento. Como él, este libro no es científico, ni filosófico, ni siquiera apologético; es, sí, un guión que se levanta para señalar la orientación moderna de la filosofía, de la ciencia, del arte en las almas y en los pueblos, hacia Cristo, Verdad, y Amor.

GIOVANNI ROSSI

HOMBRES QUE ENCONTRARON A CRISTO

GIOVANNI ROSSI

HOMBRES QUE ENCONTRARON A CRISTO

Traducción de la octava edición italiana, publicada por «Edizione Pro Civitate Christiana», de Asis, con el título «Uomini incontro a Cristo», por el R. P. PEDRO HERNANDEZ, C. M. F.



EDICIONES
STVDIVM
MADRID
BUENOS AIRES

INDICE

NIHIL OBSTAT:
MACARIO DÍEZ, C. M. F.
Censor.

IMPRIMATUR:
TORIBIO PÉREZ, C. M. F.
Provincial de Castilla.

NIHIL OBSTAT:
LIC. PEDRO MORÁN,
Censor.

IMPRIMATUR:
JOSÉ MARÍA, *Ob. Aux. y Vic. Gral.*
Madrid, octubre, 1954.

IMPRESO EN ESPAÑA

1954

PREFACIO

ESTE *libro no lo he escrito yo. Ni lo he encontrado entre viejos pergaminos de ninguna biblioteca. Lo he hallado entre mis manos lleno de vida, en esta serena primavera cristiana, al tratar a muchos hombres de otro tiempo o personalmente en los Cursos de Estudio en Asís o a través de interviús en el* Observatorio Cristiano *o de la correspondencia de* La Roca *o* El Reino.

Antes eran acontecimientos de extraordinaria resonancia, conversiones como la de Ausonio Franchi o Juan Newman. Hoy, los hombres de gran relieve intelectual que, saliendo del paganismo, protestantismo, judaísmo o ateísmo, se acercan a Cristo son tantos, que su conversión queda a veces inadvertida del gran público, aun del cristiano.

A pesar de las negaciones y espectación de muchos, la pléyade admirable de filósofos, científicos, literatos y artistas que afirman su fe en Cristo frente a la estúpida multitud, es un hecho que sólo encuentra semejante en el siglo IV, *cuando los más grandes genios de Roma se agolpaban en las primeras basílicas cristianas.*

El milagro que florece en un cuerpo enfermo es un motivo de irrefutable credibilidad en el Hijo de Dios humanado; pero la conversión de un alma que recibe de Jesús luz para resolver todos sus problemas espirituales y sociales, y gracias para elevarse de los oscuros valles del mundo a las alegres alturas de una Trapa, es una epifanía de meridiana evidencia del Verbo Encarnado, vivo aún entre los hombres.

Observando de cerca a estos afortunados peregrinos de la Fe, he llegado a descubrir que no hay uno que haya seguido el mismo camino que el otro. Porque no son los hom-

bres los que van al encuentro de Cristo, sino que es Cristo el que va al encuentro de los hombres.

Es característica del hombre la repetición, pero es característica de Dios el no repetirse jamás. Y Jesús es Dios; de ahí que sean siempre nuevos sus caminos y sus obras.

Sobre los aeropuertos de nuestras poblaciones se levanta un gran guión para señalar a nuestros aviadores la dirección del viento. Como él, este libro no es científico, ni filosófico, ni siquiera apologético; es, sí, un guión que se levanta para señalar la orientación moderna de la filosofía, de la ciencia, del arte en las almas y en los pueblos, hacia Cristo, Verdad y Amor.

GIOVANNI ROSSI.

Asís, 3 de diciembre de 1950.

ITINERARIO DE UN HIJO DE SU SIGLO

ADOLFO FERRABINO

Nació en Cuneo el año 1892. Fué Rector de la Universidad de Padua y hoy es Profesor de Historia del Derecho Romano en la de Roma. Autor de numerosas obras históricas y filosóficas. Senador de la República.

El hombre de nuestra historia era ni más ni menos un hijo de su siglo.

Ni sabe ni puede decirnos cómo al atardecer de su vida llegó a ser hijo de la adopción divina. Obra de toda la vida, lo fué de un solo instante.

Fué conquista suya y más suya que cualquiera otra de sus obras, y, sin embargo, no tuvo en ella iniciativa alguna.

Aldo, al nacer encontró este nuestro mundo de hoy, muy lleno de cultura, pero muy vacío de religión. Y en él creció, entre sus semejantes, tocado de la común soberbia, dueña indisputada de nuestra civilización.

La religión, la fe cristiana, le fué presentada ora como un importante tema filosófico e histórico, encaminada a la fe laica del progreso, ora como una superstición sentimental que puede tolerarse benévolamente en las almas débiles y que debe respetarse por sus pías intenciones de bondad. Le fué descrita la Iglesia Católica como una institución antes poderosa, ahora decadente y siempre perniciosa a la libertad y al pensamiento. Que aun cuando Italia, su patria, apareciera católica, era el resultado no de una vida

católica de verdad, sino más bien de puro censo; de aquí la gran diferencia que advertía entre la conducta religiosa de los italianos y su vida cotidiana.

Si la sociedad civil de aquel entonces se hubiera declarado abiertamente anticristiana, la habría considerado consecuente y sincera. Hallaba, unidos a la jactancia de teórica cristiandad, efectivos sentimientos de odio y teorías abiertamente blasfemas, en las que se identificaba lo eterno con lo temporal, el espíritu con la materia.

La familia, la escuela y los partidos políticos envueltos en mil discordias, se unian únicamente para infundirle un creciente desprecio hacia las creencias que explicaban el misterio de la muerte y que presentaban la vida actual como una preparación para la futura.

Encontró maestros autoritarios y mitinescos que le demostraron que la duda critica constituye la dignidad humana y que toda y la sola esperanza de nuestro futuro se encuentra en el campo de nuestra constante lucha, que se presenta como revolución cientifica o social.

A intervalos frecuentó las iglesias, asistiendo a las sagradas ceremonias, que después abandonó decayendo por falta de interior convencimiento y absorbido por profanos cuidados. No encontraba en su infancia recuerdos que le ayudasen a comprender o querer comprender su fe. No conocía más Sacramentos que el Bautismo recibido en la inconsciencia.

¿Qué le pudo inspirar en estas circunstancias, a este hijo de su siglo, el acercamiento a Cristo?

El mismo Cristo. Nadie más.

Aldo estaba solo. No encontró a su lado un sacerdote que le dijera una palabra verdadera, eficaz. Solo, consigo mismo, no encontró más amigos que los de cultura irreligiosa. Y así, completamente solo, le visitó Cristo.

¿Cuándo se le acercó Cristo?

Siempre. Ya en los primeros vislumbres de su inteligencia, Cristo se le aparece diverso de todo lo demás, y aun opuesto a su mundo ambiente. Sin forma, sin nombre, no llamado; Cristo había ido a él para vivir en él como en su propia casa.

Fué admirable demostración de aquella oculta presencia no advertida el que el hijo del siglo, aun siendo halagado por constante fortuna, mimado de favores y aplausos, seducido por mil lisonjas, permaneciera íntimamente aje-

no a las alabanzas humanas y profundamente desilusionado con los propios y ajenos errores.

De este hastío, que paulatinamente creció hasta convertirse en una verdadera adversión a toda vanidad, nació en él una íntima preocupación: Cristo le hablaba en el desierto de su alma, dándole una amarga, pero constante respuesta.

La voz secreta parecía imperceptible entre el fragor de la realidad circundante. Su aumento fué como el lento crecer de la luz de la aurora en un día de sol; crecía por infinitésimos, pero nunca se estancó.

La vocación era cierta; la predestinación, segura, a pesar de que el mérito no era superior a un granito de mostaza.

De día y de noche, aquella voz sin sonido, pero con nítida claridad, iba venciendo en el alma de Aldo el bullicio de la alegría al propio tiempo que la pena de la desilusión; calmaba los remordimientos y las pasiones; ocupaba los ocios y aligeraba las fatigas.

Y cuando la fortuna lo colmaba más de dones que de daños, aquella secreta voz le hacía recapacitar más en los daños que en los dones, para hacerle experimentar esa fuerza espiritual que sabe hacer de los daños, dones.

Entonces comenzó el naciente coloquio íntimo a tener para él encanto de inefable dulzura, regusto ultraterreno y divino. Entonces sintió preferencias sobre toda otra lectura por la de la *Imitación de Cristo,* que le introdujo en el Evangelio y éste en San Pablo. Ambos pequeños libros le acompañaban siempre desde entonces. Los entendía igualmente y los amaba más que los entendía.

Habíanle, entre tanto, conferido los grados académicos y confiado una cátedra universitaria para que diera lecciones de Historia de los Gentiles. Habían hecho de él un científico de la categoría de su siglo y lo querían defensor del devenir humano (uno entre mil), y de aquella verdad transitoria que se declaraba *filia temporia,* no atreviéndose a declararla escéptica.

Debería—conforme a las esperanzas y exigencias de sus discípulos y sus maestros—demostrar la antigüedad superada por lo moderno; lo objetivo, por lo subjetivo; lo clásico, por lo romántico; la filosofía resuelta en historia. Eran los principios que aquel siglo había declarado dogmas, vulgarizándolos en todos los países, y que en tropel

habían aceptado hasta escritores cristianos de fe enclenque.

Pero en Aldo se estaba realizando una metamorfosis espiritual.

Aquella voz escondida en lo más secreto de su espíritu —cual si fuera un instinto de una segunda naturaleza— iba engendrando en él verdadero escepticismo hacia tales dogmas, y lo llevaba a formarse muy distinto concepto de lo antiguo y de lo moderno y, en consecuencia, de todo lo humano.

Veía que verdad y modernidad no eran coincidentes; que el progreso de la técnica no iba siempre acompañado con el de la moral; que la inteligencia—diversa en cada individuo—tiene constantes límites en la inmensidad de lo desconocido; que la conciencia estaba siempre empeñada en la misma lucha entre lo temporal y lo eterno, en idéntica oposición entre lo que la engaña y lo que la sacia. Veía repetirse, en el presente como en el pasado, esa individual ansia de eternidad, ansia alimentada por el invencible dolor y el vislumbre del presagiado misterio. Veía que en el transcurso de los tiempos permanecía inmutable la humana naturaleza, austera en pocos y corrompida en muchos; libre en los puros y esclava en los avaros; sujeta en todos a sufrir por el placer y predestinada en pocos al placer de no dar que sufrir. Veía en aquella antítesis delinearse la forma y el contenido de la razón humana, en la cual se igualan las vidas, pero se diferencian los espíritus, responsable cada cual de su deliberado libre arbitrio.

En suma: pudo comprender que sobre todo pasado, presente y futuro, existe con perenne actualidad un orden trascendente, de irrecusable eficacia, del que el hombre depende, sin que dicho orden dependa del hombre, pero que se manifiesta en lo más profundo de la naturaleza y razón humanas.

Se le hacían cada vez más acuciantes e insistentes irrecusables interrogantes: ¿De qué fuente brota la conciencia humana? ¿Quién la hace regla de la vida? ¿Quién le propone la elección entre el bien y el mal? ¿Quién incrusta el remordimiento en el crimen y rocía de consuelo el arrepentimiento? Y ¿quién es el verdadero Autor de aquella electividad individual que llena de sagradas maravillas al alma creyente, antes que y más que al filósofo y al poeta?

No es suficiente responder: la Naturaleza.

Ni siquiera decir: Dios.

Ni basta un nombre o una idea, o hacer conocido al Desconocido, o patente al Misterio, o tangible el Infinito, o cercano el Absoluto. No. Adorar a Dios según la misma Naturaleza, o adorar a la Naturaleza es culto no exento de superstición ni de temor.

¿Cuál será, pues, el culto verdadero? ¿Cuál el Dios en el que pueda el hombre trashumanarse y revelársele lo eterno?

El prólogo de San Juan hace la presentación de ese Dios-Salvador del hombre al decir: "Nadie sino El ha conocido a Dios." El es el hombre verdadero; El, el Cristo que ama a sus amigos y enemigos, porque todo su saber y su querer es amor, plenitud de amor. En El resplandece el amor con todas las razones que la razón desconoce.

Antes que el poeta y antes que el filósofo, el alma creyente está preparada para descubrir en sí y fuera de sí el secreto de la libertad por el amor, del cual es Cristo principio y modelo: *Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado.*

Y esta gracia le fué concedida al hombre de nuestra historia.

Aquel que siempre le había sido presente, se le hacía ahora patente y conocido. La voz que durante cuarenta años le hablaba sin sonido, tuvo ahora el sonido de la palabra de Dios, la potencia de Dios, que es Espíritu, Voz. El árido desierto de antes se convirtió ahora en paraíso prometido. La agonía del mundo se le ofrece ahora santificada por la agonía de Cristo.

Y conoció qué es alegría y qué es unión. Unión que se prolonga por toda la vida hasta la muerte; por la vida posterior a la muerte; por la vida sin muerte.

Y fué ésta su Cristofanía, su encuentro con Cristo.

Encuentro que se reafirmó con el encuentro con la criatura que Cristo ha modelado a su imagen y semejanza.

Desde aquel momento, desde aquel doble encuentro, el hijo del siglo se sintió hijo de Dios.

Experimentó que es posible la alegría que supera al dolor y la pena; que es realmente cognoscible el misterio que supera la pasión y el sentido; que verdaderamente es llano el camino de la vida que traspasa las murallas del odio y la avaricia; que lo humano asumido por lo divino se supera a sí mismo por la caridad a sí y al prójimo, y alcanza la meta de la esperanza universal.

Para salvar a este hombre extraviado no había hecho Cristo violencia alguna. Le dejó libre aun en medio de sus extravíos.

Le llamó, durante cuarenta años, con insistencia, pero con suavidad.

De manera tan delicada le condujo a la maravillosa libertad cristiana, en la que la fe vence al error, como vence a la muerte la vida.

HUELLA DIVINA Y NORMA CRISTIANA

SEM BENELLI

Poeta y dramaturgo, nacido en Prato de Toscana el 1887 y muerto en Zoagli, en el seno de la fe católica, el 1949. Autor de numerosas y famosas obras.

CUANDO—ante lo extraño de mi nombre, Sem—se me pregunta de qué raza soy, respondo invariablemente: cristiano. Yo soy cristiano y cristiano de pura cepa, antes que toscano y originario de una familia de abolengo toscano.

Y sólo con esa respuesta puedo dar la verdadera contraseña de mi espíritu, pues fué el cristianismo el que me enseñó a elevar mi corazón. Me enseñó a juzgar la bondad de cada principio y de cada propósito a la luz de sus grandes mandamientos. La Cruz quedó en mi impresa desde el mismo día de mi nacimiento. Nací en la "Cruz de los Capuchinos", junto a Prato.

Cuando en mi memoria renace el recuerdo del *Stabat Mater*, oigo el más doloroso y confiado lamento de la Humanidad que reclama la armonía, en compensación del Dios sacrificado, y veo a la Madre que ruega y llora inconsolada en aquella tragedia de perenne actualidad.

La imagen siempre viva que surge de esta elegía de Jacopone, de Gregorio o de Buenaventura, de quienquiera que sea, brote, empero, espontánea del incomprendido medioevo, es no sólo obra magnífica de vigoroso genio es-

cultórico, sino que el mismo anhelo musical en que cabalga está en perfecta concordancia con la fe segura en una futura redención y glorificación de la vida.

Para ascender desde la oscura cueva del quehacer humano a la Redención es necesario un índice, una guía, una huella divina, una norma cristiana.

Toda la fantasmagórica mitología pagana, admirable por su genialidad, exuberante en imaginación y como un prodigio atractiva para nuestra mente de artista, no descubre camino alguno, orientación ninguna. Sus estatuas son inmobles, rígidas, definitivas. Sus himnos, acabados. No hay en todas esas geniales creaciones aspiración alguna, ideal de perfectibilidad.

Para andar, es la cruz de Cristo el camino, el sendero, el surco, el eco, el horizonte. Y lo es para todos los hombres y para todos los estados. El que ha llegado a descubrir en sí este camino, puede confiar, puede esperar, puede hasta soportar el destierro y el martirio. Sin ese camino el triunfo se desvanece, el deber se hace tan oprimente como el trabajo y como la lucha.

Todos necesitamos nuestro camino. Aun el hombre que queriendo, o sin querer, se sitúa al margen de un sistema impuesto, reconocido o usual, o se embarca en alguna aventura, proyecto o experimento, debe poseer una norma que le señale su buena o mala dirección; y esto, crea o no crea en Dios, ruéguele o no, por convicción o conveniencia.

El que solicita ayuda o espera simpatía, debe tener una norma para juzgar quién es el que le tiende la mano, le promete libertad, bienandanza, grandeza. Esa norma debe ser más esencial, más inmutable que cualquier ley política, puesto que a veces—frecuentemente—el que pide y el que promete pueden encontrarse o situarse de propósito frente a las leyes humanas.

Es el caso de Cristo: "Dad al César lo que es del César." He ahí la admirable ironía de la sentencia de Jesús. El, y no César, dió la norma verdadera.

Y Cristo me ha enseñado a leer esa *norma* en mi mismo; es un don que recibí en mi propio nacimiento. Pero no triunfó en mí sino después de enconada lucha, haciéndome violencia, haciéndole verdadera oposición. Pero triunfó. Y triunfó plenamente.

No puedo considerarme hombre—cuando menos hombre consciente y activo—sin esa norma. El Cristianismo no me condena a una concepción única, restringida, lacustre,

estática de la vida, como si se hallara prisionera en un claustro. No. Es más: me exige progresar ardorosamente en el bien, en todo tiempo, lugar y circunstancia.

El Cristianismo me reconoce libre y responsable, condiciones esenciales del trabajo y del descanso.

Ningún héroe ha luchado como él. Ningún héroe se ha jactado menos. Sabe que no es vencedor absoluto, puesto que el combate debe durar.

Si sientes vigor de combatiente y experimentas ansias de luchar como él lucha, necesitas su camino, su enseña: la Cruz.

Dejadme ser cristiano a modo humano; demasiado humano, si os place; pero yo os puedo asegurar que toda revolución digna que haya sido—no índice de delitos, sino fulgor de ideales—encuentra como razón suprema, digamos, jurídica, aun cuando no como impulso descollante, los principios fundamentales del gran héroe y alférez en la más bella guerra que se dilata a través de los siglos.

La revolución más profunda y dilatada es la revolución del Cristianismo.

En el Cristianismo la revisión de los valores humanos es perenne y total. En lo grande y en lo pequeño; y en esto, en lo pequeño, preferentemente; porque es lo pequeño, lo mínimo, lo de más significación. La mínima ocupación, el mínimo afecto, luz de la vida, la mínima empresa, la mínima iniciativa, todo es en el Cristianismo de máxima importancia. Revolución esta del Cristianismo, siempre en actividad, dando vida a tantas otras revoluciones únicamente justificables en cuanto sus principios fundamentales están tomados del Cristianismo. La que en él no se basa es terrible y siniestra. No habrá forma, compromiso, paliativo ni diplomacia que pueda justificarla.

¿En qué se fundan los famosos Derechos del hombre aherrojados hoy en el polvo como fracasado experimento, sino en los principios cristianos? ¿No fué precisamente la herencia enciclopedista de algunos de sus apóstoles la que restó su eficacia desde los comienzos de su implantación? ¿No se descubre a cada paso, en muchos individualistas, anárquicos o semianárquicos, un fundamento cristiano en la divinización del *Yo*? Y, en cambio, ¿no nos resultan repugnantes los que, como Stirner, carecen en absoluto de principios cristianos? Y en el cacareado superhombre, ¿no se nos hace odioso y necedad el estilismo de él derivado por esta misma razón?

Podríamos seguir nuestro examen indefinidamente. Siempre y en todas partes, en la vida, en el sentimiento, en el arte, acusa su presencia la norma, la ley, la huella divina.

Yo prefiero la Gracia a la belleza. Y precisamente por una razón cristiana.

Los pintores del Renacimiento para plasmar sus incomparables Madre de Dios sabían hallar sus estupendos modelos entre las humildes hijas del pueblo. Indudablemente, no lo hubiera hecho así para reproducir a Minerva, a Juno, a una Valquyria o cualquiera de los ídolos de la fría dinámica moderna. La Encarnación es la vida humana que se sublima en el Hombre-Dios. Pero para llegar a El es indispensable arrancar de la más profunda esencia de las cosas.

El Cristianismo llega a la abstracción, es decir, a la adoración, partiendo de la criatura, no doblegándola cruelmente ante el altar del ídolo.

Ningún movimiento ideal ha tenido jamás, como tiene el Cristianismo, por fundamento, la consolación.

De ahí que las almas cristianas rebosen de verdadera alegría. Y es que el hacer bien consuela como el sufrir bien.

Precisamente es ideal del Cristianismo llevar la alegría a los hombres: *In labore requies—in aestu tempories—in fletu solatium.*

Cuántas vidas resultan locuras, si negamos este santo ideal. *No lo contradigamos,* grito con todo el ímpetu de mi convicción. Y a veces me creen peligroso. Peligroso. Y ¿para quién? Para aquel únicamente que se aleja de esa fusión de lo divino y humano, que Cristo predicó, que palpita en el fondo de las aspiraciones humanas, que es, a no dudarlo, la Sabiduría revelada, la verdadera Inteligencia.

No hay inteligencia más universal que esta Inteligencia cristiana que sobrevive a todo tiempo como injertada en la misma naturaleza humana.

¿Qué arma mejor que ésta pudo esgrimir Roma—y la Roma imperial no lo supo—contra las invasiones bárbaras? ¿Qué arma de mayor eficacia para domeñar al invasor que la virtud cristiana que lo llegó a transformar?

Aquellos pueblos bárbaros se vieron atraídos y subyugados por la Divina Sabiduría revelada por Cristo a los hombres. Aquella Sabiduría que nuestros poetas del dulce

estilo nuevo, los *Fieles del Amor,* cantaron en dulcísimas estrofas, personificándola en una bellísima matrona.

Esa es la *norma* que te guía y orienta por los caminos de la vida.

Comprendo que podéis excogitar e inventar mil formas nuevas de vida; orientaciones imprevistas para los pueblos conformes con las exigencias y adelantos de los tiempos, y requeridos por ese constante avanzar de la vida; pero puedo aseguraros que jamás me alejaré de esta *norma,* la *norma cristiana.*

Esa norma, de ser dignos, penetra en vuestro espíritu, en vuestras costumbres, en vuestros sentimientos, en vuestros proyectos, en vuestros gustos, fundiendo admirablemente las tradiciones, los ideales, la sangre y la raza. Os hace ciudadanos de una ciudad ideal.

Sobre todo os defiende de las corrientes morbosas del espíritu.

Engendra en vuestro espíritu un aborrecimiento automático a cuanto carece de piedad, de gracia, de justicia.

Os hace lógicos, no sofisticos. Os preserva de la embriaguez, de la locura, de la extravagancia, del alcoholismo. Os preserva del engaño de las teorías relativas o absolutistas, del cinismo, de la irracional manía de lo nuevo por ser nuevo, del aturdimiento, de la irreflexión. Hasta os enseña el consejo espiritual de la duda. Os amaestra en vuestra siembra y a no dejar agostarse vuestra mies con los cardos de los vicios, y a reiterar el cultivo de vuestro campo aun cuando—sin saber el porqué—no os rinda el fruto que esperáis.

En una palabra: os da vuestra verdadera aristocracia, dándoos el señorío de la vida y de la muerte.

Aún más. En los caminos espinosos del conocer y del comprender, donde con tanta frecuencia se cosechan frutos amargos, especialmente si los producen árboles solitarios y fríos, la *norma* nos enseña a ser cautos, fuertes y a perseverar en nuestro ideal *Fieles del Amor.*

Del Cristianismo, en fin, brota esa escondida virtud que da a mi alma vigor y fortaleza y me infunde sinceridad y valor suficiente para vivir de cara a la verdad. Virtud que es en mi interior torrente de gratitud al Eterno; potencia indefinible, con la rara propiedad de transformar en placentero y amable aun lo pavoroso y terrible, como don que celosamente oculta para un juicio futuro.

Yo la magnifico, cual un milagro del bien, al que la

armónica cooperación de todas las cosas y voluntades creadas llevarán a la perfección.

Ninguna orientación mejor, a mi juicio, que este sentimiento de gratitud—plegaria en el fondo—que parece un absurdo, como todos los más elevados movimientos de nuestro ser.

De estas y otras mil maneras y con espíritu de creyente adoración podéis descubrir; Dios se ha sembrado maravillosamente en el fértil campo de la vida.

NOCHE DE LUZ

PITIGRILLI

Nacido en Turín el año 1893. Dicio Segre "Pitigrilli", publicó muchos romances traducidos a los principales idiomas y dejó descrita su conversión en "Piscina de Siloé".

HE hallado la fe. No sé si por arte de brujería o artimañas del demonio. Para mí es indiferente. Lo importantes es el hecho que, por caminos torcidos y con medios ilícitos, encontré la fe.

Hasta ahora había yo creido siempre que eso de Dios, inmortalidad del alma, genios maléficos, comunión de los santos, poder de la oración, etc., eran consejas y bulerías traídas y llevadas de un libro a otro, adornadas conforme a la moda de cada tiempo y adobadas según el gusto del consumidor. Desde el día de mi transformación con un rudimento de fe, me vino la fe total. Y creo en Dios, en los genios maléficos, en la inmortalidad del alma, en la comunión de los santos, en la omnipotencia de la oración.

En un principio consideraba yo la muerte como una restitución del calcio, nitrógeno, hidrógeno y carbono, a los tarritos de laboratorio de los que el cuerpo los había tomado provisionalmente. Más tarde he llegado a comprender que la muerte es principio y continuación. Y desde el momento que entendí la muerte, comprendí también el sentido de la vida. No estamos en el mundo para filtrar

brebajes o cocer alimentos—en frase de Séneca—, sino para perfeccionar nuestra alma, puesto que en el más allá nos habremos lamentado—al menos temporalmente—sino fuimos aquí mejores, y como único recurso nos quedará la confianza en las oraciones de los que dejamos militando sobre la tierra.

Preveo vuestra objeción al conocer mis caminos: Dios no emplea tales medios. ¿Qué sabemos nosotros? El Padre Lacordaire, en una de sus elocuentes conferencias en Notre Dame, lanzó esta atrevida afirmación: "Con frecuencia llega Dios a sus fines con medios verdaderamente diabólicos." No juzgo los medios que Dios emplea, ni intento escudriñar sus divinos designios, pero mirando a mi interior, puedo afirmar que no me hubiera atraído a El por otros medios.

No hubiera valido la pobreza, porque sé vivir con poco y aun de eso poco me sé privar, y aun cuando no supiera, tendría siempre a quién pedirlo, pues cuento con cuatro o cinco buenos amigos muy afectos, aun cuando alejados geográficamente.

Ni el torturarme con la injusticia humana. Soy viejo, jugador, y en los pares y nones de las humanas vicisitudes, nada me extrañaría ni alteraría que me tocara la serie de los nones. Ni el dolor físico, puesto que la enfermedad no me hubiera hecho tender la mano hacia Dios, sino a una ampolla de pantopón.

Para acercarme a la gracia por otro camino, debería haberme dado la abulia intelectual, suprimido en mí esta innata curiosidad, esta verdadera manía de considerar todo desde distinto ángulo visual, y de invertir los ídolos para ver la marca de fábrica. Tendría que haberme curado de este infantil capricho, que aún no he olvidado, de descomponer los despertadores.

Pero Dios no da la abulia intelectual. Nos quiere "como niños", pero... como niños que van a la escuela.

"El Señor guía los pasos del hombre." Sí; pero al hombre le ha puesto ojos en la cara para ver dónde pone los pies.

No puede afirmarse que Dios se contradiga al permitir medios y caminos que El prohibe. Ver contradicción en sus obras es aplicar la punta de nuestro compás y aplicar nuestra pauta a lo que no tiene límites ni líneas fijas; es medir lo inconmesurable con nuestro sistema métrico decimal

Dios no se contradice jamás. Sólo un descreído puede descubrir contradicción en sus obras. Esa contradicción que yo creía apreciar cuando en mis días de incredulidad no veía en los aparentes contrastes orden real, y en la independencia, evidente cooperación.

Lo que nos parecen *absurdos* de Dios, no es sino nuestra propia incapacidad para comprender los caminos de su divina paciencia.

A aquellos de sus contradictores que le exigen saque pan de las piedras, Cristo responde evasivamente; al soldado y al ladrón que insultadores le dicen: "Si eres el Rey de Israel, si Tú eres el Cristo, sálvate a Ti mismo y a nosotros", Jesús no responde; pero a Tomás, espíritu positivista, que de otra manera no se hubiera rendido, le muestra benignamente las señales de los clavos.

En sus impenetrables designios Dios señala el camino de cada hombre. Día a día, y con persuasión progresiva, fué comunicando la fe a Huysman, Francisco Coppée, Pablo Bourget, Brunetière. A mí me la infundió en una noche.

Yo era uno de esos inocentones que por cortedad visual no se les alcanza que todo cuanto nos rodea es milagro (hablo en sentido poético, no teológico): la chispita que salta bajo el martillo, el cristal que se oculta en el copo de nieve, el instinto que guía a la anguila por el ignoto océano, la simetría impecable de la estrella de mar, la atracción poderosa al centro de la tierra, el soplo que se hace sonido, el sonido que florece en palabra, el tímpano que vibra al sonar sincrónico de una cuerda de guitarra, el cadáver que se convierte en hierba, la hierba que se transforma en carne; la carne que retorna a la tierra...

El ciclo maravilloso del nitrógeno. El anhídrido carbónico que llega a ser árbol y el árbol que llega a ser carbón mineral, diamante...

El ciclo no menos prodigioso del carbono. Esa onda que, a segundos de longitud, da color a las cosas, da transparencia al tórax, enciende una lámpara, arranca de una cajita una canción armoniosa.

Y sobre todas estas cosas la idea. La idea que concibe el poema, descubre horizontes, arrastra multitudes. Y sobre la idea misma, la vida. Milagro de los milagros.

Era yo uno de esos bobalicones que se pasman ante un becerrillo de dos cabezas, incidente monstruoso, pero no más prodigioso que el becerrillo de una sola.

Insignificantes rarezas, pero de las que yo tenía necesidad. Fascinado por el fulgor de lo normal, necesitaba lo anormal. Sabía muy bien Dios que para mí—hombre de la plebe—no resultaba suficientemente llamativo que de la semilla brotase la espiga, y que con agua, harina y fuego se hiciese el sabroso pan. Por mí hizo Dios algo desacostumbrado. Aquel milagro que un día pidieron los saduceos deseosos de una espectacular demostración de la divinidad de Cristo, y que El les negó, me lo ha concedido a mí. Por mí y para mí ha convertido las piedras en pan.

Nadie podrá demostrarme con textos teológicos que no es esto posible, porque a sus argumentos doctrinales opongo yo mi fe.

El Padre Lorenzo, viejo fraile, que vivirá siempre entre los recuerdos más gratos de mi vida, alma incontaminada de sofismas filosóficos, me decía en su dialecto salpicado de latines: *quod est, est,* lo que existe, existe.

Y éste es mi caso. No se discute, se constata. Podrán todos los doctores de Tubinga demostrarme con sus lentes las improntas digitales, las reacciones químicas, la certeza del paganismo, la falsedad de los sinópticos. Yo les responderé: "Pero las palabras, de Dios son." Y podrán, ¿cómo no?, los biólogos de Princeptón o Leningrado, con dos gramos de estéril arcilla y una chispa eléctrica, fabricar a mis propios ojos una ameba, un insecto, un gusano. Yo responderé: "En aquella arcilla, en aquella chispa, está Dios." "Y quién sabe si es esto el soplo divino del que nos hablan los Libros Santos."

Si yo hubiera de definir la gracia, quizá diera esta definición: "Don que hace al hombre receptible a la fe y refractario a la duda."

Yo soy uno de esos espíritus simples a los que los escépticos materialistas se jactan de atraer con sus cinco clásicos expedientes: o excitando su hilaridad a propósito del sol que se para un día sobre la ciudad de Gabaón y de la luna que permanece estática sobre el valle de Ayyalón; o hiriendo su amor propio, haciéndole ver cuán necia idolatría se encierra en esa simplona veneración de una piedrezuela sobre la que puso un buen día su pie un santo; o poniendo en ridículo la objetividad, al recordarle que Moisés, en los días de la creación, ha embutido el jueves en el viernes y ha clasificado a la liebre entre los rumiantes; o cegándole los ojos con la falsedad histórica de una reliquia

a pesar de la autenticidad fotográficamente comprobada; o, finalmente, proponiéndole el caso del sacerdote a quien atormentan las dudas de su fe.

Puedo aseguraros que estoy impermeabilizado contra estos cinco argumentos y contra todos los del mismo género. Cuando al leer el Antiguo Testamento encuentro esa mezcla de sublime y anecdótico, de grandioso y de pueril, de divino y de vulgar, de eterno y de versátil, de sobrenatural y de grotesco inspirado todo por Dios, se iluminan mis ojos como si bajo el texto sagrado se encendieran poderosas luminarias. ¿Lo demás? Cronología, reminiscencias de importación, fábulas, citas; los hombres ya no saben repetir por la tarde lo que oyen por la mañana, y traducen del francés al italiano sin sentido y aún contra el sentido del original.

Mis anteriores objeciones se desvanecieron como nubecillas. Desde el momento en que creí en Dios, mis raciocinios se invirtieron sin estridencia alguna, como si hubiera pensado siempre de igual manera. Comprendí que las matemáticas y la física no son sino la transcripción numérica de la Sabiduría Divina, y que las leyes físicas son la armónica y exacta ejecución en el tiempo de la eterna Voluntad divina, perfecta ya cuando con su omnipotente *fiat lux* hizo florecer la vida en el Universo.

Aún no estoy del todo rendido. Encuentro todavía en mí, intolerancias que me esfuerzo por vencer. Pero cuando mis nervios comienzan a crisparse, miro esos 350.000 sacerdotes que sobre las tinieblas del mundo levantan en sus manos consagradas la Hostia inmaculada cuatro veces por segundo.

Y mis inquietudes se desvanecen. Y se sosiegan mis nervios al pensamiento de que al embrujo divino de esas palabras *Hoc est corpus meum,* la blanca harina se transustancia en el Cuerpo del Señor y que todo lo demás no son sino puntos de referencia para la pobre mente humana.

Aún no soy cristiano perfecto. Pero la comunión hecha los primeros viernes, durante nueve meses consecutivos, me ha comunicado la tranquilidad y confianza de no morir—según la promesa de Santa Margarita de Alacoque—sin la gracia del Señor.

En esta tercera parte de mi vida que transcurre con el ritmo vertiginoso del atardecer, y a lo que parece se persiguen los meses y acosan las estaciones, voy contemplando

cómo se enriquece día a día el diccionario de mi hijo y se colocan en orden sus frases y toma cuerpo el pensamiento.

En esta hora de mi rápido decaer me consuela el pensamiento de que mis errores servirán a mi hijo para salvaguardarle de mis malos pasos, y como postrer consejo le advierto que jamás estamos solos, pues que siempre y en todas partes está con nosotros Dios...

LA VUELTA AL HOGAR DE MIS MAYORES

LUIS FRANCISCO BUDENZ

Escritor y periodista americano, redactor del periódico comunista "Daily Worker", de Nueva York, y miembro del Comité Nacional del Partido Comunista en los EE. UU.

NOCHE del 10 de octubre de 1945. La radio lanza la inesperada noticia de que uno de los principales jefes del comunismo americano había vuelto al seno de la Iglesia Católica después de largo caminar por los más tortuosos caminos. Aquella noche, hasta altas horas, y al día siguiente, a las primeras horas de la mañana, los voceros leían en los micrófonos la sensacional declaración de Luis Francisco Budenz, redactor muchos años del diario comunista *Daily Worker,* y miembro del Comité Nacional del Partido Comunista en los Estados Unidos. "Con profunda alegría deseo dar a conocer que por la misericordia de Dios he vuelto entera e incondicionalmente a la fe de mis padres, la Iglesia Católica. Mi mujer, fiel compañera en mi peregrinar espiritual, y mis tres hijas han dado felizmente el mismo trascendental paso. El privilegio de poder volver a recibir de nuevo los Sacramentos, me es hoy tanto más inestimable; finalmente, después de largo viaje he vuelto a mi hogar. Es éste mi verdadero retorno... Comunismo y Catolicismo son del todo irreconciliables."

Al día siguiente el *Daily Worker*, cogido de sorpresa, salía poniendo en cabecera, entre los ordinarios redactores, el nombre de Budenz, que ya a aquellas horas había felizmente roto el cerco de hierro.

Luis Budenz ha publicado su historia *(This is my Story)*, dedicándola a María Inmaculada. Cierra la historia de su vida con aquellas palabras del Salmo 116: *Laudate Dominum omnes gentes... quoniam confirmata est super nos Misericordia ejus.*

Historia de paciencia y misericordia por parte de Dios; historia de largo extravío, de ilusiones y desilusiones de un hombre a quien Dios perseguía con su gracia divina.

El libro se abre con un luminoso prólogo, en el que resplandece la pura alegría de una juventud católica, formada en el ambiente de una pura tradición, a la sombra de la Iglesia, y en el maravilloso cuadro natural del estado de Indiana. Pero apenas alcanzados los veinte años, Budenz pierde el derecho de primogenitura, se casa civilmente con una divorciada y se aparta de la Iglesia católica.

Absorbido por la vorágine social, se fatiga por el triunfo del trabajador, llega a ser verdadero *élite* huelguista, orador y periodista del trabajo, sublevado contra la opresión capitalista.

Veintiuna veces fué arrestado y otras tantas absuelto, resultando uno de los exponentes más astutos y eficaces del movimiento organizado del proletariado, conquistando fama nacional por haber superado las barreras legales que en un principio se oponían a las manifestaciones colectivas de los trabajadores.

En este tiempo se apodera de él una verdadera embriaguez ideológica. Aunque muy lejos de la Iglesia Católica, sueña poder conciliar las teorías sociales del cristianismo con las del socialismo y comunismo. Pero las corrientes le arrastran fatalmente por mares muy remotos. En 1935 y en Nueva York, Budenz se inscribe en el partido comunista, siendo inmediatamente nombrado redactor del *Daily Worker*.

* * *

Comencemos ahora los capítulos de su larga noche.

Desde el momento mismo de su decisión de volver a la Iglesia católica, prometió Budenz reservarse de toda polémica personal con aquellos que de buena o mala fe fueron

un día compañeros de esclavitud. Y se mantiene fiel a su promesa. Como San Agustín, que odiando al pecado amaba al pecador, odia Budenz al comunismo, pero ama a los comunistas. Sin embargo, no puede menos de abrir las puertas del cerrado edificio y sacar a luz las maniobras del partido trabajando bajo consignas extranjeras.

Tenemos un estudio fino y detallado de la técnica y de la estrategia subterránea de las "revueltas", de los métodos sin escrúpulos del comunismo, de las órdenes dictatoriales e inapelables que llegan diariamente de ultramar a la Redacción del *Daily Worker.* Los mismos jefes americanos viven prisioneros en camisa de fuerza, con el constante temor de incurrir en desgracia de los jerifaltes soviéticos, dispuestos en todo momento a cambiar de opinión y a denunciar a sus propios amigos si esto resulta agradable al tiránico enmascarado que los domina.

Y en este ambiente de apocalíptico presagio de destierro de Dios y de la libertad, se mueve el Espíritu. Budenz comprende que la gracia divina le persigue, que Dios le espera a un paso de él. En su tranquila casa de Indiana todos los dias, durante treinta años, su familia se arrodilla ante un cuadro del Ecce Homo y recita el Rosario por él, hijo pródigo, morador en tierra extraña. Su padre, tudesco de origen, pero nacido en los EE. UU.; su madre descendiente de irlandeses y sus hermanos, van tomando por asalto la misericordia divina; y Budenz, en los momentos lúcidos, intervalos de introspección, en su incesante actividad social y de partido, oye el insistente llamar de la onda de la oración a las puertas de su alborotado corazón.

En 1936, después de una polémica frente a Mons. Fulton Sheen, a propósito de la política comunista de la mano tendida, se encuentra con dicho Prelado—apostol de las más ruidosas conversiones de los EE. UU.—en un bar de Nueva York.

Budenz quiere hablar con él de las teorías sociales que le ilusionan, de la cooperación de catolicismo y comunismo, de la posición tomada por su partido; pero Mons. Sheen, cortando imprevistamente la conversación y después de un breve silencio le dice serenamente: "Ahora hablemos de Nuestra Señora", y por una hora entera, en aquel ángulo del bar y en el corazón de la metrópoli más populosa, Budenz escucha embelesado la palabra de aquel sacerdote

a quien por primera vez encuentra y que le está oprimiendo el alma de vergüenza y de nostalgia.

"Inmediatamente—dice él recordando aquel dramático momento de su vida—comprendí toda la maldad e inutilidad de mi vida. La paz que emana de la Virgen María, aquella que yo gocé en mis primeros años, comenzó a derramarse sobre mi alma. Por un instante me parecía volver a oír el saludo del Arcángel, "Ave María, gratia plena". Cuántas veces—pensaba—esa angélica plegaria ha salido de corazones atribulados y les ha devuelto la paz perdida. Y yo, que mejor que muchos otros, conozco todo esto, lo he olvidado y hasta lo he repudiado. Este mundo es una casa de locos sin la bendición del *Magnificat*... Aquella abundancia y santidad de vida que yo abandoné estaba de nuevo ante mí. Todavía era posible reconquistar la paz-fruto de la devoción a María. Este pensamiento me alentó..."

Aun habían de pasar nueve años hasta que madurase su conversión. Su voluntad estaba paralizada, no precisamente por el obstáculo que para él significara el matrimonio con la divorciada, pues hacía años que Budenz estaba separado de ella. Inexplicablemente, aún le ilusionaba la idea de reconciliar el catolicismo con el comunismo.

En octubre de 1943 toma Budenz la resolución de volver "a toda costa" a la Iglesia Católica, pero aplaza la realización de su pensamiento, y permanece en el campo comunista como "espectador" por dos años. Crecía, sin embargo, en él el hambre de los Sacramentos y cada día iba viendo con mayor claridad que no podía servir a dos señores. Poco a poco va frecuentando la iglesia; oye la Santa Misa los domingos y entabla relaciones más íntimas con Mons. Sheen, pidiéndole lo readmita en la casa paterna.

Finalmente, Budenz hizo su abjuración y se confiesa. Su mujer y sus tres hijas reciben el Bautismo y al día siguiente se acercan todos a la Sagrada Mesa.

En el último capítulo de su historia hace Luis F. Budenz esta declaración: "Mi retorno a la Iglesia no es un acto negativo. No he vuelto a ser católico por ser anticomunista, sino por todo lo contrario. Mi fe reconquistada me ha dicho, con las palabras de Cristo, *adaperire*—ábrete—, y con esta nueva luz he reconocido claramente la esclavitud y los objetivos perturbadores del estado soviético. La bancarrota del materialismo ha sido el primer escalón de mi vuelta al catolicismo; pero sólo la gracia de Dios ha podido

vencer el obstáculo de mi parálisis volitiva, barrera infranqueable para mi liberación."

"La fe no nace precisamente de estar contra algo, sino más bien y propiamente de ser por algo y para algo. La Iglesia Católica no está fundada sobre negaciones y condenaciones, sino sobre los conceptos más positivos, como son la fe en Dios y en su sagrada Ley."

LA EVOLUCION ESPIRITUAL DE UN SABIO

ALEXIS CARRELL

Nacido en Francia en 1873 y muerto en 1944. Es autor de "La incógnita del hombre", traducido a los principales idiomas. Siendo Presidente del Instituto Rockefeller consiguió el Premio Nóbel por sus originales descubrimientos en colaboración de Flexner.

Parecerá superfluo escribir sobre Alexis Carrel, cuando tanto se ha hablado y escrito en toda la primera mitad del siglo xx. Sin embargo, no lo creo del todo superfluo si se consigue poner de relieve alguna nueva faceta de personalidad tan relevante.

Todos conocen las ardientes páginas de su *Incógnita del Hombre,* en que analiza la civilización moderna. Bastantes especialistas conocerán sus descubrimientos en el terreno científico, descubrimientos que le valieron el Premio Nóbel. Algunos habrán leído u oído hablar de su *Viaje a Lourdes,* en el que narra la milagrosa curación de que fué testigo. Pero aquí intentaremos asomarnos al alma del ilustre sabio, levantando un tantico el velo de su evolución espiritual del racionalismo a la fe.

Con objeto rigurosamente científico y sólo en calidad de médico, aceptó Alexis el compromiso de acompañar un tren de enfermos en viaje hacia Lourdes, previniéndose cuidadosamente contra toda posibilidad de influencia psicológica, "como si estudiara—escribe—a un enfermo en una

sala de hospital, o se tratara de una experiencia de laboratorio". Hasta creía honrarse a sí mismo al hacer honor a una persona de estudio y poner de relieve su integridad moral.

"El doctor Lerrac—figura que en *Viaje a Lourdes* representa a Carrel—se había resistido siempre sistemáticamente a estudiar los hechos que se decían ocurrir en la gruta. Pero, al fin y al cabo ¿por qué no intentarlo alguna vez? Si no son más que curaciones imaginarias, en fin de cuentas no será mucho el tiempo perdido. Y si resultara ser aquello algo real, siendo un hecho constatado—sea cualquiera la causa que lo produzca—, no dejará de ser un hecho interesante. Si se llegaran a descubrir errores y patrañas, sería la ocasión de desenmascararlos. Pero si por una hipótesis imposible, llegara a ser algo real, tendría la fortuna de ser testigo de algo interesantísimo, que podría ponernos en el rastro de cosas muy serias.

"No se me oculta que la escuela científica asegura que el milagro es un absurdo, inexistente, por tanto. El milagro es un absurdo, no lo niego; pero tendríamos que admitirlo si se llegara a constatarlo con pruebas bastante claras. Tendríamos la seguridad de no ser entonces engañado. Y "contra el hecho no hay argumentos", dice el axioma filosófico."

Reconozcamos que nuestro candidato a la fe se había situado objetiva, serena y sinceramente. Aun cuando los estudios, realizados según el espíritu racionalista alemán, le habían colocado en un plano eminentemente positivista y habían borrado de su mente la fe de su infancia; sin embargo, él mismo declarará que no abandonó su fe sin cierto resquemor. "Para aprender harto pocas cosas, hube de destruir en mí, cosas muy bellas."

Carrel, es lógico y consecuente. Pregunta en Lourdes un colega a Luis Lerrac: "¿Qué curaciones comprobadas te harían a ti admitir el milagro?" Y responde: "La curación instantánea de una enfermedad orgánica. Una pierna cortada que rebrota, un cáncer que desaparece, una luxación congénita que se cura improvisadamente. Creo que ante un hecho semejante comprobado y ante la inexactitud y falsedad de cuanto hoy nosotros defendemos como leyes infalibles, habríamos de admitir la existencia de un poder sobrenatural. Te aseguro, que aun con sólo ver que una llaga se cierra instantáneamente ante mis ojos, me convertiría o en un loco o en un fanático. Pero... no ocurrirá. Las

fuerzas de Lourdes se quiebran frente a las fuerzas orgánicas..."

María Ferrand, afectada de peritonitis tuberculosa, curada de tuberculosis pulmonar, e hija de tuberculosos, había hecho un viaje desastroso, llegando a Lourdes moribunda. Estaba tan grave "que las Hermanas—dice la enfermera que la asistía—no se han atrevido a sumergirla en la piscina y únicamente le han hecho un ligero lavado del abdomen. Luego la llevamos a la Gruta".

El doctor no pierde de vista a la enferma. De pronto "le parece que el rostro no tiene el mismo aspecto, la lividez va desapareciendo: está menos pálida. "Alucinación—se dice a sí mismo el doctor. Pero, Señor, si yo jamás he sufrido alucinación ninguna." Se acerca a la enferma. La toma las pulsaciones y dice dirigiéndose a un colega allí presente, "la respiración es fatigosa"; a lo que responde el compañero, "está agonizando".

Lerrac no responde. Sus ojos observan una innegable mejoría del estado general de la enferma. Algo extraño va a ocurrir. Lerrac procura disimular su emoción con una sonrisa, e inclinado sobre el catre sigue mirando con intensa atención a la enferma. El rostro de ésta sigue animándose, está con los ojos vueltos hacia la Santa Gruta. De pronto Lerrac palidece. Está viendo cómo desciende el cobertor que cubre a la enferma hasta la cintura; después de breves minutos parece haber desaparecido completamente la tumefacción.

Se acerca a María Ferrand y observa su respiración. El corazón, aunque apresurado, late con regularidad. "¿Cómo te encuentras?", le pregunta. "Muy bien, doctor. No tengo fuerzas, pero me encuentro curada."

La enfermera sirvió una taza de leche a María, bebiéndola ésta de un trago. Después de unos minutos levantó la cabeza, miró en su derredor, se desperezó un poco y se reclinó de costado sin dar la menor señal de dolor.

Hacia media tarde, Lerrac fué a verla al hospital. La encontró sentada en la cama. Sus ojos brillaban en aquel rostro descarnado, inmóvil y vivo, con las mejillas ligeramente rosadas. De toda su persona fluía dulce calma.

Lerrac le toma el pulso. Normalidad completa; ochenta pulsaciones por minuto. La respiración era regular. Levanta la colcha; el abdomen ha descendido; pequeño como el de una joven de veinte años; palpa con sus dedos sin provocar dolor; la hinchazón había desaparecido.

Este es el hecho que Carrel pudo comprobar personalmente.

Frente a curación tan prodigiosa, no es de admirar encontremos a nuestro sabio turbado, en lucha con sus teorías y consigo mismo dudando admitir la intervención de lo sobrenatural o recurrir lo "inexplicable" en que se refugia y enmascara el prejuicio racionalista. De momento él comprobó y ratificó el hecho, dejando la solución para meditaciones sucesivas.

En *Viaje a Lourdes* pone en boca de Lerrac su propio pensamiento: "Lerrac se paró en el umbral de la Basílica. Había que determinarse. Era innegable; allí se había realizado un milagro; un gran milagro. Y ¿cuál es su naturaleza? Ya lo veremos; por ahora es una curación; esto es lo único que podía afirmar con certeza... Subió las gradas. En el centelleo de luces y oros flotaban las armonías del órgano y de miles de fervorosas voces. Se sentó junto a un labriego, y dejando caer la cabeza entre las manos, quedó largo tiempo inmóvil, dejando salir del fondo de su alma esta oración: "Dulcísima Virgen, que socorres a los pobres infelices que imploran tu protección, ampárame. Yo creo en Ti. Tú has querido responder a mis dudas con un milagro manifiesto. No acierto a verlo; dudo todavía, pero mi más vivo deseo, mi aspiración más ardiente es creer, y creer apasionadamente, creer ciegamente; sin discusión, sin crítica... Bajo las arraigadas opiniones de mi orgullo intelectual, yace soterrada todavía una ambición, la ambición más fascinadora de mi vida, la de creer en Ti, la de amarte como te aman los frailes de alma pura."

Y volvió a su habitación. Cuando se encontró en ella traía la impresión de que habían transcurrido muchas semanas desde su partida. Abrió su carpeta y sacando su cuaderno de notas, quiso trasladar al papel las impresiones de aquel memorable día.

Por mediación de la Virgen había reconquistado la certeza de la Fe. Comenzaba a gustar de aquella admirable y sedante dulzura y tan intensamente, que sin angustia, estaba de vuelta abandonando la duda cruel.

La victoria sobre el racionalismo y el escepticismo era una feliz realidad. Todos sus escritos posteriores serán una constante ratificación de aquel milagro que había sido el punto de partida de su vuelta a la verdad cristiana. Así lo demuestran las meditaciones de su Diario, en las que ya de paso, ya de intento, con terminología teológicamente imper-

fecta—cosa nada extraña en un hombre de su condición—, hace las más explícitas confesiones de fe.

No niega Carrel el valor del esfuerzo humano para salvar al hombre, pero confiesa, sin ambages, su insuficiencia. "Parece—escribe—que la inteligencia es incapaz para organizar la vida humana, la raza blanca corre por el camino del suicidio. Los hombres esperan al hombre que haga enmudecer el canto de las sirenas y evite el naufragio... Para que el conocimiento sea útil al hombre debe ser sintético, no solamente analítico..., la cuestión fundamental es la de la supervivencia de la personalidad después de la muerte."

En la penosa soledad de sus últimos años, tiene expresiones de tal confianza y adhesión a Dios, que nos recuerdan las elevaciones de las almas místicas. Repasa Carrel su vida, aquella vida vivida tan lejos de Dios y exclama: "Bajo ese fondo oscuro late una esperanza de luz. Pero esa luz no puede venir de la inteligencia. *O Oriens, veni et illumina sedentes in tenebris*. Haced, Señor, que sea yo instrumento de vuestra caridad. Concédeme que antes de cerrar el libro de mi vida pueda leer lo que todavía ignoro. Mi vida es un desierto por no haberos conocido. Haced, que aunque sea en otoño, florezca ese desierto. Que todos los minutos que me quedan estén consagrados a Vos. Para mí no quiero otra cosa que vuestra gracia divina. Que no esté aun escrita la última página de mi vida

"Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha y haced de su vida un sacrificio como una plegaria que desgrana ante Vos. Concededme que pueda emplear todo el resto de mi vida en vuestro servicio y en el de los que sufren. ¡Quién tuviera cuarenta años para poder trabajar veinte! ¡Pero. Señor, hágase vuestra voluntad. Venga a nos el tu Reino!"

RAZON «CRITICA» Y REVELACION

MIGUEL FEDERICO SCIACCA

1908, Giatarre (Catania). Profesor de Filosofía teórica en la Universidad de Génova. Autor de numerosas obras filosóficas.

HAY súplicas que son imperativos irrecusables. En 1944, accediendo a gentil invitación de Cojazzi, me "confesé" públicamente dando a la luz *Il mio itinerario a Cristo* (Turín, Soc., editora Internacional).

Hoy, acosado por la insistente invitación de don Juan Rossi, tengo que "reconfesarme" (permítaseme la palabrita).

En los escritos autobiográficos no suele admitirse la repetición; sea porque no "favorece", sea por lo mismo de que son autobiográficos. Mejor dicho, exigen repetición, pero una repetición "sustancial", es decir, de aquello que merezca ser repetido, no de lo que sea accidental, adjetivo.

La repetición, en cuanto comprimido de vida espiritual, no es costumbre o hábito estático, sino presencia constante de algo esencial y satisfactorio. Y ¿qué más esencial y satisfactorio en la vida de un hombre, que su conversión religiosa?

Mi declaración había de ser naturalmente la de un filósofo, puesto que mi conversión es la conversión de un filósofo, que no deja, al fin y al cabo, de ser hombre, contra lo que creen gentes benévolas.

Mi conversión es la evolución de mi pensamiento hasta arribar a las regiones luminosas de la fe.

Me limitaré en mis disquisiciones a poner de relieve los obstáculos que hube de superar hasta rendirme a la fe católica. Obstáculos que son los de cualquier filósofo que —como yo—haya recibido formación enteramente laica y sea un brote del pensamiento moderno.

Y bajo este aspecto me hago la ilusión de que mis divagaciones servirán para que algún "errante" de buena fe llegue a ser "viator" consciente, y que algún "insipiens" llegue a ser "sapiens", que significa sencillamente "saber lo que se dice"; esto es, creer en Dios, ya que según testimonio de la Sagrada Escritura ateo es "el que no sabe lo que dice".

No se da fe sin razón. A la fe le es esencial el fundamento racional.

Esto es verdad y, sin embargo, esto mismo puede ser—y lo es particularmente en el filósofo—un peligro mortal para la fe.

El filósofo se encuentra de continuo en peligro próximo del "pecado de la razón", es decir, de rechazar cuanto trasciende los límites del conocer natural humano. Es el pecado de soberbia; el "pecatum originans", principio y fin de todos los pecados. Es negar a Dios, el Sobrenatural, la Revelación y de consiguiente el Cristianismo.

Esta tentación está emboscada en toda argumentación académica de cada filósofo (y aun diría que dormita en la mente de todos los hombres).

Suele esta tentación presentarse enmascarada con el especioso prejuicio de que admitir la existencia de Dios es admitir una verdad suprarracional y por consiguiente es negar la autonomía de la razón y la libertad de la voluntad. Yo mismo lo creí así hasta mi conversión, y eso es lo que defienden todos los "espíritus fuertes" y "librepensadores".

¡Libres y fuertes! Pero bueno, "libres" y ¿de qué? Fuertes, y ¿en qué?

Muchas veces me sugirieron esta pregunta el Evangelio, San Agustín, Rosmira, Pascal, y otras tantas me hurté a la respuesta.

Y al fin, hube de darla.

Tales espíritus no son "fuertes" porque no es fuerte el que—es frase de Pascal—"hace el valiente con Dios".

No hay hombre más débil que el que confía en sí mismo. Se repliega, se aconcha en sí mismo, no por valentía, sino porque teme convencerse de su existencia.

Tales espíritus tampoco son libres, porque no puede lla-

marse libre, pensamiento esclavo del orgullo—negación de toda libertad.

Cuando a estas temidas preguntas di noblemente mi respuesta, comprendí que entonces es más racional el acto de la razón humana, cuando reconoce que existe un conocimiento trascendente, de orden distinto, pero no contrario a la razón.

Parece esto una nonada y, sin embargo, para llegar a comprenderlo hay que desterrar el "pecado de la razón", librándole del prejuicio de que admitir a Dios es negar al hombre, cuando la verdad es que negar a Dios es negar al hombre, y aquella autonomía y libertad, tan de corazón defendidas por el racionalismo absoluto.

La razón dejada a si misma llega a perder hasta su objeto propio, que es la verdad natural. Decir que en este caso la razón se "autoedifica" haciéndose principio de sí misma, es como decir que el contingente es necesario. No se "autoedifica", sino que se "absolutiza"; y razón que se "absolutiza" no razona, "desrazona", se "anormaliza", desvaria.

No es, pues, irracional el admitir una verdad "suprarracional", sino el negarla.

Sólo el tocado de soberbia psicológica podrá defender lo contrario.

He aquí su argumento: La razón es absoluta; yo soy racional; luego mi pensamiento es absoluto.

¡Alto ahí! El que diviniza la razón se diviniza a sí mismo. Y ¿podemos llamar a esto defensa de la autonomía y libertad humanas?

No. La razón humana es autónoma cuando obedece a su orden natural y este orden enseña que además de las verdades de orden natural, estas mismas verdades exigen la existencia de Dios y no excluyen la Revelación, sino que la encuentran perfectamente compatible con la razón y aun requerida por esa íntima dialéctica de la vida espiritual.

Lo que algún tiempo se consideró conquista definitiva del pensamiento moderno, "Dios ha muerto", según la estúpida expresión de Nietzsche, fué a mi ver su más completa derrota. Era la muerte del hombre. Ahí está si no—sobre las ruinas del hombre—el superhombre nietzcheriano.

Superado este prejuicio fundamental hube de vencer otros. Por ejemplo: la filosofía—sobre todo la moderna—debe ser crítica; ahora bien: la filosofía católica tiene que ser dogmática; luego la filosofía católica no es filosofía.

Para un filósofo el silogismo es contundente y, claro está, decisivo para muchos filósofos, como durante mucho tiempo lo fué para mí también.

Por cierto que se lo oí formular con pleno convencimiento a un colega, profesor de una de nuestras universidades del Norte.

Pero cabe preguntar: ¿hay algo más dogmático que ese silogismo?

Porque la crítica absolutista viene a ser el peor dogmatismo al crear el dogmatismo de la crítica, destructor de la crítica como tal.

El razonamiento es de Ferrante, y temo mucho que este egregio filósofo muera imprecando a las estrellas como un héroe de Metastasio. La crítica que muere con final melodramático destruye la reputación del mejor filósofo "crítico".

Pero, en fin, dejémoslo en las manos de Dios; El pondrá el remedio aun cuando para ponernos más a prueba nos haya privado de la Santa Inquisición Romana.

Y sigamos nuestras reflexiones.

¿Qué valor tienen estas expresiones "filosofía critica" y "pensamiento dogmático?"

Según Kant, "crítica" es "juicio"; y "juzgar" es "definir", "limitar".

Determinar, pues, criticamente el problema "filosofía" y los "problemas de la filosofia", serán determinar el objeto propio y señalar los "límites" de la capacidad cognoscitiva de la investigación racional. Es decir, no admitir *a priori* —dogmáticamente— principio que no esté controlado por la razón, ni conceder a la razón omnipotencia e infalibilidad.

Y bien. Si esto es así, ¿qué filósofo cristiano no es filósofo "crítico"?

Y si no llega en su crítica a las mismas conclusiones de Kant es cabalmente por no ser dogmático, cual lo son Kant y críticos semejantes.

En efecto, si ser "crítico" significa rechazar *a priori* (dogmáticamente) cualquier verdad no racional, tenemos que por este mismo hecho ya no se es crítico, sino dogmático, pues la crítica exige que nada sea rechazado ni admitido *a priori* (dogmáticamente).

Concluímos, pues, que los llamados "críticos" son los destructores de la crítica, puesto que defienden un "prejuicio" y no—esto es crítica—un "juicio".

El pensamiento católico habla, sí, de verdad dogmática.

Pero 1.°, no funda en ella la demostración de la verdad filosófica o racional, y 2.°, la admite porque no contradice a la razón.

Y aquí tenemos la prueba de cómo es más crítico el filósofo católico que el llamado "crítico".

Aquél admite la verdad dogmática (hacemos aquí caso omiso de la fe) porque la razón la "juzga" conforme y conveniente; aquél la "prejuzga" rechazándola sin darle beligerancia.

La filosofía anticristiana moderna (empirismo, racionalismo, cristinismo, idealismo y derivados) es anticristiana por falta de "critica"; por desconocimiento del interior humano que es agustiniamente presencia de verdad objetiva; por superficialidad frente a la metafísica del ente humano.

Este es un nudo difícil de desliar.

La historia misma arguye contra la "filosofía crítica", demostrando que la "crítica", la verdadera, la auténtica, no niega la Revelación; aún más: llega a probar su realidad.

Ahí están como fehaciente testimonio los Santos Padres y Doctores, Agustín, Tomás, etc., antes de la filosofía moderna; Campanella y Pascal, en sus albores; Vico, Rosmini o Blondel, en su pleno desarrollo. Tan vigoroso es el ejemplo de esas inteligencias cumbres, que la crítica laica ha llegado a afirmar—increible atrevimiento—que en el fondo no son católicos y que si son católicos, no son filósofos (!)

Y estamos rozando otro prejuicio.

Helo aquí: filósofo "católico" significa estar de espaldas al pensamiento moderno.

Afirmación equivocada.

Filósofo católico significa profundizar ese pensamiento ("católico"); admitirlo "críticamente" y resolver los problemas que plantea con las verdades fundamentales de la metafisica clásica en su doble abundosa corriente platónico-agustiniana y aristotélico-tomista.

Precisamente por esto concedo a Rosmini inmensa importancia en el desarrollo del pensamiento filosófico humano. Rosmini, tomando a pechos el triunfo de la verdad objetiva, lo hace brotar de las mismas exigencias del pensamiento moderno y de la "crítica" Kantiana.

De aquí que yo atribuya a Rosmini la liberación de Kant y del idealismo trascendental, sin perder nada de su modernidad.

El problema es el siguiente: la verdad, ¿es "desarrollo"

o es "hallazgo"? ¿Es "puesta" o "creada" por el hombre?, o bien: ¿está "presente" en el subsconsciente humano?

Son bastante conocidos estos paralogismos del idealismo inmanentista: "el pensar humano es exigencia de absoluto, luego es absoluto"; el pensamiento es preceptivo de la verdad, luego es constitutivo de la misma".

No hay consecuencia legítima. Porque, 1.° Por el hecho de que el pensamiento sienta exigencia de absoluto no significa que sea absoluto, sino que lo trasciende y lo funda al poseer tanto vigor intelectivo, que llega a demostrar la existencia del mismo Absoluto, y 2.° Por lo mismo de que el pensamiento sea "preceptivo" de la verdad, no es "constitutivo" de la misma, puesto que no es él el que constituye a la verdad, sino ella la que lo constituye pensamiento, ya que la verdad se "da" al pensamiento para que sea pensamiento.

Esta es la "crítica" verdadera. Ella valoriza la dignidad humana al reconocerlo participante de la verdad; verdad que participa en virtud del don natural que Dios le ha concedido, elevando al ser espiritual sobre toda otra obra de sus divinas manos.

Y henos aquí, como por otro camino hemos llegado a probar el principio, punto de partida de estas divagaciones filosóficas.

La Revelación—decíamos—no niega ni la autonomía de la razón ni la libertad de la voluntad.

Para llegar a esta conclusión—lo indicamos ya más arriba—es necesario vencer la soberbia, evitar el pecado de la razón, de la ciencia que "hincha".

Extrañará alguno que esté haciendo de mi conversión (y en general de toda conversión al Cristianismo) una cuestión intelectual.

Ya dije antes, para justificarme, que mi declaración era la declaración de un filósofo para filósofos de buena voluntad. Y añado, para mayor abundamiento, que los prejuicios aquí registrados son obstáculos harto difundidos aun entre los no filósofos, actuando inadvertidos en la mayoría de los carentes del don de la fe.

Aun cuando aparentemente hago de mi conversión una cuestión intelectual, en realidad hago de ella, lo que es, una cuestión *humana,* puesto que la filosofía es la vida del espíritu y el espíritu es la esencia del hombre.

Resulta, pues, que bajo ese velo intelectual se esconde

el problema del significado propio de *humanidad* del hombre.

Para mí, "humanidad del hombre es dinamismo interno del espíritu humano, dinamismo que contiene elementos para elevarlo hasta Dios".

¡Feliz el que a este puerto arriba! Sólo en él se valoriza el hombre y tienen sentido el dolor y la muerte, problemas éstos los más humanos y nuestros, hacia cuya solución gravita toda nuestra vida.

Podría continuar mis reflexiones, pero don Juan me ha puesto en su invitación un límite infranqueable.

Y con mucho acierto, pues, que los discursos breves son los más eficaces y por otra parte el mío, por largo que fuese, quedaria siempre incompleto. ¿Quién, en efecto, puede agotar el tema de su conversión? Sólo el pensarlo me haría temer que el "pecado de la razón" me había hecho una mala jugada.

Ninguno de los que nos llamamos convertidos hemos llegado a ser en realidad "convertidos". No; la conversión es un quehacer, que, comenzando en determinado momento de nuestra vida, se prolonga hasta el último latido de nuestro vivir terreno.

Y aquí surge un nuevo prejuicio, un verdadero error.

Se cree, generalmente, que a un convertido no le queda ya nada que hacer y puede tranquilamente cruzarse de brazos.

La realidad es que el duro trabajo de la conversión comienza en el preciso momento de la misma. Nadie—exceptuemos los santos y aún éstos no siempre—, nadie puede decirse jamás definitiva y enteramente convertido a Dios. Mejor que emplear el verbo "convertir", en participio pasivo, habiamos de emplearlo en participio presente, para significar nuestra verdadera situación.

El día en que un cristiano se considere definitivamente convertido y crea saldada la cuenta de su conversión, está perdido; comienza el retroceso hacia ese indomable orgullo que late aún en los actos que parecen más impulsados por la caridad.

Corto aquí mis reflexiones. Quería sólo recordar a todos que para caminar sobre las espinas del Calvario y caer de rodillas ante la Cruz, no basta toda la vida si Dios no da la mano.

AUTORIDAD SALVAGUARDIA DE MI FE

HENRY SLESSER

Político inglés de notable importancia en el mundo legal. Diputado laborista al Parlamento.

La trayectoria de esta conversión nos descubre, no sólo el admirable itinerario espiritual de un alma noble, sino el panorama actual de los Anglo-católicos.

A muchos se les ocurrirá de buenas a primeras la pregunta: ¿qué es un anglo-católico? La pregunta no está fuera de lugar desde el momento de que para muchos católicos continentales son del todo desconocidas las profundas razones de la doble orientación actual de la Iglesia Anglicana, Iglesia basada desde su principio en un compromiso.

Pocas palabras sobre esto, pues lo demás está fuera de nuestro propósito.

A mediados del ochocientos, un grupo de sacerdotes y laicos ingleses—entre ellos Newman—, sintiéndose inclinados hacia la Iglesia Católica, intentaron orientar la Iglesia Anglicana en este sentido, restableciendo una serie de prácticas piadosas y tradiciones olvidadas, trabajando al propio tiempo en dar al dogma anglicano una interpretación más católica.

Newman y algunos otros comprendieron en seguida que el camino emprendido abocaría más o menos pronto a la unión con la Iglesia Romana. Otros permanecieron anglicanos convencidos, situándose en aquella "vida media" que

algún tiempo atrajo la simpatía del mismo Newman. Estos se llamaron anglo-católicos.

La corriente de acercamiento a la Iglesia Romana fué engrosando rápidamente. La devoción al Santísimo Sacramento, a Nuestra Señora, a los Santos, logró notable desarrollo y florecieron renacidas Ordenes religiosas. No faltó, como era de esperar, la viva oposición de los fieles a la Reforma.

De este modo se delinearon las dos orientaciones religiosas de la vida anglicana, persistiendo aún hoy dependiente de la vida oficial.

Los anglo-católicos recibieron un rudo golpe con la declaración de la invalidez de sus órdenes sagradas, hecha por León XIII en la encíclica "Apostolicae curae", 1896. Sin embargo, muchos de ellos continuaron y continúan en la firme esperanza de una reconciliación con la Iglesia Romana. La idea católica ha ido infiltrándose de tal manera, que hoy son muchos los anglo-católicos dispuestos a aceptar todos los dogmas de la Iglesia Romana, y aún tienen a gala llamarse "papistas" para demostrar así su deferencia hacia el Sumo Pontífice.

Y ocurre la pregunta: ¿por qué, pues, no se convierten? Cosa fácil para nosotros, no así para ellos.

Aun cuando sientan atracción por el catolicismo, son retenidos en el anglicanismo por cierto escrúpulo de fidelidad al ideal de la unión colectiva y por compromiso y lealtad a la Iglesia Anglicana.

Ven que la iglesia madre está enferma, pero confían curarla con progresivas inyecciones de principios católicos, sin por ello decidirse a desmembrarse de la comunidad Anglicana. La mayoría de estos anglo-católicos están de la mejor buena fe, y el ejemplo de sir Henry Slesser es de importancia para poder apreciar la situación y dificultad de estos nuestros hermanos separados.

En reciente artículo en *The Tablet* ha descrito Henry Slesser su largo itinerario hasta llegar a la Iglesia Romana.

Vivió nuestro protagonista en un ambiente de fuerte cultura y agnosticismo. Una niñera anglicana le educó en la fe en Dios, en Cristo, en la oración, y le inculcó al propio tiempo los principios de la moral cristiana, que Slesser no había nunca de echar en olvido. A los treinta años, ocupando ya un puesto elevado en la vida legal inglesa, enriqueció su fe con el conocimiento de la vida sacramen-

taria de la Iglesia. Estudió los teólogos anglicanos sin preocuparse ni de su posición religiosa ni de la Iglesia Católica. Vivió en la seguridad de que la Iglesia Anglicana era una rama viviente de la Iglesia Universal.

Fué elegido diputado laborista al Parlamento, pero siéndole imposible coordinar las teorías de Santo Tomás y la encíclica "Rerun Novarum", sobre cuestiones sociales y económicas, con las que sostenía el entonces Primer Ministro, Ramsay MacDonald, fué poco a poco alejándose de la posición netamente socialista.

Colaboró asiduamente con las personalidades anglo-católicas más destacadas, de modo especial en las conversaciones habidas en Malinas entre el Cardenal Mercier y el Padre Portal, de una parte, y diversos prelados anglicanos y laicos (entre ellos lord Halifax), por otra. Aquellas conversaciones suscitaron en muchos anglo-católicos inmensas esperanzas de inmediata unión en masa con Roma.

Recordando las esperanzas y trabajos de aquellos años, hacia el 23, Henry Slesser exaltaba el gesto generoso del Cardenal Mercier, y quitaba importancia al hecho de que la jerarquía Católica de Inglaterra se hubiera mantenido ausente. "Nos dimos perfecta cuenta de la prudente reserva de aquellos sacerdotes extraños, en vista de la situación cautelosa de la jerarquía inglesa frente a la Iglesia Anglicana, pero nuestro corazón se llenó de aliento y confianza. Se desaconsejó todo intento de conversión individual en espera de la próxima unión en masa a la Iglesia Romana, unión que nosotros advinábamos inmediata."

Pero quedaba un obstáculo insuperado: la Iglesia Anglicana no reconocía el valor ecuménico del Concilio Vaticano y el de Trento, limitándose a los seis primeros concilios y fundando su fe en la Sagrada Escritura únicamente; posición ésta inaceptable para la Iglesia Católica. Esto hizo fracasar los intentos de reconciliación, y Henry Slesser escribió con desilusión: "La idea de Malinas era de todo punto fantástica e irreal."

Las disensiones entre los mismos anglo-católicos condujeron a sir Henry—cada día más convencido de todos los dogmas católicos—a revisar su situación respecto de la Iglesia Anglicana.

Ya en 1929, al ser elegido para la candidatura, renunció a todos los cargos en el laicado anglo-católico; pero ahora sentía la necesidad de hacer un estudio detenido y profundo sobre la cuestión que tanto le interesaba.

Le contrarió mucho que se viera obligada la Iglesia Anglicana a modificar su liturgia para acomodarse a los intereses del Parlamento. Esto significaba que cualquiera, fuera ateo, agnóstico, judío o de cualquier secta disidente, podía opinar sobre cuestiones que no eran de su incumbencia.

Notó, además, mucha falta de vigor y energía de la Iglesia Anglicana, frente a algunas obras modernistas que aparecieron por aquel entonces.

Volvió a leer la *Apología* de Newman y los relatos de las conversiones de Monseñor Knox, Chersterton y muchos otros. Por fin, la Conferencia de Amsterdam, en el 1948, vino a darle la alternativa. En aquella grandiosa Asamblea de todas las iglesias no católicas pudo apreciar claramente que la Iglesia Anglicana no buscaba decididamente la unión con Roma, sino una insustancial confederación de todas las iglesias disidentes.

Para él la misión de la Iglesia Anglo-Católica había fracasado.

Si quería continuar en la Iglesia Anglicana, habría de resignarse a estar para siempre alejado de la Iglesia Católica.

Razones de salud le obligaron a dejar Londres para buscar alivio en el campo.

Con el caótico panorama de una Europa dividida y destrozada ante sus ojos, sir Henry comprendía que el único remedio a tanto mal tan sólo podia prestarlo la Iglesia Católica, y que permanecer fuera de ella constituía una verdadera culpa.

Y se decidio. Con toda entereza.

Y dió un paso al frente, el único paso que lo separaba de la Iglesia de Roma.

Después de este hecho trascendental de su vida, escribía: "Mi conversión es la de una persona sin importancia. En la Iglesia Católica he tenido la fortuna de encontrar la autoridad con suficiencia para convalidar la fe y las prácticas que hace ya tiempo me pertenecían. Me considero culpable en haber dilatado mi entrada en la verdadera Iglesia, pero sé que en ella no es lo esencial el tiempo. Lo esencial es que vencida nuestra ignorancia—si es vencible—nos sometamos con alegría y generosidad al torrente de doctrina y de santificación que brota a través de la Iglesia y su Cabeza, del mismo Señor de la vida."

LOU-TSEN-TSIANG

Insigne diplomático y estadista chino. Ex ministro de Asuntos Exteriores. Profundo conocedor del confucionismo. Murió el año 1949 siendo Abad de San Pedro de Gand.

PARA conocer el camino de acercamiento de un hombre a Dios, es necesario conocer el punto de partida. Y el punto de partida para mi llegada a Dios es el de un hombre de gobierno.

En uno de mis primeros encuentros con mi maestro, M. Shu-King-Shen, me llamó poderosamente la atención el hecho extraordinario, único en el mundo, de la Iglesia Romana, gobierno espiritual universal que ha dado a la sociedad europea esa fuerza moral que tanto deseaba yo para mi país.

Mi maestro me invitó a estudiar de cerca la doctrina cristiana y, de modo particular, la de la Iglesia Romana, que como la más antigua tenía más firmes cimientos, y me trazó el programa para hallar la fuente de su energía, con el fin de procurar para China el mismo prestigio.

Hombre activo por temperamento, me di al estudio del Catolicismo, partiendo del principio enunciado por Jesucristo: "Por los frutos conoceréis el árbol."

La mía no es propiamente una conversión, sino más bien una vocación.

Este pensamiento que encuentro en mi Diario con fecha

23 de mayo del 44, resume la historia religiosa del político chino a quien Dios mismo condujo a la Iglesia, a la Orden Benedictina y al Sacerdocio.

Soy hijo del confucionismo. Ya en mis trece años fuí, por mandato de mi padre, a la escuela de idiomas extranjeros de Shangai, razón por la cual no pude hacer el tradicional estudio de los clásicos chinos. Y confieso que son muchas las veces que en mi vida he lamentado no haber nutrido mi inteligencia, no haber hecho sustancia de mi sustancia, la tradición intelectual y espiritual del confucionismo: culto a Dios, piedad filial, celo por la virtud y todo cuanto constituye el alma de la rara china desde Yao, Choen y Yu, contemporáneos de Abrahán, hasta Confucio, maestro de diez mil generaciones, y el gran filósofo Meng-Tseu.

Todo esto lo he echado tanto más en falta, cuanto que mi formación confuciana era muy deficiente, por haber vivido casi siempre fuera de mi patria y en un ambiente en el que he vivido en constante lucha contra la incomprensión y aun burla por todo lo de mi país. Con todo, este esfuerzo moral por mantenerme fiel a mi pueblo ha tenido la eficacia de ejercitarme en el cumplimiento de mi deber humano.

El espíritu confucionista me ha situado en disposición de descubrir la superioridad del cristianismo. Y, de modo especial, la superioridad de la Iglesia Romana, esa custodia fiel a través de los siglos, de un gran tesoro espiritual, que permite a sus fieles aprovechar los valores—nuevos y antiguos—de ese tesoro creciente y fructífero.

Epicentro del Catolicismo es la santa Misa, rito sagrado, cuya grandeza supera infinitamente a la de todos aquellos con los que las diversas religiones quieren exteriorizar sus relaciones y satisfacer sus deberes con Dios.

Instituído por Cristo en vísperas de su crucifixión, es conmemoración, más aún, renovación maravillosa de su pasión y de su muerte redentoras.

Cada día, en torno a más de 300.000 altares, se reúnen cuantos ven en la muerte de Cristo el principio de su vida espiritual. ¿Qué hombre soñó jamás en una supervivencia tan profunda, tan íntima, tan persistente, tan renovadora, en centenares de millones de corazones?

La Iglesia Católica manifiesta y distribuye la vida espiritual que brota de la muerte del Redentor por medio de

sus siete Sacramentos, señales instituídas por el mismo Redentor para el reparto de la Gracia.

Por medio del ministerio Sacramental vivifica la Iglesia y sostiene al hombre desde la cuna al sepulcro, prodigando—y por su medio a la familia y a la sociedad—constante asistencia materna.

Por el solo hecho de la Misa y los Sacramentos, la Iglesia Católica arranca admiración y respeto.

El hombre, que en un momento dado de su vida sale de la penumbra de la ignorancia religiosa a los abiertos horizontes de la verdad, entrevé con luz incomparablemente mas clara la condición del género humano sobre la tierra.

Para resolver las aparentes contradicciones de la vida humana sobre la tierra, no se debe uno refugiar en concesiones unilaterales, sino enfrentarse con ella en toda su integridad: con su valor y su mediocridad; su fragilidad y su fuerza; su dolor y su placer; sus alegrías y sus tristezas; su libertad y su dependencia; su miseria y su riqueza; su pecado y su santidad; su brevedad y su inmortalidad. E iluminado el panorama con la luz de la religión, aparece la vida unificada por la santidad de su origen, que es Dios, y la gloria de su fin, que es también Dios.

M. Shu-King-Shen, ante el carácter maternal universal de la Iglesia, previó y describió en líneas gigantescas la colosal grandeza de la Iglesia Católica. El no se creyó capacitado para dar los muchos pasos necesarios a un chino para superar las barreras de lengua y de cultura, pero sus observaciones han ejercido influencia decisiva en mi espíritu.

El confucionismo encuentra en la existencia de la Iglesia Católica el complemento de cuanto tiene—y tiene mucho—de humano y de inmortal, y al propio tiempo presta aquella fuerza moral que resuelve los problemas ante los que se han detenido nuestros sabios, comprendiendo que el Cielo es un arcano para el hombre, mientras la Divina Providencia no se digne descubrirlo.

Y ¿cómo puede el Cristianismo—crecido en un ambiente occidental, al que ha penetrado hasta el punto de constituir un solo cuerpo con él—, cómo puede aclimatarse en el oriental, conservando y afianzando su unidad?

Yo quisiera poder decir a mis compatriotas: Leed el Evangelio; estudiad las Epístolas y los Hechos de los Apóstoles; repasad la historia de las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia y las Actas de sus mártires; to-

mad en vuestras manos todos las páginas de la historia de la Iglesia, sin excluir las manchadas por las debilidades de aquellos que vivieron en abierta oposición con sus predicaciones; abrid esas innumerables páginas de la caridad cristiana que se ha entregado y se entrega con incansable solicitud maternal heroica muchas veces. Separad en cada hecho la parte de las cosas, la de los hombres y la de Dios, y concluiréis confesando que os encontráis ante un hecho social del todo singular, único. Entonces podréis formular esta pregunta: "¿Se ha revelado el Creador?"

La fe es, sí, un don de Dios. Pero el acto de fe presupone el conocimiento, la investigación. Observad, por tanto, la obra de la Iglesia en las conciencias, su fecundidad en la vida social, política, familiar. Y ponderad las palabras que dirige Cristo a sus discípulos: "Buscad primero el Reino de Dios; lo demás se os dará por añadidura." (Mat., VI-33.) En ellas se traza el camino seguro hacia aquella meta de magnanimidad y grandeza humana, que es el ideal del confucionismo: pacificar el universo.

Independientemente de los defectos personales de sus miembros y de los errores e infracciones que puedan cometer, la Iglesia es un organismo que debe ser estudiado en su esencia y debe ser esperado y aun requerido por toda sociedad que se preocupe del bien de sus miembros, por todo estado que aspire a la grandeza humana de sus ciudadanos.

¡Qué inapreciable ayuda, qué alivio de responsabilidad para las autoridades ver practicarse en las familias y en los pueblos las virtudes que la Iglesia fomenta! ¡Cuánto deberían apoyar las autoridades civiles, las instituciones de la Iglesia, tan eficaces para hacer florecer en el corazón de los pueblos el bienestar y la paz!

Y he aquí ya expuesto cómo, poco a poco, libre y lentamente, la tradición confucionista y la gracia de Dios, me pusieron en contacto con el Cristianismo y con la Iglesia Católica.

En este trabajo espiritual de acercamiento a la Iglesia, no he recibido la menor ayuda externa.

En efecto, mi mujer, cristiana ejemplar, preparó mi camino no hablándome jamás de esto. Si ella me hubiera hablado, y más si me hubiera insistido, habría yo retrocedido, puesto que la naturaleza misma del acto religioso implica libertad y autodeterminación.

Dios dicta al hombre sus deberes, pero el hombre queda en la libertad de obedecer o no al precepto de Dios.

Todo cuanto en mí se ha verificado, ha sido efecto de una Providencia amorosa de Dios, a la que yo he tenido la fortuna de responder generosamente.

Por esto dije antes, mi conversión no es una conversión. Yo no me he convertido ni por influencia externa ni por determinación propia. Mi conversión es una vocación. Dios me llamó; El mismo me condujo hasta aquí. Mi papel ha sido sumamente sencillo: reconocer aquello que veía y que las circunstancias, los hechos y la gracia de Dios me mostraban con meridiana claridad, y frente a esta constante vocación responder cumpliendo mi deber de conciencia: obedecer al llamamiento de Dios.

Quizá os preguntéis cómo se efectuó mi encuentro con los elementos del dogma Católico y cómo procedí hasta dar a este dogma el sí de mi fe.

Debo anticiparos que el confucionismo se mantiene escéptico ante ciertas especulaciones intelectuales sobre el problema de la vida; especulaciones que más bien parecen acrobacias de inteligencia que búsqueda de verdad y sabiduría.

Frente al misterio del más allá, y a todos los problemas que lleva consigo, el confucionismo prefiere dar un paso atrás, quedándose en posición de reserva, puesto que si intenta explicarlo, se expone a crear fantasías de todo género.

Yo he creído en el origen divino de la Iglesia al observar en ella un carácter humano y sobrehumano, una coordinación y equilibrio morales únicos, una potencia de bien inagotable. Pero al mismo tiempo que cuidé muy mucho de juzgar *a priori* los temas superiores que exigen madura reflexión y probada competencia, tanto más cuanto que yo comenzaba entonces a conocerlos.

Mi mujer solía decirme con amable picardía que mi fe era la fe del campesino. De hecho yo siempre evité la presunción y garrulería, y la experiencia me ha confirmado que no anduve desacertado.

Sólo entrando en un monasterio he logrado acercarme de verdad al dogma católico, por medio de la oración, sobre todo la oración litúrgica.

La liturgia de la Misa, del Oficio y de los Sacramentos, me han dado el perfecto conocimiento de Cristo Jesús, Hijo de Dios vivo, que reconcilia al hombre con Dios, que

nos ha dado el espíritu de su Padre y por cuyo medio —verdad ésta que ni siquiera imagináramos—hemos llegado a ser hijos de Dios—fuente de toda paternidad—, en virtud de cuya filiación podemos llamar, con toda la grandeza y dulzura que ello encierra, "Padre Nuestro".

He meditado mucho sobre la Pasión de Jesucristo y me ha ayudado en esta meditación la correspondencia epistolar mantenida con mi eminente compatriota Padre Ma-Liang, que a la edad de noventa y cinco años tradujo y publicó en chino las más bellas enseñanzas del Señor. A través de mi lengua materna me sentía más cerca de mi Redentor, el Redentor del género humano.

De esta meditación de la vida, de las obras y de la pasión moral y física del Redentor, saqué la fuerza que me permitió, a mis cincuenta y seis años, acomodarme a una vida del todo nueva para mí: la vida católica monástica.

He meditado el Evangelio para utilidad propia y de mi pais. Con la luz y fuerzas que de sus páginas dimanan he soportado los insultos que se han inferido y se siguen infiriendo al pais chino; debilidad ésta, que desde hace un siglo parece ser moda y muletilla del mundo entero. He soportado los insultos y humillaciones que se me infringian por el solo motivo de ser chino.

Pero puedo asegurar que tales insultos y humillaciones a mi país y a mi persona no han dejado el menor sedimento de amargura en mi alma. He descubierto que todos nuestros sufrimientos encuentran su alivio, su justificación, su solución en la obra redentora de Cristo, a la cual estamos todos nosotros llamados a colaborar.

Con esto, las pruebas se desvanecen. Dios se trueca en juez que recompensa en la justa y llena medida a cuantos siguen el estrecho camino que conduce hasta El.

Es más: estas pruebas resultan para cuantos, como nosotros, aman, raudales de vida y de felicidad. Por esto decía exactamente Isabel Leseur: "El alma que se eleva, eleva al mundo."

Yo pudiera resumir mi pensamiento filosófico y religioso de este modo: Soy confucionista, porque esta filosofía moral—en la que nací y crecí—penetra profundamente la naturaleza del hombre y traza la línea moral de los deberes del hombre para con Dios, con los padres y con el prójimo.

Soy cristiano y católico, porque la Iglesia, elaborada

desde el principio de la Humanidad, fundada por Jesucristo Hijo de Dios, ilumina y conforta el alma humana y da respuesta satisfactoria y definitiva a todas nuestras aspiraciones, todos nuestros ideales, todos nuestros deseos y todas nuestras necesidades.

La luz divina de la Iglesia ilumina nuestro origen y nuestro fin, nuestro peregrinar y nuestro destino, nuestra restauración y nuestra glorificación.

La Iglesia Católica es el divino complemento a cuanto yo poseía, presentía y aspiraba. Complemento insustituíble de las instituciones fundamentales de mi país.

Mi carrera política podía decirse virtualmente terminada a fines del 20. Dos años más tarde, para subvenir a las necesidades de la delicada salud de mi esposa, me decidí a venir a Europa, escogiendo por residencia la Villa de Lorcano, que años antes habia adquirido a las orillas del Lago Mayor.

Por aquel tiempo me ofreció mi Gobierno la Legación de mi país en la capital de Francia, pero decliné el ofrecimiento. Sin embargo, poco después acepté y aun solicité la de Berna.

Aquí me esperaba una dura prueba. Mi mujer se agravó de tal manera que perdí las esperanzas de su curación.

Mi primera ocupación fué prodigar a mi querida enferma todo aquel amor y entrega que la había llevado a ella a unirse a mí para sobrellevar conmigo los riesgos y peligros que tan crudamente se me habían acumulado durante mi carrera.

Cuando presentí inevitable su pérdida, se me ofreció el problema que treinta años antes me había presentado el ministro Shu-King-Shen. Si el Señor llevaba a mi esposa, yo solicitaría la admisión en una institución religiosa en Europa; acto éste que entrañaría doble fidelidad: fidelidad a la esposa que me dejaría próximamente, y fidelidad al testamento de mi maestro, que me había aconsejado llegar hasta el fondo de mi europeización, haciendo mía la vida interior cristiana, fuerza secreta de cuanto bueno y sólido tenía Europa.

Cuando meditaba cómo daría a conocer a mi querida esposa el modo cómo iba a consagrar mi eterna fidelidad a su amor, cayó entre mis manos el Diario y Pensamientos de Isabel Leseur.

Aquella lectura permitió a nuestros corazones compren-

derse y compenetrarse más y más. Era absoluta nuestra concordancia.

Nuestra recíproca comprensión se proyectaba hasta las regiones de la eternidad.

Ella llevó a su tumba mi vida religiosa. Y yo llevo en mi retiro su vida eterna.

Después de la muerte de mi esposa me quedé desolado. Buscaba la soledad con verdadera angustia. Comencé a rezar y a buscar una casa religiosa en que satisfacer mis deseos de soledad. En mi búsqueda tuve presente el consejo de mi maestro Shen: "Cuenta contigo y no con los demás", consejo que procuraba completar con lo que tantas veces me repetía mi padre: "Cuenta con Dios."

Ya no tenia ni padre, ni madre, ni esposa. Debía contar sólo con Dios.

Mi entrada en la vida religiosa fué para mí un verdadero drama. Nada digo de la dificultad que a mis cincuenta y seis años suponía el estudio del Latín, lengua que desconocía en absoluto, y de la Sagrada Teología, disciplina que tanta constancia y esfuerzo exige. El temor de no poder salir con mi empeño era suficiente para descorazonarme.

Pero mi mayor problema era de orden moral. ¿Cómo podré—me preguntaba—ascender las gradas del sacerdocio? ¿Cómo podré presentarme cada día ante Dios, como representante de la Humanidad?

Muchas veces me creí incapaz de dar respuesta a estos interrogantes; muchas veces creí que, dada mi edad y mi carrera, se me exigía demasiado.

Pero obedecí. Fueron muchos los días en que hube de hacerme fuerte violencia. Verdaderamente Dios me llevaba en sus brazos.

La ayuda de Dios se me ha hecho sensible en todas las etapas de mi vida temporal y espiritual, y en cada uno de sus actos. Dios me ha llevado, ignorando yo el fin excelso para el que me preparaba.

Soy un niño que apenas sabe caminar. Sin embargo, de todas partes me empujan, y yo avanzo, avanzo siempre y aun sin decidir yo mismo avanzar; toda mi vida es avance incontenido.

Soy como un infantuelo que está aprendiendo a caminar y cuya madre va delante haciéndole señas y protejiéndolo. Y el niño avanza.

El buen Dios, no deja de hacerme señas y yo sigo adelante.

El niño camina hacia su madre, y cuando se tambalea salta sobre el regazo de la dichosa mujer, se ríe feliz y la abraza.

Cuando llegue hasta mi Dios, así será mi muerte.

LA GLORIA DE TU PUEBLO

KENNETH SIMON

Nacido en Nueva York en 1909. Médico y científico judío. Actualmente es sacerdote en la trapa de Nuestra Señora del Valle, Estado de Rhode Island.

NACÍ en Nueva York el 6 de agosto de 1909, de padres hebreos. Mi primera formación la recibi en la Sinagoga Hebrea Reformada (de tendencias liberales). Aquella formación iba orientada a excitar en mí compasión y amor profundo a mi pueblo perseguido y con frecuencia condenado a muerte como traidor a su fe... Jamás me hubiera yo convertido ni abandonado mi fe en fuerza de tales persecuciones. Al hacerme católico no abandoné mi religión, sino que permaneci fiel a mi primera promesa, según demostraré en este libro."

Así comienza Kenneth su obra *The glory of thy people* (Macmillan, New York). Hoy, Kenneth es un ejemplar sacerdote, Padre María Rafael, trapense en la abadía de Nuestra Señora del Valle, en el Estado de Rhode Island.

La obra, prologada por Mons. Fulton J. Sheen con inspiradas palabras, está dividida en capítulos y párrafos en los que a primera vista se conoce al científico en la precisión, orden y claridad. Se advierte en toda la narración de la conversión del insigne médico una sincera y serena humildad, predominando el escrito y suprimiendo todo intento de vanagloria o exaltación.

Al leer este libro se tiene la impresión de estar leyendo

cuentos de ultratumba; narraciones de un héroe que en posiciones de cumbres conquistadas mira el pasado libre de todos los peligros, embates y riesgos dejados ya en el campo de batalla.

El que escribe es un hombre moderno y además un médico y un científico. Conoce y penetra todos los problemas actuales; vive en las más populosas ciudades del Universo, New York, Chicago, Berlín; viaja por América y Europa. En sus páginas reviven el colorido y la belleza de Venecia, el Lago Mayor, o las Montañas de Suiza con su silencio blanco y su música serena; cuenta con la ciencia de los más ilustres profesores de las tres grandes universidades que frecuentó, poniéndose en contacto con los más prestigiados talentos en el campo de la filosofía y lógica, medicina y psicoanálisis; goza de la ayuda y aliento de fidelísimos compañeros de peregrinar espiritual y de feliz arribo.

Kenneth logra la meta, pero antes hubo de vencer y despojarse de todo ese cúmulo de errores, dudas, contradicciones y prejuicios de que está repleto el mundo pseudocientífico y agnóstico de hoy.

Los argumentos de Voltaire, contra un Dios personal, le parecieron inteligentes y convincentes, y, en consecuencia, adoptó postura de desprecio hacia toda religión.

La teoría materialista que defiende la naturalidad e inocencia de los caprichos sexuales, mientras no se llegue a excesos, como es inocente y natural el comer y el beber, le agradó, aceptándola sin dificultad.

Sostenía la contraindicación que resulta de reprimir pensamientos y deseos de cualquier género, aun irracionales, por el peligro de crear "complejos psicológicos". De aquí que aplaudiera a Oscar Wilde cuando le aconseja con su amargo sarcasmo dar contento a las tentaciones como mejor medio de librarse de ellas.

Poco a poco, estos mismos motivos que le arrastraron a tal confusionismo, aberración y desvarío, encendieron en él vivas ansias de llegar a una solución definitiva, una del todo valedera.

Es el hombre moderno que en él late, honesto y ansioso de verdad y de paz, el que le induce a caminar por la senda hasta el final. Es muy largo el periplo que le habrá de conducir a través de todos los meridianos, hasta la India encantada; pero su navecilla, como la de Colón, navegará incansable sin detenerse en descubrimientos intermedios.

Tanto su desorientado vagar de un principio, como su

honrado rumbo, fuéronle inspirados a Simón por una intuición instintiva que le dictaba ser necesario para la vida un fin elevado y un objetivo sublime.

Que fuera Dios el fin de la vida humana, no lo llegó a sospechar siquiera en muchos años. Es cierto que en su infancia había conocido Simón, en la lectura del Viejo Testamento, un Dios que habitaba y hablaba con su pueblo. Pero aquel Dios no tenía en la actualidad más supervivencia que la que tenían un Moisés, un Samuel o cualquiera de los profetas a que El se revelara. Era un Dios histórico.

Estas y no otras fueron las convicciones que fueron enraizándose en su mente con el correr de los años y el aumentar de sus conocimientos. Estas y no otras fueron las que le inculcaron los rabinos en las lecciones de su infancia y juventud.

Por otra parte, nuevas afirmaciones vinieron a desorientarle. Los rabinos de la Sinagoga reformada ponían en duda la inspiración de la Sagrada Escritura, aseguraban no ser necesario creer en la unidad de la estirpe humana; algunos llegaron a declarar fenómenos puramente naturales los milagros de Moisés.

A la vieja religión sucedía ahora—como brote interior y espontáneo—un nuevo ideal: la ciencia moderna.

Pero aun este ideal comenzó a tambalearse con el correr de los años. Tenía la experiencia personal "de que cuantos más conocimientos se acumulan, tanto menos orden existe en ellos".

Un amigo de Universidad—hebreo, convertido después al Catolicismo—lo introdujo en esferas más elevadas. Le habló de los maestros de la sabiduría—que no puede ser ni antigua ni moderna, puesto que es inmutable—; y estos maestros le ofrecían "la verdad", los griegos en su filosofía, los cristianos en filosofía y teología.

"Comencé entonces—escribe Simón—a ver claramente cuanto ya había presentido entre penumbras durante mi estancia en Berlín. La ciencia moderna no ha aportado ningún nuevo descubrimiento notable a la ética, metafísica, lógica y teología natural, ya que sus objetos—razón, ser, acto humano, Dios—, ni siendo preceptible al instrumento material, estaban tan patentes a los antiguos como lo están a los modernos. El instrumento único en este campo de la especulación es un entendimiento disciplinado al raciocinar especulativo al propio tiempo que del todo acomodado a los hechos concretos.

Entonces comprendí que nuestras ansias de novedad y nuestra soberbia convicción de haber hallado nuevas verdades nos llevan a abandonar verdades antiguas por errores nuevos.

En la Universidad de Chicago enseñaban figuras tan eminentes como Hutchins, Adler, Mckeon. De ellos aprendió Kenneth a elevarse de los hechos concretos a los principios universales, llegando así al hábito de la razón lógica y a la fe en el entendimiento agente, rechazando en absoluto el subjetivismo y el escepticismo idealista.

Aristóteles y Santo Tomás serán desde este momento sus mentores inolvidables. Son para él los grandes investigadores, los íntegros e intachables científicos, los espertos definidores. Como Virgilio o Dante, enseñarán a Simón el camino de las estrellas para llegar a Dios.

Por este tiempo es cuando en su búsqueda de la verdad, oyó la primera llamada de la Iglesia Católica. Lo que le atrajo fué precisamente su dogmatismo, su certeza absoluta de poseer toda la verdad religiosa, su reivindicación de única autoridad infalible.

"Los protestantes están divididos en centenares de sectas disidentes, los judios limitan su religión al propio pueblo; pero la Iglesia Católica predica una religión universal, invitando a todos los hombres a acogerse en su seno."

Es interesante notar que hasta este momento no ha tenido Kenneth contacto ninguno con sacerdote católico alguno. Su trabajo era todo interior y solitario; del todo personal. Había llegado a conquistar aquella certeza por la meditación de textos filosóficos antiguos y medioevales y por la meditación de sus propias convicciones.

No podemos acompañar a Kenenth en todas las etapas de su marcha ascensional hacia la certeza de la fe católica; pero podemos asegurar que su libro es—sin pretenderlo—un verdadero curso de apologética.

Al recorrer las páginas de su libro, se asiste a la ascensión penosa por el camino pedregoso, hasta la cumbre donde le invita el Señor.

Todas las verdades naturales y cristianas fueron meditadas, estudiadas y finalmente aceptadas por él; el origen de la especie humana, la espiritualidad del alma, los ángeles, la existencia de Dios, los motivos de credibilidad, la realidad de los principios y mandamientos morales, Dios fuente y principio único de la felicidad humana, la revela-

ción, Jesucristo y su Evangelio, su divinidad, la Santísima Trinidad, la Gracia...

Cuando en 1936, recibida la embestida suprema de Dios, entra Simón Kenneth en la Iglesia Católica, podrá ofrecer al Señor un riquísimo "obsequio racional".

Tuvo desde un principio la firme resolución de no abandonar la fe de sus mayores; y al aceptar ahora el Catolicismo, no infiel a aquel propósito, sino la manera más segura de serle eternamente fiel. Después de dieciocho siglos de fidelidad a Yahvé, siglos en los que florecieron figuras tan excelsas como David, Isaac, Moisés y Abrahán, el judaísmo encontraba su más encumbrada gloria y su más perfecto complemento en la Iglesia fundada por el que fué luz de las gentes y gloria del pueblo de Israel: Cristo Jesús.

DEL UMBRAL DEL MISTERIO A LOS UMBRALES DEL SER

FRANCISCO SEVENI

Natural de Arezo, 1879. Profesor de Alta Geometría en la Universidad de Roma. Presidente del Instituto Nacional de Matemáticas Superiores y miembro de numerosas Academias italianas y extranjeras. Galardonado con el Premio Internacional de Matemáticas. Autor de unos 1.300 estudios.

EN pleno Renacimiento. La Humanidad se siente orgullosa de sus conquistas en el arte y en la ciencia. El lujo, saliendo de los palacios, invade las ciudades y los pueblos. Y en aquel ambiente de altivez y fastuosidad, con acento de asceta del medioevo exclama San Juan de la Cruz: "El que quiera hallar al Señor, debe retirarse con la voluntad de todas las cosas creadas y entrar dentro de sí mismo con grande recogimiento, no haciendo de cuanto en el mundo hay, más acaso que si no existiera."

Este mismo era el pensamiento de un gran pensador, que después de medio siglo en servicio de la ciencia fijaba sus ojos en el único Verdadero y Eterno, del que son pálidos reflejos las ciencias de la tierra.

La ciencia no había llenado su corazón ni satisfecho su inteligencia. Razón tuvo Dürer a dotar a su *Melancolía* de todos los instrumentos de la ciencia.

La tranquilidad y la paz no son, en efecto, frutos del más vasto conocer. La sed del misterio y el hambre de in-

finito no pueden ser satisfechas por la ciencia humana, que se ve precisada a confesar su impotencia para dar a sus cultivadores el más preciado de los frutos terrenos: la quietud espiritual.

La Ciencia humana debería ser hija predilecta de la Sabiduría divina, y como escribe el gran matemático y astrónomo Kepler, debería tener el privilegio de inyectar en los hombres la ciencia divina, injertando en el espíritu humano el espíritu de Dios. Pero, arrastrada por su demoníaco orgullo, ha perdido su derrotero y tanto el presente como en el pasado ha olvidado su altísima misión.

Y puesta en este camino, olvidados los preceptos evangélicos y los derechos del espíritu, la que debió ser instrumento de paz cristiana es arma del bien que arrastra a la civilización humana a periódicos e inevitables cataclismos.

Mi historia es la historia de un pensamiento que, alejándose, como el pródigo, de la fuente de la Verdad trascendente, se ha parapetado en las posiciones de la certeza científica humana. En cierto momento de mi vida, ya en completa madurez, he querido encontrar en esa certeza la seguridad que la relatividad de las leyes científicas y su perpetuo dinamismo hacia principios y verdades, cada vez más altos, me podía conceder.

Pero esos principios y verdades que brillan a nuestros ojos son metas inasequibles a la ciencia, sirviendo de comprobante de la perpetua relación del relativo hacia ese absoluto, que como barrera elástica, se opone infranqueable a los medios cognoscitivos humanos.

Y merced a esta sed insaciada, y a esos principios y verdades inalcanzados, el hijo pródigo vuelve a su Padre.

Con la edad moderna, agrandado el mundo con los descubrimientos geográficos, propagado el pensamiento en brazos de la imprenta, y multiplicados, con el empleo de las armas de fuego, los instrumentos de muerte que han abierto tan hondos surcos de odio entre los pueblos, la ciencia, la cultura y el arte, se encarrilaron por derroteros paganos, atraídos por una fuerza fatal.

En este momento se inicia una grandiosa experiencia histórica: la construcción de un mundo nuevo, en el que la investigación de las leyes de la naturaleza gana en amplitud y profundidad hasta arribar en el siglo XIX a los grandes inventos científicos que aceleraron, incontenible, la marcha del progreso.

Experiencia coronada por el orgulloso imperio de la dio-

sa Razón "el máximo artífice de los valores humanos", como en nuestros mismos días ha escrito un filósofo italiano de la otra banda.

Los triunfos del racionalismo matemático y experimental, que dan origen al determinismo mecánico, comienzan con Leonardo, Copérnico, Galileo y Newton. Con Descartes la reducción del Ser al humano pensar. Con Leibniz, el orden racional preestablecido. Con Pascal, "el oscilar entre opuestos: entre miseria y grandeza; entre finito e infinito; entre instante y eternidad". Con Lutero, la exigencia del pecado como requisito y preparación de la fe y de la redención. Y del mismo Lutero la Reforma que tan incalculables consecuencias tuvo entre los elementos anticatólicos—y en definitiva, antieuropeos—del germanismo.

El aficionado a la disciplina matemática no puede menos de admirar el poderoso impulso que esta disciplina recibió de esa ilustre teoria de sabios arriba mencionados, a pesar de los errores y desviaciones en que incurriera y de los cuales aun no ha podido liberarse del todo.

Seria necesario llegar hasta las mismas raíces de las cuestiones, objetivo que me he propuesto en mi corta vida para descubrir los errores y acelerar de esta manera la hora de la redención. Por lo demás sabemos que todos aquellos ilustres científicos poseían un espíritu profundamente religioso. Recuérdese, por ejemplo, el caso de Newton, que pasó los últimos años de su vida meditando sobre el Apocalipsis.

Es, sin duda, el siglo XIX el que señala la máxima en la gráfica del alejamiento entre la ciencia y la Fe. Llegaban a su apogeo el análisis kantiano del concer y alcanzaba su afianzamiento por una parte el positivismo—, expresión filosófica del determinismo mecánico y, por otra, el racionalismo hegeliano, enemigo también de la trascendencia divina.

El año 1825 podía escribir un astrónomo de magnitud de Laplace—símbolo de toda una época—en su *Essai philosophique sur les probabilités:* "Una inteligencia que en un momento dado pudiera conocer todas las fuerzas de que está animada la naturaleza y la posición de los seres que la componen, y al propio tiempo fuera capaz de someter estos datos al análisis, encerraría en una sola fórmula los movimientos de los cuerpos más grandes del universo y los de los átomos más veloces; nada dudoso existiría para ella y le serían presente el pasado y el futuro."

Esa "inteligencia" de Laplace es—salvo su universalidad—de tipo completamente humano, ya que en sus conclusiones matemáticas trabajaría con los mismos medios con que trabaja nuestro entendimiento.

El hombre del futuro sería elevado a ese grado de universalidad.

No comparto el pensamiento de Galileo, según el cual el libro del Universo está escrito con caracteres matemáticos; pero mientras el hombre continúa fatigosamente su lectura por deducciones, la intuición divina lo tiene presente inmediata y simultáneamente sin velos que oculten secreto ninguno.

Laplace se reafirma en sus ideas, asegurando que el atribuir al Universo una causa final, procede sólo de ignorar la verdadera causa—la causa eficiente de Aristóteles—, debiendo desaparecer de toda sana filosofía cuanto signifique finalidad y albedrío.

De este modo, decía Bachelard, descendía el determinismo del cielo a la tierra, y en los cielos desiertos quedaba una sola divinidad: la Ciencia.

Los triunfos sorprendentes de la deducción e inducción científicas parecian justificar semejantes aberraciones. Ya en el siglo XVIII había anunciado Halley la vuelta para el 1759 del cometa que lleva su nombre y que por tres veces reapareció en el 1531; Clairaut determinó por cálculo el momento de la llegada del perielio, ocurriendo su predicción con precisión matemática en abril del 1759.

Y en este siglo XIX, "siglo de las luces", Le Verrier, "con la punta de su pluma", según pintoresca expresión de Arago, descubría el planeta Neptuno aplicando el método de la mecánica analítica lagrangiana a la investigación de las causas de las perturbaciones que se advertian en la órbita del planeta Urano. Maxwell, veinte años antes que las produjera en su laboratorio Hertz, descubría también por cálculo matemático las hondas electromagnéticas, que tanta influencia iban a tener en la vida social. En 1869 anunciaban Meyer y Mendelejeff el principio de la periodicidad en las propiedades de los elementos químicos y profetizaban la existencia de elementos nuevos (como el ekasilicio de Mendelejeff). Hamilton, en el 1830, y MacCullagh, en el 33, deducían teóricamente—antes que lo comprobase con sus experiencias Lloyd—la refracción cónica de la luz.

No sigo la enumeración; pero ya se ve por este rápido recorrido cómo todo parecía conspirar para engendrar en

el hombre la soberbia convicción de que tenía en sus manos la clave de todos los secretos de la Naturaleza y que desde aquel esplendente siglo de los inventos sería innecesario y hasta oscurantismo recurrir a intervenciones sobrenaturales.

De aquí que Vicente Monti, entusiasmado por las conquistas de la razón, cantara exaltado:

"Humano entendimiento,
filosofía segura,
¿qué puede tu ardimiento
medir o limitar?"

Y José Carducci podía barbotar esta blasfemia en su himno a Satanás: "Cristo, Semítico Nume... que de tristeza el aire contaminas..."

Pero aún no había terminado el siglo de las luces, cuando nuevos inventos rasgaron los esplendores del determinismo mecánico, con sombríos brochazos de duda y desconfianza.

Fenómenos no incluídos en el simplista cuadro del determinismo venían a obstaculizar su marcha triunfal. Así, las teorías de Fourier sobre el calor, y la explicación—o intento de tal estadístico—probabilística de la segunda ley de la termodinámica lanzada por Boltzmann. Con todo, en un principio no se dió a estas sombras gran importancia, esperando llegaría la hora de desvanecerlas con la explicación mecanicista.

Los golpes mortales los recibió el sistema mecanicista con el descubrimiento de la radioactividad (1896) y de modo particular por las esenciales divergencias entre el electromagnetismo de Maxwell y la mecánica clásica, divergencias que a través del tiempo-espacio de Lorentz, disponía el camino a la relatividad.

El siglo XX se presentaba con la teoría de los "cuanta"; el quantum de energía de Plank; el quantum de luz o fotones de Einstein el 1905 y, por fin, del 1905 al 15 la teoría profundamente revolucionaria de la relatividad, a cuyo desarrollo había de contribuir tanto con sus métodos de investigación y cálculo la matemática moderna.

Las teorías mecanicistas, que desde Laplace tanto habían enorgullecido al siglo XIX, resultaban ahora insostenibles par todo hombre de ciencia.

Yo he vivido la crisis del sistema en toda su algidez, ya

que mis investigaciones matemáticas comenzaron el 900. La crisis interesaba de lleno a las matemáticas, dado el enorme trabajo de investigación realizado durante todo el XIX, basándose en los principios de dicho sistema. Trabajo que continúa y se amplía el XX, paralelamente a los descubrimientos constructivos que hacían subir aceleradamente el edificio milenario.

No quiero repetir el análisis pormenorizado de las causas y etapas de dicha crisis, que ya he dejado hecho en mi conferencia "La ciencia y el umbral del misterio".

Básteme transcribir las conclusiones a que llego, conclusiones que convergen todas en ésta: jamás la ciencia ha estado tan impregnada de metafísica como en el presente siglo, en el que—según expresión de los positivistas—el mismo positivismo histórico era metafísico cuando hablaba de los hechos y de las leyes inmutables que los regulan.

El neoempirismo y el neopositivismo, fundados en la estructura lógicodeductiva de las matemáticas, y en el principio de observabilidad conceptual de la física moderna—y cito casi a la letra palabras de un decidido defensor de las nuevas directrices, Nicolás Abagnano—afirman que las matemáticas no se plantean (porque no se la pueden plantear) la cuestión de lo verdadero y de lo falso, sino que se autodefinen como posibilidad de construcción lógica independiente de las leyes de la razón, y que la física, a su vez, se niega a describir la génesis y desarrollo de los fenómenos, investigando y calculando con el solo objetivo de prever los resultados de futuras observaciones. La física ignora que exista o no un mundo externo y no le interesa qué sea materia y qué energía.

La ciencia clásica hablaba de evidencia y necesidad; la moderna, de convención y probabilidad, y según esto habremos de deducir que la ciencia no es sino una serie de párrafos sintácticos, abarrotados de convenciones e iniciales, que hacen de la filosofía del conocer mera filosofía del lenguaje.

El que por vez primera oiga esto pensará que es totalmente paradójico. No encierra algo de verdad, pero una verdad que en un momento dado rechaza, plegándose sobre sí misma, como carentes de sentido, problemas que interesan al espíritu más que los experimentales o filosóficos, los problemas espirituales.

El análisis hondo de las afirmaciones transcritas nos lleva a las siguientes conclusiones:

Es cierto que la estructura lógica de las Matemáticas es hipotético-deductiva, es decir, que sus postulados pueden considerarse como definiciones implícitas de sus ideas lógicas; pero las hipótesis, supuestos o definiciones fundamentales—los antecedentes, como los llaman los neopositivistas—deben en último término satisfacer a un principio de no contradicción, que sea tal aun en las nuevas lógicas creadas o por crear.

En definitiva: para ajustarse a tales imprescindibles condiciones, después de haber hurtado el cuerpo a uno y otro sistema lógico, termina por caer en la realidad objetiva, externa y sensorial, proponiendo el postulado fundamental de que lo real no puede ser contradictorio.

Esto supone, además, que el proceso deductivo, en cualquier sistema de suposiciones lógicas o matemáticas, está de acuerdo con nuestra organización intelectiva; es decir, con la lógica clásica, común a todos los mortales y que constituye siempre la osamenta de todo normal raciocinio.

Es más. Los conceptos, los principios constructivos matemáticos—; por ejemplo, el cálculo infinitesimal, aun cuando respondan a una idea propia del infinito formulada para uso y consumo de las matemáticas, al fin de cuentas presuponen casi todos el infinito metafísico en solo el cual puede apoyarse con seguridad intuitiva e inmediata el raciocinio. Y esto aun las demostraciones elementales en las cuales, aun teniendo objetivo limitado, quieren dar a las verdades deducidas o comprobadas valor universal.

Podrá interesar, si se quiere, reducir las demostraciones matemáticas a juegos verbales o sintácticos; pero en un momento dado, su inmediata y no convencional ligazón con las leyes del espíritu se impone con necesidad, que impide todo subterfugio o juego de palabras.

El profesor Héctor Carrucio, de Módena, en un sutil estudio publicado poco ha, se desenvuelve en posición no antineoempirista, por cierto; sin embargo, y a pesar de apoyarse en teoremas del empirista Gödel y Karnap (uno de los maestros del Wiener Kreis), termina afirmando que existe en todo pensamiento racional un quid inexpreso e inexpresable mediante sistemas alguno de lógica simbólica. Es lo que ya había dicho San Agustín de su *De Magistro*, esto es: que ningún signo con que otro nos comunica sus pensamientos puede ser comprendido sin un acto del todo personal de nuestro entendimiento.

Podemos añadir a estas afirmaciones que aquel tanto

de concordancia que llegan a obtener dos entendimientos que se comunican sus ideas es debido precisamente a la intuición común de una verdad externa a ambos entendimientos, con la que ambos sintonizan y que trasciende los límites del lenguaje y del silogismo.

Es muy significativa a este propósito, la afirmación de un ilustre representante del neoempirismo, agudo intérprete de muchos conceptos matemáticos y filosóficos, el doctor Geymonat. Afirma el doctor que ningún idioma tiene valor alguno significativo si la clave de su mecanismo no está en manos de una lengua preexistente; de modo "que nos vemos en la necesidad de aceptar—cito palabras textuales—una lengua prima, o... recurrir a un acto primario extralingüístico, producido por esa lengua prima". Disyuntiva, cuyos términos atacan por igual los fundamentos mismos del neoempirismo.

Otras conclusiones, a las que llegué después de trabajoso examen, se refieren al carácter metafísico del principio de observabilidad conceptual y a las explicaciones probabilístico-estadisticas que predominan en la física de hoy, y que constituyen la base del neopositivismo.

Si paramos mientes en ella, hallamos el origen de esta orientación en el principio profundamente metafísico de Leibniz de la "razón suficiente".

Además del principio de la "indeterminación", de Heisenberg, que constituye desde 1825 el leitmotiv de la física atómica y nuclear, y que fué el último azadonazo al ruinoso edificio del determinismo materialista, no se puede en modo alguno omitir el principio de causalidad, que será siempre —a pesar de lo que algunos filósofos puedan opinar—premisa indispensable a toda ciencia.

Creo que demostré suficientemente en una comunicación al Congreso internacional de filosofía (1946) y en un artículo de *Scientia*, que la "indeterminación" es consecuencia fatal de nuestro modo de percibir y experimentar separando los conceptos de tiempo y espacio, inseparables en la sensación y pensamiento humanos. Esta separación hace imprecisos y a veces indistintos los conceptos de materia y energía, siendo así que en un cuerpo en reposo se pueden distinguir, mediante un análisis cuidadoso, los caracteres de la sustancia aristotélica.

Y ¿qué decir de la relatividad? ¿Habrá dado esta teoría la batalla definitiva al absolutismo? Todo lo contrario.

Es inadmisible el análisis que esta teoría hace de los

conceptos de espacio, tiempo, gravitación, energía y sus mutuas relaciones; pero aun en este caso, admitida la relatividad temporal y espacial (o lo que es lo mismo, la dependencia del observador de la contemporaneidad y coespacialidad de dos sucesos) aboca a un absoluto—que es la velocidad de la luz—, el cual, en el espacio-tiempo, o kronotopo vacío de materia imponderable, tiene el mismo valor para todos los observadores, sean cualesquieran las relaciones mutuas de movimiento. Es el absoluto del primer día de la Creación.

Otro absoluto está constituido por el llamado "tensor gravitacional", que forma la base física y completa la definición del kronotopo y de las covariaciones de las leyes del mismo; un absoluto que nos ofrece la definición científica del mismo y del mundo entero, haciendo así inexactas las palabras de Abagnano cuando afirma "que todas las ciencias ignoran que sea el mundo externo y no tienen interés en definirlo ni en plantearse los problemas relativos.

A fuerza de anatomizar el saber para desterrar todo contenido no positivista, se llega a la desconcertante conclusión de que "toda ciencia universal es sólo y únicamente un análisis del lenguaje", cuyas proposiciones no tienen más valor que el de hacer posible y garantizar el discurso; que los principios de identidad, contradicción, exclusión de un tercero, no tienen valor ninguno fuera de la metafísica de las cosas o sus cualidades, y carecen en absoluto de toda eficacia cognoscitiva.

A fuerza de buscar el relativo, se tocan de manos a boca con el absoluto que se hiergue señalando la inmutable Verdad sustancial.

Puede, en efecto, el entendimiento humano aquietarse con conclusiones que reducen el pensamiento a meras fórmulas carentes de contenido sustancial, la ciencia del espíritu a doctrinas baratas de vagabundos fantaseadores; la investigación física a descubrimiento de relaciones sólo probables sin la consistencia de la certeza; el mundo externo con la simple relación de los problemas científicos con el hombre, que a su vez, como una parte más en este mundo ficiticio, no puede juzgar a los fenómenos reales por ser externos a él; la vida con el fluir sin rumbo fijo, de en el tiempo y en el espacio, de un minúsculo átomo que existe porque vive, pero que no subsiste porque no participa del Ser que todo lo contiene. ¿Podemos acaso complacernos en considerar la vida—precioso don del Creador—como

simple resultante de factores materiales, y nuestro pensar, sentir, conocer y amar, es decir, nuestra alma, un mero juego estadístico, un complejo de acciones y reacciones físico-químicas?

Hay fenómenos en nuestra actividad vital que tienen su explicación en las reacciones físico-químicas; pero hay un sinnúmero de ellos que se dan de un modo del tono opuesto al del proceder de la materia inanimada. Esta manifiesta tendencia constante del heterogéneo al homogéneo; del complejo al simple; del probable al más probable. Aquellos fenómenos, en cambio, siguen dirección opuesta, del homogéneo al heterogéneo, del simple al complejo, del probable al menos probable.

En el desarrollo del organismo se manifiesta esta tendencia ya en el embrión y es lógico en consecuencia, suponer a éste gobernado por un principio finalístico, en oposición a los fenómenos sujetos a la casualidad.

Los principios estadístico-probabilistas se acomodan perfectamente a los fenómenos microfísicos, en los que intervienen números colosales de elementos a los que se pueden aplicar las leyes del caso, pero no son aplicables tales leyes a las últimas partículas vectoras de la vida, los llamados "genes", que químicamente son moléculas proteicas, constituídas por un número relativamente pequeño de átomos.

La regularidad maravillosa que se observa en este mundo de microorganismos, es—dice Schrodinger—algo milagroso.

Todo esto nos induce a rechazar el simplismo laico, al que el neopositivismo pretende reducir todo el universo, vida y pensamiento. Todo conduce nuestras actividades al plano finalístico, aun cuando con objeto de comprobar su validez investigamos o razonamos con presupuestos deterministas.

Hace ya casi un siglo que el escritor danés Soren Kierkegaard, "alma sedienta de Dios", se esforzó por verse libre del racionalismo desesperado de Hegel, exaltando el irracional, el inconsciente, el instintivo y hasta el pecado como premisa (en sentido luterano) para la salvación y la gracia y como fatal secuela de la finitud humana. Estos forcejeos lo lanzaron al existencialismo, filosofía de la angustia, que no es precisamente miedo de algo concreto, sino ansiedad de lo infinito, de aquel eterno del que saltamos a la vida revistiendo con ropaje cristiano los conceptos de indi-

viduos, redención, trascendencia y existencia, proyectándose en el espacio y en el tiempo.

"Ser o no ser" es el grito angustioso que repite el filósofo danés con su coterráneo Hamlet.

Kierkegaard hace suyas estas palabras de Cristo: *Tristis est anima mea usque ad mortem.*

Esta tristeza de Kierkegaard es arrastrada hasta la desesperación—sin luz de amor de Dios—en el existencialismo de Martín Heidegger y Carlos Jaspers, que describen la parábola de la existencia desde la nada como principio, a la nada como término. No es la tristeza del pecador que se presenta dolido ante Dios, sino la negra amargura de la nada, sobre cuyo fondo se perfila el hombre como inútil e infeliz centinela.

Una vida así, tan precaria, sin sentido, no es más que una constante fuga hacia la muerte. La existencia consiste precisamente en perderla. ¿Qué existencia puede ser ésta? La inmersión en la nada.

Oigamos a este propósito a Shelley:

"...aterrados por fatidicas visiones
combatimos ineficaz combate
con fantasmas, y en acceso de locura
hendimos los puñales del espíritu
en la nada invulnerable".

¿Qué podrá llenar el abismal vacío que deja en el alma una ciencia que después de reconocer su ineficacia responde cínica a los terribles interrogantes de la conciencia: conformaos con lo que el entendimiento y los sentidos os permiten percibir, que más allá sólo está la *nada?*

¡La nada! ¿Y no es el negro fondo de esa nada el que ensombrece el horizonte a mi espíritu sediento de luz, luz que esperaba hallar en la ciencia? ¿Y no es esto vivir atenazado por la más dura esclavitud cuando corria desolado buscando la inmersión en el infinito, Dios, cuyas huellas descubria en el fondo de mi ser?

Mil veces corrí anhelante por los campos de la ciencia positiva por hallar donde saciar la sed de luz y de verdad que me abrasaba. Y otras tantas retorné insatisfecho a mi punto de partida.

Mil veces me extasié ante el orden maravilloso del Universo, en su inmenso aglomerado de estrellas y nebulosas, cuyos rayos se flechan unos a otros sin alcanzar el blanco

en centenares de miles de años, a pesar de taladrar la inmensidad a la fantástica velocidad de 300.000 kilómetros por segundo; mil veces me sumergí en esos mundos jóvenes que contravinieron las leyes de la entropía que declina hacia el agotamiento energético, surgen llenos de vigor y de belleza. Y otras tantas me detuve ante el *umbral del innegable misterio.*

Con frecuencia me pregunto: ¿la misma posibilidad de proponerme, que me propongo, el problema de lo infinito, de lo eterno, no es prueba fehaciente de la impronta divina en mi diminuto ser? ¿No es señal inconfundible de la huella de Dios el que yo, átomo insignificante de la Creación, pueda abarcar en un atrevido golpe de intuición la multiplicidad, la unidad y la grandeza colosal del Universo?

Convéncete, hombre. Cuanto emprendas y construyas es efímero si no lo orientas hacia Dios. Tu esfuerzo será noble y digno sólo y cuando te acerque a la comprensión de aquella Realidad que no aprisionan ni el tiempo ni el espacio.

Escucha la palabra de Dios. Déjala penetrar en su corazón y percibirás su eco en la Creación e iluminado por la Verdad Eterna subirás de un salto los escalones de la ontología existencial, y del *umbral del misterio llegarás al umbral del Ser.*

CANCIONISTA Y APOSTOL

PAUL MISRAKI

Compositor de música ligera. De origen italiano, vivió la mayor parte de su vida en América del Sur. Popularísimo en París.

PAÚL Misraki es uno de los cancionistas más conocidos en París y en toda Francia. Sus canciones se hicieron muy populares en todo el país, y algunas de ellas, como *Tout va tres bien, Madame la Marquise* (1), fueron conocidas también en España.

En Francia fué un verdadero golpe la conversión de este artista al Catolicismo.

Tenía treinta años. Se dedicaba con afán a la grafología, astrología, magia filosófica oriental, teosofía, antroposofía y todo lo que significara ciencias nigrománticas. Y estas ciencias, que suelen alejar del Catolicismo, a él lo condujeron hacia tan inesperado fin. Por eso podía declarar: "Los derroteros que a mi me condujeron a Roma, no son, cierto, los más frecuentados."

No es que Misraki atribuya a tales ciencias su conversión. No. El sabe muy bien que no constituían sino una preparación muy remota. Fué Dios el que le tendió la mano. Dios el que se dió a buscar lo que estaba perdido.

Después de su conversión, nuestro artista sentirá la comezón irresistible de comunicar a otros la alegría y la cer-

(1) Con el título *Sin novedad, señora baronesa (N. del E.)*

teza de que es feliz poseedor. Esta circunstancia nos proporcionará una curiosa correspondencia habida con Jacqueline Chassang, incrédula, pero no ajena a los problemas de la fe.

Paul la llamará familiarmente con el diminutivo de "Aline".

El se firmará "Miguel".

Esta correspondencia, sacada a luz pública en la *Maison de mon pére,* de Paris, resulta en extremo intesante. Es un tratado apologético *sui generis.* En él podemos apreciar, por una parte, el forcejeo de un alma por llegar a la fe, y por otra, a la que, sobre fundamentos de razón, esgrime los argumentos que más oportunos le parecen, según el caso, para defender la fe que atesora.

"Ayer, y en un convento de la Banlieue, de París, en lúcida mañana, hice mi Primera Comunión."

Con estas palabras anuncia Miguel en su primera carta el hecho consumado. Hacía ya tres meses que había tomado la resolución de hacerlo y no había comunicado la noticia a nadie, excepción hecha de "aquella que tanto había rogado por mi conversión, Cristina, que enrojeció al saberlo".

Miguel concluye su primera carta con una frase que otro tiempo nos hubiera extrañado recibirla de su pluma: "Dios es bueno, Aline, y son muy de llorar los que esto desconocen."

A Aline le cayó la noticia como un rayo. Se quedó estupefacta.

Aline vive feliz en el campo, recreándose con el aroma de sus flores y la belleza de los claros amaneceres. Es feliz, pero no llega a comprender cómo Miguel, hombre tan de mundo y tan racional, haya aceptado lo incontrolable. Le pedirá explicaciones del fenómeno.

Y Miguel responde. Y responde complacido:

"Hay mucho de incontrolable, en efecto, en el hecho de mi conversión a la fe, pero es precisamente por haber tenido yo la audacia de quererlo controlar."

Miguel había estudiado a ratos el Evangelio y las Cartas de los Apóstoles, entreverando su lectura con los extravagantes estudios nigrománticos. Ha llegado a la conclusión de que "era inútil buscar camino, cuando Cristo nos ha señalado el que debemos seguir".

Antes ni él mismo lo sabia, pero ahora está convencido de lo que escribe.

Aline tiene pasión por la discusión. En realidad, no es la fe lo que le interesa, sino la curiosidad—muy femenina, por otra parte—de sondear las razones que movieran a Miguel a dar un paso tan decisivo. Por lo demás, dice, es lícito ampliar nuestros conocimientos.

También Aline cree, pero es una fe en un credo muy personal; un credo que se ha compuesto ella misma, partiendo de principios agnósticos y panteísticos: Dios es todas las cosas, y la religión, un producto del espíritu humano.

Admite la religión; pero una religión que no tenga como misión regular las relaciones entre el hombre y Dios.

Jesús fué un hombre genial; un profundo conocedor de la psicología humana, lleno de sabiduría y humanidad, de amor y ciencia; un gran hombre, pero... no un Dios.

Miguel protesta de esta religión dilettantista. "*Vuestro* Jesús, tan hábil en sacar provecho de la debilidad humana, no es más que un hipócrita. Al afirmar que es hijo de Dios, es un megalómano irrefrenable. ¿O es que intentaba dar peso a sus palabras con esa filiación?

En este caso, Jesús sería un impostor. Los milagros que en prueba de su pretendida divinidad hacía, no serían sino afectos de una excepcional habilidad humana, o arte de magia o fenómenos seguidos a grandes saltos de temperatura, siendo, por tanto, un criminal abuso de la gente sencilla.

Créeme, Aline: es preferible renunciar a las bellezas de vuestro Evangelio humano. Aun cuando os parezcan todo lo bello que queráis, principios como la caridad fraterna, el perdón de los pecados, la humildad ante la ofensa que os infiere un prójimo, la renuncia a los placeres materiales...

No levantando—como no levantáis—esta doctrina más arriba de vuestro nivel humano, resulta ella imposible, peligrosa y hasta impía.

La justificación del Evangelio es la vida eterna.

¿Que Jesús quiso con estas serenas perspectivas subyugar a los hombres a las exigencias de la vida común de la sociedad?

En este caso, al prometer al hombre lo que no podía darle, habría engañado al mundo.

No. El Evangelio o se acepta del todo o se rechaza del todo.

"Quitad al edificio una piedra, y todo él vendrá a tierra."

Los argumentos de Miguel son para Aline como agua-

ceros de temporal: resbalan sobre la ártida tierra sin ampararla.

Se esfuerza por hacer ver a su amiga las contradicciones en que cae. Concebimos a Dios con nuestro concepto; ahora bien: si ella duda de todo concepto humano, ¿cómo puede afirmar que no duda de un Dios que ella concibe a su capricho con su propia inteligencia? Se ha metido en un callejón sin salida y no le cabe otro remedio que dar la vuelta.

Aline no podía negar que las cartas de Miguel dejaban intranquilidad en su ánimo. Vencida en sus personalísimos argumentos, no daba su brazo a torcer, sino que se agazapaba más en su concepción teística. "Pienso, luego existo. Existo por haber sido creada. Soy creada, luego existe un Dios creador."

Dios, creación, existencia, pensamiento. Estos eran sus conceptos fundamentales. Fuera de ellos, su saber se reducía a bien poco. Más allá de tales conceptos, para ella no había sino dificultades y sombras.

Aline reconoce que la última carta de Miguel ha precisado algunas ideas.

Miguel, sin abandonar el contradictorio, cambia de método. Quizá haya sido agresivo en sus cartas anteriores. Pudiera haber hecho acaso obra demoledora cuando era tan necesaria la constructiva.

Apoyándose en lo bueno que le ofrece Aline, explorará otros derroteros.

"Tu religión, Aline, reducida a un solo dogma, sobre los pilares de cuatro únicos conceptos, contiene una partecita de verdad primitiva. Cuanto sobre ella edifiques no quedará construído sobre arena.

"Pero es de todo punto necesario no detenerse ahí; hay que avanzar. La certeza de la existencia de Dios debe llevarte hasta todas sus consecuencias. De lo contrario quedarás reducida a la más desoladora estirilidad: a la nada.

"Se impone el avance.

"Y no digas que no darás tu asentimiento a principio alguno sin que tengas pruebas absolutas. Esperarás en vano. En el campo religioso no existen tales pruebas, si existieran no habría fe; sólo, sí, ciencia. En el campo de la metafísica hay que suponer todo posible, hasta que el raciocinio te dé firmeza en tu pensar o te proporcione pruebas en contrario."

Entra luego en escena la intolerancia de la Iglesia.

Aline se exaspera cuando oye que "fuera de la Iglesia no hay salvación".

Miguel le explica el axioma según el pensamiento de Boulanger: no hay salvación fuera de la Iglesia para cuantos reconociendo, en la Católica, la Iglesia verdadera, rehusan entrar en ella y observar sus Mandamientos; si para aquellos que, viviendo fuera de ella de buena fe, se esfuerzan en cumplir escrupulosamente los preceptos de la que profesan, ya que Dios nos juzgará de lo que hayamos conocido y practicado de la Ley, no de lo que hayamos inculpablemente ignorado.

El último asalto fué sobre el milagro.

Aline se hace la ilusión de creer en Dios, pero pone límites a su poder.

Los milagros, tanto evangélicos como los que se dicen hechos en Lourdes, no tienen más explicación "que la fuerza galvanizadora de la fe".

En el acaloramiento de la polémica, Aline parece olvidar hasta las formas del sentido común. Según Aline, es la *fe mística* la que llega a dotar a la voluntad un poder capaz de sojuzgar las fuerzas brutas de la naturaleza; la *fe mística* produjo el fenómeno sorprendente del Mar Rojo; la *fe mística* de las multitudes es la que en Lourdes realiza las curaciones prodigiosas.

Esto ya resulta excesivo. Y Miguel advierte a Aline "cómo da a conocer que todos los medios le parecen buenos mientras sean aptos para eliminar el sobrenatural".

El cancionista-apóstol ha comprobado la inutilidad de sus esfuerzos. ¿Para qué continuar haciendo luz a quien cierra los ojos?

A pesar de esta decepción y como si la discusión fuera para él palestra donde afianzar sus propias convicciones, vuelve decididamente al ataque.

Ya no hará uso de argumentos de *poeta*—como le llama Aline después de la conversión—, sino que, esgrimiendo argumentos en los que entran en juego la ciencia y la fe, aducirá el testimonio de un científico moderno de indiscutible fama: Alexis Carrel.

Alexis Carrel ha estudiado personalmente los hechos de Lourdes. De ellos ha escrito: "Nuestra actual concepción de la eficacia de la oración se funda en las observaciones hechas en los enfermos que han sido curados instantáneamente de diversas afecciones, como tuberculosis ósea o peritoneal, llagas supurantes, lupus, cáncer, etc., etc. En po-

dos segundos, o algunos minutos o a lo más algunas horas, las llagas cicatrizan, desaparecen los síntomas y vuelve el apetito. A veces los desórdenes funcionales desaparecen antes que las lesiones anatómicas. Las deformaciones óseas del mal de Pott y los ganglios cancerosos persisten a veces algunos días después de la curación. El milagro se caracteriza particularmente por una aceleración extremada de las reparaciones orgánicas."

Varias páginas están dedicadas al tema, pero no con el orden sistemático de los apologetas, sino con un desarrollo particular en cuanto al modo de ver y superar las dificultades. Aun cuando algo falto de orden y precisión, cuenta en cambio con la viveza del que ha vivido y sufrido la cuestión.

El libro carece de epílogo.

Los dos contrincantes se encuentran uno frente a otro con el Evangelio en la mano. Ambos a dos sacan sus argumentos de las palabras de Jesús, pero entendidas y sentidas de muy diversa manera.

En ciertos momentos se tiene la impresión de que Aline no procede formalmente en la búsqueda de la verdad, sino que lo hace por acrobacia sofística, por *sport* dialéctico.

Quizá ella misma caiga en cuenta de su improcedencia cuando escribe: "No te me enfades, Miguel, si discuto siempre. No has logrado convertirme a tu manera de sentir, pero al menos puedes tener la satisfacción de haberme hecho reflexionar sobre algunos puntos, y esto tengo que agradecértelo muy de veras. Parapetada siempre en mi castillo, hasta hoy del todo irreducible, espero tu nuevo asalto."

El nuevo asalto no llegó.

Miguel la invita a orar.

Bien sabe él que sus palabras caerán en vacío; pero su experiencia de convertido novel le ha enseñado que no hay otro camino para llegar a la fe. "Sé, Aline, que te cito a un campo al que no me querrás seguir, pues en él interviene de inmediato el sobrenatural... Sé que no puedo darte la vista, pues no está en mis manos curar a ciegos. Dios da su luz sólo a los que se la piden."

Y así termina el libro.

El singular combate parece haber sido del todo ineficaz. Pero nos llega la noticia de que Aline, abandonando el artificio que se advierte en todas sus cartas, ha sabido encontrar en la sinceridad a Dios y a sí misma.

MENSAJE DE UN ARTISTA

GEO DUTHEIL

Joven artista parisino, de ideas avanzadas. Encontró a Cristo en el arte de Giotto y Fray Angélico.

NADIE hubiera sospechado, por las obras juveniles de Géo Dutheil, que un día se había de dedicar al arte religioso.

Fué discípulo de Rodin, pero se reveló muy pronto contra los cánones de la escuela. "Rodin—dice Dutheil—me ha enseñado algo; pero yo no necesito hacerlo como lo hace él." Reconocía en su maestro un modelador de genios, pero le negaba la capacidad de imaginero monumental. Se alejó de él y trabajó por su cuenta e inspiración.

Dutheil busca el verdadero arte escultórico entre los egipcios, los ikmeros o los góticos. Sus mejores lecciones las aprendió en las portadas de París, Chartes y Vezelay.

Vivió siempre con el sentimiento de no poder visitar Egipto. "Qué lecciones—escribe—aprenderia en aquella tierra de escultores."

Su juventud transcurrió en la búsqueda solitaria del arte. "La Naturaleza me ha enseñado lo poco que he aprendido."

A los veinte crea su *Hieródule,* engendro obsceno y pornográfico, que suscita un verdadero concierto de anatemas.

No todo fué critica anatematizadora. Anatole France escribía: "El desnudo nunca es obsceno si es bello. El objeto principal del arte es la belleza y en un cuerpo bello no hay

sino órganos gloriosos. Tengo placer en hacer estas aclaraciones a propósito de esta figura de bello estilo y alta calidad." Rodin salió en defensa de su discípulo. También Bourdelle y toda la *élite* de intelectuales, desde Richepin a Bergson, saltará al palenque para defender obra tan acremente criticada.

El artista quedó desolado. Pero al año siguiente y ante su creación de piedra se le hacía justicia, declarándole miembro—el más joven—de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

Desde este momento la fama divulga su nombre aureolado con el triste brillo de especialistas en arte erótico, de lo que él se justifica con estas palabras: "Traduzco en mis obras lo que me enseña la Naturaleza; un cuerpo bello es obra de Dios." Por lo demás había observado artes religiosos, como el llamado sulpiciano, que exponían en las iglesias desnudos, que según él eran verdaderas profanaciones.

Géo Dutheil continúa trabajando solo, y su arte se confirma en las obras de aquellos años: *Leda, Fecundidad, Venus, triunfante, La fuente de la esfinge,* que expone junto con otras de menor realce. También son de entonces los bustos del trágico De Max, del profesor Pozzi, de Mateo Ruiz, Alegría, etc.

Llegado a la madurez, Dutheil hace el balance de sus producciones y queda insatisfecho de su obra. Huye a la soledad del campo y estudia ansiosamente las lecciones de la Naturaleza. Pero en aquella soledad queda sobrecogido por el misterio que le rodea y siente en su interior que le queda algo por decir. Tiene la convicción de que cada artista lleva un mensaje que debe comunicar a la Humanidad. Pero... ¿cuál era el suyo? Y destruye sus primeras creaciones.

En 1930, un triste acontecimiento le llena de angustia; su madre, con la que vivía, es arrebatada por la mano inclemente de la muerte.

Ahora está solo. Infinitamente solo. La muerte le ha acarreado problemas angustiosos. Los cinceles se le caen de las manos. Todo se le antoja vano e indigno. Se reconcentra y medita.

Peregrino melancólico huye a Italia. Florencia le encadena por dos meses, no se cansa nuestro artista de admirar en San Marcos la obra estupenda de Fray Angélico. Es una revelación insospechada. Nunca se cansa de contemplar la obra prodigiosa del *Descendimiento.*

Admira a Giotto. Visita Siena, Asís, Venecia. Poco a poco su alma se equilibra.

Se ha liberado del ansia de soledad y pide asilo a los monjes de Certosa, en las afueras de Florencia.

El silencio, la meditación, el oficio nocturno, la belleza de la liturgia, la solemnidad de las ceremonias, todo se va gravando profundamente en su alma.

Cuando deja el convento se emociona. Es ya otro.

Y comienza entonces su obra religiosa.

Vuelto a París, emprenderá el tema de la Pasión de Cristo, tema que ya no abandonará nunca. Particularmente el Descendimiento.

Cuando alguno le manifiesta extrañeza, Dutheil, dice con emoción de vidente: "Es éste un tema tan admirable que no puedo abandonarlo; todo lo necesita: amor, sufrimiento, bondad, resignación. Eminentemente plástico, puede llenar toda la vida. Motivo inexhausto me sugiere cosas siempre nuevas y hace vibrar las cuerdas más sensibles de mi lira."

Trabaja sin descanso. Y va surgiendo el milagro. Petrifica y aprisiona el dolor en el cuerpo martirizado de Cristo. Cierto día le dice uno de sus admiradores: "Cualquiera diría que llevas en tu cuerpo todo ese dolor." Dutheil, permanece silencioso.

Pero este solitario sigue siendo un rebelde. Se subleva contra los incrédulos lo mismo que contra los mercaderes de quincallería religiosa. No es arte. Lee a Huysmans y le entusiasman sus burlas y audaces expresiones contra un clero sin gusto.

Y no solamente lee, simpatiza cordialmente con Huysmans, en el que ve un hermano. El mismo amor al arte. La misma aversión a las profanaciones del santuario.

Se decía que era el sacerdote Mugnier el que había logrado convertir a Huysmans. Y a encontrarlo fué nuestro Dutheil. Viejo y ciego, causó desagradable impresión en nuestro artista. A las primeras de cambio le endilgó Mugnier esta respuesta: "Nadie puede convertir a otro y menos a un Huysmans. Cada uno se convierte a sí mismo."

Dutheil quedó desilusionado. Volvió a su soledad en la plena convicción de que sólo en la soledad podía encontrar los elementos que necesitaba para consumar su obra.

Durante diez años, la puerta de su estudio no se abrió sino contadas ocasiones de visitas de mucha intimidad. "Vivo en otro planeta", dirá él mismo.

Las figuras que aparecen en su estudio son estados de ánimo que el artista reproduce como preludios de su obra cumbre: *El Cristo crucificado,* al natural. "Lo veo en mi alma—declara Dutheil—porque hace quince años que lo llevo en ella; pero lo concibo tan hermoso que me creo incapaz e indigno de reproducirlo. No ha llegado la hora; ya vendrá. No soy yo solo el padre de esta creación; trabajo en colaboración con Dios."

Sus obras no son productos improvisados de su arte, son obras hechas después de largo estudio y meditación. De ellas hizo una exposición en los salones de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

El tema de la Pasión lo emprendió Dutheil después de tener conocimiento de las investigaciones del doctor Barbet sobre la Santa Sábana de Turín, pero antes de saber los resultados de tales investigaciones.

Después de diez años de costoso trabajo y poniendo en juego de los medios modernos, el doctor Barbet llegó a la demostración de que la Santa Sábana reproducía la más perfecta fotografía que pudiéramos desear del Cuerpo del Señor.

La Providencia puso en contacto aquellos dos genios. Y cosa extraña. Antes de conocer el artista al doctor y sus conclusiones, había llegado a reproducir en algunos de sus grupos lo que Barbet deducía de su estudios: la Cruz en forma de "T"; los clavos traspasando las muñecas, no las palmas de las manos; los pies sujetos con un solo clavo.

El artista cristiano va ganando terreno día a día. Comienza a ser conocido y apreciado aun en Italia. Sus escenas de la Pasión son fuertes; trágicas. La Víctima Divina parece sucumbir bajo los crímenes del mundo.

Géo Dutheil sabe comunicar a sus obras este fuerte sentido de pasión, porque el dolor de Cristo no sólo lo ha contemplado; lo ha vivido en su heroica y profunda adhesión a Cristo Salvador.

ROTAS LAS AMARRAS

WINFRIED PETRI

Fué profesor en el Seminario Teológico de Berlín, en el que enseñó Lenguas Orientales. Hoy es obrero en la mina de los alrededores de Schliersee.

Mi padre—muerto prematuramente—era un excelente pastor protestante. Yo hice mis estudios en la Universidad de Berlín. Estuve de profesor de Teología Sistemática en el Seminario Teologico. Pertenecí a la Iglesia Evangélica, que después abandoné para no pertenecer a ninguna iglesia; sin embargo, como aficionado a los estudios filosóficos, orientalistas y físicos, continué a través de la Historia de las Religiones buscando ansiosamente lo que el Protestantismo no había podido proporcionarme.

La ciencia fué preparando mi camino.

Las matemáticas me demostraron la existencia de verdades independientes del tiempo y del espacio; y la física, mediante la Relatividad y la Entropía, la limitación del Universo en el espacio y en el tiempo.

En la Biología aprendí las singularísimas características de la vida; en la Historia, las desastrosas consecuencias del ateísmo y la superstición, y en la Filosofía (mis autores predilectos fueron Platón, Kant, Hartmann), el instinto natural hacia el suprasensible.

En la Historia de las Religiones pude apreciar que se encuentra distribuído por las distintas confesiones lo que en su totalidad y perfección tiene sólo el Cristianismo. Co-

nocí en el sincretismo (Brahma-Visnu) de la religión Indú la impotencia del hombre para obtener por si mismo la salvación; del éxito alcanzado por el maniqueísmo, la potencia de la unión del mito con el dogma; del Islam, su disciplina ascética y dogmática, su unidad lingüística, la pureza de su mística (fana); del judaísmo, el concepto espiritualista de Dios como Señor de la Historia y del mundo. Toda esta experiencia científica me llevó como de la mano a la aceptación del Cristianismo.

Me acerqué de nuevo al Protestantismo para examinarlo fríamente; pero me hallé sorprendido por las mismas incongruencias que antes habían determinado a dar de mano a un cristianismo mutilado, unilateral y en su fondo vacío de contenido. Por fin, me acerqué al Cristianismo, que aunque parezca extraño y sin encontrar razón para rechazarlo, había juzgado inadecuado para mí.

Para mi acercamiento al catolicismo me sirvieron de aliento las agradables impresiones recibidas en el trato con algunos sacerdotes católicos y especialmente los relevantes ejemplos de cristiana caridad del Arzobispo de Mónaco, Cardenal Faulhaber, con los prisioneros de guerra. Pero el empujón definitivo me lo dió la experiencia directa de la Santa Misa, a la que asistí por vez primera en la festividad del Corpus Christi.

Las conversiones al Protestantismo responden a veces a causas secundarias y exteriores. Pero en las verdaderas conversiones al Catolicismo, y en los espíritus que se deciden a ser auténticos católicos, es la Santa Misa, el Sacrificio que en ella se reproduce, el deseo de tomar parte en ese Sacrificio, el motivo que arrastra con mayor eficacia. Su influencia es decisiva.

En la Santa Misa, la muerte del Salvador es para el Católico una experiencia presente de la que él participa; en cambio, para el protestante es un frío hecho histórico ocurrido hace veinte siglos y a cuya rememoración asiste como espectador.

Voy a poner aquí algunos de los puntos que, siendo teólogos protestantes, influyeron para inclinarme por el Catolicismo, confesando desde ahora que estoy en todo conforme con lo que Carlos Adam escribió en su *Esencia del Catolicismo*.

En cuanto a la *Sagrada Escritura*, al poner el Protestantismo la Biblia como fuente única de la Revelación, al propio tiempo que imponía la rígida doctrina de la reve-

lación verbal inducía a la explicación alegórica. Cuando entró en juego la crítica científica del texto, sobrevino la ruina de la ortodoxia del luteranismo. El Protestantismo quedaba privado de su base esencial.

La multiplicidad de sectas y la incontrolada lectura de la Sagrada Escritura engendraron—como fruto natural—fría indiferencia hacia la misma Sagrada Escritura.

Además, el Protestantismo tiene en su dogmática oficial un carácter de paulinismo unilateral. La razón está en que Lutero, en la interpretación de San Pablo, se dejó influir por su experiencia personal.

Añádase a esto la contraindicación de negar canonicidad a las epístolas apostólicas de San Juan y Santiago.

En cuanto a la Persona de Jesús, tiene el protestantismo el gran peligro de que, poniendo tan de relieve como pone la humanidad de Cristo y solamente la humanidad, socaba los fundamentos mismos del cristianismo. El Catolicismo, en cambio, acentúa la vida divina de Jesús. Recuérdense los misterios marianos y la abundante imaginería de Cristo Crucificado y María con el Niño, excluyendo todo peligro de Docetismo.

En la doctrina de la Comunión están gravemente comprometidas la fe y la piedad.

El *culto de los Santos* tiene en el Catolicismo la simpática virtud de hacernos la eterna bienaventuranza algo actual y presente en la Iglesia, amén de hacernos más asequibles la amable figura de nuestro Salvador. Las cruces y los santos nos envían reflejos de eternidad. He ahí por qué los católicos caminamos con los ojos levantados.

Respecto del *Sacerdocio* pude comprobar que no existía esa orgullosa presunción que la propaganda protestante achaca a los sacerdotes católicos. El concepto de sacerdocio universal que tanto alaga al protestantismo, existe muy enraizado en la doctrina católica. Es más, en el propio sacrificio de la Misa, el sacerdote católico ocupa un segundo plano, mientras es primerísimo el del sacerdote protestante.

Por lo que toca a la *Humanidad* es claro el derrotismo del protestantismo al negar al hombre caído la capacidad para el bien; derrotismo que ha traído como de la mano el Existencialismo y el Nulismo.

El catolicismo ha opuesto a tales doctrinas destructoras el Sacramento de la Penitencia.

El menor mal que ha podido producir el concepto lute-

rano de la total perdición de la Humanidad, es un espasmo de resignación inerte y pasivista.

Como si esto fuera poco, la "psicología de la religión" de Scheleiremacher, Wobbermin y Gruhn, ha degradado la fe a un fenómeno puramente subjetivo.

El individualismo religioso que ha causado, ha sido causa de los cismas confesionales y la secularización del pensamiento, la decadencia de la iglesia (plural este harto significativo) que han quedado reducidas, de modo especial en América, a meros clubs.

Cuando se rompen las amarras que unen al presente con el pasado, al paso de las generaciones se van agotando las fuentes de energía espiritual, y la piedad se resfría y termina por morir. La Iglesia Católica ha contenido ese peligro estableciendo plegarias de tanta solera como el Rosario y el Breviario.

No se tache a estas oraciones de "exterioridades". Son sabias directivas y experiencias gozosas para el que las practica con sinceridad y convicción. Por lo demás, el fomento de la "oración meditada", desconocida para el protestante, constituye un fecundo manantial de espiritualidad.

La tendenciosa orientación de "la religión es cuestión privada", engendra la separación de la Comunidad y como natural consecuencia la separación de Dios. De aquí que aun históricamente se pruebe el principio católico de "fuera de la Iglesia no hay salvación". Y esta Iglesia—Cuerpo Místico de Cristo—responde a los tiempos presentes con una doctrina clara, sólida y maravillosa, animada por la caridad.

La Iglesia Católica—y sólo ella—puede alejar el inminente peligro de la ruina de la civilización occidental, salvando a la Humanidad, conforme a la misión que el Divino Redentor le ha confiado.

DE LA FILOSOFIA A DIOS

FRANCISCO ORESTANO

Escritor y profesor en la Universidad de Roma primero, y en la de Palermo después, en las que enseñó Filosofía. Presidente de la Sociedad Filosófica Italiana y de los Congresos Nacionales de Filosofía. Murió en Roma en 1946.

COMO todos los días durante tantos años, también ayer, después de la Santa Misa, Orestano reemprendía su trabajo. Su libro sobre Nuestra Señora queda inacabado; pero ahí está como perenne homenaje de un filósofo a la Sedes Sapientiae. Cuando su inteligencia buscaba esclarecer, precisar y fijar en fórmulas los sentimientos e impulsos de su corazón, éste sucumbia víctima de la angustia por el hijo lejano, prisionero, desaparecido, quizá. Acudieron sus familiares, se llamó al sacerdote, y en breves momentos, Orestano, en el dolor y en la resignación, franqueaba los umbrales de la eternidad hacia la Verdad...

"Murió cristianamente; católicamente. Porque para él la filosofía no era sólo un problema técnico de gnosología, sino más y principalmente un problema de vida" (1).

Fueron, en efecto, los problemas morales los que absorvieron la actividad de Orestano en los primeros diez años de trabajo, llevándolo a tratar, siquiera sea incidentalmente, los temas religiosos. Así, en el capítulo primero de la

(1) *L'Osservatore Romano*, 23 de agosto de 1945.

primera parte de su *Prolegómenos a la ciencia del bien y del mal,* para mejor definir los hechos morales los coloca frente a los hechos religiosos, y comienza haciendo un análisis de lo que se entiende comúnmente por experiencia religiosa.

"Los elementos propios y universales de la experiencia religiosa—escribe Orestano—son: 1.° la idea de absoluto, concebido como realidad positiva y trascendente y como fundamento de toda la realidad natural y humana, considerada ésta a su vez, como relativa y dependiente de aquélla; 2.° el sentimiento de dependencia que el hombre experimenta, de su propia realidad y valía, del Absoluto (Dios)" (2).

Dos elementos integran, pues, la experiencia religiosa: uno, conceptual o teórico; otro, volitivo u operativo. Ambos a dos ponen al hombre y sus facultades en relación con la realidad absoluta: Dios.

De esta definición se deduce que sólo el monoteísmo posee el verdadero concepto de *religión,* puesto que sólo en él está plenamente desarrollada la idea de Dios, como Ser que no sólo está sobre e independiente de todo otro ser, sino como el Ser por excelencia, sin limitaciones ni de tiempo ni de poder ni de perfección. Es decir, como realidad absoluta y valor absoluto.

Aun las extravagantes concepciones fetichistas y politeístas participan algún tanto del elemento religioso en cuanto la divinidad—aun incorporada a objetos particulares o manifestándose en fenómenos o animales—posee un quid misterioso, preter o sobrenatural, trascendente, absoluto.

El progreso de la experiencia religiosa conduce la mente humana hacia síntesis cada vez más unitarias de los fenómenos y hacia una concepción cada vez más pura de la divinidad, hasta abarcar en una síntesis universal como unidad única la creación entera, en oposición a la idea del ser trascendente y absoluto: Dios.

En el monoteísmo es posible y aun necesario el progreso perfectivo, sea en la determinación de los atributos de Dios por las dos vías tradicionales *eminentiae et negationis,* sea en la determinación de las relaciones entre Dios y el mundo, y más particularmente entre Dios y el hombre.

No me resisto a trasladar sobre el particular este her-

---

(2) *Prolegómenos a la ciencia del bien y del mal,* 2.ª ed., Milán, Bocca, 1942, p. 54.

moso párrafo: "Dios es principio y fin de todas las cosas. La realidad entera y la vida toda se desarrollan indefectiblemente en el círculo de lo divino y cada hecho y momento del acaecer humano están sometidos a la causa de las causas; todo lo de acá obra en funciones de lo de allá; la vida se desarrolla en orden a su destino de después de la muerte, y está toda ella unida desde el principio al fin a su fundamento absoluto y a su término metempírico. De este encuentro intimo y fecundo de lo divino y lo humano recibe cada momento de nuestra vida una consagración que lo sublima a la eterna. Los valores humanos no pueden considerarse sino su especie *divinitatis*, y por este motivo se proyectan en un orden absoluto, y resultan imperecederos los máximos valores del hombre en el mundo" (3).

De aquí pasa Orestano a considerar las relaciones entre religión y moral.

Si la religión, en efecto, informa toda entera la vida humana, es inevitable el encuentro con la moral, ya que el hecho moral está integrado "por la ordenación de un objeto particular al concepto fundamental—explícito o implícito—que se tiene de la vida en la totalidad de sus objetivos" (4).

De tres diferentes modos pueden ser considerados dichas relaciones: identificación de religión y moral; paralelismo entre una y otra y triunfo de una moral irreligiosa.

Hay una cuarta solución que sería la admisión de una religión amoral; pero no merece consideración.

"La moral—afirma Orestano en su *Valori humani*—no es más que la ordenación consciente y voluntaria de la actividad en un concepto unitario de la vida, considerada ésta como un todo único de la totalidad de sus aspectos, relaciones y fines. En una palabra: moral es "un ideal de la vida en acción" (5).

No existe, por tanto, moral si falta el concepto de la vida. En este caso no es el hombre el que vive, es su naturaleza la que obra en el hombre, ya que en toda, aun en la más embotada inteligencia, sufge espontáneo e imprescindible un concepto de vida, a cuyo primer fogonazo, aunque rudimentario, tiene comienzo el proceso ético. "Aun en el caso extremo—escribe Orestano—de que se niegue a la vida unidad, armonía, coherencia y estilo; es decir, en el caso en que se pretenda vivir la vida momento a momento, en

(3) Ibid., pp. 57-58.
(4) *Los valores humanos*, 2.ª ed., Milán, Bocca, 1942, vol. II, p. 194.
(5) *Prolegómenos*, p. 51.

su último instante fugitivo, sin ley ni ideal, sin normas ni cortapisas, se obedece a una concepción unitaria de la vida considerada en la totalidad de sus objetivos. Y esta concepción unitaria se prefiere radicalmente—a menos que se suprima toda facultad discursiva—a cualquier otro modo discontinuo, tumultuario y caótico de vivir la propia vida" (6).

En el análisis que después hace Orestano de cada uno de los sistemas, si bien no se declara por ninguno, no deja por eso de proponer como más lógico y armónico el primero.

El hombre, de hecho, informado por un profundo sentido de lo divino, siente verdadera necesidad lógica y psicológica del absoluto. "Es inútil empeño querer obligar a la mente humana a la renuncia a una categoría tan fundamental como esta del absoluto" (7). Negada la existencia de Dios, vendrá a sustituirle otro absoluto; abolida la religión de Dios, se adoptará la religión del hombre, de la Patria, de la familia, del Estado... Admitida, en cambio, la categoría de lo divino como fundamento de toda realidad, la categoría religiosa informa la vida toda del hombre, y llega a ser norma y medida de los valores humanos. La filosofía, el arte, la política, la economía, los valores y actividades todas del hombre se hacen converger hacia la progresiva divinización de la vida humana. La mente humana se forja el sublime ideal de su vida la imitación de Dios, y la incrustación de la contingencia humana en la eternidad divina. "Esta audacia gigantesca, inmensa, más vasta que el mundo y más formidable que todas las potencias enemigas del alma..., inyecta en el hombre la esperanza firme de refundirse en Dios, después de la muerte, por toda la eternidad" (8).

Hermoso y sugestivo análisis de la experiencia religiosa.

Tengamos en cuenta, sin embargo, que en este primer estadio de su especulación filosófica, dicho análisis no es sino mera descripción, sin intento alguno de tomar posiciones respecto de su valor objetivo. El mismo Eugenio nos lo asegura al afirmar repetidas veces que no intenta de ninguna manera pronunciarse por la solución de ninguno de estos problemas, sino que sólo pretende suscitarlos y delimitarlos. La ciencia de la moral que quiere establecer

(6) Ibid., p. 48.
(7) Ibid., p. 63.
(8) Ibid., p. 60.

con sus *Prolegómenos* tiene como objeto describir y analizar la experiencia moral en su inmensa e inexhausta variedad. "En todo caso—escribe en la introducción—no abandonaremos en nuestras investigaciones el campo y dominio de la experiencia, que es siempre la tierra firme de toda investigación científica" (9).

En otro lugar declara la insuficiencia de la razón humana para conocer el absoluto y las relaciones que lo ligan con el mundo de la relatividad. Asegura, asimismo, que la idea de Dios "es inexpresable, ni por aproximación por ningún concepto o imagen" (10). De aquí que para Orestano todo concepto del absoluto está tocado de intrínseca contradicción, ya que los elementos conceptuales que lo constituyen están tomados del mundo de la relatividad (11). A pesar de todos los sistemas e hipótesis propuestos para resolver este problema previo de la posibilidad de la idea de Dios "queda en pie el hecho de que el entendimiento humano no pude traspasar los límites de la relatividad sin caer en antinomias insolubles" (12).

En el prólogo de la segunda edición de sus *Prolegómenos*, 1941, se llega a afirmar que el resultado del estudio de los valores humanos y del análisis científico de la experiencia moral en su universalidad, es que es posible dar al problema moral soluciones no sólo distintas, sino aun incompatibles e irreducibles entre sí, sin que ni por la misma experiencia podamos llegar a decidirnos por una solución. De aquí que caiga como consecuencia, en un relativismo ético, que hallaba clamorosa confirmación en aquel inesperado resquebrajarse—durante la última guerra mundial—de la supuesta unidad moral del género humano (13).

No podíamos esperar otra conclusión, si repasando todo el sistema filosófico de nuestro autor fijamos mientes en sus dos premisas, punto de partida de todo su pensamiento: imposibilidad de prescindir de la experiencia y subjetividad de esa misma experiencia.

Lo primero no ofrece dificultad para Orestano: "Todos estamos de acuerdo—dice él—que no hay ciencia sin experiencia, y que no sólo no podemos prescindir de la experiencia, sino que ni aun nos podemos librar de ella. En efecto,

---

(9) Ibid., p. 39.
(10) Ibid., p. 59.
(11) Ibid., p. 56.
(12) Ibid., p. 57.
(13) Ibid., p. XI. La primera edición salió en agosto del 1914.

todo intento de sustraernos a ella, de superarla, de trascenderla, se resuelve en una nueva experiencia" (14).

En cuanto a lo segundo, la necesaria subjetividad de nuestra experiencia, no se cansa Orestano de repetirnos su posición.

Según él, en todo proceso psíquico, es decir, en todo hecho subjetivo en que se concreta la experiencia, "interviene siempre funcionalmente, y cuando no en pleno acto, sí al menos potencialmente, toda la estructura psicofísica de nuestra subjetividad y toda la estructura lógica y categórica de nuestra mente" (15). El fenómeno tiene únicamente un valor simbólico desde el concreto más plástico al más alto grado de abstracción conceptual: es un símbolo de lo que se nos cela, pero que es el substrato de lo para nosotros inaccesible. Llegamos, pues, a la convicción de una subjetividad de la experiencia más cruda que la del mismo Kant.

Es necesario realzar, en particular, la naturaleza hipotética y subjetiva de nuestra función abstractiva. Los conceptos no son, en realidad—transcribimos el pensamiento de Orestano—, síntesis lógico-categóricos, es decir, síntesis que sustraen de los complejos experimentales datos de función y de relación. Las constantes funcionales o lógicas son las condiciones más generales que aseguran la homología, es decir, la concordancia del pensamiento consigo mismo, y están reguladas por los principios de contradicción, identidad y exclusión de un tercero. Las constantes relacionales son a su vez los modos más universales de conocer las experiencias, poniendo de relieve las relaciones que rigen las mismas experiencias.

Por medio de una selección—incompleta e inadecuada siempre—de dichas constantes, construímos nuestros conceptos universales y nuestras síntesis lógico-categóricas. "A todas estas limitaciones debemos añadir otra razón más profunda, razón estructural, más aún, sustancial, de la instabilidad dialéctica de nuestros conceptos: el valor intrínsecamente hipotético de las categorías, en función de las cuales tiene lugar nuestra conceptualización" (16). Las categorías son de consiguiente modos nuestros provisionales y subjetivos en los que encasillamos lo real universali-

---

(14) *La verdad demostrada*, Nápoles, Rondinella, 1948, p. 158.
(15) Ibid., p. 34.
(16) *Ideas y conceptos*, Milán, Bocca, 1939, p. 16.

zado; son modelos abstractos, arquetipos de nuestra humana interpretación de la experiencia.

Sin embargo, el análisis de la experiencia nos descubre algo que la trasciende; y ese algo es para Orestano desconcertante. "La experiencia moral—asegura hacia el fin de su trabajo—y quizá la experiencia humana, en general, no nos revela la totalidad de sus secretos. A pesar de nuestro constante acechar por sorprenderlos, la realidad oculta celosamente sus misterios, y quizá quizá nos esconda en impenetrable oscuridad su génesis más íntima, sus más útiles consejos. No toda la realidad reside en la experiencia. Así nos lo da a entender un cuidadoso examen científico" (17).

Esta razón marginal constituía la preocupación de Orestano; preocupación no sólo científica y ética, sino filosófica y ontológica que le lleva en sus investigaciones a descubrir un elemento constitutivo de la experiencia hasta entonces desconocido para él: la dimensión trascendental.

El problema quedaba planteado en estos términos: "Admitida la subjetividad de la experiencia y reconocido como infranqueable el límite de la experiencia, ¿es esto suficiente para negar la existencia a una realidad independiente del sujeto? O más bien: ¿la misma subjetividad la exige necesaria e inexorablemente?" (18).

No es lícito, *a priori*, pronunciarse por una u otra solución, puesto que aun los que defienden que la experiencia no es más que un símbolo de una realidad meramente subjetiva, y aun cuando más creen atenerse a los datos de esa misma experiencia la trascienden. Debemos mantener como un dato de nuestra subjetividad la insuprimible categoría de la realidad en sí misma, y mirar si puede o no tener valor, no sólo en sentido fenomenístico, sino ontológico en el sentido pleno teorético de la palabra. Son nuestras propias experiencias las que nos imponen esta problemática ontológica, sin que la podamos evadir. Miradas con detención, nuestras experiencias revelan en su íntima estructura una orientación ontológica, una tendencia hacia un algo que no se agota en cada momento experimental, sino que los trasciende a todos hacia un absoluto, hacia una realidad existente. Ahora bien: esta orientación ontológica, este sentido vector que ensarta nuestras expe-

---

(17) *Prolegómenos*, p. 423.
(18) *La verdad demostrada*, p. 176.

riencias, es lo que llama Orestano "dimensión trascendental de la experiencia".

El hecho es innegable. "Existe porque sí. No contamos con el derecho, más aún, ni la posibilidad de darlo de mano y menos de suprimirlo" (19). "La dimensión trascendental es el eje de nuestra ontología o noción de la realidad teórica y prácticamente vivida. Es la soldadura entre fenómeno y nóumeno" (20).

Esto supone un gran avance hacia el absoluto; pero la dimensión trascendental, aun como constitutivo de toda experiencia, no hace sino proponernos una hipótesis de orden ontológico, pero nada nos resuelve. Queda, pues, en pie el angustioso interrogante: "¿Es posible salir de la problemática ontológica de la experiencia siguiendo con y en la experiencia?" (21).

Este es el problema que absorbe a Orestano en los últimos decenios, sumergiéndole en una ansiosa búsqueda del absoluto y concentrando toda su filosofía para hallar respuesta a este interrogante. Su inteligencia lucha por alcanzar los límites de la subjetividad y librarse de ella, y en esta lucha dramática por librarse de la subjetividad y conquistar la espiritualidad humana va consiguiendo sucesivos avances.

Es cierto que no contamos con otro medio que la experiencia. Pero la experiencia que debe llevarnos a superar la subjetividad, no ha de ser sólo una experiencia teórica, sino integral, de la vida y de la acción, pues mientras se nos va ahilando el valor de realidad que creíamos poder adosar a nuestras experiencias, y "al ver disolverse nuestros datos sensibles en un puñadito de hipótesis envueltos en halo de misterio, debemos realzar con mayor empeño el realismo constructivo de la acción y asentarnos en él con más tesón" (22).

Resulta para Orestano la acción el más poderoso criterio que viene a nuestras manos para penetrar en la realidad. Se impone, pues, actuar, incluyendo en la acción todo el acervo de nuestros valores humanos; valores económicos, jurídicos, políticos, morales, poéticos y religiosos. El resultado de este complejo de actividad individual y social, histórico-colectiva, son otras tantas inesperadas revelacio-

---

(19) *El nuevo realismo*, Milán, Bocca, 1939, p. 114.
(20) Ibid., p. 201.
(21) *La verdad demostrada*, p. 179.
(22) *El nuevo realismo*, pp. 207-208.

nes, "únicos asideros—al fin y al cabo—que poseemos—si bien provisionales y aproximativos—de nuestra verdad y de nuestros errores en el plano fenoménico y ontológico" (23).

Todas estas especulaciones en torno al problema ético y a los valores humanos, vuelven a aparecer en la filosofía de Orestano, pero transportada y proyectándose—a través de la dimensión trascendental—en otro plano, más allá de experiencia subjetiva, en el reino de la realidad ontológica, a una realidad que no puede reducirse a puro fenómeno ni a autocreación, sino "que trasciende la experiencia y existe independientemente de ella, aun cuando se nos manifieste sólo en el camino y forma de experiencia" (24).

Para Orestano el mundo de los valores humanos resulta más fecundo de realidades absolutas que el mismo mundo de la naturaleza, y ofrece a su espíritu toda una escala ontológica exactamente graduada y orientada, en la que cada grado superior implica, confirma y convalida y supera todos los grados inferiores. "El realismo constructivo, procediendo así por grados, de menor a mayor, de menos complejo a más complejo, llega poco a poco a ser creación y suprarrealismo" (25).

Por fin, toda nuestra experiencia integral de la realidad está unificada, organizada y elevada a su máxima potencia, mediante la síntesis metalógica, es decir, mediante una síntesis que no es únicamente construcción lógica o teórica, sino principio de organización de la experiencia, de la vida y de todos sus valores de inmanencia y trascendencia. Dichas síntesis o síntesis-ordenadoras y agentes supremas de la realidad—son las ideas, "palanca invisible e irresistible que levanta la historia del mundo" (26), "factores los más poderosos de la realidad" (27), eje de la ontología, dimensión máxima trascendental de la experiencia.

Sobre esta base de experimentalismo anticonceptualista asienta Orestano su más reciente filosofía sobre Dios y la religión.

Doble misión asigna nuestro filósofo a esta filosofía: una, negativa, de defender la idea de Dios de las exageraciones de las religiones, haciendo tabla rasa de todo ese conceptualismo embarazoso y ese fárrago de razonamientos inútiles y hasta perjudiciales; otra, positiva, refundien-

---

(23) *La verdad demostrada*, p. 182.
(24) *El nuevo realismo*, p. 154.
(25) Ibid., p. 84.
(26) *La verdad demostrada*, p. 128.
(27) *Ideas y conceptos*, p. 34.

do los fundamentos de elaboración de la idea de lo divino, en la fragua invisible de todas las ideas, que es la experiencia del trascendente. Sólo así lograremos asentar la idea de Dios sobre fundamentos inconmovibles a todo embate racionalístico, dotándola al propio tiempo de firmeza metafísica que satisfaga las conclusiones más ciertas de la filosofía crítica y a las exigencias más esenciales de la religiosidad.

Orestano, en su ensayo *La idea de Dios,* publicado en Archivo de Filosofía, 1935, e incluído después en su libro *Ideas y Conceptos,* admite como ciertas muchas de las teorías escolásticas—y precisamente tomistas—acerca de la cognoscibilidad y esencia de Dios. Admite, por ejemplo, que la idea de Dios no es innata en el hombre, sino que llega a obtenerla, no por demostraciones *a priori,* sino *a posteriori,* ascendiendo por la escala de las causas.

Reconoce también Orestano, como mérito de la filosofía tradicional, el haber ésta sabido sortear el doble escollo de la inmanencia y de la trascendencia de Dios; inmanencia absoluta de Dios en el mundo, en la que naufragó el panteísmo, que no explica nada en su aparente simplicismo, sino que lleva a una verdadera negación de Dios; trascendencia de Dios, pero no tal como lo concibiera Aristóteles, ausente del todo de este mundo y ensimismado en su propio conocimiento.

Le complace también la posición tomista entre razón y revelación, ya que la experiencia de lo divino, sea ella cual sea, necesita de la razón para su incorporación a una idea y su traducción en conceptos.

En resumen: "Santo Tomás organizó el pensamiento religioso en un sistema monuental, aprovechando todos los elementos constructivos, lógico-categóricos y científicos de su tiempo." Si tal sistema necesita alguna reforma, lo podremos deducir de las consideraciones que siguen. De todos modos, si algo se debiera reformar, no sería tal reforma, sino un afianzamiento del mismo, o por mejor decir, una acomodación a nuestros tiempos, de la posición tomista" (28).

Dicha reforma consistirá—es el pensamiento de Orestano—en reconocer la relatividad y subjetividad lógico-categórica del sistema tomista. La idea de Dios, que nos da dicho sistema, es una idea modelada en la lógica particu-

---

(28) Ibid., p. 55.

lar aristotélico-tomista, informada toda ella de los conceptos básicos de sustancia y sus atributos. Es, pues, necesario liberar dicha idea de todos estos endosos teóricos, adquirir conciencia de la imperfección e interinidad de nuestra idea de Dios, y enriquecer dicha idea con progresos indefectibles de nuestra técnica del raciocinio.

Y en el desarrollo actual del pensamiento se ha puesto en claro toda la subjetividad de nuestros sistemas de abstracción; reconociendo la noumenidad misteriosa de la cosa en sí misma, se ha logrado—en la dimensión trascendental de la experiencia y en la idea como síntesis metalógica—un medio de superar el mundo empírico y de acercarnos progresivamente a la realidad, al absoluto.

La idea de Dios—como cualquier otra idea—no es una simple construcción lógica, teórica, sino un principio de organización de la experiencia integral, el principio supremo de la organización de nuestra vida, síntesis metalógica de categorías que abarca y completa, al propio tiempo que las supera, todas las categorías lógicas; síntesis funcional electiva consistente en una selección valórica entre todas las combinaciones posibles; síntesis ontológica máxima, receptiva de cuanto haya de indefinible e incognoscible en la realidad en sí.

La idea de Dios—síntesis máxima entre todas las síntesis ordenadoras posibles—llegada a su madurez en el monoteísmo, entraña la más grande eficacia organizadora de la realidad humana; es, "con su dimensión trascendental máxima, el vehículo más directo de las teofanias en el mundo y en el corazón humano" (29).

En una palabra: la idea de Dios, como valor máximo en la experiencia y en la vida individual e histórico-colectiva, es también el valor máximo de realidad y necesidad. De consiguiente, no sólo no depende de pruebas racionales de la existencia de Dios, sino que hasta nos permite alcanzar un conocimiento experimental—aunque parcial e inadecuado—del mismo Dios.

Otro problema—filosófico también—quedaba por resolver: el problema de la elección entre la multitud de religiones existentes; problema que entre nosotros se traduce en estos términos: demostración de la superioridad de la religión cristiana respecto de todas las demás" (30).

También aquí blande Orestano el argumento de la ex-

(29) Ibid., p. 70.
(30) Ibid., pp. 258-259.

periencia. Se trata, en efecto, de un problema, no tanto de pensamiento—a resolver, por tanto, en el campo del raciocinio—cuanto de un proceso histórico-colectivo, es decir, de una experiencia integral en la vida humana.

Para confrontar y juzgar acertadamente dos sistemas de vida religiosa, es necesario examinar su influencia en los valores humanos y su eficacia en la vida del mundo. "Si conforme a este criterio parangonamos el proceso histórico-cristiano con cualquier otro sistema religioso de la historia humana, no hallaremos entre éstos ninguno que, ni de lejos, admita cotejo con la eficacia de la disciplina y magisterio del cristianismo. Sólo el Cristianismo ha podido inyectar en la Humanidad una tan vigorosa dosis de Absoluto (por decirlo con palabra filosófica), que transformando las masas amorfas ha engendrado en ellas ejemplares sublimes de heroísmo y santidad. Jamás sistema alguno religioso o ético ha logrado ni remotamente suscitar, sublimar y santificar tanto la vida humana. Si esto no es obra de la revelación, si este injertarse el mundo en el cristianismo y crecer en valor y en realidad no es milagro, este de la transformación es tal, que los otros se pierden en la lejanía" (31).

De este modo la idea cristiana que recoge las máximas aspiraciones de la Humanidad y las sublima a su perfección ideal e histórica está empeñada en demostrar, con la eficacia de las obras vitales a las que da vida, la eficacia de poder suscitador de realidades humanas hacia un valor absoluto y su primacía entre todos los sistemas religiosos" (32).

"Esta posición de la filosofía crítica está en perfecta consonancia con los postulados esenciales del cristianismo" (33), "reincorporándose así al nivel del progreso filosófico y científico, actual y futuro aquel mismo sintonismo con las verdades de la fe que existió en tiempo y por gracia de la grandiosa síntesis tomista" (34).

El mismo estado de ánimo que revela esta conclusión se puede deducir de lo que Orestano afirmaba de Galileo en una lección explicada en el tercer curso de Estudios Cristianos, habido en Asís el año 1942. Por propia iniciativa afirmaba haber encontrado el camino de la concordancia

---

(31) Ibid., pp. 260-261.
(32) Ibid., p. 71.
(33) Ibid., p. 79.
(34) Ibid., p. 72.

de las nuevas ideas y sumos valores espirituales que la más sublime tradición confiaba al futuro humano. Dada esta su personal convicción, la revolución que llevaba a cabo en el terreno filosófico no turbaba en lo más mínimo su conciencia de creyente. Filosofia y fe se sintonizaban punto por punto y aun se reforzaban en mutuo apoyo. La historia de la Humanidad podía no sólo continuar, sino acelerar su evolución hacia el divino destino del hombre, sin bandazos, sin arremetidas, con una convicción más firme, con un empuje más consciente" (35).

En todos los momentos de su vida y en todas las páginas de su filosofía, aun en las más opuestas a nuestros principios, se mantiene Orestano francamente abierto a las inspiraciones del bien y a los reflejos de la verdad. Prueba de esta disposición de receptibilidad ante la verdad era el ambiente reinante en los diversos Congresos Nacionales de Filosofía que organizó como presidente de la Sociedad de Filosofía Italiana.

En tales Congresos se notó siempre y cada vez más abundosa una corriente de realismo en oposición al idealismo por tantos años dominante en Italia. Respecto de la religión—y en concreto para con el catolicismo—reinó siempre la más deferente simpatía, aunque no fuera, en ocasiones, adhesión. Precisamente en uno de estos Congresos—el XI nacional celebrado en Génova, 1936—terminaba Orestano su discurso de clausura en lo que había hecho una síntesis del movimiento filosófico en Italia, "continuando la alegoría del mismo modo que después de sus maniobras el partido rojo y el azul, desfilaron bajo una misma bandera ante su único soberano, debemos conseguir aquí que los partidos contendientes reconozcan al fin la unidad de sus fuerzas ideales, que luchan bajo la única bandera de la Verdad y bajo las órdenes supremas del mismo soberano: Dios" (36).

Orestano estaba empeñado en la búsqueda afanosa de la Verdad.

Y Dios no se hizo esquivo a estos afanes.

El dolor de los últimos años de su vida y la piedad vivida asiduamente hasta la Misa diaria y frecuencia de Sacramentos, fueron llevando a esta alma hacia la rendición incondicional ante Cristo, "cuya afirmación—el cielo

---

(35) *Galileo Galilei, científico y creyente*, en *Símbolo*, III, Asís. Ed. Pro Civitate Catholica, 1943, p. 227.

(36) *Archivo de Filosofía*, 1936, p. 316.

y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán—trasciende los límites del poder y conocer humano, ¿no pudiendo salir sino de la boca de Dios" (37).

Dios le concedió el placer y "la íntima alegría de pertenecer a la Iglesia" (38), depositaria de la Verdad eterna revelada por Cristo, Verdad libre de tiempo y contingencia. Dios le concedió comprender y vivir la caridad cristiana que es el alma del Cristianismo, "y que en esta Europa desgarrada debe revivir—fénix divina—de sus propias cenizas entre las humeantes ruinas de ciudades y parques devastados, y que debe de nuevo empuñar el cetro de su imperio sobre los restos humanos rotos y dispersos y reinar en aquellos mismos corazones que odiaron y destruyeron" (39).

El verano de 1945, al cumplir sus setenta y tres años, tuvo Orestano el capricho de escribir algunas consideraciones litúrgicas. Compuso un pequeño opúsculo que encabezó con el título de *Migajas litúrgicas* (40), reuniendo en hacecillos de originales reflexiones, agrupados en momentos litúrgicos de oraciones comunes, sus "experiencias litúrgicas".

Entre estos piadosos rafagueos, los más delicados y unciosos son los que se relacionan con la Santísima Virgen.

Véase, por ejemplo, este parrafito, entre los muchos que pudiéramos entresacar: "Entre las seis letanías llamadas mayores, la de mayor lirismo, la que se eleva más alto en alas de la fantasía pareja con el sentimiento, es la letanía de Nuestra Señora. Cuando en ese hermoso himno se van sobreponiendo—como hondas rápidas e impetuosas—las invocaciones "Rosa mistica", "Turris davidica", "Domus áurea", "Féderis arca", "Janua coeli", "Stella matutina"..., alcanzamos las cumbres de la más sublime poesía ultraterrena. Es todo un poema de cantos laudatorios en ascenso de entusiasmo, y en un esfuerzo generoso por superar los límites humanos y poder expresar la inefable grandeza que admira; un éxtasis de gozo estático que brota en transportes de entusiasmo y de amor."

---

(37) Conversación manuscrita, titulada *¿Por qué eran quemados los herejes?*

(38) *El cristianismo en el nuevo orden europeo*, en *La moral de Cristo y la sociedad*, VII curso cristológico, Roma, Studium Christi, 1944, p. 214.

(39) Ibid., p. 212.

(40) Las *Migajas litúrgicas*, que tuvimos manuscrito al publicar el presente estudio en *La Civiltá Catolica*, 5 de noviembre de 1945, han sido publicadas como obra póstuma por la revsta *Lettefe*, t. I (1946), nn. 1, 2, 3, con el título *Testamento espiritual de F. Orestano*.

Pero es en la Salve donde encontraba Orestano la más perfecta definición de la Virgen, "la definición más compendiosa, singular y, por así decirlo, especifica: "Mater misericordiae". "Recordando una máxima de San Alfonso: Alabad a la Señora y no tengáis miedo de exagerar, al epiteto *Mater divinae gratiae,* hago yo seguir por mi cuenta: Mater misericordiae, Mater purísima, etc., etc..."

Era el filial homenaje de un filósofo a la Sedes Sapientiae.

Mañana del 20 de agosto.

Orestano se inclina sobre su mesa de trabajo para dar el último retoque a su postrer escrito. Mete una cuartilla en la máquina y comienza a copiar la redacción definitiva de su segunda *migaja* con el título de *El Pater noster en el rito exequial.* Las últimas, palabras rezumando ya fatiga, fueron éstas: "Sed libera nos a malo."

Sobre esta página de fe y amor, rubricando esta suprema invocación, reclinaba su frente el filósofo con la firme confianza de ver hermosa realidad, por intercesión de la Mater misericordiae, "la dulce promesa de anegarse en eterno abrazo con Dios" (41).

POR LOS CAMINOS DE LOS PROFETAS

EUGENIO ZOLLI

Nació en Brody el año 1881. Llegó a ser Rabino Jefe de la Comunidad Israelita de Roma. Enseñó Filosofía en la Universidad de la misma ciudad. Es autor de varios estudios sobre el judaísmo y Antiguo Testamento.

EXAMINAD las Escrituras; ellas os darán testimonio de mí" (Joh., V, 39), dijo un día Jesús al pueblo judío.

Diecinueve siglos después, estas palabras hallaban eco en el corazón de un Rabino ilustre, jefe de la Comunidad Hebrea de Roma: Israel Zolli.

El reto de Cristo era demasiado claro para que no encontrara resonancia en un corazón como el de Zolli, en constante aspiración hacia la conquista de la luz.

Abramos su Diario.

Años y lustros enteros consumidos en búsqueda afanosa, en lucha tenaz. Estirado siempre hacia el Eterno, borracha el alma de poesía religiosa, peregrino de Dios, perseguido por Dios. Clarores deliciosos, entre sombras largas, inacabables.

No sabía qué se escondía tras aquel zurcido de sombras y luces.

Como peregrino de Dios avanzaba hasta las puertas del Eterno y las encontraba cerradas. A veces se abrían a un aldabonazo de la gracia, para volverse a cerrar en seguida. ¡Qué dolor!

Sentimiento y movimiento.

Mi alma estaba en un movimiento continuo, a veces acelerado, pero... ¿hacia qué meta? Hoy ya la conozco... La golondrina tiene su nido; mi alma busca también el suyo...

En torno a mí, del todo imperceptible todavía, susurra una voz próxima y lejana al mismo tiempo. Es la voz de los Patriarcas Abrahán, Isaac, Jacob; es el eco de Moisés; es el canto de David; es el anuncio de los Profetas.

Fogonazos de luz, más próximos cada vez.

Albores del día que no ha llegado todavía, pero que está para clarear.

Paso a Isaías. Atención a sus lamentos. Escuchad los cantos del Ebed—el siervo de Yahvé—; levantad el velo del templo y aparezca viva y palpitante la personalidad del Mesías. Pero no como la ideó el pueblo judío, sino como lo muestra la historia. EL VARON DE DOLORES.

"¿Quién creerá lo que hemos oído? ¿A quién fué revelado el brazo de Yahvé? Sube ante El como un retoño —como retoño de raíz en tierra árida—, No hay en El parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas—no hay en El belleza que agrade.—Despreciado, deshecho de los hombres—VARON DE DOLORES, conocedor de todos los quebrantos—ante quien se vuelve el rostro—menospreciado, estimado en nada—pero fué El ciertamente quien tomó sobre sí nuestras enfermedades—y cargó con nuestros dolores—y nosotros le tuvimos por castigado—y herido por Dios, y humillado. Fué traspasado por nuestros pecados, por nuestras iniquidades—y molido por nuestros pecados—El castigo salvador pesó sobre El—y en sus llagas hemos sido curados.—Todos nosotros andábamos errantes como ovejas—siguiendo cada uno su camino—y Yahvé cargó sobre El—la iniquidad de todos nosotros.—Maltratado y afligido—no abrió la boca—como cordero llevado al matadero—como oveja muda ante los trasquiladores" (1).

Seis siglos después de pronunciadas estas palabras, avanzaba por sobre la tierra el GRAN DOLIENTE. Su vida dolorosa tenía en las palabras del Ebed su admirable maravillosa explicación y exponía al mundo la profundidad enorme de su contenido.

El Ebed es la aurora que anuncia el día esplendoroso de Cristo Jesús.

---

(1) Is., 53, 1-8.

El morador de esta miserable tierra encuentra a Dios en el GRAN DOLIENTE, expresión la más pura, santa y sublime de este dual "amor-dolor".

En el dolor, brote de la caridad; y en la caridad, envestida de dolor, habla Dios. A mi alma llegó furtiva su voz, pero no cerré mis oidos a sus ecos.

Mirado así todo el Antiguo Testamento se ilumina. Es un divino telegrama cifrado enviado a los hombres. Incomprensible al que quiere descifrarlo sin intérprete. Y la clave y el intérprete es Cristo, a cuya luz se clarean todos los mensajes de los cuarenta y cuatro libros del Antiguo Testamento.

El Siervo de Dios aparece en el Antiguo Testamento como un mensajero a punto de llegar y preside toda la trayectoria de la Vieja Ley como un kudurru babilónico, enclavado en los límites de la vida bíblica.

El Siervo de Dios fué siempre para mí el punto de partida.

La figura dolorosa del Ebed brotaba para mí en cada página de la literatura parenética, midrásica, en cualquier poeta hebreo moderno, en cualquier página rasgueada en un rato perdido. Y con todo... yo seguía pordioseando paz, caridad, luz; mendigando fe; llamando a Dios.

Y fué un quemante atardecer estival de 1917.

La pluma se cayó de mis manos. La superficie de mi alma se rizó de encrespadas olas como las de un lago azotado por el vendaval; y del fondo de mi espíritu reventó un grito de angustia. Era mi alma toda, que puesta en pie gritaba: "Cristo, sálvame."

¿Después?

Todo lo sabes, Cristo.

Yo había logrado llegar a las fronteras mismas del Reino mesiánico del Antiguo Testamento. Pero Cristo—me preguntaba a mí mismo—, ¿no es hijo de mi pueblo? ¿No es brote de mi misma raza y espíritu de mi mismo espíritu?

Emprendí el difícil camino sembrado de espinas que punzaban mis pies; camino por el que Tú dejaste deshilachada tu sangre, sangre roja que brotaba de tus heridas recién abiertas o renovadas. Pero yo ignoraba que esta sangre fuera la sangre del Nuevo Testamento y que en virtud de esa sangre conseguiría el camino y la vida en un lejano amanecer.

En la vida mesiánica de Israel se halla una solución de continuidad que se reanuda desde el Siervo de Dios en ade-

lante. Y yo me lancé a caminar llevando en mi corazón escondido el tesoro del GRAN DOLIENTE. Doliente yo, hijo de dolientes, jamás lo abandoné. Habia llegado a ser para mí todo mi ser, y ¿quién puede dar de mano a su propio ser, a su mismo corazón? ¿Quién puede hacerse sordo a la sangre que canta en sus venas, al amor, a la luz, a la nostalgia, a la sed que le devora?

Y seguí caminando. Y al volver mis ojos divisé a los de mi pueblo, pero lejos, muy lejos, tan lejos...

No he sido infiel a mi pueblo. Menos traidor. No he hecho sino abrir mi alma a la luz que reverberaba dulcemente insinuante. Sus suaves reflejos fueron penetrando poco a poco durante muchos años, hasta vestirme de luz. Todo me hace creer que yo era naturalmente cristiano.

Quizá durante treinta o más años haya estado rehaciendo el camino que a través de la vida y la práctica religiosa hebrea, bíblica-talmúdica primero, del pensamiento neotestamentario después, me condujo, fiel a mi exquisita sensibilidad, hasta los pies divinos de Cristo.

Mi alma se iba así disponiendo paso a paso y por si sola a la fiesta triunfal. Sin borrascas, sin sacudidas; del todo moral, mi alma se ha ido acercando a la Luz gloriosa. Todo como la seda, sin estridencias ni asperezas. Era como un canto armonioso que se oía a lo lejos y al que me iba acercando fascinado. Era todavía un chicuelo cuando me fué revelada la idea del "tollit peccata mundi". No comprendía su alcance total, pero me era clara la conciencia del hecho.

Era éste un momento importante de mi vida interior. Yo lo ignoraba. Después de decenas de años, vivia un momento seráfico de vida mistica. El alma, vacía de contenido terreno, se convierte en un vaso de alabastro, dispuesto a llenarse de las dulzuras inefables de Dios. Se funde con Dios; se hace una sola cosa con El. Se muere sin advertirlo; se sumerge en el no ser, en el olvido de si misma y revive en Dios.

El Señor se revela, pero no en la tempestad o en el fuego, ni en luz ofuscadora, sino en algo... inefable. Envuelve al alma en velo de misteriosa tristeza. Las puertas del cielo, entreabiertas, han dejado ver un rayito de luz...

El amor al Evangelio fué en constante crescendo a lo largo de los años.

Cristo llegaba a mi alma cada vez más esplendoroso, cada vez más amigo.

Mi corazón se iba gradualmente preparando a la recepción serena del Dogma.

No luché contra la luz; no tenía por qué; al transformarse mi interior, se iba todo concordando en perfecta sintonía.

Mi alma se llenaba de nuevas armonías, sin arrancar las antiguas, sin rechazos o borrones, sino por transformación, por llenazo gradual del odre viejo con el "nuevo vino" hasta rebosar, hasta el día afortunado en que el "homo novus" se alzó con la plena responsabilidad del propio ser, de la propia misión a cumplir.

El hombre nuevo había llegado a la madurez cristiana.

Y Zolli—sincero consigo mismo—sacó las consecuencias a que había llegado por la más normal y tranquila de las transformaciones.

El 13 de febrero de 1945, el Gran Rabino de Roma, Israel Zolli, recibía el bautismo católico, tomando el nombre de Eugenio en obsequio al Padre Santo Pío XII, reinante en la actualidad.

A cierto individuo incomprensivo, que me preguntó cómo había llegado a "traicionarme" a mí mismo, respondí con entereza: "Tengo la absoluta seguridad de no haberme traicionado jamás, sino de haber llegado con este acto a mi plena reafirmación. ¿No fué acaso el Dios de Cristo y de Pablo, el Dios de Abrahán y de Isaac? ¿Y quién está más próximo al Señor, quién más uno con El que Cristo Jesús?"

Según la opinión que un periodista, algún tanto ligero, lanzó al público, yo soy la "serpiente" que la Comunidad más antigua del mundo calentó en su seno.

No me duele el mordaz calificativo.

La serpiente es una de tantas criaturas de Dios. Quién sabe si San Francisco no tuvo singular amor a este animalejo, que sin saberlo muerde e inyecta su veneno en las mordeduras...

Y sepa D. N. (o el que en su nombre habló de serpiente) que la Comunidad judía de Roma no la ha calentado, sino más bien... la estaba congelando. Ni usted ni nadie sospecha cuántas lágrimas he derramado y sigo derramando en mis constantes oraciones por los israelitas tan cruelmente perseguidos y tan bárbaramente asesinados. Su pueblo es mi pueblo; su origen es el mío, pero... mi Dios no es su Dios.

Mi Dios—tal como yo lo imagino y lo adoro—es el Dios

de la misericordia y del dolor, el Dios que después de los profetas se reveló al mundo en Cristo Jesús.

Siento por Cristo un amor ardiente. Y por este mi amor a Cristo renuncié a la dignidad de Gran Rabino de la Ciudad de Roma, como renuncié también—no sin agradecer, hermanos, vuestra cortesía—al puesto de Director del Colegio Rabínico italiano y Seminario adjunto. Mi edad y mis achaques me lo aconsejaban.

Nada os he pedido y nada he recibido de vosotros. Tened, sin embargo, la seguridad de que os amo aún de todo corazón en nombre de Dios.

Nada pedí a la Iglesia Católica sino un rito, una bendición; y ¿he merecido acaso por esto el calificativo de "serpiente"? He dado el "paso" con decisión de hombre libre. Me he sacrificado libremente al divino amor, ¿soy acaso por esto una "serpiente"?

Por lo demás pudiera ser que tuviera razón. Quizá—lo digo sin ruborizarme—, quizá sea yo una "serpiente". Sea en buena hora. Así podré estar a los pies de la Cruz. Porque. . soy un enamorado de la Cruz.

En una cosa disiento del escritor que me colgó el sambenito. A la "serpiente"—amigo mío—no la calentó la Comunidad; la inflamó Cristo. La "serpiente" tiene corazón; y ese corazón, tan ruin como usted quiera, lo entregué a mi Dios, con toda la generosidad que ocupó en mi pecho, acompañándolo con la libación de mis lágrimas.

Recibí en cierta ocasión—haciendo una excepción, y por encargo expreso del Padre N.—a un periodista americano. Entre otras cosas me preguntó: "¿Fueron los Padres Jesuitas los que le convirtieron a usted?"

Recuerdo a este propósito una hermosa leyenda talmúdica:

Sobre el lecho de David—dice la leyenda—estaba suspendida un arpa. Antes del alba entraba un céfiro sutil por las ventanas del palacio, y de las cuerdas del arpa arrancaba las notas dormidas entonando un armonioso himno. Despertando el Rey a sus armonías, entonaba sus salmos a Yahvé.

Como aquel arpa, mi pobre alma estaba suspendida sobre mi cabeza; y al tacto delicado de la mano de Jesús, mi alma entonó un canto maravilloso, un salmo de ilimitada ternura, un himno de confiado amor.

Esto fué todo.

"Cómo usted, hombre crítico, ¿pudo aceptar el dogma?", siguió preguntando el repórter.

La pregunta estaba en su punto.

Cuando en una solución tenemos todos los elementos necesarios para la formación del cristal, éste comienza su formación en fuerza de la autogénesis. Un día os encontráis con el cristal ya formado. Fué ése precisamente mi proceso. Fuí recogiendo cuidadosamente los elementos. Luego..., ya no he hecho más que constatar la existencia del dogma; de la fe ya madura.

Jesús, tomándome de la mano, me condujo suavemente. Yo, le seguí con docilidad. Y no hice más.

Cuando allá, Yahvé, dijo a Jeremías: "Antes que fueras formado en el seno materno, te conocí, y antes que de él salieras, te consagré", el profeta no preguntó: "cómo puedo haber sido consagrado antes de nacer", sino que se contentó con decir: "Señor, no sé hablar." El hecho de la consagración no le había maravillado. Nadie me ha convertido. Ni he luchado jamás contra el dogma. La lucha fué superada por el Amor.

No quiero con esto decir—adviértase bien—que haya llegado a la fe con los ojos cerrados, que no haya reflexionado. He reflexionado, sí, pero no como un racionalista. Los estudios histórico-religiosos, que en un principio sirvieron algún tanto de impedimento, fueron luego inapreciable ayuda.

El deseo de la Humanidad, antes de la venida de Cristo, era un deseo vago, un presentimiento, un vagar incierto hacia una meta segura, sólo vislumbrada, o al menos no entrevista del todo.

La gracia me ha ayudado de tal manera, que yo no he tenido dificultad mayor.

Descendía a mi corazón lenta, dulce, suave, como rocío de luz. No hubo, pues, en mi proceso, eso que se suele llamar "crisis de la conciencia"; ni tampoco puedo hablar de vuelco repentino de modo que la gracia me envolviera en un momento, en cascada de luz esplendorosa.

Jesús buscaba albergue en mi pobre corazón, y yo se lo abrí de mil amores.

El don de la Fe no se me concedió en duro pugilato; fué madurando lentamente.

Dulce clima primaveral; ramas que verdeguean; brotes que rompen; flores que se abren; frutos que maduran. Ese

fué mi proceso. Y ante mis ojos, registrando con entera serenidad de espíritu, el hacerse de mi ser católico.

No puedo, pues, hablar de raptos místicos; no los hubo. Siempre fué la razón fiel compañera en mi adentramiento por campos de la fe. La luz del pensamiento se iba armonizando con el calor de la Fe.

Agradezco a Dios, como verdadero favor el que nadie haya intentado convertirme. Me atrevo a apostar que mi espíritu se hubiera revelado.

En esta carrera hacia el catolicismo, fué el Evangelio mi libro de texto. Lo leía muchas veces en mis paseos por el campo, en parajes solitarios, para rumiarlo a mi gusto. En casa, ampliaba mi lectura con los comentarios del Padre Lagrange u otros comentaristas científicos.

El sagrado texto se me hacía cada vez más amado; era mi libro predilecto sin posibles competencias. Año tras año, antes de dormir, meditaba algún parrafito del Nuevo o Viejo Testamento.

En los últimos años he dedicado también algunos ratos a la meditación del dogma, pero pocos; jamás intenté meterme en honduras de discusión de los dogmas; iban esclareciéndose natural y lentamente en mi espíritu.

No pedí la ayuda de nadie. No precisamente por orgullo, sino porque me creí bastar a mí mismo.

Cuando vi que mi alma rezumaba Cristianismo—conservando, no obstante, infinito cariño a mi desgraciado pueblo—me pareció indecoroso seguir un camino que ya no era mi camino.

Agradecí cuanto por mí se hizo y se propuso. Renuncié a todo y emprendí el camino, que para mí era ya el único.

VINO EL SEÑOR A VERME

FEDERICO DE MARIA

Escritor y poeta nacido en Palermo en 1885. Titular de la Cátedra de Literatura poética y dramática en el Conservatorio de Palermo. Escritor fecundo.

CUANTO diga, no tiene objetivos teológicos ni doctrinarios. Voy a hablar de la fe. De algunas aventuras de mi espíritu, que pudieran ser—me agradaría—de alguna utilidad a espíritus serenos, sean o no creyentes. Por primera vez y como pública confesión, discutiré mis creencias y descubriré mis sentimientos, de muy poco conocidos, dado mi método actual de vida.

Debo declarar que hasta el presente no fuí religioso, pero que jamás fuí ateo. Abandoné completamente las prácticas religiosas, no por aversión, sino por frialdad. Pero cuidé muy mucho de no exteriorizar mi manera de pensar y más de inculcarla a otros ni aun de mi propia familia. Me ha gustado respetar teorías ajenas, aunque también debo afirmar que sentí aversión a esos espíritus meticulosos que guardan escrupulosamente sus ritos y carecen de todo sentido moral y de toda consideración a los prójimos.

Nunca he tenido inconveniente en manifestar mi antipatía contra los jactanciosos que hacen gala de su ateísmo y se mofan de los dogmas católicos, lo mismo que contra los blasfemos, que con su lenguaje soez ofenden el pudor de

los creyentes y aun no creyentes, pero que tienen sentido del honor.

Creo que la razón de no practicar mi religión y más tarde perder hasta mi fe, ha sido el no sentir necesidad de ser religioso ferviente. Con todo, siempre he tenido estima intelectual, diría platónica, a los fieles a sus prácticas religiosas y en todo momento preferí el creyente al no creyente. No me ha gustado, sin embargo, hacer confidencias sobre este particular, ni siquiera con mis familiares.

Primero admiré en mi madre esta necesidad de ir a la iglesia y darse a la oración; más tarde la reconocí en mi esposa; y luego lo he aplaudido en mis hijos, en los que no me hubiera gustado ver señales de indiferencia.

Aun cuando mis prácticas dejaran tanto que desear en el fervor, no se crea que nunca sentí en mi interior esa emoción religiosa. En los lejanos dulces días de mi infancia, aun cuando no comprendía el misterio de la Trinidad y sólo sentía inquietud frente al concepto de Dios, experimentaba profunda ternura por el Niño Jesús, aquel precioso Niño festejado por los ángeles y ceñido siempre de luz. Aquel Niño cuyo Nacimiento celebraba todos los años ante el Belén familiar, como la conmemoración de un suceso fabuloso ocurrido muchos años antes en un pueblecito, rincón feliz del mundo, donde el cielo se había juntado con la tierra.

En mis primeros años, el concepto de divinidad está unido a aquel misterio. Todos los demás escapaban a mi entender y no lograban interesar ni a mi imaginación ni a mi corazón, exceptuada la Virgen, Madre de aquel Niño y exaltación de la bondad de mi madre y de todas las madres del mundo. Sentía lo sobrehumano de aquellos dos seres. Por esto rezaba todas las noches y recitaba convencido el Ave María y la Salve.

Poco a poco aquel sentimiento de la divinidad se fué borrando y la recitación de mis oraciones resultaba una cosa mecánica y fría. Fuí relegando al olvido la religión de mis primeros días. Problemas artísticos y sociales absorbían toda mi atención.

Sin embargo, Dios no me había abandonado del todo.

La imagen simpática del Divino Niño, bajo la mirada de la dulce Madre, se iba difuminando en mi alma, pero al propio tiempo ganaba terreno en ella la figura gigante de aquel divino Nazareno, Maestro de los hombres, fascinador

de masas, consuelo de los afligidos y perdón de los pecadores.

Poco a poco, y a medida que yo me alejaba de Dios, aquella figura se agradaba a mis ojos hasta aparecer la más imponente de la historia de la civilización humana. Aun despojada de la grandeza de su divinidad—cuya necesidad en El no sentía—era para mí Jesús indiscutiblemente la personalidad más bella de las criaturas, el prototipo de la perfección humana elevada a la cumbre de todas sus posibilidades.

Pude comprobar, en las discusiones con otros tan incrédulos o indiferentes como yo, que no era sólo mía esta manera de pensar sobre la persona de Jesús, sino que también muchos de ellos tenían el mismo parecer.

Corresponde a este tiempo de mi primera juventud una composición lírica exaltando la suprema grandiosidad y belleza de la doctrina de Jesús. Noto con satisfacción que lancé al mundo mi composición sobre Jesús en aquellos tristes años de trasiego de uno a otro continente, de ideas materializantes y cuando el mundo beligerante y neutral comenzaba a sentir el azote de la guerra ruso-japonesa, que vió destruída una flota entera en Zu-tskima, y cien mil muertos en la batalla de Mukden.

Creo que nunca como entonces era necesaria la palabra de Jesús—palabra actual siempre, reprensión y consuelo—para la pobre Humanidad que había acumulado diecinueve siglos de civilización postiza.

La palabra de Cristo no tiene semejante.

También Sócrates, antes que Jesús, descubrió a la Humanidad cumbres de perfección, a la que podía y debía aspirar, y aun llegó a morir por la defensa de aquella doctrina que revolucionaba la despótica moral de los poderosos de su tiempo. También Moisés logró desterrar de su bárbaro pueblo costumbres y pecados a los que era instintivamente arrastrado. También Buda distinguió el bien y el mal enseñando una hermosa moral. Pero a todos estos profetas y apóstoles del bien les falta esa espiritualidad en obras y palabras que resplandece en Jesucristo.

A mi entender de cristiano irreligioso, no ha habido en todo el correr de los tiempos, ni en la historia, el mito o la leyenda, personalidad tan vigorosa y fascinadora como la del joven carpintero da Nazaret.

Dejemos a un lado todos esos jefes de estado, en torno de los cuales se forjó la historia de sus pueblos; los capi-

tanes famosos, cuyas hazañas nos narran emocionados los cronistas: los pueblos legendarios, que llevaron a cabo proezas de gigantes, y examinemos a esos seres, que con aureola de supraterrenos se han presentado como evangelistas de doctrinas trascendentes.

Ahí está Moisés. Nacido con mala estrella, cae en gracia a la hija del Faraón y ve brillar sobre su cuna el más lisonjero porvenir. Educado, no como plebeyo y esclavo, sino como hijo del rey, tiene hasta súbditos que le obedecen. Pero es iracundo, y en defensa de sangre hermana comete un crimen que oculta. Aquel crimen descubierto trae para Moisés y su pueblo las más felices consecuencias. El pueblo esclavizado de Israel encuentra en Moisés su salvador, que rompiendo las cadenas de la esclavitud lo conducirá hasta la Tierra Prometida.

El pueblo salvado por Moisés será el pueblo elegido que guarda la Ley de Dios.

Rama, encarnación de Visnú, que presentándose como guerrero quiere imponerse a los hombres con demostraciones de fuerza descomunal, desde el tendido del gigantesco arco de Sivac, que hombre alguno había podido ni siquiera mover, hasta la derrota y aniquilamiento de los ejércitos de los rakasas.

Sakia Muni—el Buda Sidarta, que contará con millones de prosélitos—nace de príncipes, viéndose rodeado de todas las riquezas y comodidades de su clase. Riquezas y comodidades que él—como habían hecho profetas israelitas y harían después muchos cristianos—abandona para vivir vida de soledad, dedicada a la predicación del bien y de la caridad.

Personajes éstos, sin duda, interesantes y que influyeron cuál más, cuál menos, sobre sus contemporáneos y siguen influyendo sobre discípulos y admiradores.

Otro tanto pudiéramos decir de Mahoma, astuto e intolerante, prófugo, desterrado y, al fin—gracias a los bienes de una mujer—, rico, logra fanatizar a sus coterráneos, al frente de los cuales, en nombre de Dios, emprende a sangre y fuego la conquista de muchos reinos, imponiendo sus dogmas más a los sentidos que a los espíritus de sus prosélitos.

Frente a todos éstos, el Hijo de la dulce Virgencita de Nazaret, el Angel de Dios, que nace en un establo prestado por la caridad de un betlemita. Humildad, caridad, piedad, en esta forma sencillísima y humanísima, son las bases de su religión y la contraseña de sus discípulos.

Ved ahí el contraste.

Moisés, caudillo de un pueblo; Rama, capitán de su ejército; Mahoma, jefe de sus ordas, combaten y destruyen, viendo en el polvo de la batalla y la sangre de sus víctimas la complacencia de sus dioses sanguinarios. En el acero de sus cuchillos brilla la ferocidad que incitó a Caín contra Abel, a tribu contra tribu, a pueblo contra pueblo.

Todos éstos se atribuyen misión divina. Su concepto de humanidad es exclusivista; para ellos no hay más humanidad que sus fieles, destinando a todos los demás a la destrucción. Aun para el propio pueblo suele ser en extremo rígida la ley, ignorando cuanto sepa a bondad y perdón de pecados. Rama llega a confirmar la división de su pueblo en castas. Es conocida la incalificable abyección de la más humilde de todas, los parias, a los que la misma religión califica de inmundos, rechazando hasta la posibilidad de justificación en ellos.

A tal grado ha llegado la parcialidad de la justicia en esos doscientos millones de creyentes, que cuando en nuestros días un justo ha querido interpretar con más benignidad la justificación, liberando las castas inferiores, no ha conseguido sino atraerse el odio de sus adversarios, que acabaron por arrancarle la vida en aras de su fanatismo.

Tampoco del pueblo de Dios están ausentes estas taras de parcialidad.

Recuérdese el caso de los hijos de Jacob. Viola Siken a Dina, hija de Jacob, y los hijos de éste juran vengarse del enamorado Siken. Intercede el padre del mancebo y todo el pueblo se somete a las condiciones que le pone Jacob; pero—y aquí está el caso—aceptado el contrato y confiados los de Jamor en su tratado, son atacados traidoramente por los hijos de Jacob, que hacen en aquellos grande mortandad. Este hecho de tan poca elegancia espiritual lo reconoce Jacob sin escrúpulo y lo narra Moisés sin el menor desagrado.

Y se trata de los predilectos de Dios.

Por estos datos se puede conjeturar la diferencia de la doctrina de amor de Jesucristo.

Jesús es también guerrero, pero sus armas son la palabra; sus medios de guerra, la persuasión, el saber encontrar el camino del corazón. Ningún medio violento contra los enemigos; espera dar tiempo a la justicia que saldrá por sus fueros en la hora oportuna. Si algún momento da lugar al rigor dando de mano a la benevolencia que le resulte

ineficaz, es el rigor del padre corrigiendo amorosamente al hijo.

Una vez recurrió a la violencia; fué cuando la santidad del Templo era profanada por la avaricia de los mercaderes. Y cuando en el momento de su prendimiento, Pedro echa mano a la espada para defender a su Maestro, El amansa aquel ímpetu defensivo con aquellas mansísimas palabras, "es la hora de las tinieblas".

En los pueblos primitivos, aun los que figuraban en las avanzadas de la civilización—recuérdense los cultísimos egipcios—, la vida toda giraba en torno a sus caudillos, reyes o faraones, a quienes llegaban a conceder atributos divinos.

Jesús niega tales preferencias. Concede a todos igualdad de derechos implantando una justicia distributiva perfecta. Respeta igualmente la vida de todos y a todos concede el mismo cielo. Si alguna preferencia manifiesta diríamos que era precisamente a aquellos a los que se la niegan los potentados de la tierra. Allí reparte más consuelo donde encuentra dolor más profundo; allí desborda más misericordia donde encuentra mayor miseria.

Sólo Buda, antes de Cristo, puso como virtudes fundamentales de su religión la caridad y la misericordia. Pero las palabras de Buda resultan promesas vanas hechas a sus íntimos, que viviendo en los solitarios monasterios y en las elevadas montañas gozan del nirvana pasivista.

Es más: Buda es el señor sabio y poderoso que habita en las alturas inaccesibles de su preeminente santidad. Desde aquellas alturas inaccesibles, sin participar para nada de los trabajos de la vida humana que dan el pan amasándolo con lágrims de sufrimiento, predica a los hombres su doctrina.

El hombre, por su parte, deberá tender a una perfección de estática contemplación (nirvana) que le sitúa en una felicidad del todo egocentrista. De signo concéntrico, esa perfección será del todo inútil para el prójimo.

Jesús, en cambio, aunque ascendiente de reyes, nace del pueblo y entre el pueblo vive. No son puras retóricas la humildad y la pobreza, sino ambiente en el que se desarrolla su vida humana. Y la humildad y la pobreza no engendran en El esa disposición aversiva hacia Dios y hacia el prójimo que engendra en muchos humanos. El amor, la bondad, la fraternidad, no son en El fruto de meditación y esfuerzo; nacen espontáneamente de su corazón. En nombre de esas

consignas luchará, y, aunque a largo plazo, logrará la victoria más acabada.

La primera y gran victoria está ya conseguida, desde el momento en que todos los hombres, creyentes o no, reconocen inapreciables beneficios en la comprensión y benignidad de su doctrina y de su vida.

La vida de Cristo no es un ensartado de gestas y aventuras. Pero en ella, aun los mínimos detalles, tienen hondo significado; desde la adoración de los Magos y pastores a la pérdida y hallazgo entre los doctores en Jerusalén; desde el desconocimiento y desprecio de sus conciudadanos (en cuyas miras egoístas y limitadas no cabía la doctrina universal de Jesús) a la elección de los apóstoles o el concurso incontenible en su derredor de pecadores y desgraciados.

La pureza de sus sentimientos y de sus actos—ejemplo único en lo religioso y en lo moral—; el haber fijado con nitez y altura la moral humana, colocando su ideal en la conciencia del deber cumplido; el haber abierto los brazos (dando a sus apóstoles la misma consigna), no sólo a sus coterráneos o correligionarios, sino al extranjero, al desconocido, al enemigo, han hecho del Emanuel, del Maestro, el más perfecto y singular sublevador de masas que haya conocido la Historia.

Queda otra faceta de Cristo, que resultaba a mis ojos un brochazo de tiniebla, sobre el fondo luminoso de su incomparable personalidad: Jesús era "el Cristo", el taumaturgo, más aún: Dios omnipotente, divinidad encarnada. Y esto, a la verdad, en aquel joven galileo... No es que yo en mis razonamientos regateara o negara deliberadamente la divinidad a Jesús, sino que sencillamente no la comprendía.

No veía yo claro por qué el Dios que se manifestó a Moisés en la zarza de Oreb, que promulgó los mandamientos con aparatosa manifestación en el Sinaí, se habia ahora abajado tanto que se confundiera con los hombres vistiéndose con su carne, cubriéndose con sus propios pecados y miserias y llegara a anonadarse hasta dejarse inmolar por ellos en holocausto.

Mi naturaleza, que se subleva ante la vejación, se rebelaba ante semejante injusticia.

Jesús hombre, Jesús profeta, podía ser vejado por el odio de degradados, por la envidia de los sacerdotes, por la traición de Judas, por la cobardía de Pilatos, por la bestial incomprensión del populacho. Podía exprimir toda aquella soledad inmensa que reflejan estas palabras: "Elí, Elí,

lamma sabactani." Pero, El, Jesús Dios, ¿cómo no hacía ostentación de su omnipotencia aniquilando a sus encarnizados enemigos, y haciendo justicia a los delitos e inhumanidad de tantos hombres? ¿Cómo consentía se cometiera tan degradante injusticia?

El espectáculo de su pasión, de su Vía-Crucis, de su dolor, me resultaba un absurdo cuando habria podido, merced a su divinidad, evitarlo.

Su dolor sobre todo, aquel su dolor inmedible me producía torpemente tristeza y engendraba en mí el concepto de una divinidad exinanida.

La sobrehumana personalidad de Jesús tenia ciertamente a mis ojos una riqueza de excelencias muy superior a todas las divinidades místicas o reales del mundo pagano. Aun sin llegar a discutir su esencia, afirmada por la palabra de los Apóstoles y los Padres de la Iglesia, yo encontraba en Jesús, como persona divina, los tres poderes universales de la trimurti védica: su aparición maravillosa como Niño, que representa la fuerza generatriz de los seres y de las cosas figurada por Brahma; su juventud, siembra de bienes, de enseñanza, de ejemplos, de milagros, que representa la energía vital, como la encarnación de Visnú; y, finalmente, su muerte en Cruz, expresión de la fuerza disolvente simbolizada por Sivah.

Pero en Cristo no es solamente la muerte lo que aparece; desde el Huerto de los Olivos aflora en El lo que quizá no sea únicamente humano, sino inmanente también en los demás compaginadores del universo: el dolor.

Recorrí los años de mi juventud unido siempre a Jesús Nazareno, pero inquieto frente a Cristo.

La vida me ofreció más sonrisas que lágrimas y jamás me sentí atraído por el Dios doliente. Es más: ni siquiera cuando la vida se me convirtió en valle de lágrimas y me arrastró de dolor en dolor, pensé acercarme a Jesucristo.

Un día me hallé despojado de todo aquello que con facilidad y alegría había allegado, y no pensé en Dios. Perdí todos los bienes que esperaba en lontananza; vi a mi madre, víctima de rápida enfermedad, morir en un asilo, sin que pudiera socorrerla, al propio tiempo que en una habitación inmediata agonizaba su hermano. Y yo, desesperado, aniquilado, no vi en mi derredor más que sombras y soledad.

Quedé solo.

En poco más de un año vi desaparecer siete de mis fa-

miliares arrebatados por la insaciable muerte; y poco después sucumbía mi padre repentinamente sin darme tiempo para darle mi último adiós.

Y a pesar de todo este dolor, jamás llamé a Cristo, jamás requerí su ayuda o su consuelo, jamás le ofrecí una sola de mis amargas lágrimas, yo que sobre todas las de la historia admiraba y apreciaba la radiosa figura de Jesús Maestro y Profeta.

Seguía viviendo solo.

Tres años de guerra me atenazaron lejos de mi familia, expuesto a mil peligros, en profunda soledad interior, atormentado en mi carne y con frecuencia en mi espíritu. Después, largos años más zozobrando entre el temor y la esperanza, la adversidad y la fortuna, de frecuentes amarguras y de raras alegrías, de constantes inquietudes, me llevaron a un completo plegamiento en mí mismo, víctima de espesas sombras de dolor y desconfianza, a las que procuraba sustraerme diversiones y pasatiempos, ya que el estudio, la meditación, el arte, antes me servían para aumentar mi amargura que para aliviármela.

Y llegaron los años de la guerra.

Con brazos de catástrofe gigante golpeó nuestra infortunada tierra, sobre todo en los meses, para mí apocalípticos, del 42 al 43.

El instinto de conservación nutria nuestro esfuerzo de resistencia. Yo con mi familia, entrampados en la región entonces más peligrosa y batida, fuimos hurtando el cuerpo a la muerte, en aquellas razzias de la aviación que nos sorprendia a veces en descubierto y ante nuestros ojos caían descuartizados infortunados compatriotas nuestros.

En aquellas horas angustiosas mis familiares elevaban sus plegarias fervorosas al Padre nuestro que está en los cielos. Y yo... los oía, pero no me unía a sus plegarias. Con todo, aquellas oraciones me animaban, y las aprobaba, aunque sin esperanza ninguna de que las oyera El que las debía oír.

Tres años después, 1946.

Un dolor cruel sacudió mi casa. El más joven de mis hijos enferma de una enfermedad indefinida, que en sus principios no nos causó preocupación alguna. Días después, las manifestaciones son alarmantes; inflamación de las mucosas bucales, aparato respiratorio, y garganta; la fiebre es altisima. Se habla de septicemia en el diagnóstico y los médicos nos previenen a cuantos tenemos alguna rela-

ción con el enfermo. Pero de pronto la enfermedad toma el giro de una amenazante y terrible miliar.

Las congojas de su madre y mías no son para descritas. No pensábamos en otra cosa. Adivinábamos ya el trágico drama de su joven esposa y de los hijitos, mustios y silenciosos, que en sus caritas inocentes parecían reflejar el peligro que todos presentíamos.

Sólo el enfermo parecía ajeno a nuestra angustia. La elevada temperatura lo mantenía en un estado de semi-inconsciencia, sumiéndolo con frecuencia en el delirio. Pero —y esto me extrañaba hasta turbarme—cada vez que junto a su lecho recitaban las mujeres el Rosario, él se quedaba quietecito y silencioso, como atento al rezo, y sin dejar de santiguarse.

En medio del enervamiento de sus sentidos, mi hijo se mantenía sumiso a la Divinidad. Entre las sombras que circundaban su lecho, entreveía un rayito de luz.

Los médicos, parientes y amigos, se prodigaban en torno al enfermo, con verdadero derroche, pero en un silencio sepulcral.

Mi mujer, clavada día y noche al lecho de mi hijo. Cuando yo descansaba en ella mis ojos preñados de dolor, ella me sonreía. Yo respondía ensayando otra sonrisa, como un esfuezo de mutuo aliento; pero... nuestras almas estaban una frente a otra con todo su dolor en descubierto.

Por la noche, dejando a su madre junto al lecho del hijo—entonces dos veces hijo—, salía yo para mi morada. Aquí me esperaba una viejuca, que invariablemente me preguntaba por la marcha de la enfermedad. A su pregunta respondía secamente; y ella me endosaba siempre su frase de aliento: "Bien; esperemos en el Señor."

Y me iba a acostar. Solo, completamente solo en aquella casa, procuraba conciliar el sueño junto al teléfono, para mantenerme en cierta unión con la casa de mi hijo. Las sombras me cercaban y me acosaba un raro temor de enemigos en acecho. Un enemigo sobre todo: la muerte.

Tres días después—tercero del estado espasmódico de mi hijo—uno de los médicos me dijo al despedirse: "Ea, ánimo, ánimo."

Nada me alentó tanto como aquellas palabras del doctor. Con todo no me atreví a pedirle las razones de su optimismo. Razones por lo demás que no quería saber, pues el dolor que aquellos días fué prensando más y más mi corazón, me hacía rehusar toda explicación sobre la enfer-

medad de mi pobre hijo. La conciencia de peligro que corría me producía un dolor incapaz de lenitivo.

Leía furiosamente. Pero mi lectura no era sino un alocado cabalgar de mis ojos por las páginas del libro; mi pensamiento, empero, estaba revoloteando sobre el lecho de mi hijo o vagando sobre motivos los más dispares.

Por la noche, un médico, pariente mío, que había seguido con especial asiduidad las alternativas de la enfermedad, me dijo en voz muy baja, al despedirse: "Es necesario que lo sepas todo. A la madre no se lo podemos decir con la misma claridad. Hemos puesto cuanto estaba de nuestra parte. Hemos intentado todos los medios y el organismo no reacciona favorablemente. La ciencia no tiene más que hacer. Es el momento crítico; esta noche se resolverá. Si un rayito de gracia descendiera del cielo, la fiebre cedería, su hijo volvería en sí y se salvaría."

El médico no confiaba ya en la medicina; sólo, sí, en la gracia del cielo.

Mi hijo, en efecto, yacía en lecho con la inmovilidad del coma, con la respiración pesada e intermitente que precede al estertor.

Aquella noche no tuve fuerza para estampar en su frente el beso de despedida; temía sentir el frío de la agonía. Me separé de su madre—que ya no me sonrió y cuyos ojos, desmensuradamente abiertos, estaban clavados en el hijo—diciéndole: "Si algo se necesitara, telefonéame a cualquier hora." "Sí, telefonearé", respondió calladamente.

Y me fuí.

No sé el tiempo que pasó hasta llegar a mi casa. Cuando llegué dormía la viejuca. No me acosté. Paseé nerviosamente por las grandes habitaciones de mi casa. Y ni los pasos resonaban en aquellas sombras. Sólo mi pensamiento vivía en la oscuridad. Nada rompía la negrura de aquella sombra eterna. Un farol en la calle silenciosa y unas estrellas asomándose a mi ventana coqueta, dialogando en silencio con la noche. Nada más.

Mi pensamiento aleteaba inquieto. "De un momento a otro, me decía, el teléfono sonará y me llegará la triste noticia de que mi hijo, aunque hijo mío, yacerá en el lecho frío y yerto. Y su alma..., su alma vendrá a buscarme antes de ir para siempre... ¿Adónde irá?"

Por primera vez aquella pregunta asomaba a mi alma. Mi cuerpo se estremeció a su aparición y cruzando mis brazos me quedé pensativo. Estaba en el umbral de la puerta

donde dormía la vieja, "genius loci", la que confiada en el Señor.

Confiada en el Señor como otros.

Sólo yo no había pensado en el Señor. Y había oído a mi lado las fervientes plegarias de mis familiares invocando al Señor. Y la gracia del Señor invocaba el médico, confiando a ella la curación de mi hijo. Sólo yo—y cuántos años hacía ya—no había invocado la ayuda de la divinidad.

Me sentí presa de profunda turbación interior. Me vi culpable ante mi hijo. Sólo mi voluntad faltaba en aquel coro uniforme de voces pidiendo la gracia que podía hacerlo salvo.

Y la plegaria brotó impetuosa del fondo de mi alma. Plegaria improvisada, desordenada, que jamás aprendí en mis lecciones de infancia. En la impetuosidad de mi corazón no advertí la impiedad de mis primeras palabras: "Jesucristo. Si existes como divinidad, dame una prueba de ella. Perdóname y salva a mi hijo. Arráncame este dolor y dame otro, el que Tú quieras, pero, Señor, que me toque a mí solo. Este no, Señor, porque arruina a otras criaturas; arruina a mi hijo, tan joven como Tú cuando te inmolaste, cuando apenas comienza a gustar la alegría de la vida y el amor de sus hijitos. Oh Jesús, concédeme la gracia que tantos te piden para mi hijo y yo más desesperadamente que ninguno te la suplico. En compensación, aquí me tienes, Señor, del todo en tus manos."

Otras muchas cosas añadí sobre mi vida criminal. Hablé, hablé mucho, porque hablando recibía la impresión de no estar solo. Y al sentirme escuchado mis palabras brotaban con mayor sinceridad.

Cuando callé había vuelto a mi alma la tranquilidad. Se había calmado la tensión de mis nervios y de mi espíritu. Me tendí sobre una cama turca y a los pocos minutos conciliaba pacífico sueño.

Pasaron unas horas.

El grilleo alborotado del teléfono me despierta sobresaltado. En mi mente despejada se dibuja la situación angustiosa que por momentos olvidé. Salto de la cama y al dirigirme al aparato los presentimientos se me agolpan. "Me dirán que..." No hubiera querido oír. El corazón se me para cuando vibra el auricular.

Escucho. La voz de mi mujer pronuncia mi nombre. El tono de su voz me lo ha dicho ya todo. Lo adiviné todo instantáneamente: "...¿me escuchas? Se ha despertado; la

fiebre ha cesado; habla, tiene apetito; lo primero que ha hecho es preguntar por ti”...

¡Jesús, Jesús, Dios de bondad, Dios de la gracia! Toda su clemencia se había volcado sobre mi alma. Toda su alegría se había derramado sobre mi corazón. La alegría infinita de haber recobrado a mi hijo y de haberle recobrado a El, a Jesús, al Dios de la juventud; ¡al Cristo del dolor que redime, de la eterna resurrección!

¡Oh alegría indescriptible de la fe; gozo inexplicable de sentir en el alma el calor de la fe!

Ahora adivinaba toda la grandeza de su figura, aquella grandeza en el dolor que antes me aterraba.

“¡Señor, Señor—exclamaba en mi segunda oración regada con lágrimas, las más dulces lágrimas de mi vida—, el dolor es el extremo opuesto del amor; esos dos polos en los que se encierra toda la vida del mundo. Dolor y Amor de los que nos diste, Señor, el más sublime ejemplo. Y la muerte no es más que el último paso a la resurrección. Gracias, Señor, por haberme también descubierto este misterio!”

Corrí a la casa de mi hijo; tenía prisa incontenible de estrecharlo contra mi corazón. Nos abrazamos. Cuánto sufrí al no poder llorar con él de felicidad.

Me miró estupefacto.

“Papá—me interroga extrañado—, ¿qué ha ocurrido desde anteayer? ¿Cómo es que están tus cabellos blancos?”

“Ah, querido—respondí sonriendo—, VINO EL SEÑOR A VERME. Me acarició y dejó una huella de plata donde puso sus divinas manos.”

El sonrió también. Sabía con alegría que el SEÑOR HABIA VENIDO A VERME.

LA FORMULA DE LA JUSTICIA

ERNESTO BERTARELLI

Nacido en Arona en 1873. Profesor de Higiene en la Universidad de Pavía. Autor de numerosas obras de Medicina. Notable investigador y escritor en ciencias biológicas.

QUIZÁ parezca atrevimiento querer trasladar al papel los caminos misteriosos por los que un alma, después de innumerables descarríos, se esfuerza por volver a la verdad.

Parecerá más armónico con la fe, el silencio recatado que la palabra a través de cuyos visillos coquetea constantemente el "yo", que debiera permanecer oculto.

Y cuando ante el umbral de la eternidad, el alma se retracta de sus errores, culpas y miserias, ¿no sería más oportuno atenerse a la segunda parte del dicho de Segismundo Malatesta "tempus loquendi", siendo tan útil el callar?

Al escribir estas líneas aflora la sospecha de una duda que no quiero soslayar: los hombres de estudio—podrá ocurrírsele al lector—se convierten al bien cuando el mal los abandona; es decir, que comienzan a ser buenos cuando no pueden ser malos; y que las retrospecciones de la edad madura son fenómenos acompañantes al desmoronarse del cuerpo y al declinar del espíritu.

Pero, no. Si los ojos de la carne han perdido su agudeza visiva, los del espíritu han ganado potencia y vigor, y el escrutinio introspectivo—a veces despiadadamente cruel—

tiene el valor de una autopsia en la que nada se quiere perder ni perdonar, aun cuando este análisis engendre humillación y dolor. No es una confesión. Esta se hace ante el sacerdote, juez único de nuestra sinceridad y no se hace al público, ante el cual las imitaciones agustinianas son siempre sospechosas.

Es más bien un acto de contrición. Y un acto consciente, libre de toda ostentación y expuesto con una humildad tanto más sincera cuanto que el penitente comprende que el solo hecho de hablar es una desviación del propósito que la meditación le ha impuesto.

El que escribe estas líneas ha recibido de la divina Providencia dones que sólo ahora, al fin de sus días, puede valorar.

Entre los más salientes, ha recibido una salud férrea que las adversidades de la vida—a veces torbellino y huracán—no han alterado un solo instante. Una salud exuberante durante catorce largos lustros, que me ha permitido una actividad desbordante, compleja, peligrosa a veces, a veces afortunada, sin que la máquina del cuerpo haya fallado jamás.

Además, la Providencia lo ha dotado de un entendimiento que sin sobrepasar cosa notable una medianía, le permitía una fácil y rápida asimilación de cuanto la escuela o la Naturaleza ponía a su alcance.

La educación materna le abrió los ojos a los principios fundamentales que guían nuestra existencia; pero aquella madre—ejemplar de bondad, gentileza y finura—le faltó cuando apenas su entendimiento había captado las verdades elementales.

Quiso mi buena estrella que los estudios elementales se cursaran en el Colegio Rosmini de Stresa, colegio cuyo recuerdo perdura acariciado por el cariño y la gratitud.

Más tarde he criticado, sin razón, la educación de los colegios frente a la familiar. Es cierto que la educación de los colegios tiene sus deficiencias y sus lagunas, pero yo puedo asegurar que de aquellos cuatro años vividos ante la serena visión del lago de Stresa, no puedo hablar sino con palabras del más cordial aplauso.

Si en mí ha pervivido una centellita de bondad en los turbiones de la vida; si el amor por el necesitado no ha sucumbido del todo en la feroz guerra por la existencia; si no ha muerto la serenidad y valor para recibir con ánimo

tranquilo los zarpazos de la vida, lo debo todo a aquellos años de mi vida colegial.

La fe religiosa era entonces límpida, aunque ingenua y algo mecánica como en la mayoría de las almas infantiles.

Del Colegio de Stresa pasé a cursar cinco años de gimnasio con los Oblatos de Arona.

Aquí tuve la fortuna de tener como maestro de italiano un hombre de entendimiento lúcido y de grande nobleza moral, don Luis Bignami, muerto después siendo Arzobispo de Siracusa.

Bignami era entusiasta y castizo. Ejercitaba su misión de maestro y educador con una competencia que difícilmente se encuentra semejante. Cuantos le han tenido de profesor saben cuánta era su exquisitez, no sólo de maestro, sino de educador y lo recuerdan con gratitud que no pueden borrar los años.

De Arona pasé al Liceo de Turín. Y aquí comienza la parábola de mi descenso moral e intelectual.

Triste período este de mi vida. La visión del mundo con sus atractivos; mi sed desmedida de placeres y diversiones cegaron mi mente y mi corazón. Toda la educación moral, toda mi preparación religiosa, se desmoronaba con vertiginosa rapidez.

Ni las graves desgracias familiares; ni la enfermedad que se abatió crudamente en mi hogar, haciendo varias víctimas con trágica velocidad; ni la miseria que sobre ella se cernía, fueron poderosas para volver mi espíritu hacia el abandonado camino del bien.

Mi egoísmo campaba a sus anchas. La sed de placer dominaba mi cuerpo y mi alma sin poderlo remediar.

No me faltaron en casa ejemplos de virtud y heroísmo. Sobre todo mi madrastra—a la que aprecié demasiado tarde—era una mujer ejemplar, modelo constante de humildad y laboriosidad, que supo soportar con la fe de una santa y la fortaleza de un mártir todas las desgracias e infortunios familiares.

La divina Providencia seguía siendo generosa conmigo. La vida universitaria me resultaba fácil y muy pronto, terminados mis estudios, emprendía rápida y afortunada carrera académica, me abría el camino al bienestar y a la posibilidad de ser perpetuo estudiante bajo la toga de catedrático.

No merecía yo la fortuna con que la divina Providencia se volcaba sobre mí. Un frenesí de vida, un ansia de con-

quista, un deseo loco de "llegar" al fin me lanzaron a una actividad incansable y tenaz.

Pero... ¡cuánta miseria y qué vacío, bajo esta voluntad indomable que arrostraba la fatiga sin jamás ceder a ella! ¡Cuántas la miserable envidia me hizo cobarde y reticente! ¡Cuántas la vida de los sentidos asfixiaron en mi espíritu esa otra vida que nos levanta sobre los puros animales! ¡Y cuántas el reclamo del placer me hizo perder hasta la caballerosidad humana!

La filosofía de Nietzsche había llegado a saturar mi ser. Repetía con frecuencia las palabras del filósofo alemán:

"Subir y más subir hasta la cumbre;
los medios a emplear no te interesen
ni pienses cómo y cuándo, pero sube."

Y era ése mi ideal, ser en la vida un vencedor.

El dolor y la muerte, pasando a mi lado, reclamaron con frecuencia mi atención hacia verdades muy distintas de las puramente humanas que a mí me fascinaban. Eran ráfagas de espíritu demasiado rápidas, iluminando mi deber supremo y pidiéndome renuncia y sacrificio.

Pude en ocasiones pasar como bueno; pero en mi interior era consciente de no merecer tal calificativo, ya que la bondad es la posesión de la gracia y no una simple materialización de un acto de bondad.

Pero son demasiado delicadas las circunstancias de este período de mi vida para transcribirlas al papel. El respeto a un tercero me hace callar, aunque imperiosa voz de humildad me pida hablar.

El deseo de alargar la vida material; de penetrar el sentido del mundo y de sus cosas me impedía descubrir lo que tenía ante mis ojos: la grandeza de una noble mujer enferma y desgraciada, la belleza de una vida sencilla y pura, la intima satisfacción del estudio.

En este tiempo apenas si conservaba un ápice de libertad espiritual, que pudo detenerme al borde de secatas y conventículos, y un rastro del sentido de la justicia y deberes para con mis semejantes.

Y llegó la guerra.

Yo la habia deseado sinceramente como una necesidad irrefrenable de mi vigor exuberante, no sólo por lo que ella significaba de integración de mi Patria, sino porque estaba intimamente persuadido que era la lucha del espiritu cris-

tiano contra una inundación de paganismo camuflado con el nombre de técnica y cultura.

Para mí, la guerra era el efecto resultante de una preparación fría y calculada de una cultura que suponía la negación de los valores espirituales y el exclusivo reconocimiento del valor de la fuerza.

La ciencia, sin duda, había logrado sus objetivos y había calculado bien sus alcances, pero había acarreado de modo inevitable la muerte de todos ideales e ilusiones.

Hubiera sentido placer en confirmar con mi sangre lo que era en mi fe e ilusiones.

Pero no supe morir.

Todas las formas del dolor, los más macabros espectáculos del sufrimiento, hirieron mis retinas, pero... no hablaron a mi corazón. El ansia de vivir intensamente toda mi vida, anulaban la fuerza de aquellas lecciones.

Todo aquello, que debiera haber servido para mi renovación espiritual, de nada me sirvió.

Yo buscaba en aquel entonces un principio sobre el que fundamentar mi vida moral; pero mis intentos resultaban ineficaces, porque no me dirigía hacia donde sólo podía encontrar un sólido cimiento para mi edificio espiritual.

Era para mi principio inconcluso que es necesario ser fuerte para ser bueno, e intentaba persuadirme de que se debe ser fuerza para no resultar un peso, pero me desenvolvía en completa oscuridad donde todo es vano y sospechoso. Me lanzaba avaro allí donde creía encontrar filones de existencia, y no encontraba entre mis dedos sino jirones de desilusión y de vacío. Leía muchos libros y no hubiera necesitado más que meditar uno: el Evangelio. Había aprendido a curar las enfermedades corporales, pero ignoraba cómo combatir la gran enfermedad de la perversidad humana, de la intranquilidad espiritual, del egoísmo imperante.

Aun cuando deseaba ser bueno, comprendía que no lograba serlo sino a medias. Podía aparecer a los ojos de los demás como afortunado y valiente; pero en la realidad era un desgraciado y un cobarde.

No puedo alegar excusas de que me faltaran alicientes para mi mejoramiento espiritual, no; ni siquiera el olvido de la muerte, ya que se presentaba constantemente a mis ojos en todas sus formas.

Llegaron los años de la madurez.

La madurez me preparaba como primera agradable sorpresa la alegría de la meditación.

Fué durante la inspección sanitaria a un convento de religiosos Franciscanos. Compartía con ellos su pobre refección. Un día pregunté al Padre Prior si sus frailes no sentían tristeza y aburrimiento en las no cortas horas que daban a la meditación. "Algún día—me dijo por toda respuesta—comprenderá usted la fuerza y la alegría que se encierran en la meditación y el silencio."

Con la madurez llegaba para mí la edad propicia para valorar la belleza de la meditación y de la reflexión.

Las investigaciones sobre la Naturaleza y la profundidad modesta de mis conocimientos, me habían proporcionado no pequeñas alegrías; pero mi espíritu permanecía insatisfecho.

Durante la guerra del 14 al 18 pude apreciar cuán pequeña cosa es el hombre cuando no está animado de sentimientos superiores a su limitado "yo". Desde entonces repetía hasta la saciedad que era necesaria una invencible fe en el bien para restaurar una civilización que no fuera la definida por Carlyle, "brillante cortesía, bajo la que arde viva la pasión salvaje del hombre".

Comprendía por cierta intuición, que era necesaria para los mortales una fe religiosa, ya que sólo ella dará al hombre un programa que oriente el significado de su existencia, afirme su personalidad y valore su futuro.

Leí lo ilegible, anegándome unas veces en la duda, descubriendo otras un rayito de luz, esforzándome siempre por hallar el camino que me llevara a una mayor serenidad y armonía, en sentido aristotélico, y lograr el convencimiento de la posibilidad de una humanidad éticamente mejor.

Ahora se me antojan absurdos todos aquellos mis esfuerzos por encontrar una fórmula mágica de sabiduría.

Cierto día tuve la obsesión de que todo estaba dicho, al individuo y a la sociedad, para su mejoramiento espiritual, en aquella fórmula de Cristo: "No quieras para los demás lo que no quieras para ti mismo."

La fórmula evangélica me pareció demasiado ingenua. Después he llegado a comprender que encerraba la síntesis de todas las leyes y de todos los códigos.

Esta fórmula tan elemental y sencilla puede y debe ser el hilo conductor para todos los hombres que, no conten-

tándose con ser animales racionales, aspiran al sublime ideal de una divina criatura.

Cristo ha ofrecido al mundo la fórmula más sencilla de la justicia, y es inútil buscar otra.

Cristo daba también la fórmula del amor, "haced a los demás lo que queráis que os hagan a vosotros". Pero quizá esta fórmula no fuera necesaria, bastando como basta la de la justicia para el mejoramiento espiritual de la Humanidad.

El Cristianismo aparecía con esto nimbado de nueva luz. Las palabras del Evangelio—olvidadas durante mis años de ilusión y desvarío—volvían a herir mis oídos y mi corazón y a despertarme hacia mi renovación.

El ideal de la vida debía apoyarse en estos dos pilares y a la luz diáfana de estos focos revelar las culpas y deficiencias.

La meditación sobre la historia humana no es ciertamente consoladora. Diecinueve siglos llevan llamando estas fórmulas a las puertas del corazón humano, y ¡qué pocas veces han logrado verlas entreabrir!

Más de una vez se me ha ocurrido preguntar cómo generaciones que durante siglos vivieron las enseñanzas del Evangelio y se nutrieron de su espíritu, pudieron admitir como formas sociales la esclavitud, que es la más absoluta negación de la fórmula de la justicia promulgada por Cristo.

Prueba ésta muy clara de que una cosa es admitir la mecánica de una religión y otra muy distinta compenetrarse con su espíritu de modo que lo hagan una necesidad vital insustituíble.

No resulta fácil aceptar el dogma cuando se tiene el hábito de la crítica y el análisis. Pero la grandeza de este principio fundamental era tanta y tan esplendorosa su luz y su fuerza regeneradora, que resultaba hasta agradable aceptar todas las consecuencias y dogmas que a este principio básico acompañaran.

¿Qué puede significar todo el esfuerzo crítico, frente a un principio, que al propio tiempo que revela al individuo su culpabilidad, le comunica la alegría de una justicia superior y la certeza de los bienhechores efectos de la misma justicia?

Todos sentimos hambre y sed de justicia, y el concepto cristiano de un Dios Juez es muy capaz de saciarla.

Quedaban muchos obstáculos que vencer y muchas escorias que remover, pero afortunadamente la primera lu-

cecita que guiara mi alma hacia su paz y su regeneración había brillado ya. Por vez primera el alma se humillaba y hacíase pequeña para comprender esta verdad de una doctrina creada, no para abatir, sino para redimir.

A la luz del examen de comprobación de esta luz puede el alma reajustarse por entero, sin necesidad de metros humanos para apreciar lo justo, inexacto o injusto.

Este es, en torpes palabras, el camino seguido por un alma para llegar a la verdad.

Nada me importa que pueda alguno pensar ser todo esto demasiado ingenuo y efecto acomodaticio de debilidad senil.

Lo que me importa es no perder el sendero que me conduzca a la paz del alma y haga menos terrible la llegada al umbral de la eternidad.

Mejor hubiera sido, claro está, haber vivido siempre bien y no haber hecho derramar lágrimas, sino habérselas enjugado a otros; y mejor presentarse ante Dios seguros de su justicia, que el hacer de acogerse a infinita clemencia.

Pero, si los errores no se pueden hacer desaparecer, queda al menos la serena e íntima alegría de la humildad, que es el paso principal y primero hacia la expiación.

UNIVERSIDAD, CONVENTO Y CAMPO DE MUERTOS

EDITH STEIN

Profesora adjunta de Filosofía en la Universidad de Göttingen. Hebrea de raza y religión, convertida al catolicismo, entró en el Carmen. Deportada a los "campos de la muerte" alemanes, pereció en ellos durante la última guerra mundial.

EDITH Stein es el último retoño de una familia hebrea alemana.

Seis hermanos la precedieron en el camino de la existencia, frutos de malogrado matrimonio. Su madre quedó viuda prematuramente y hubo de encargarse de la educación de los siete hijos. Con todo el esmero de una madre ejemplar, los educó conforme a las rígidas normas del Antiguo Testamento.

Aquella ejemplar mujer era venerada de sus hijos como una santa. Sus órdenes se ejecutaban con espíritu obsequioso y reverencial. Sus palabras, recibidas como palabras de Dios.

La hija menor de aquel hogar enlutado había recibido innata fortísima inclinación al estudio y de modo particular al estudio especulativo.

Secundando su inclinación tras una brillante carrera, obtenía la láurea de Filosofía en 1917, siendo elegida de inmediato por el profesor Husserl—cuyo sistema de feno-

menología tanto agradaba a Edith—Profesora Adjunta en la misma Universidad de Göttingen.

En la primavera de la vida, la joven profesora veía abrirse ante sus ojos un espléndido porvenir. Sus primeras publicaciones filosóficas dieron a conocer su nombre en toda Alemania.

Quizá ocurriera a nuestra joven el fenómeno corriente entre las inteligencias superdotadas: el pensamiento, en juego de temeraria acrobacia, sube y más sube; pero cuando ha llegado a la cumbre, se apercibe de que allí comienza el vacío. En esta situación escribió Edith: "la filosofía es un modo de caminar sobre el abismo".

Tremendas decepciones cerebrales: son como inmensas bocanadas de negra oscuridad cuando se esperaba recibir fogonazos de luz.

Desorientada y decepcionada, Edith comenzó por abandonar las prácticas piadosas de su infancia. "No recé más —escribe—; mi oración única era mi ardiente sed de verdad."

Estando en este estado de ánimo tuvo un encuentro que fué decisivo para toda su vida. En la biblioteca de una amiga suya tuvo la fortuna de ponerse en costacto con una de las pensadoras más encumbradas del Occidente, Santa Teresa de Avila.

Leyó la autobiografía de la insigne mujer española, con insospechado y creciente interés. En su lectura encontró lo que tanto tiempo hacía esperaba, la roca viva sobre la que "arrojar el propio áncora": Jesucristo.

Leído el volumen, mejor devorado, se dijo con toda convicción: "Esta es la verdad absoluta."

La resolución fué irrevocable. El día de Año Nuevo recibía el Bautismo entrando en la Iglesia Católica.

Una conversión del judaísmo al Catolicismo requiere una dosis de voluntad y decisión muy considerables. No se trata, como en el protestantismo, de un espíritu creyente en Cristo, que vuelve a la casa del Padre. Es abrazar un nuevo credo, que admite como verdad fundamental lo que el judaísmo rechaza como principio básico: la divinidad de Cristo.

Es más. Para el judío convertido, significa este paso: un rompimiento moral y material con todo un mundo; una separación inexorable de familia, amigos, conocidos.

Edith dió este paso trascendental con toda la decisión de una voluntad viril y toda la convicción de un entendi-

miento que encuentra la verdad inconcusa, después de una búsqueda angustiosa.

Su familia no salía del asombro.

La joven convertida, de rodillas ante su madre, le comunicó su resolución, dispuesta a recibir cualquier anatema, segura de ser repudiada, arrojada de casa, quizá hasta maldita.

La madre era la única en casa que había sospechado algo del drama que se desarrollaba en el alma de su hija. Pero ante aquella revelación se sintió desfallecer.

No respondió. Su silencio era la más enérgica desaprovación. Y... se echó a llorar. Era la primera vez que Edith veía llorar a su madre. De nada valieron las delicadezas y ternuras de la hija. Aquella fiel israelita recibía todo con la mayor frialdad, rota su alma por el dolor.

En casa no había desde aquel momento lugar para la hija apóstata, como no lo había más en el corazón de la madre.

Era necesario alejarse del hogar querido.

El día de la despedida, Edith, en pie detrás de la silla de su madre, la abrazó largo rato en silencio.

Y en silencio se desprendieron.

Ya en la calle, la joven volvió sus ojos hacia aquella ventana, desde la cual tantas veces su madre la había seguido con sus ojos y saludado con su mano. Pero aquel día la ventana no se abrió.

Edith se refugió en una comunidad de religiosas. Desde allí escribió todos los días cartas llenas de ternura filial. Pedía a su madre comprensión, perdón de tanto dolor causado en corazón que tanto amaba, una palabra aunque fuera de reprensión, pero una palabra que rompiera el hielo de aquel silencio más duro que la muerte.

Ninguna de aquellas tiernas cartas obtuvo respuesta.

Por algún tiempo continuó Edith su ensoñanza; sentia ansias de comunicar el bien dando rienda suelta a su sed de apostolado. Dió conferencias por la región. Su oratoria era solicitada y disputada por todos.

Pero su más profunda aspiración era la paz del claustro.

Solicitó el ingreso en la Orden de su primera inspiradora y maestra Santa Teresa de Jesús. Profesó en el Carmelo y tomó el nombre de Sor Teresa Benita de la Cruz.

Es el 1933. Las primeras sacudidas de la persecución nazi contra el pueblo hebreo conmueve el pueblo judío. En una vigilia de abril de aquel funesto año, encontramos a

Sor Teresa postrada en profunda oración en el Carmelo de Koln-Lin-denthal.

De esta hora inolvidable dejó escrito: "He hablado con el Salvador. He comprendido que la cruz que ahora se cierne sobre el pueblo hebreo es "su cruz". Muchos no lo han comprendido, pero aquellos que lo comprendan tienen la obligación de aceptarlo en nombre del infortunado pueblo. Yo quiero hacerlo así. Unicamente necesito saber el modo de soportarlo. Al terminar mi oración he tenido la absoluta certeza de haber sido oída. Pero de qué modo cargará Jesús su cruz sobre mis hombros, no lo sé."

En el fondo del misterio, la joven hebrea ha visto el dolor que se cierne sobre su pueblo y quiere hacerse anatema por este pueblo que tanto ama, para expiar su secular incredulidad. Quiere sufrir. Se siente investida de la divina misión de conducir al redil de Cristo las ovejas que de El viven alejadas.

Cuando el día de sus votos solemnes alguien le auguró estar alejado todo peligro, protegida por los muros del convento, ella, vidente de su futuro, aseguró no compartir tal esperanza.

Los hechos confirmaron sus previsiones.

La mano del enemigo se movía insidiosa en las sombras.

Sor Teresa Benita, amparada por la noche, hubo de emigrar a un convento holandés en el pequeño estado de Echt.

Y allí le siguió la cruz que ella abrazara.

Ocupada Holanda por los alemanes, caía Sor Teresa bajo la zarpa del enemigo.

Un día, temido por esperado, la paz de las religiosas fué turbada por la presencia de la Gestapo. Los policías penetraron en el convento a la hora solemne de la oración; prendieron a Sor Teresa y se alejaron.

Con otros judíos, hombres, mujeres, religiosas, emprendió nuestra joven su dolorosa peregrinación hacia Lager, en Alemania Oriental, para compartir allí humillaciones, hambres y malos tratos con sus hermanos de raza.

Aprovechando una oportunidad, escribió a su Priora: "Estoy satisfecha de todo. La ciencia de la cruz sólo se aprende cuando se ejercita. Desde el primer momento tuve conciencia de lo que me esperaba. Y sigo repitiendo: "Ave Crux, Spes única."

Desde Lager, los prisioneros prosiguieron hacia "los cam-

pos de la muerte", aquellos campos que la más inhumana aberración convirtió en campos de exterminio.

Desde aquel día no se volvieron a tener noticias de Edith Stein.

Pero su memoria quedó entre los de su pueblo. Viva y vigorosa, su figura permanece como verdadera consigna y bandera. Tras sus huellas han seguido filas de judíos hacia el Catolicismo. Ella les abrió el camino.

Edith tuvo el valor de ofrecer la vida por la redención de su pueblo. Había comprendido las relaciones misteriosas entre la historia extraña de su pueblo y la Cruz de Cristo.

El problema judío encontró la mejor solución en ella: pensadora, orante y mártir.

ACASO ANTIA-ACASO, DIOS

PIERRE LECOMTE DE NOUY

Eminente científico colaborador de Carrel en el Instituto Rockefeller. Director del Instituto de Altos Estudios de la Sorbona. Prestigiosisimo escritor de temas biológicos. Murió en Nueva York el año 1947.

SEÑOR, hágase tu voluntad."

Con estas palabras en los labios y apretando entre sus manos el Crucifijo, el 22 de septiembre de 1947, en el Hospital de Nueva York, "Roosvelt", moria uno de los más famosos escritores de nuestros días: PIERRE LECOMTE DE NOÜY.

Había nacido en París el 20 de diciembre de 1883.

Fué bautizado y educado en la más pura ortodoxia católica.

A muy temprana edad fué admitido a la Sagrada Comunión y recordará durante toda su vida aquel día perfumado con las más gratas impresiones. Los últimos días de su vida terrena, reavivará nostálgicamente aquel recuerdo y hablará con agrado de él como del más feliz episodio de su infancia.

Su formación religiosa no debió de calarle hondo, cuando al primer encontronazo con los grandes problemas de la vida, y sobre todo al primer contacto con el ambiente netamente materialista de los estudios superiores de aquel

entonces, se dejó conquistar por el ateísmo, abandonando su fe religiosa.

En su *L'avenir de l'esprit,* libro que publicó en 1941 y que en ocho meses alcanzaba veintidós ediciones, se duele profundamente de este extravío y recrimina crudamente a sus maestros. "Antes de ser como otros científicos, quienes envidio, iluminados por la fe, me lancé en los albores de mi vida en brazos del materialismo, entonces en moda. Me fueron necesarios treinta años de laboratorio para llegar a convencerme que los que tenían el deber de iluminarme, confesando llanamente su ignorancia, me han engañado con toda deliberación".

Condenación esta de la enseñanzas materialista de aquel tiempo, que repite más enérgicamente en otra parte del mismo libro: "Todos cuantos sin pruebas se esforzaron por sistemas en destruir la idea de Dios, hicieron una labor abyecta y anticientífica."

Laureado en leyes por la Facultad de Jurisprudencia de París, y en Ciencias y Filosofía por la Sorbona, se dió a los estudios de matemáticas y medicina ampliando así su ciencia enciclopedista y saciando de alguna manera la sed de conocimientos que le devoraba.

La primera guerra mundial le proporcionó la oportunidad de conocer y tratar al doctor Alexis Carrel, que por entonces había admitido como milagrosas algunas de las curaciones ocurridas en Lourdes.

De aquel afortunado encuentro de los dos genios tuvo arranque la carrera científica de Lecomte.

Del 1920 al 27 trabajó con Carrel en el Instituto Rockefeller, de Nueva York. En aquel Instituto fundó Lecomte el primer laboratorio físico-químico aplicado a la biología. Allí comenzó el "largo, tortuoso y fatigoso camino"—así lo llama él mismo—, que a través de la biología y de la física lo llevará más tarde al convencimiento racional de la existencia de Dios.

"A esta convicción—escribe el mismo Lecomte—debe llegar todo científico reflexivo que no sea ciego o esté de mala fe."

La ciencia que superficialmente conocida le había alejado de Dios, profundizada y seguida con docilidad, lo tomaba de la mano para llevarlo con lentitud, sí, pero con seguridad a la casa del Padre. Y Dios, en el fondo de la conciencia reiteraba las amorosas llamadas con más claridad cada día.

El año 1927 volvió a París, donde por diez años fué director del departamento de biofísica del Instituto Pasteur, pasando después a dirigir la Escuela de Altos estudios en la Facultad de Ciencias de la Sorbona.

Por este tiempo salieron a la luz pública sus libros, que le dieron gran fama en el campo de la ciencia y adquirieron enorme éxito editorial.

En sus *Le Temps et la vie* (París, 1936), *L'Homme devant la science* (París, 1939) y *L'avenir de l'esprit* (Nueva York, 1941), demuestra Lecomte cómo la ciencia prueba al científico libre de prejuicios, la insuficiencia y vacuidad del materialismo, obligando al científico a trascender los fenómenos físicos y fisiológicos, poniéndolo en las huellas del sobrenatural y en la precisión de admitir la existencia de Dios como principio necesario para explicar adecuadamente los fenómenos del universo.

Este mismo pensamiento lo repite, aunque en síntesis, en su *Human Destiny* (Nueva York, 1947). El objetivo de este libro—según el mismo autor declara en *L'avenir de l'esprit* es "evitar a los intelectuales—a quienes desea con ardor poder arrancar del ateísmo—la enorme pérdida de tiempo y energías, que a él le ha supuesto el encontrar el camino de retorno".

En esta su última obra, se esfuerza Lecomte por probar cómo el entendimiento humano, guiado por la ciencia, llega a admitir necesariamente la existencia de Dios.

"Observamos—habla Lecomte—cinco puntos incontrastables: el origen de la vida, representado por los seres organizados más rudimentarios; la evolución de esa vida hacia formas cada vez de mayor complejidad; el resultado actual de ese largo proceso, el hombre, el cerebro humano; el nacimiento de las ideas morales y espirituales; el desarrollo espontáneo e independiente de esas ideas en las diversas partes del globo terrestre."

Resulta que ninguno de estos fenómenos pueden ser, según él, explicados científicamente. Es imposible, en efecto, "atribuir al ciego acaso el origen de la vida, su evolución y la actividad cerebral".

Advirtamos que Lecomte admita la teoría de la evolución de los seres, pero enseña que en su estudio se encuentran tantos fenómenos y de tal magnitud, que es necesaria la admisión de una fuerza exterior directiva y orientadora. "La ciencia moderna—son palabras de Lecomte—enseña que la Naturaleza está compuesta de inmenso número de

átomos que se mueven en círculo a velocidades vertiginosas, con movimientos arrítmicos y dependiendo sólo del acaso."

Por otra parte, la ley fundamental de Carnot-Clausius, llamada segundo principio de termodinámica, afirma que un sistema material aislado no puede pasar nunca dos veces por el mismo idéntico estado, ya que cada estado sucesivo supone una pérdida de energía utilizable. De aquí la irreversibilidad, por la que la evolución orgánica, en fuerza de esta ley, se mueve siempre hacia estados cada vez más "probables", que se caracterizan por una simetría y nivelación de energías cada vez mayor.

El universo tiende, por tanto, al equilibrio perfecto, en el que desaparecerán todas las asimetrías hoy existentes; se pararán todos los movimientos; sobrevendrá oscuridad total y frío absoluto.

"Esta será—según la teoría—el fin del mundo."

Lecomte explica estos conceptos con un ejemplo de fácil comprensión.

"Supongamos—dice—que tenemos polvo compuesto por partículas blancas y negras, partículas que se distinguen sólo en el color. Coloquemos estas partículas en un tubo de cristal de diámetro insensiblemente mayor al de las partículas. Estas habrán de estar, por tanto, en fila sin poderse mezclar. Los miles de partículas blancas están en la parte superior del tubo de ensayo; las negras en la parte inferior. En nuestra escala de observación el tubo es medio blanco y el otro, medio negro; la simetría es perfecta, no hay homogeneidad...

El tubo está cerrado por una extremidad, pero por la otra lo hacemos comunicar con una capsulita de cristal vacía. Cuando invertimos y agitamos el preparado, las partículas caen a la cápsula y se mezclan en ella. Si ahora volvemos las partículas a nuestro tubito de ensayo han cambiado su posición anterior y es sumamente improbable que vuelvan a quedar en su posición primitiva. Mirando el tubo a cierta distancia no podremos distinguir a simple vista las distintas partículas; el tubo nos parecerá en su totalidad parduzco.

Si volvemos a repetir nuestro experimento invirtiendo de nuevo el tubito, las partículas tomarán nueva posición, el tubo seguirá pareciéndonos parduzco, el fenómeno quedará sensiblemente igual.

La experiencia demuestra que si repetimos el experi-

mento un número considerable de veces, la impresión parece casi la misma.

El cálculo de probabilidades nos permite interpretar con exactitud estos resultados. Sabemos, en efecto, que la posibilidad de que 1.000 partículas blancas queden del todo separadas de las 1.000 negras, después de nuestras pruebas, está expresada por el número 0,489 multiplicado por 10, elevado a la 600 potencia, es decir, al número 489 precedido de 600 ceros."

Esta probabilidad que representaría la distinción y el orden perfectos, es teóricamente posible; pero la otra, que representa la mezcla, el desorden, es prácticamente real.

Todo esto ocurre, como es natural, cuando en la evolución de la Naturaleza se hacen intervenir sólo las leyes del acaso.

Pero sucede, continúa Lecomte, que en el estudio de la evolución de los seres, llegamos a cierto punto en que chocamos con una evolución muy diversa de la de los seres inorgánicos: es la evolución de los seres vivientes.

Y aquí las leyes del acaso no tienen aplicación.

En efecto. "Las moléculas de los organismos vivientes se caracterizan por una simetría perfectísima... La probabilidad de que una molécula de simetría tal sea formada por acción del acaso y como efecto de la normal agitación es prácticamente nula.

"Si suponemos, por ejemplo, 500 trillones de agitaciones por segundo para formar una molécula del tamaño del globo terrestre, necesitaríamos una cantidad de años que representaríamos por el 1, seguido de 243 ceros. Como se ve faltaría tiempo, puesto que la tierra no cuenta en su haber existencial más que unos dos mil millones de años y unos mil millones desde que en ella apareció la vida."

No se le oculta al autor la objeción que se le podría poner a tal teoria. La probabilidad de la que se habla—podría oponerse—pudiera efectuarse, no después de miles de millones de años, sino en los primeros segundos.

Cierto, responde nuestro científico, "eso está en perfecta armonía con el cálculo de probabilidades; es más: se puede admitir que tal resultado se pudiera dar dos y hasta tres veces seguidas, pero no prácticamente más. Si ocurriera esto y mantenemos el cálculo de probabilidades, significaría tanto como admitir el milagro; es decir, que tendríamos entonces una sola molécula o a lo más dos o tres...

Pero ocurre que una molécula no sirve para nada; para

un ser viviente se necesitan centenares de millones de moléculas idénticas...

Nos encontramos de manos a boca con un dilema. O tenemos fe absoluta en nuestra ciencia y razonamientos matemáticos que nos permiten dar respuesta satisfactoria a los fenómenos de que estamos rodeados (y en este caso nos vemos precisados a confesar que se nos escapan ciertos fenómenos fundamentales y su explicación significaría admitir el milagro); o dudamos de la universalidad de nuestra ciencia y de sus posibilidades de explicar todos los fenómenos naturales en fuerza de la ley del acaso, y otra vez nos encontramos en la necesidad de admitir el milagro y una intervención fuera de nuestros cálculos.

En ambos casos llegamos a la conclusión de que hoy es imposible explicar científicamente todos los problemas referentes a la vida, su evolución progresiva, su desarrollo...; nos vemos, pues, precisados—por penosa que esta confesión resulte al materialista—a poner en juego un "antiacaso" como lo llama Eddington.

Hallamos, por consiguiente, en nuestro camino, un factor que ab-extrínseco impone a los seres naturales una orientación contraria a sus propias leyes, las leyes del acaso, que regulan la evolución de la materia inorgánica.

A este "anti-acaso" deberá la ciencia ponerle un nombre más apropiado y significativo al reconocerle cualidades características.

Resulta interesante seguir a Lecomte en sus investigaciones. A través de ellas llega a la conclusión de que todas las cosas demuestran una finalidad.

Si en visión panorámica contemplamos los seres que han poblado la tierra desde los rudimentarios de la era primaria hasta el gentil hombre de hoy, advertimos un hecho innegable: el firme, aunque lento, progreso ascensional desde las formas más simples hasta las formas más perfectas cada vez.

Este progreso perfectivo está en abierto contraste con las leyes del acaso, que resbalan constantemente hacia el equilibrio completo. De aquí que el autor se vea constreñido una vez más a admitir irresistiblemente un agente externo, el "anti-acaso", que empuja el fenómeno evolutivo por derroteros del todo improbables.

De este mismo hecho brota otra importante conclusión. Oigamos a Lecomte. "Supongamos un plácido lago en las nevadas cumbres de una montaña. De él arrancan arroyue-

los que se precipitan en distintas direcciones. Estos torrentes encontrarán en su camino obstáculos—piedras, árboles, precipicios, etc.—que decidirán su curso y su configuración. Empujada por la ley de la gravedad el arroyuelo se precipitará siempre hacia el valle. Unas corrientes se unirán a otras y engrosarán su caudal; algunas se perderán entre las quebradas de las rocas o el juncal cenagoso de las lagunas; otras se recostarán muellemente formando rientes lagos. Aquí y allí se originarán cascadas; ninguna será idéntica a la otra, pues cada una ha debido superar sus propias dificultades; sin embargo, todas se mueven al impulso de la misma fuerza motriz: la gravedad que actúa en el torrente como causa final. Todas las variaciones y episodios intermedios que dan a la corriente su configuración dependen del acaso; pero el evidente esfuerzo del agua por superar todos los obstáculos son resultantes de los agentes externos y por la necesidad de llegar al fondo del valle. La meta estaba prefijada, pero no lo estaban los medios para alcanzarla."

Aplicando la semejanza.

Como se originan los arroyuelos del lago alpino, se originan todos los seres vivientes que han poblado la tierra a través de las diversas eras geológicas de los primeros organismos rudimentarios.

Muchos de estos organismos descendientes se han perdido, otros se han estancado; otros, superando todas las dificultades, han proseguido su camino hasta dar origen al cerebro pensador del hombre.

Cada hecho en particular podremos y deberemos atribuirlo al acaso, pero esa constante progresión ascensional evolutiva de los seres carentes en principio, de estructura celular, hasta producir el hombre pensante dotado de conciencia, es del todo inexplicable si no admitimos dominando toda esa evolución, "una finalidad, una meta precisa y lejana, un punto fijo de referencia" que actúa sobre ella como la gravedad en los torrentes de los arroyuelos.

Y preguntemos ya: ¿de dónde proviene esa finalidad orientadora de la evolución?

Lecomte nos responde con una comparación que nos revela al hijo del arquitecto que realizó los diseños de las principales catedrales de la Romanía. Así como la construcción de una catedral (el fin, que en cierto modo preside desde los dibujos del delineante hasta el golpe de martillo del peón) exige un arquitecto dotado de inteligencia (pues

concibió la obra) y de voluntad (pues la hace realidad); así en la evolución progresiva de los seres es indispensable admitir un arquitecto (el "anti-acaso"), agente extra-universal, dotado de inteligencia (pues ideó el plano de las evoluciones) y de voluntad (puesto que lo hace realidad).

Y llegamos a este punto: "¿Qué nos impide—pregunta Lecomte—dar a ese agente inteligente y libre el nombre de "Dios", nombre que le vienen dando los hombres desde tiempo inmemorial?"

La existencia de Dios, meta primera y fundamental, quedaba admitida.

No así la religión y la fe.

Nuestro científico deberá describir larga trayectoria, guiado—según él—por la ciencia, pero en realidad por la mano amorosa de Dios, hasta el que le había conducido la sabiduría.

Sumergido en el estudio de los que él llama evoluciones psíquicas del hombre, descubre la libertad, elemento esencial de esta evolución que debe ser actuada y realizada en la lucha constante que el hombre sostiene consigo mismo para liberarse de ese ambiente interno, constituído por los deseos e instintos del cuerpo que, complacidos, supondrían no un avance en la evolución, sino un retroceso hacia la animalidad.

Según Lecomte, religión no es sino el reconocimiento de la finalidad señalada al hombre y de las relaciones que unen a éste con Dios, y el esfuerzo constante del ser racional por mejorarse a sí mismo.

Toda fe que tenga por base el reconocimiento de la existencia de Dios, la virtud y la ley morales, es de consiguiente, buena para él.

"Todos nosotros—escribe—somos escaladores, que desde el fondo de un valle emprendemos la escalada de una cumbre que levanta su testa nevada sobre todas las demás cumbres. Todos tenemos los ojos fijos en la misma meta y coincidimos en nuestra aspiración hacia la misma cumbre; pero nos diferenciamos en los diversos senderos por los que ascendemos. Seguimos las pisadas de nuestros guías. Cada cual nos convencemos de que nuestro camino es el mejor. Y todos somos sinceros en nuestra creencia. Siguiendo nuestro camino vamos acercándonos a la cumbre y a medida que el vértice se estrecha, nos acercamos unos a otros, y ocurre que los grupos, al encontrarse en su ascensión, no se juntan de ordinario para engrosar la caravana, sino que

derrochan sus energías en convencer al grupo advenedizo, de que es su camino el mejor, y quizá en vez de unirse terminen por insultarse y apedrearse.

Y saben que llegarán a juntarse en la cumbre y que nada les importará cuál haya sido el camino que emprendieron, sino la meta conseguida.

A un hombre que ignoraba la existencia de la religión positiva, históricamente demostrable, no podía la ciencia decirle más de lo que le dijo. Pero, afortunadamente, en la cumbre de la montaña que él, sin guía y después de treinta años de fatigosa subida, escaló, la mano amorosa del Señor se le tendió para llevarlo hasta la meta.

Hacía tiempo que el recuerdo de Cristo Jesús—por el que Lecomte sentía profunda admiración y al que tendía como el más perfecto ideal—lanzaba reflejos de nítida luz para iluminarle el camino.

Tres meses antes de morir le descorrió el último velo esa mano amorosa de Dios que se tiende a todo el que lo busca con sinceridad, el dolor. Sobre el lecho de su enfermedad, atormentado por el dolor y rendido por la gracia, reconoció en el Dios que le había demostrado la ciencia, al Dios de su Primera Comunión.

Humilde, como el angelical niño de entonces, escuchará de labios del sacerdote las lecciones de religión, y reconquistada la paz y alegría que un día gustara, cerró su laboriosa jornada con el abrazo amoroso de Cristo.

DE COMO ME HICE CATOLICA

SIGRID UNSSET

Nació en Kallundborg el año 1882. Escritora noruega internacional, ha visto sus romances traducidos a diversos idiomas. El año 1928 fué agraciada con el Premio Nóbel por sus narraciones de la vida nórdica del medioevo.

Si cuantos se han convertido al catolicismo describieran los caminos que les llevaron a Roma, probablemente no encontraríamos dos trayectorias idénticas.

Los que hemos aceptado de la Iglesia Católica la prerrogativa de ser "Columnas y defensas de la verdad", no nos extrañamos del fenómeno. Siempre resultará verdadero lo de "tantos caminos cuantas mentalidades".

Hay quien se obstina en defender la imposibilidad de una verdad absoluta, porque en tal caso nuestra vida perdería su interés y nosotros la libertad.

Muchos de nosotros encontramos insoportable eso de que dos y dos sean cuatro. Pero hay que tener presente que si se quiere admitir la libertad de pensar que dos y dos no son cuatro, se deben aceptar todas las consecuencias que se deriven de este cálculo subjetivo, aun las que sean contrarias a nuestros propios intereses.

Todos sentimos alguna vez, aunque no sea más que de pasada, nostalgia por un país en que dos y dos sean cuantas a nosotros nos plazcan, y en el que podamos disfrutar

a nuestro antojo de la libertad de determinar la naturaleza de las cosas y sus propiedades.

Pero la cruda realidad nos hace ver que esa isla de Jauja es vana ilusión, sueños de hadas, y aun los sueños y las ilusiones tienen sus leyes. En esta realidad en que flotamos, todas las cosas tienen sus cualidades concretas, sus leyes atenazantes. En ella no podemos gozar otra libertad que aquella a la que aludió el Señor cuando decía: "La verdad os hará libres."

Pero resulta que aun después de haber conquistado esa "verdad" y gustado esa "libertad", nos hallamos en la imposibilidad de encadenar los elementos y debemos empeñarnos en constante lucha para conservar dicha libertad contra las fuerzas de las que nos hemos emancipado.

Particularmente a los convertidos se nos impone una lucha tenaz contra la tentación de volver nuestros ojos atrás y añorar el país de ensueño que alguna vez miramos con ojos nostálgicos.

Los "modernos", en cambio, sienten el afán de emplear a fondo su invertido talento contra la autoridad de la Iglesia. Este parece cuando menos el objetivo en tan enconado empeño por liberarse de toda autoridad.

Sin embargo, debemos reconocer que esta lucha por sustraerse a la autoridad de la Iglesia—organismo que lo exibe sin contemplaciones—no una exclusiva de los "modernos", no. La advertimos ya en Jerusalén—¡y con qué ímpetu!—en vísperas de la Pascua, en la que el Señor fué crucificado.

Aun cuando no sea muy elevado el número de los convertidos, es muy suficiente para demostrar cómo puede ser vencida su resistencia al que se llama y es "el camino, la verdad y la vida".

Esta resistencia, originada las más de las veces por el miedo o la desconfianza, no se vence sin la intervención de esa potencia mística y sobrenatural que llaman los teólogos *gracia.*

Voy a relatar mi conversión. Mejor: no haré más que describir mi proceso hasta el momento en que me llegué a convencer de que mi resistencia era ya irracional e insostenible.

Aplacemos por lo general de una desconfianza pueblerina hacia toda autoridad. Yo nunca me he considerado libre de esta lacra de la sociedad liberalizante de hoy.

Tenemos—sobre todo las mujeres—la tendencia a contar con un maestro que nos enseñe algo, cualquier cosa; uno

que esté sobre nosotros, al que podamos admirar, y mejor, amar. Alguien a quien someternos y confiarnos.

Desde mi juventud tuve experiencia de esto sin gran esfuerzo; aun cuando debo reconocer que entonces no había esa necesidad de autoridad que en el mundo de hoy reviste formas ya patológicas.

Y surge espontánea la pregunta: ¿esta sed de autoridad que sentimos es porque realmente estamos hechos para someternos a una autoridad que tenga sobre nosotros derechos absolutos, derechos de creador?

La directora de mi escuela estaba a la cabeza del movimiento feminista; el espíritu de la escuela estaba de vuelta en lo que tocaba a los ideales del último siglo: "libertad, progreso, instrucción". Wergelan y Bjornson eran sus protectores.

He tenido siempre en particular estima a cuantos pertenecen a esta corriente por su idealismo, por su deseo de servir al propio país, al sexo, a la clase, a la Humanidad, en una palabra. Pero he albergado siempre la sospecha, aun antes de ser yo adulta, que cuantos se llaman liberales o radicales tienen mucho de gregarios, incomprensiblemente gregarios.

Ser gregario no significa que uno está convencido de que es verdad cuanto defiende y falsos los principios del partido opuesto, no, sino en tener tan poca comprensión, imaginación tan seca y sensibilidad tan roma, que no llegan a comprender que el que no piensa como ellos, pueda ser de completa buena fe y del todo sinceros en sus teorías.

Creo que en mi tiempo eso de ser gregarios era en el partido conservador algo asi como epidémico. Para mí los conservadores eran una raza extraña, y cuantos he topado en mi vida me han inspirado poca simpatia. Sin embargo, quizá no fueran siempre tan incomprensivos y gregarios como yo me figuraba.

Fué el pastor que me administró la Confirmación el primero que me dió idea de cómo miraban los conservadores al mundo. Me impresionó profundamente. A juzgar por sus predicaciones, Dios exigía a las jóvenes de su parroquia, además de las virtudes domésticas, también y sobre todo las virtudes negativas.

Recuerdo la desagradable impresión que me produjo cuando habló del sexto mandamiento. Las ponía muy en guardia contra los hombres que las invitaban a sus paseos vespertinos. Y les contaba la conmovedora historia de una

que yacía en el hospital perdida "por un solo beso". Yo pensaba, indignada, que aquella pobre muchachuela no había hecho nada malo. Harto conocía yo que entre las "damas" de nuestros días se cometen desvergüenzas de bastante mayor cuantía que las que pueda cometer una pobre sirvienta.

Nadie podría sospechar que en aquel ambiente espiritual, el citado pastor nos presentara la virginidad como un valor comercial para el matrimonio, no como un valor positivo y una abundante fuente de energía. El estado de virginidad se consideraba como desgracia y ridiculez.

Al leer lo que Lutero escribió sobre la virginidad, me hice decididamente antiluterana.

Más de una vez tuve en mi infancia y en mi juventud la impresión de ser atacada en mi fe; al recibir ahora la instrucción catequética para la Confirmación, pude constatar que no tenía fe ninguna.

En concepto protestante—tal como yo lo recibí—cada fiel tenía su "convicción personal", "su concesión" independiente sobre el Cristianismo. El Dios que me dió a conocer mi instructor de religión en mis años escolares difería mucho del Dios que me presentaba el Catecismo de la Confirmación en mi parroquia de Uraniemborg; era humano, intensamente humano; pero no más humano que el más perfecto modelo de humanidad que yo pudiera imaginar. Era sabio, pero no tanto que superara toda inteligencia humana.

Como tantas señoritas liberales yo me figuraba la fe como cuestión de cada uno, y casi cuestión de lujo.

Yo tenía, sí, fe, pero no me imaginaba tuviera necesidad de Dios si ese Dios no iba a tener otra razón de existir que decir sí a mis caprichos sobre lo injusto o justo, sobre mis conceptos de honestidad o deshonestidad, sobre mi ideal y mis prejuicios.

Mis ideas eran extravagantes, pero eran las recibidas de mi naturaleza y de mi educación. Según ellas no tenía por qué preocuparme de un Dios que tendría que concordarse conmigo.

Un Dios que fuese "absolutamente otro" y de consiguiente Persona con la que yo debiera tratar; un Dios cuyos caminos no fueran mis caminos, cuya voluntad inabordable y distinta de la mía y que, sin embargo, El pudiera cambiar mi voluntad para concordarla con la suya y reducir a los

suyos mis caminos, un Dios de esta naturaleza era incapaz de considerarlo necesario.

Los que me hablaron del Cristianismo, lo hicieron sin duda por algo más que por justificar sus ideales y principios tradicionales. Sin embargo, algunos de ellos habían renunciado al Cristianismo como doctrina insostenible, aun cuando por cierto sentimentalismo religioso no se resignaran a renunciar a cierto barniz de cristianismo.

Estaban lejos de creer en Cristo Dios y Hombre, pero lo honraban como el Hijo del carpintero, como el Hombre ideal y el ideal de los hombres. Rechazaban los dogmas —esas verdades venidas del otro mundo y formuladas en lengua humana—; pero admitían cierta tendencia e intuición religiosa en todo hombre.

Yo no estaba dispuesta a creer en tal intuición, ni a adorar a un hombre y menos a un hombre que al popio tiempo decía: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón", tenía con sus enemigos un lenguaje arrogante, por decir otra cosa. A no ser que el tal hombre no pasara de ser un genio.

Yo tenía como probado (sin preocuparme de probarlo) que el Jesús histórico había sido un genio religioso, cuya soberana intuición había hecho avanzar muchas etapas en la evolución espiritual hacia el perfecto conocimiento de Dios.

Por entonces juzgábase sinónimo de progreso la evolución, a no ser que ésta se limitara a meros detalles. Sin embargo, nunca llegué a creer que me pudiera interesar tanto el hecho de que un joven, diecinueve siglos antes, anunciara a los hombres la remisión de los pecados, al propio tiempo que se justificaba a sí mismo con aquellas atrevidas palabras: "¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?" Pues así hablaba, no podía El conocer por experiencia los sentimientos que se experimentan cuando se irroga a otro un mal que por nada del mundo se quisiera irrogar, o cuando se han traicionado las propias decisiones hasta el punto de no poderse perdonar a sí mismo.

Yo conocía muy bien qué significa arrepentirse de la propia crueldad, de secretas vilezas, de pereza en momentos en que ésta es imperdonable, ya que no podía estar satisfecha de mi fidelidad a mi religión, el humanismo. Pudiera estarlo de haber hecho norma de mi vida la superficialidad que veía en otros.

Al juzgar de superficiales a mis correligionarios no se

crea que lo hago con conocimiento de su interior; los conocía muy a la ligera para adentrarme en su psicología.

Solía yo repetir un principio que ignoraba—lo hubiera otro formulado antes—: "Si Dios no existe, no hay nadie bueno." Novedad no tiene ninguna, pero ignoraba que estuviera ya dicho.

Conocía bastante la historia para saber que el Cristianismo histórico defendía un Jesús que podía perdonar todos los pecados de todos los hombres, pues era Dios, y que todos nuestros deslices contra nosotros o contra nuestro prójimo redundaban en ofensas contra ese Cristo. Podía perdonar los pecados porque se le había conferido toda potestad en el cielo y en la tierra, hasta esa maravillosa facultad de sacar bien del mal que nosotros hacemos a nuestro prójimo.

La *Vida de Jesús,* de Renan, y otros escritos con tendencias a reducir a Cristo a un mero "Cristo histórico", fueron los que indujeron a pensar cómo era comprensible que un hombre, que más parecía un fantasma, podía haber inyectado en los discípulos—a quienes por lo demás iba a abandonar—un entusiasmo religioso capaz de lanzarlos a la peligrosa aventura que nos relatan *Los actos de los Apóstoles.*

Estaba yo muy lejos de creer todavía que fuera Cristo el Dios revelado a los hombres, y la Iglesia el organismo que continuaba a través de las generaciones la obra salvadora que El realizara sobre la Cruz. Pero veía cada vez con mayor claridad que los nuevos sistemas religiosos, basados en el humanismo, en el ateísmo o en el deísmo, no ofrecían más garantía que las antiguas religiones. Es más: estaban fundadas sobre sistemas que eran cuestiones de puro gusto.

Muchas de las afirmaciones que yo admití con demasiada ligereza, eran del todo gratuitas y teorías de moda en un tiempo o ambiente. Por ejemplo: he dicho y redicho que la existencia de Dios no es más que un sueño que sugiere al hombre un instinto y deseo secreto, y que la creencia en un más allá no es más que el ansia de supervivencia que experimenta el hombre, buscando al efecto un suplemento que complete la porcioncita de existencia que ha recibido de la madre Naturaleza.

Comprendo ahora que mi primera afirmación es una espada de dos filos. Resulta, en efecto, difícil creer que los librepensadores como los que yo conocía, tuvieran interes

en admitir un Dios que, concediendo al hombre el proponer, se reservara el disponer. La mayoría de ellos sufrían, además, de incurable teofobia.

Sé perfectamente que los hombres han creído siempre en una vida futura; pero no que se hayan complacido en defender una vida agradable en los infiernos. Y resulta —al menos yo no puedo imaginarme lo contrario—que una vida eterna ha de terminar por fuerza en ser desagradable. ¿Por qué me atrevía yo a lanzar esta afirmación? Porque todos los bienes de este mundo reciben su atractivo del hecho de conocer nosotros que no son eternos. Si las estaciones del año encierran para nosotros tanto encanto, es precisamente porque sabemos que pronto o tarde llegará una primavera que no podremos nosotros gozar, y que pronto o tarde llegará un invierno cuya primera impoluta nieve acariciará, delicada, la tierra que cubre nuestros restos.

Las mismas personas que ahora amamos nosotros con pasión, ¿las amaríamos así si supiéramos que no habría muerte que las alejara de nuestro lado algún aciago día?

Muy repetida la historia, pero yo, como tantos otros, rechazaba la credulidad y la incredulidad de los demás juzgándolas subterfugios de idiosincrasia. Libre así de "prejuicios", podía quedarme tranquila y a mis anchas, creyendo "en mi propia fuerza y capacidad", aun sabiendo que era demasiado pobre éste como objeto de fe. Claro que cuantos tenían la debilidad de contentarse con una fe tan enclenque, no buscaban en ella sino abrirse camino en su breve vida. Al menos, no hacían de la cuestión religiosa cuestión de sentimiento, ni se presentaban como secuaces de fraternidad universal alguna, fuera de caridad o fuera de lucha.

No puedo aprobar esta situación de aislamiento. Siempre creí que el que así se aislaba era un verdadero traidor, aunque no supiera darme razón de dónde estuviera esa traición, ni de que yo tuviera parte en ella.

Creía en una verdadera fraternidad de los hombres, pero no veía fuera posible la perfectibilidad de dicha fraternidad.

Creía asimismo en la inteligencia o idiotez de los hombres; en su bondad o malicia; en su valor o cobardía y en su irremediable inestabilidad. Creía como verdad inconcusa lo que muchas veces me dijo en mi niñez una joven del Ejército de la Salvación: "Cuanto más pecador es un hombre más lo ama Dios." Dios debe, de consiguiente, amar más a

los hombres que son humanamente más perfectos, ya que están en un peligro más próximo de delinquir más gravemente—por su elevación mental y espiritual—que lo pueda hacer el más vulgar balarrasa o la mujer más nefanda.

Ningún sistema religioso explica con más consistencia y verosimilitud que el Cristianismo como las posibilidades y facultades que hacen de un hombre capataz o un peón, deban hacer de el un tirano consciente o inconsciente de sus partidarios si no se siente responsable ante el Ser supremo que está sobre todos los hombres y tiene en sus manos a toda la Humanidad.

La solidaridad humana se apoya en el triste hecho de ser todos coherederos de una enorme bancarrota: la pérdida común de la capacidad de suplir la deficiencia de nuestra inteligencia y de nuestra virtud, que al hombre priva de la posibilidad de conducir a sus semejantes por otro camino que por el resbaladizo hacia el error.

Sólo la intervención del sobrenatural puede proporcionarnos la salvación.

La Iglesia Católica nos enseña que es Cristo esa intervención salvadora. Dios, que naciendo de una mujer se hizo solidario de nuestra naturaleza y clavando en su Cruz nuestros pecados nos abrió las puertas de la felicidad eterna, haciéndonos patente el camino hacia nuestro dichoso fin; no el camino que lleva a los infiernos, término que el hombre ha mirado siempre con repulsión, sino el que lleva a una vida en Dios y con Dios, felicidad que no llegamos los humanos siquiera a imaginar.

Mas aun cuando esta eterna felicidad esté celada a nuestra pobre imaginación, podemos comprender, dados los muchos contactos que ya aquí tenemos con la divinidad en la posibilidad de esa felicidad y de que sea eterna renovando de continuo nuestra fuerza vital en las corrientes abundosas del ser y de todos los seres.

Por fin llegué al triste convencimiento de que no creía en Dios; pero también de que no creía en mi propia incredulidad.

No tengo por qué hablar aqui de las fuerzas que luchan por arrancar nuestra adhesión al Cristianismo, como podían arrancarla, hacia un principio biológico, las leyes de Méndel, por ejemplo.

Tenemos que reconocer que en el campo religioso—como en cualquier otro—las verdades científicamente probadas no son tantas como nos decían nuestros maestros. Si así

no fuera, ¿cómo habría podido decir Cristo: "El que creyere y fuere bautizado será salvo; el que no creyere será condenado?" Claro es, que no quiere esto decir que le esté prohibido al hombre de fe el discurrir, sino que en último término, es la voluntad la que deberá escoger entre el aislarse en un idolátrico egocentrismo y el entregarse—liberándose de esa egolatría—del todo a Dios.

En esta mi situación ideológica y práctica, en que en este momento me encontraba, no tenía otra solución que buscar un sacerdote católico que me instruyera en las doctrinas de la Iglesia Romana.

Jamás había puesto yo en duda que la Iglesia Católica se identificase con la Iglesia fundada por Cristo. De consiguiente, para mí la cuestión de la autoridad de la Iglesia Católica era cuestionar la autoridad del mismo Cristo.

Admitiera o no buena voluntad en los autores de la Reforma protestante, para mí fué ésta una revolución contra el Cristianismo. Según los reformadores, el Cristianismo auténtico concordaba mejor con su cristianismo ideal que con el cristianismo real, en el que con tanta frecuencia vemos las cosas santas tratadas por manos que están harto alejadas de la santidad.

Me hacían poca impresión las objeciones que tantas veces había contra el Cristianismo. Sin embargo, más de una vez llegué a sospechar que en el fondo de tan difundidos prejuicios habría algo de verdad que diera motivos para ellos. En efecto, a mi modo de ver había dos razones—o seudorazones—que podían dar pie a tales prejuicios contra la Iglesia: nuestra reacia terquedad en someternos al magisterio docente de la Iglesia, y lo que constituye el reverso del maravilloso dogma de la Comunión de los Santos, la mala conducta de muchos católicos.

No toco ni de cerca la cuestión de las indulgencias; pero creo que nunca como hoy debía ser comprensible que los méritos de los santos constituyan para la Iglesia un tesoro, cuando no sólo los católicos, sino todos los cristianos, admitimos que pueda—y convenga—que toda la colectividad satisfaga por las deficiencias de uno de sus miembros.

No hay solidaridad humana que tenga tan fuerte ligazón como la que une entre sí los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

El culto a los santos, que se encuentra en la Iglesia de sus mismos orígenes, es una expansión natural de nuestra

psicología, una verdadera necesidad de nuestra naturaleza. A falta de cosa mejor honramos a los reyes de la industria, a los bandidos, a los campeones del deporte, a las estrellas de cine, a los dictadores, en fin, cualquier cosa; pero no podemos rehuir a la propensión de levantar sobre el pedestal algo a lo que podamos ofrecer el tributo de nuestra veneración.

Ahora bien: en ningún objeto mejor que en los santos podemos satisfacer esa nuestra tendencia al encontrar en ellos seres perfectos, libres ya de toda escoria de humana imperfección. Porque los santos son esas lujosas obras de Dios en la restauración de la naturaleza humana, según dice la liturgia—cito palabras del ofertorio de la Misa—, "que Dios creó maravillosamente y restauró más maravillosamente todavía".

¿Qué diré del culto a María Santísima?

Siempre creí que se desprendería por sí mismo de los principios del Cristianismo, como se desprende del árbol el fruto maduro.

En efecto. Si creemos que Dios se ha encarnado con el seno de una dichosa mujer, debemos tener para con Ella sentimientos que superen a todos los habidos con todo otro ser humano: sentimientos de respeto, de ternura, de compasión para sus indecibles sufrimientos terrenos, de alegría por el altísimo puesto que ocupa en el Cielo. Porque si el Hijo de María es al propio tiempo verdadero Dios y verdadero Hombre, aun siendo El Creador y ella su creatura, El es eternamente Hijo y Ella eternamente Madre.

Y no hay aqui peligro ninguno de idolatría. Cualquier católico sabe que uno es el culto que se tributa a Dios y otro muy distinto el que se da a aquella feliz criatura que El puso, como divina flor, sobre la tierra.

¿Violencia o libertad de conciencia?

Estoy segura que nadie como los que con tanto empeño defendieron la libertad de conciencia habrá necesitado otra voluntad que frenara sus excentricidades. ¡Cuánto más y mejor hubieran fructificado!

Dice, por ejemplo, muy poco en favor de esa libertad de conciencia las facultades que ellos se irrogaban y que yo ni en tiempos de mi paganismo me hubiera permitido. No sé si esto dependía de encogimiento de conciencia o de que así me habían formado mis padres. Ahí está, pongo por caso, la constante afirmación de que nuestro conocimiento del prójimo es tan superficial, que cuando de él se nos cuen-

te algo, bien podemos suponer que haya sucedido todo lo contrario de lo que se nos narre.

Desde que creo en Cristo, Dios y Creador nuestro, creo también que es El el que ha fundado la Iglesia para los hombres y tal como convenia a los hombres. No puedo expresar con palabras los beneficios que Dios me ha concedido por medio de este sagrado organismo.

Cristo prometió la paz a sus servidores. Esta paz no puede compararse con ningún otro género de paz existente. Podria quizá compararse, para entenderse de algún modo, a la paz que reina en los abismos del Océano. Podrá en la superficie rugir la tempestad o reinar la calma; allá en el fondo sigue la eterna calma. Ni la turban los monstruos que moran en aquellas profundidades abismales.

Sabemos—lo experimentamos—que el reino de Dios mora en nuestro interior. Nuestro "yo" inquieto y subversivo lucha a veces crudamente contra ese divino reino interior, pero Dios sigue habitando en nosotros y disponiéndonos amorosamente para la eterna posesión de su eterno reino bienaventurado.

RECUERDOS ANIMADOS

ALBERTO STEFANI

Nació en Verona. 1879. Enseñó en la Universidad de Ciencias Políticas y Económicas. Presidente de varios Institutos políticos. Escribió diversas obras sobre temas económicos y financieros.

REPASO mi historia, y al ahondar en mi pasado, además de los estratos de mi caducidad, descubre en los albores de mi existencia recuerdos animados.

Son perfiles en fondo de amanecer.

Un niño que se acerca a mí, niño también, para revelarme lo que debo hacer; lo que he de omitir; lo que puedo desear. Mas al fondo, en último plano—y primero de mis días—tras el niño, un infantuelo en la pura desnudez de su nacer terreno. En una cabaña o en una gruta. Junto a mí, mi madre—tal como entonces era—cogiéndome de la mano.

De aquel infante y de aquel niño brotaba un estado de certeza, un pacifico conocimiento de la ley. Y aquel conocimiento resolvía todos los problemas—modestos en apariencia—de mi infancia.

Pienso ahora que los problemas de entonces eran modestos; no sé si porque aquellos infantuelos, aquellos niños de entonces estaban, entre sí, más próximos que lo estoy yo ahora de ellos.

Recuerdo la pureza, la elevación, la conformidad, la espiritualidad que El Uno comunicaba al otro.

Entonces no me hubiera sabido explicar con el lenguaje deficiente de las palabras. Y ahora preferiría también ignorarlo con tal de volver a aquella simplicidad tan propicia a la Revelación.

Solía llevarme ante el altar del Niño Jesús, para que allí llorara mis pecados, un Padre filipino, de nobilisima familia. De este buen Padre recibí los primeros conceptos de la santidad.

Aquel buen religioso se arrodillaba conmigo; se golpeaba el pecho y lloraba mis pecados con tal humildad que casi la consideraba yo desesperación. No recuerdo qué pecados fueron los míos, que así hacían llorar al Padre. Seguramente que entonces me parecieron graves. Hoy se han borrado del todo de mi memoria. Y no es que padezca amnesia de aquella época, pues recuerdo otras cosas de entonces, sino que ésas desaparecieron del todo entre mis recuerdos, en lo cual conjeturo, mejor, hallo testimonio de su mucha lejanía.

Quizá muchos hayan vivido los días blancos de la infancia como los viví yo con Jesús Niño, Maestro, perseguido, crucificado y resucitado. Vivimos en un mundo trascendente, sin dejar por ello de ser humanisimos. En aquel mundo se resolvían como por ensalmo todos nuestros problemas.

Después hubo obstáculos en nuestro camino; tropezaron nuestros pies; se enturbió la tersa limpidez de nuestra alma; se empañó el espejo de la Ley, que reflejaba nuestros deberes y guiaba nuestros pasos, y... acabamos por traicionarla.

Creen los sabios que todos debemos aceptar "su verdad" o que la verdad suprema es incognoscible. La mayoría de los humanos se deciden por verdades de más inmediato provecho: la riqueza, el saber, el poderío, el negocio.

Jesús confundió a los doctores, arrojó del templo a los fariseos y libre el campo nos trazó el camino que debíamos seguir.

Pero nos hemos hecho sordos a sus consignas y hemos abandonado su camino.

La confusión más completa de ideas ha sido el efecto desastroso de nuestro desvarío y en la dolorosa desilusión que ello nos acarrea sentimos—más quemante cada vez—la sed de verdad.

Si hurgamos un poquito en nuestra propia historia in-

tima y en el alma del mundo, no encontramos otra certeza que la que nos da con su doctrina Jesucristo.

La filosofía que ha desechado desdeñosa esa certeza divina, se ha desorientado, se ha destruído a sí misma.

En efecto, ¿qué es la historia de las Filosofías ausentes de la fe cristiana, sino un constante crear mitos contra mitos, para destruirlos e inventar otros de nuevo?

Hemos hecho de nuestra vida una piltrafa y nos vemos precisados a volver nuestros ojos, cargados de nostalgia y desengaño, hacia el Maestro de nuestra infancia. Aquel que, de Niño, nos inspiraba la verdad y el arrepentimiento.

Nos hemos hecho ultrasensibles para percibir y lamentar las desgracias exteriores a nosotros y no sabemos sintonizar con las nuestras.

Debemos confesar que hemos estado equivocados al despojar al Cristianismo de su trascendencia y presentarlo como la doctrina de la renuncia y de las virtudes negativas.

No. El Cristianismo es la doctrina de la caridad y de la justicia y de la actividad aun en el fuero externo.

La palabra de Cristo, el Evangelio, la oración, la Liturgia, van ganando sentido y realidad insospechadas. Los hombres recuperan el sentido.

Ahora fijamos la atención en lo que antes creíamos carente de interés.

Con frecuencia me pregunto la causa de nuestra frialdad e indiferencia anteriores.

Creo que todos tenemos culpa de ellos. Despojados, nuestra inteligencia y corazón, del misterio que debía nutrirlos, quedaban condenados a una inquietud sin posible reposo.

La incertidumbre de la relatividad del conocer está frente a un dilema ineludible: o fe o incredulidad; escepticismo que despoja a la vida de todo noble ideal, o fe que se lo proporciona dando sentido a nuestra existencia.

Esta alternativa es ni más ni menos el drama del mundo; drama en el que cada pueblo y cada individuo desempeña su papel. Nosotros lo tenemos. Y de relieve. Junto a la Iglesia, contra la que nunca prevalecerán los sistemas del mundo por más pertrechados que se presenten.

Las persecuciones que el Cristianismo ha sufrido pueden aun reavivarse y poner a dura prueba nuestro catolicismo. Pero las persecuciones acrisolan y abrillantan la fe.

El estrecharse las filas de los creyentes; el enardecerse la decisión y acometividad de los militantes; el converger

hacia la Iglesia fuerzas espirituales insospechadas, efectos son de un peligro que se adivina o que ya actúa solapadamente.

Todos retornamos a nuestros principios.

Los hombres y los pueblos se refugian en la Revelación que los protege.

La voz de Cristo reconquista la fuerza persuasiva que tuvo los primeros tiempos de la Iglesia y en los días de nuestra inocencia.

¡Cuánto tiempo perdido y cuántas obras omitidas!

Pero precisamente porque el drama se está definiendo en sus actores y en sus objetivos concretos, estamos nosotros llamados a definirlo, siendo cada día más idénticos a nosotros mismos, como hombres y como pueblo, unidos como antaño a otros pueblos favorecidos con la misma fe.

Esta fe—favorecida por el ambiente de peligro—aumenta la potencia de la Iglesia. El crecimiento de sus fuerzas vivas, de sus huestes militantes, es cosecha generosa de quienes aun sin esperanza se dedicaron siempre y por doquier a trabajosa siembra.

Se hubiera creído que el racionalismo venceria a la Iglesia y que las generaciones educadas por él la abandonarían dejándola el solo ministerio de secar lágrimas de pobres y desheredados. Y se hubiera podido temer que la lucha organizada contra ella rompería para siempre las filas de sus fieles, anulando o cuando menos comprometiendo seriamente su eficacia.

Perdida la costumbre de la oración y de la observancia de los preceptos religiosos, disminuida la influencia de la religión en la vida de los pueblos, este resurgir de hoy tiene más acentuado valor.

Y notemos que el movimiento, aunque vigoroso, está en sus principios. Las pruebas que lo esperan lo harán más rápido y más arrollador.

Aumenta la sed de lo trascendente y la conciencia de que no puede estar la religión ausente de la vida de los pueblos.

Los hombres hacen su tiempo, y éste es cual aquéllos quieren. La historia no es un acaecer abstracto, fatal. Refleja nuestra voluntad, nuestra fe o nuestra incredulidad, nuestra justicia o nuestra injusticia, nuestra caridad o nuestro egoísmo.

Ahondemos en nosotros mismos.

Pensemos las palabras. Meditémoslas y hallaremos en ellas un nuevo valor, el de nuestra infancia, el que gustamos y no volveremos a gustar.

En la capacidad de captar su primer sentido sitúo yo nuestra regeneración y con la nuestra la regeneración del mundo.

TODO LO PUEDES, AMOR

HELMUT FAHSEL

Orador de gran fama en Alemania y Suiza. Escuchado y aplaudido hasta en los ambientes más hostiles al Catolicismo.

Por los años de inmediato siguientes a la primera guerra mundial, adquirió gran celebridad en Alemania un joven sacerdote. Era Helmut Fahsel.

Hablaba aquel joven sacerdote como casi nadie había sabido hasta entonces hablar a los alemanes contemporáneos. Anunciaba la vieja fe católica que varios siglos de extrañas invasiones habían ido borrando.

En efecto, el anuncio resultaba del todo nuevo en aquellos palcos abarrotados de oyentes que le seguían dondequiera apareciera el anuncio de sus conferencias, o tenían con frecuencia que detenerse contrariados ante el displicente "completo".

A todos sabía hablar aquel extraño profeta: librepensadores, protestantes, judíos, comunistas... Fué rabiosamente aplaudido por los rabinos en su congreso celebrado el año 1922-23.

Trabajó incansable en su patria hasta que el nacismo le cortó las alas. Su biografía fué secuestrada.

En estas circunstancias Fahsel cruzó la frontera y desplegó su celo impetuoso en nuevo campo, Suiza.

No faltaron aquí dificultades, sospechas, desconfianzas.

Pero el "victur Christi" logró superarlo todo con su indomable voluntad.

Va de ciudad en ciudad ferviente, gozoso, predicando el mensaje divino del Redentor.

Prefería el público "pródigo" y aun el hostil; ese gran mundo que forcejea prisionero en los anillos de la duda y del error, pero que desea con ardor la certeza y la verdad.

Es el 1908. Tiene Helmut diecisiete años cuando por vez primera deja la aristocrática familia de sus tíos para estudiar en el pensionado de Gizucki.

¿Cuáles serían los destinos de aquel vigoroso joven?

No era posible adivinarlo. Pasa largos ratos en su habitación. ¿En qué se ocupa? Gimnasio, boxeo, extensores..., él mismo nos revela el secreto de sus horas ocultas, "lucho por la perfección de mi cuerpo".

Con todo no es el vigor físico el ideal que primero le ha cautivado.

De pequeño admiraba la intrepidez y el arrojo de los héroes: Sigfrido, Lohengrin, Perseo... Después le entusiasma el ingenio de los héroes de aventuras y el brío de los detectives.

Por todo esto le repugnaba la superficialidad y ñoñería de sus tíos y la pedantería de los gobernantes. Así lo declaraba a la señora Henriette.

Ya se delineaba en él un alma incontenible en los banales límites de la mediocridad.

Sus primeros ideales encuentran eco en otros de mayor grandeza. Además de la perfección física anhela la perfección espiritual.

No pierde el tiempo. Se zambulle en lecturas que le entusiasman: Séneca, Epicteto, Marco Aurelio. Y deduce: impasibilidad y sabiduría, he ahí el verdadero heroísmo. Y lee con entusiasmo a su amiga, fragmentos de Plutarco.

A través del estoicismo comenzó a vislumbrar la idea de Dios. Un Dios naturaleza; un Dios razón, pero que le entusiasmaba mucho más que aquel otro Dios amorfo e incoloro que le presentaba el protestantismo evangélico.

Por una recopilación de máximas tuvo la oportunidad de conocer la doctrina de Buda. El entusiasmo que le suscitó fue enorme hasta el punto de adquirir una costosa estatua de sabio indú, venerándola con verdadera emoción. "Lo que me enamoró del budismo—declarará más tarde—fué la profunda convicción de la incapacidad de las cosas de la tierra para dejarnos satisfechos."

Pero nuestro joven liceísta cuenta no sólo con un corazón hambriento de amor, sino con una poderosa inteligencia. A sus veinte años ha comprendido que "toda convicción moral necesita un fundamento metafísico". Y se adentra en el laberinto filosófico.

Lee muchisimo. Lee a destajo.

Llega a descubrir que hasta entonces ha ignorado la más bella faceta de la Humanidad: el verdadero cristianismo, los verdaderos cristianos. Se lo ha revelado Schopenhauer en su *El mundo como voluntad y como representación.* "Lo que con torpe lengua dejó descrito es... la envidiable vida de los santos, de muchas almas bellas entre los cristianos, y aun más entre los indúes, etc." ¿Santos? ¿Almas bellas? ¿Héroes y héroes inimitables?... Qué llamaradas de entusiasmo levantan estos atletas en su alma juvenil. Siente necesidad de declararlo en esta carta escrita en la plenitud de sus veintiún años:

"Cuantos hombres fueron virtuosos de verdad adoraron a Dios o al Alma del Mundo. La mayor parte de ellos tomaron por modelos ejemplares históricos de virtud. Pero Cristo... ¿dónde está? Dirás, qué locura preguntarlo. No, amigo mío. Si Cristo es la verdad, ¿por qué su ausencia? ¿Por ser de raza judía? o ¿por haber sido mutilada su doctrina?...

"Ya están Buda y Confucio, dirás. Sí, pero, aunque sabios, no son ejemplares que puedan servir de ideales."

En el corazón de Fahsel, sumida en fría noche de pesimista lógica budista, brota una llamita que calienta e ilumina: es el amor a Jesucristo. "Lo que me hace tan precioso y amable a Cristo es la dulce alegría que derrama en la doctrina de renunciación al mundo... ¿Ves y comprendes tú todo esto? Ah, no te lo sé explicar. El amor no admite descripción. Nace inadvertido..., crece oculto..."

Nuestro joven protagonista lleva vida eremítica.

Le hastían los paseos en automóvil. Le aburren las fiestas de sociedad. Tan pronto como puede huye a refugiarse en su habitación.

Allí lee. Y lee muchísimo.

Primero, los místicos Tauler, Suso, Eckehart, Ugo y Ricardo de San Víctor, San Buenaventura...

Llega a comprobar que los escritos escéticos católicos son apreciados y utilizados por escritores protestantes.

De nuevo emprende el estudio de la filosofía. Pero ahora su gran hallazgo es Santo Tomás de Aquino. Asiste dos

años a la Universidad y en ellos lee y graba en su memoria toda la Suma de Santo Tomás.

No conoce la ociosidad. Se despierta a las cinco de la mañana y salta de la cama al timbrazo del despertador que ha colocado por... precaución junto a sí mismo, debajo de la cabecera.

No se contenta con Santo Tomás. Lo confronta con Scoto, Rodríguez, Nicolás de Cusa, Suárez..., pero siempre retorna al aquinatense como la fuente más pura. Lee también a Lutero, y... lo arrincona para siempre.

La llama de su inteligencia brilla en la cima de espíritu. Cualquiera diría que sólo vive de ella y para ella.

Ya es ferviente católico. Defiende su fe en toda oportunidad, en la calle, en el café, en la universidad; siempre y en todas partes.

No teme el ridículo y desconoce el miedo.

En sus paseos por el monte saluda los crucifijos que halla en el camino. Ha comprado la Madonna, de Guido Reni; ante ella pasa largos ratos en gozosa contemplación.

Tiene Fahsel veintiún años y aun no ha asistido a la Santa Misa.

Una amiga—en mañana dominguera—lo lleva a ella... Asiste reverente, pero sin comprender nada.

El templo le ha impresionado.

Al día siguiente, de incógnito, vuelve a la iglesia católica. Entra. La soledad imponente del recinto sagrado no le oprime, acaricia su alma con mano amiga. Pero Fahsel ignora dónde está el centro de aquella grandeza y se postra no ante el Santísimo Sacramento, sino ante un cuadro de Santo Tomás.

Sin contacto personal con sacerdotes católicos, sin Sacramento, nuestro joven—perteneciente ya a la Iglesia invisible—sigue aun durante algunos meses dirigido sólo por la gracia de Dios.

Es tranquilo, sereno, equilibrado. Pero tiene una pasión; pasión a lo divino, son los incrédulos, "los alejados" de la casa paterna. Los busca de continuo para hacerles participar de la luz y alegria que posee.

No ha olvidado con todo sus ejercicios físicos. Aun hace por vigorizar su cuerpo. Y le viene bien. Un día, acometido brutalmente por un incrédulo, hace valer nuestro joven su derecho, empleando su técnica púgil al mismo tiempo que su dialéctica doctrinal.

Por fin su vocación ha llegado a esclarecerse.

Fahsel será sacerdote. Dios le admitirá a la plena participación de su Cuerpo Místico después de la dura prueba de un año de guerra en el frente (1914-15) y ver todos sus bienes consumidos sobre el ara de la Patria.

La extrañeza de sus conocidos y amigos llega hasta el escándalo de la incomprensión. ¿Por qué esa juventud bella y prometedora se arroja al sacrificio oscuro del sacerdocio católico?

Y será su amiga la que lo explique: "No es un enamoramiento con ocaso de novela. Ni es efecto de bien dirigido sabotaje. Nadie sospechará tendencia hereditaria. Ni tampoco ambición por conquistar elevada posición social. Mucho menos depresión nerviosa que le arrastre con negruras de ultratumba. No. Es el amor a Cristo el que le lleva. Ese amor que un momento feliz brotó potente en su alma joven. El es el que le impele al combate dondequiera que adivina los intereses y reinado de su amado Maestro..."

¡ALAMBRADAS!

MAXIMO ACRI

Oficial italiano. Peregrino de campos de concentración alemanes y americanos hasta terminar en el de Coltano (Italia). Halló a Cristo entre alambradas.

Me imagino que los que intenten algún día escribir la historia de esta bella tierra que llamamos Italia, al pretender sintetizar los hechos y espíritu que los motivara, podrían hacerlo escribiendo sencillamente *Historia de la alambrada.*

En verdad, no sé quién será entre nosotros el afortunado que no haya visto ceñirse en su derredor insidioso y lacerante el cerco de alambre y no haya sentido tenderse el espinado hilo contra su carne y contra su espíritu.

Hablo de todas las alambradas, visibles e invisibles, levantadas por la presunción o la inconsciencia, ignorando para nuestro mal de qué lado están los prisioneros y de cuál los centinelas.

Pero dejemos abstracciones. Relato aquí mis experiencias en esas auténticas alambradas de erizadas puntas, vigiladas por rígidos y adustos centinelas y acribillados por la noche con focos que taladran las sombras con torrentes de vigilancia.

Conozco varios campos de concentración, desde los alemanes de Polonia y los americanos de Alemania hasta los italianos de Coltano y Pisa. He sentido el ansia de medir

paso a paso toda la largura perimetral de la alambrada. He soportado la febricitante obsesión de perder de vista la convulsa aspereza de los alambres. He sentido la comezón de hallar el punto débil del cerco de hierro, no por huir materialmente, sino por gozar el placer de respirar en libertad.

Una consideración, aunque de orden externo. Todos los campos de concentración son iguales, porque son terriblemente iguales los hombres con su bagaje de trágicas presunciones y su lucha frenética por "existir" más que por "conocer".

Y otra consideración más íntima y profunda, que considero mi conquista en el campo de concentración: Todo hombre que en dichos campos tiene inteligencia y corazón para salvarse a sí mismo, encuentra a Dios y se encumbra en el Verbo.

Extraña conquista dirá algún escéptico, dibujando un rictus de sonrisa burlona. Ese "encuentro" es un efecto casual, contingente, efecto del temor, de opresión por un futuro desconocido, en bien de cuentas, un efecto de debilidad.

No, de ninguna manera.

Se ha escrito que jamás encontrará a Dios el que—sea por debilidad o por vileza—no quiere encontrarse a sí mismo, enfrentarse consigo mismo.

Y este encuentro es inevitable en el recluso si no quiere enfangarse en la animalidad más degradante o hundirse en la más triste locura.

Hay una incalculable diferencia entre el recluso en una celda y el de un campo de concentración. En aquél la vida ambiente está anulada; vive su drama entre bastidores. Este, en cambio, lo vive en escenario de lujosa decoración: el cielo, las estrellas, la verde pradera, la luz esplendorosa, el horizonte soñador y el sanguinoso melancólico poniente, todo le invita a gozar aquella vida que, sin embargo, cruelmente se le niega. Por eso adquieren a sus ojos valor exacto todas las cosas, las grandes y las pequeñas.

Y en ese conocimiento adquiere también el de su propia pequeñez.

Frente a la plenitud de vida que le rodea y que a él se le arrebata, un sentimiento plúmbeo de angustia o miedo le agarrota, creándole un complejo de irredimible debilidad.

Pero en este momento ha llegado ya "lo otro", el en-

cuentro con Dios. Y este encuentro es su primer acto reivindicativo de vida, de la verdadera vida humana. Es acto que le devuelve su dignidad; que le introduce en Dios.

Y el hombre en Dios está salvado.

Si yo dispusiera de tiempo y espacio suficientes, sentiría verdadera satisfacción—al propio tiempo que cumpliría una promesa—analizando las diversas fases que caracterizan en el prisionero la conquista de Dios; sus expansiones, grandes o pequeñas; la manifestación de sus sentimientos; sus promesas llenas de la sinceridad del arrepentido y a veces de la ingenuidad del novicio.

Pero me limitaré a repaso de recuerdos.

Vivían recluídos con nosotros algunos capellanes. Y como nosotros—sin distinción alguna—soportaban toda la abrumadora pesadez del campo de concentración.

Mejor, había una diferencia. Mientras nosotros, para contrarrestar la insuficiencia de alimentación, economizábamos energías reposando en las barracas y evitando en lo posible todo movimiento que pudiera suponer desgaste de fuerzas, los capellanes, con heroica entrega de sí mismos, estaban en constante movimiento. Del puesto de mando al hospitalejo, de una barraca a otra, diciendo Misa, oyendo confesiones, repartiendo comuniones, dondequiera, en fin, que fueran necesarios para dar un consejo o inyectar optimismo, esperanza, resignación.

Fué un domingo. Habíamos ya oido la Santa Misa en el amplio patio del caserón que nos albergaba. Hacía sol, un sol piadoso de invierno que esponjaba nuestros sentidos y nuestros corazones. En torno al altar, cubierto con la bandera, se adivinaban efluvios de cosas santas. Nos apiñábamos junto al sacerdote y nos sentíamos todos de familia, hermanos.

A la elevación vi gruesas lágrimas surcar rostros pálidos y descarnados.

Ha terminado la Misa. El Capitán X había declarado sin rebozo que no podía creer y que no quería consejos ni sermones.

Expuesto al Capellán el deseo del Capitán X, accedió gustosísimo a venir a nuestra chabola para explicarnos detenidamente los misterios y significado de la Santa Misa.

En torno a la tosca mesa que tantas veces fué testigo de nuestras tristezas, escuchábamos todos con atención de neófitos las palabras del Capellán.

Pasados algunos días asistimos todos los de nuestro ba-

tallón a la Santa Misa. Con vacilante dicción, pero con decisión ferviente, respondíamos a las oraciones del sacerdote.

Todos y en voz alta.

Pronunciábamos un latín tan armonioso y con fervor tan de corazón que daba gloria escucharnos.

Cuando el sacerdote entonó su "Intribo ad altare Dei", el Capitán X cerró los ojos y en italiano claro y sonoro repitió por dos veces "al Dios que alegra mi juventud", "al Dio che allieta la mia giovinezza".

Los presos estaban asombrados.

Estábamos en Deblin-Irena (Polonia).

Cuando en agosto de 1945 nos trasladamos a un campo de concentración americano experimentamos inmediatamente que los cacheos eran enérgicos y "totalitarios"; todo nos era arrebatado, hasta los libros.

Ni siquieran nos era permitido leer la Biblia.

El cacheo solían hacerlo soldados alemanes bajo el control de los americanos.

Tenía yo entonces en mi poder *La Vida de Jesús*, de Ricciotti, compañera inseparable en mi peregrinar por campos de concentración.

A decir verdad, no era yo el único dueño de tan preciado libro; participábamos en la propiedad todos los compañeros de calvario y habíamos hecho cuestión de honor el conservarlo a costa de cualquier dificultad, haciendo cualquier maniobra.

La maniobra se hizo y con la mayor habilidad.

Los que habían ya sufrido el minucioso registro de su equipaje estaban alineados al otro lado de la alambrada. Durante la operación de despojo uno de los nuestros se acercó a la red con el libro atado con una liga y lo arrojó al otro lado, siendo inmediata y disimuladamente recogido por un "compadre".

Cuando estuvimos en el campo surgió nueva dificultad.

Corrió la voz de la existencia del libro y docenas de oficiales vinieron a pedírmelo para leerlo. Hubo resistencias, fianzas, préstamos y..., hasta compraventas con la moneda corriente entre nosotros: el pan y el tabaco.

No sé si tuvo alguna vez el libro de Ricciotti tal oferta de lectores. Hubimos de sujetarnos a riguroso horario. De tienda en tienda, con la detención de una hora exacta en cada una, iba haciendo el libro su marcha triunfal.

Estábamos en la prisión de Coltano-Pisa.

En Coltano, durante los primeros meses, tuvimos prohibida toda comunicación con el exterior.

Miles de familias esperaban nuestras noticias y nosotros esperábamos las suyas con apremiante ansiedad.

Eramos muchos. Entre los treinta mil militares de la república había—ironía de la suerte—unos tres mil del partido que, forzando la línea de fuego, se pasaron a los americanos y a quienes éstos internaron en enero del 45 en el campo de Awersa y, después, en este de Coltano.

Todo se nos negaba a los allí concentrados.

El primero que logró romper la barrera de tan incomprensivo aislamiento fué un sacerdote. No hay prisionero de Coltano que no recuerde su nombre. Se llamaba Don Fusco. Era capellán del ejército del Sur. Generoso, dinámico, había logrado permiso para estar con los internados, valiéndose de súplicas y ardides.

Al entrar en el campo fué asaltado por miles de hombres heridos y desnutridos que, a gritos, con incontenible urgencia, preguntaban por sus madres, sus esposas, sus hijos.

Aquel ejército de hombres abandonados veía en el sacerdote el rebrote del amor y el amanecer de la esperanza.

El P. Fusco se emocionó hasta derramar lágrimas.

Valiéndose de la misión recibida del Arzobispo de Pisa, el P. Fusco, despreciando amenazas y superando mil obstáculos, entró y salió una y muchas veces llevando cartas, noticias, informaciones.

Fuera del campo de concentración, mujeres de toda Italia, con legajos de cartas en las manos, dando noticias de los nombres, apellidos y grados de parentesco, solicitaban la mediación del infatigable capellán.

A cuántos logró la libertad y a cuántos otros, no habiéndoles conseguido la libertad material, les dió la del espíritu, redimiéndolos a la vida de la fe.

Es, por ejemplo, el caso del capitán B, que, después de treinta años de completo alejamiento de la Iglesia, reemprendió su vida de piedad, hallando la paz y la alegría perdidas.

Cuando en 1945 diversas comisiones militares llegaron al campo para revisar los antecedentes de todos los militares reclusos, el capitán B no tuvo el menor inconveniente en reconocer su responsabilidad. Eventos dolorosos

de guerra le habían llevado a mandar un piquete de ejecución.

El oficial esperó serenamente el juicio de los hombres.

Quedaron en el campo solamente los que habían de ser sometidos a procedimientos penales o en espera de comprobación.

El capitán B quedó en el campo.

Antes de ser llevado a una cárcel, un compañero le propuso la posibilidad de fugarse. Circunstancias favorables aseguraban el éxito de la aventura.

No había tiempo que perder...

El capitán B., por toda respuesta, se presentó al Capellán: "Ahora que creo—dijo—no temo ningún fallo humano. Sé lo que me espera, pero si yo me escapara creería haber perdido la serenidad que aquí he encontrado."

Y no huyó.

Fué sentenciado a pena capital.

El capitán B. murió con la serenidad del héroe y la fe del mártir.

ASIS, META DE LUZ

CLARA SHERIDAN

De noble familia protestante irlandesa y sobrina de Churchill, vivió en ambiente mundano. Peregrina de fe a Asís en 1947.

Los recuerdos de la infancia pueden dormir largo tiempo en el fondo del corazón, pero son imborrables.

Mi infancia se desarrolló en Irlanda meridional, donde los términos "protestante" y "católico" definen claramente posiciones religiosas y políticas. No sabía explicarlo, pero comprendí muy pronto que éramos minoría y al margen de la verdadera vida de Irlanda. Y, además..., minoría despreciada.

Nuestra casa fué incendiada y destruída al sobrevenir los "troubles", nombre con que se designaron las revueltas que terminaron con la independencia, después de cinco siglos de lucha, del poder de Inglaterra. Irlanda fué declarada estado libre.

Fué un verdadero escándalo en la familia la conversión al catolicismo del conocido poeta irlandés Shane Leslie. Aquella conversión la achacamos nosotros al hecho de haber sido respetado de la destrucción el castillo Leslie.

A los trece años, y con el fin de aprender el francés, ingresé en el Colegio de la Asunción, de París. Mi madre consideraba indispensable en una mujer de mundo hablar el francés.

Mi madre había conocido y tratado con alguna intimi-

dad a Napoleón III y a la emperatriz Eugenia. De joven había sido su huésped en Compiegne y había tomado parte repetidas veces en los bailes y fiestas de las Tullerías. Consideraba tan indispensables la etiqueta y modales de sociedad como la lengua misma.

En el colegio aprendí a hacer los cumplidos y reverencias al entrar y salir de una estancia, cosas que mi madre colocaba en plano muy anterior a la religión. Para tranquilizar su conciencia de hugonota, mi madre solía pagar a la ecónoma del Colegio un suplemento para que yo pudiera comer carne los viernes. De este modo me hallaba siempre en una situación desagradable de divergencia de mis compañeras de estudio. Me tenían compasión, cosa que no satisfacía nada a mi orgullo de irlandesa noble.

También, con objeto de tranquilizar su conciencia, había mi madre suplicado a la Superiora que cuidara de no enseñarme la religión católica. La Superiora accedió. Pero al dar el Capellán las lecciones de Historia de la Iglesia, me permitían asistir a ellas libremente. Un día, el Capellán me hizo una pregunta en la clase de historia eclesiástica. No digo la vergüenza que pasé. Todas mis condiscípulas volvieron la cabeza para mirarme, y un coro de voces dijeron en tono de piadosa comprensión: "es hereje".

Se necesita tener profundo conocimiento de la psicología de la joven para adivinar lo que sufrí en aquel aciago momento.

Habiéndome criado con tanta libertad y capricho, no podía resultarme agradable la vida de colegio. Sin embargo, amaba entrañablemente a las hermanas; todas me parecían santas.

La capilla me fascinaba; el canto de las monjas, los altares dorados, las velas, el incienso..., todo me gustaba. Sobre todo en las fiestas, qué ilusión me hacía formar parte de aquellas filas correctísimas en que las colegialas, con formalidad de monjas, nos acercábamos al altar a besar la Cruz. Y, sobre todo, la poética procesión que formábamos el día de San Pedro, a través del jardín, hacia una islita que, en medio de un pequeño lago, servia de peana a una hermosa estatua del Apóstol, cuyo pie nos acercábamos a besar.

A los dieciséis años estaba determinada a hacerme católica.

Al volver a Irlanda, en las vacaciones de verano, el Pastor protestante indicó a mi madre que ya era tiempo

de recibir el Sacramento de la Confirmación. Al decírselo un día en mi presencia, les dije con entereza que no recibiría tal Sacramento porque estaba determinada a pasar al catolicismo.

Aún recuerdo la expresión extrañada y dolorosa del protestante y la no menos contrariada de mi madre; pero ésta, después de angustiado silencio, dijo resignada: "En fin..., antes que nada..., mejor es que sea católica."

No se me permitió volver al Colegio. Desde mis dieciséis años, hasta cumplidos los sesenta, había de ser eso que dijo mi madre: "nada". Ni recibí la Confirmación ni tuve libertad para hacerme católica. Sin embargo, aunque fuera de la Iglesia, no estaba alejada de ella, porque en ella vivía mi corazón.

Me casé con un puritano.

Ni que decir tiene la turbación que le produjo el ver en mi habitación un altarcito con la Virgen de Bellini, y ante ella flores y velas. Llegó a decirme que desheredaría sin miramientos al hijo que pretendiese hacerse católico.

No tuvimos hijos los primeros años de nuestro matrimonio. Nos causaba profunda tristeza ver tan mustio nuestro hogar. Mi esposo me indicó repetidas veces que consultara sobre mi caso algunos médicos famosos, excelentes ginecólogos. Como mis pensamientos eran muy otros, me resistí y él se conformaba, pues siendo yo entonces joven y hermosa, y él perdidamente enamorado de mí, hacía cuanto a mí se me antojaba.

Mi marido conoció muy pronto mi enorme predilección por Italia y, en consecuencia, convinimos en que cada año quedaría yo enteramente libre para pasar algunos meses en aquel país para disfrutar a mis solas las vacaciones.

Mi primer viaje fué una verdadera peregrinación.

En Roma me dediqué a visitar las iglesias, rezando y colocando velas ante los altares de Nuestra Señora. En mi Diario de entonces leo: "No consulto guías ni cicerones; entro en las iglesias que encuentro a mi paso. En San Pedro asistí a la Misa, y en la capilla de Nuestra Señora me encontré y recé junto a una pobre mujer cubierta de andrajos, con un niño en brazos. En la basílica de San Pablo, inmensa, deslumbradora de mármoles, alabastros y malaquita, coloqué mi vela junto a las que otros habían antes ofrecido. Después entré en Santa María la Mayor, donde la Santísima Virgen apareció por dos veces al Papa Liborio. En la escalerilla del fondo, toda ella de mármol, y en

una cripta medio abierta, vi la preciosa imagen del Niño Jesús, esculpida en mármol y tocada con preciosa diadema dorada. En este altar del Niño Jesús dejé dos velas.

El día de la festividad de San Patricio, Patrono de Irlanda, 17 de marzo, fuí a llevar unas flores a la iglesia de San Isidoro, regida por los Padres franciscanos irlandeses. Después visité la iglesia de Santa Cecilia, la de Nuestra Señora del Pueblo y la de Santa María de Minerva. Me detuve largo rato—para gozar de su quietud—en Santa María de Cosmedin, construida en el antiguo templo de Proserpina; subí luego a San Juan de Letrán y después de mi oración estuve largo rato contemplando su maravilloso claustro.

El día de la Anunciación, 25 de marzo, subí la escala del monte Pincio, hacia el convento de la Santísima Trinidad del Monte. Una monjita me acompañó a la capilla de la Virgen Milagrosa, y conociendo la buena monjita que llevaba algo especial que pedir, me dejó para que me desahogara a mis solas."

Volví a Inglaterra.

A los nueve meses tuve una niña. La llamamos María Margarita.

Mi marido suponía que yo había preferido el nombre de María, en atención a mi suegra que llevaba ese mismo nombre, y por cierto que mi suegra se sintió muy halagada con tal preferencia; pero Dios sabe muy bien que eran muy distintas las intenciones que se ocultaban en mi corazón.

Poco después estalló la primera guerra mundial.

El año 1915, precisamente cuando su padre moría en los campos de batalla, nació mi hijo. Durante veintiún años fué este hijo mi ídolo. Lo amaba con verdadera pasión sobre cuanto existe en el cielo y en la tierra. Durante veintiún años me hizo gozar aquel hijo todo el placer y alegría que puede proporcionar un amor inmenso, desinteresado, divino.

Pero... la muerte había de cortar el hilo de aquella vida idolatrada.

Dos años antes de la segunda guerra mundial, moría mi hijo en Africa del Norte.

Quise llevar su cadáver a Inglaterra, para darle tierra junto a sus mayores, pero no tuve valor. Lo dejé en la costa meridional francesa.

Me permito evocar estos recuerdos trágicos porque,

visto lo que después ocurrió, resultan extraños los sucesos de aquel lúgubre día.

Estábamos cerca de la frontera española, en Port Vendrés, desde donde las naves francesas hacían su servicio con Africa. Port Vendrés es un pueblecito; en él no había más que una iglesia, y católica.

Me pareció la cosa más natural del mundo irme a desahogar con el párroco, para aliviar en algo mi indescriptible dolor. El párroco era un ancianito sencillo, bondadoso, santo.

Le supliqué tuviera a bien socorrerme en aquella asfixia sentimental. El anciano me consoló mucho. Después de un rato hube de confesarle sin disimulado rubor: "Pero ocurre que nosotros... no somos católicos." "No se preocupe, señora—me respondió benignamente—, no tiene usted por qué decirlo."

Dios recompensó a aquel buen sacerdote la caridad que usó conmigo y el favor de dar tierra bendita en el cementerio católico a los restos de mi hijo.

En mis frecuentes retrospecciones sobre mi pasado, creo ver mi vida acoplándose a un diseño divino, cuyo punto de mira se esconde en la mística Umbría.

Antes de la guerra visité Asís. Hacíamos varios amigos una jira por Italia. Ibamos en automóvil y nos faltaba tiempo para llegar aquel día a Perugia. Sólo dos horas pudimos detenernos en Asís. Fueron lo suficiente para desprenderme de mi grupo y correr a postrarme ante la tumba del Poverello.

No sé describir lo que allí me pasó. Los recuerdos de aquel momento dichoso quedan disimulados entre las gasas de la emoción. Sólo recuerdo que un hermano me levantó de las gradas y me llevó a un banco. Me sonrió y habló con tan celestial dulzura, que me pareció San Francisco en persona.

Desde aquel día Asís fué para mí una verdadera obsesión. Yo debía volver a él de una manera o de otra. Espiaría la ocasión.

En esto comienza la segunda guerra mundial. Todos mis proyectos caían por tierra. Mis ilusiones se desvanecían con desencanto.

Buscando mayor seguridad, vivimos los años de la guerra en una antigua finca que tenía mi familia al sur de Inglaterra. Hubo momentos en los que creía debía perder toda esperanza. Prometí que si lograba salir bien de la

guerra, mi primer viaje al Continente sería Asís, para dar gracias a San Francisco.

La guerra puso sus zarpas sobre el bello suelo de Italia. Mi corazón palpitaba de preocupación. Nunca se me ocurrió rogar por Roma; sólo, sí, algo por Florencia. Pero cuando el torbellino se abatió sobre las llanuras de Umbría, todos mis anhelos se apretaron en una sola súplica: la salvación de Asís.

Sería muy prolijo narrar cómo logré llegar a Asís. Fué un verdadero viaje de aventuras.

Antes de salir de Inglaterra, recogida en mi capilla barroca, oré largo rato pidiendo al Señor fuera guía y ayuda de mis pasos. Si lograba llegar a Asís me haría católica; si no lograba supondría que no era ésta la voluntad de Dios y permanecería, por tanto, en mi religión.

Al llegar a Suiza, me detuve algunos días entre mis parientes, ignorando si podría penetrar en Italia. Y es que hoy una peregrinación al extranjero está condicionada a multitud de circunstancias materiales y políticas.

Por disposición del Gobierno inglés, se me había permitido sacar muy poco dinero. Debía ser, pues, muy parsimoniosa en mis gastos.

De Florencia me dirigí a Asís en un autobús que hizo el viaje en diez horas, y se paró tres veces averiado. Por lo demás, mi viaje fué feliz y no podré olvidar la delicadeza y exquisitas atenciones de todos los viajeros para conmigo, única extranjera de la caravana.

Aquella misma tarde fuí a postrarme ante el sepulcro de San Francisco. No sufría mi corazón dilatar ni por unas horas el encomendar a mi santo el objeto de mi aventura.

En Asís no conocía yo a nadie. Al salir, a la mañana siguiente—8 de agosto—, hacia la iglesia de Santa Clara, tuve necesidad de buscar quien me indicara la calle, y fué tal mi fortuna que me topé de manos a boca con el que mejor me podía velar: un soldado suizo que hablaba francés y cuya nobleza de corazón se dejó ver a las primeras de cambio.

El fué mi cicerone.

Tan pronto como se enteró de que deseaba hacerme católica, buscó un fraile que hablara francés para que me pudiera instruir. No fué trabajosa la búsqueda, pues en seguida dimos con uno que lo tomó muy a pechos.

Pudo pronto apreciar el buen religioso que, habiendo

sido yo educada en un colegio católico y de monjas, no estaba ayuna en cuestiones de doctrina católica.

Como primera medida le indiqué que no disponía de muchos días, ya que mi dinero era muy escaso. El me propuso como más conducente a nuestro objeto dejar el hotel y trasladarme a un convento. Asi lo hice.

Avancé mucho en mi instrucción; no habia ocasión que no aprovechase. Hablaba en la calle y en la iglesia con los frailes, los sacerdotes, las monjas, los paisanos, con todos; y todos fueron conmigo delicadísimos.

Sin embargo, no se veía llegar el día deseado.

Llegó uno a indicarme que necesitaríamos aún dos meses.

Casi desesperada llamé en mi auxilio al Poverello, cuya tumba era el centro de todas las súplicas. Estaba determinada a no marcharme de Asís, sino después de haberme hecho católica.

La víspera de Santa Clara asistí a la Misa de medianoche, en San Damián, el santuario de mis preferencias.

Jamás podré olvidarme de aquella noche; el aliento cálido de la tierra; la luna llena contemplativa; el paseo entre los olivos silenciosos; los cipreses hieráticos taladrando el cielo; el canto pausado de los frailes cayendo amoroso sobre los oyentes; las luces temblorosas parpadeando ante los frescos centenarios... Todo, todo vive fresco en mi recuerdo.

A primeras horas de la mañanita del 12 de agosto emprendí el camino de regreso. Una extraña felicidad inundaba mi alma. Jamás hubiera sospechado que aquel mismo día, antes de ponerse el sol, tendría concedido el Bautismo.

Al llegar al convento encontré una tarjeta del Vicario citándome a una entrevista con él a las nueve de la mamaña y otra con el señor Obispo a las cinco de la tarde.

El Vicario me preparó para la recepción del Bautismo y Confirmación, que debería realizarse aquella misma tarde.

No acierto a comprender cómo y por qué salió todo tan a pedir de boca.

Para mí es un misterio y... un milagro.

Ocurría todo el día de Santa Clara. Nadie en Asís conocía mi nombre, todos me llamaban "la señora inglesa". ¿Cómo, pues, sospechar se deba al puro acaso, que coincidiera en aquel día mi entrada en la Iglesia Católica?

No creo sino que fué una intervención directa de los

santos que por tanto tiempo había estado invocando. Ellos allanaron el camino.

La ceremonia tuvo lugar en la histórica catedral de San Rufino, precisamente donde Francisco y Clara habían recibido al Santo Bautismo.

Algunos días después, me acerqué a la Sagrada Comunión, junto a la tumba de San Francisco, rodeada de las monjas y educandas del convento que me servia de hotel.

Los pocos días que me restaban transcurrieron para mí en una desbordante plenitud de alegría y exaltación.

Me levantaba—sin la menor dificultad—al amanecer, para bajar a Santa María de los Angeles, donde oía la Santa Misa y recibía la Sagrada Comunión, en la capilla de la Porciúncula. Por la noche me llegaba a San Damián, para volver a primera hora de la mañana a la ciudad o al Eremitario de las Cárceles.

Siempre y en todas partes me acompañaba el recuerdo de San Francisco. Mis pies pisaban la tierra que él pisó, y pensaba cuánto gozaría yo de poder vivir en aquella dichosa ciudad.

Asís es la ciudad santa, la Meca cristiana. Los que viven en ella no se hacen cargo de la satisfacción que significa para los que vivimos lejos, llegar a aquel dichoso oasis después de largo y pesado viaje.

Por catorce días pude revivir la fe y la belleza de los tiempos de San Francisco. Fueron días de milagro. Pero... el milagro era el que se estaba realizando en mi alma. Qué profunda transformación se estaba haciendo en ella.

Al volver a mis connacionales, me privaba de mi cielo sobre la tierra. Pero veía las cosas con ojos muy distintos y sigo viviendo en un verdadero encanto espiritual.

No sé qué ocurre en mí, pero sospecho que mi corazón sigue viviendo en Asís, o es que lleva a Asís en mi corazón.

ALIADA DE LA FE

LUIS FANTAPPIE

Nació en Vitervo el año 1901. Fué profesor titular de la Cátedra de Altos Análisis en la Universidad de Roma. Premiado en Matemáticas con varios premios internacionales. Miembro de varias Academias italianas y extranjeras.

Mucho se podría decir de las relaciones de la ciencia moderna con la religión en el momento actual. Tal desarrollo y tan fascinadores éxitos ha obtenido la ciencia en nuestro siglo, que se puede considerar la característica de nuestra cultura. Y, quizá por esto mismo, con juicio, si no es precipitado, se le han achacado las desgracias y desilusiones que soportamos.

Qué haya, en efecto, de verdadero en esta acusación contra la ciencia, no es del todo fácil declararlo.

Ante todo hay que distinguir la verdadera ciencia de la ciencia de oropel. Aquélla es la búsqueda paciente y desinteresada de la verdad, búsqueda desconocida—y hasta inapreciada—del gran público.

Esta es ropaje chillón con que se vistieron tantos libros de vulgarización del pasado siglo; ropaje con que se quiso cubrir tantos principios y cuerpos de doctrina del todo ajenos a sus dominios, cobijo positivista que quiso amparar extraños campos sin excluir el humano y el social.

A esta falsa orientación de la ciencia se debe el que se haya concedido valor universal al principio de la "causa-

lidad mecánica" que, si es valedero en los fenómenos físicos, al invadir los campos de la "vida", e incluso el del "hombre", implica la negación de toda tendencia finalística, como superstición peligrosa y aun vitanda a toda costa.

El efecto de este mecanicismo de la vida, que formó un cuerpo filosófico con sistema positivista, fué tan desastroso que en vano se esforzaron talentos eminentes en reconstruir en el hombre la conciencia de su propia personalidad, movida siempre en fuerza de "fines" futuros, no como autómatas lanzados por la causalidad mecánica.

Se puede afirmar que a este empeño obstinado y ciego de querer privar al hombre y, en general, al universo, de sus fines, empeño en que culmina el error de la falsa ciencia del ochocientos, se debe gran parte de los males que lamentamos en nuestros días.

De todos modos, siempre habremos de achacarlos, no a la auténtica ciencia, sino a sus arbitrarias intromisiones en el campo social y moral.

Es más. Sólo a este empeño antifinalístico—radicado en toda la ciencia ochocentista—se debe el hecho inexplicable de que la ciencia no haya caído en la cuenta hace ya medio siglo, y en el mismo campo de la física, de la perfecta compatibilidad del principio de la causalidad mecánica y de la causalidad finalística.

Me refiero a los intentos—con éxito negativo—hechos, entre otros, por el célebre físico y matemático francés Henri Poincaré, para excluir en la teoría de la radiación luminosa la solución de la ecuación de la luz, llamada de los "potenciales anticipados", conservando sólo la llamada "de los potenciales retardados". ¡Cuántas veces la solución dada por el cálculo matemático en virtud de las ecuaciones que regulan un determinado fenómeno fué gozosamente confirmada por la realidad física!

Baste recordar a este propósito el descubrimiento del planeta Neptuno y de las hondas electromagnéticas, vistos por el talento matemático de Leverrier y Maxwell, respectivamente, antes que el instrumental físico constatara, siguiendo las orientaciones de aquéllos, su innegable realidad.

Sin embargo, no se consiguió dar el golpe definitivo a todas las objeciones positivistas contra el principio de causalidad—declarado por ellos extraño a la ciencia—y demostrar su perfecta compatibilidad lógica con el principio de causalidad, y aun de su "necesidad" para ciertos géneros

de fenómenos, sino gracias a las trabajosas investigaciones que yo mismo realicé estos últimos años.

Partiendo, en efecto, de las conquistas más seguras de la física moderna (estructura "corpuscular" y al mismo tiempo ondulatoria de todo fenómeno natural, teoría de la "relatividad restringida") se llega a concluir con certeza matemática, que entre las soluciones de las ecuaciones que expresan las leyes fundamentales del universo, se distinguen dos grandes clases: los potenciales "retardados" y los "anticipados", de los que constituyen dos casos particulares los reducidos antes de la radiación luminosa. Y puesto que los fenómenos naturales son siempre representados por las soluciones de dichas ecuaciones, resulta que también para dichos fenómenos pueden establecerse correspondientemente dos grandes categorias con caracteristicas esencialmente distintas: la de los fenómenos "entrópicos" y la de los "sintrópicos".

Averiguado ya que los fenómenos entrópicos coinciden por sus características (principio de causalidad mecánica, segundo principio de la termodinámica o principio de la "entropia" o "nivelación") con los hasta ahora estudiados de la física y de la química, quedaba por averiguar qué fenómenos fueran los "sintrópicos", cuya existencia era tan imperiosamente demostrada por los cálculos matemáticos mediante las soluciones de los potenciales "anticipados".

En este esfuerzo científico, el abandono de todo prejuicio—que hubiera oscurecido la visión—produjo los frutos más insospechados y maravillosos.

Estudiado, en efecto, con imparcialidad y sin prejuicios, cuáles fueran las caracteristicas de los fenómenos sintrópicos, por medio de las propiedades matemáticas de las correspondientes soluciones, se llegó a la conclusión de que *dichos fenómenos están necesariamente regulados por el principio de finalidad,* como los entrópicos lo están por el de *causalidad mecánica.*

Se ponía con esto en evidencia—como en el siglo pasado se había puesto con la teoría de la radiación citada arriba—que cualquier principio antifinalístico injustificado habría dado al traste con nuestra labor investigadora y habría levantado infranqueable barrera a toda posibilidad de ver claro en la cuestión de los potenciales "anticipados" y de los correspondientes fenómenos sintrópicos.

Resulta también que en los fenómenos sintrópicos, además del principio de finalidad, tiene validez otro princi-

pio, opuesto en cierto modo al de la entropia; principio por el que a más tiempo, más diferencia; es decir, que a medida que pasa el tiempo "se pasa de formas casi homogéneas, a formas cada vez más diferentes" en aquellos sistemas donde se desarrollan fenómenos de esta categoría.

Parecerá extraño; pero no tiene por qué extrañarnos esta insospechada propiedad de los fenómenos sintrópicos cuando las vemos coincidir precisamente con las de muchos fenómenos *efectivamente existentes en la realidad* y que permanecían hasta ahora inexplicados y misteriosos por la única razón de haber querido mantener que todos los fenómenos existentes eran entrópicos.

Si miramos, por ejemplo, la formación del ojo y de tantos órganos complicadísimos del ser viviente, tan diferentes en sus fines, y, sin embargo, tan armónicamente avenidos, no podemos menos de descubrir y reconocer en dichos fenómenos las características inconfundibles que hemos anunciado para los fenómenos sintrópicos.

Es más: los fenómenos típicos y hasta ahora inexplicados de la vida son los que necesariamente deben ser identificados con los fenómenos sintrópicos y explicados con sus leyes, tan diversas de las de los fenómenos entrópicos (fenómenos físicos y químicos).

Y como hallamos la esencia de los fenómenos entrópicos —siguiendo a Kant—en el principio de causalidad mecánica que los regula, así debemos hallar la *esencia de la vida* en el análogo principio de *finalidad* que regula los fenómenos sintrópicos.

Vivir es sustancialmente *tender al fin,* y a un fin tanto más complejo y elevado cuanto más intensa y rica es la *vida.*

En el hombre, concretamente, los fines a que tiende no son sino los ideales que *ama,* ya que es el amor su ley fundamental a la que no puede renunciar sin renunciar necesariamente a una parte más o menos grande de su vida. La ciencia moderna va descifrando en el libro de la naturaleza (ese libro escrito en caracteres matemáticos, decía Galileo) la misma ley de amor que enseña el Evangelio.

¡Cuán diversas resultan, pues, las relaciones de la ciencia moderna con la religión, de las que tuvo la ciencia del pasado siglo, bajo la influencia maléfica del positivismo!

Pudiéramos decir que la ciencia—materialista en el siglo pasado—se va espiritualizando, hasta llegar a ser la mejor ALIADA DE LA FE.

A nadie puede esto sorprender. La ciencia no se ha hecho para fines utilitaristas o de orgullo, sino por el solo amor de la verdad. Ahora bien: si es cierto—como lo es en absoluto—que el mismo Dios encarnado se llamó a sí mismo VERDAD, "Yo soy la Verdad", es evidente que la *búsqueda de la Verdad,* la *investigación científica nacida del solo amor a la Verdad,* viene a coincidir con la *misma búsqueda amorosa de Dios.* La investigación científica debe, por tanto, desembocar en el amor de Dios y en la fe más seguramente sentida.

De aquí que yo defiendo que nunca como en el momento presente, en que la ciencia ha llegado a su madurez, pueda ser la mejor ALIADA DE LA FE, proporcionándole los medios más eficaces de penetración, aun en aquellas masas homogéneas de hombres que negando la fe creen en la ciencia y en las conclusiones por ella conseguidas.

Aprovechemos esos medios que la ciencia nos ofrece, y se abrirá para la Humanidad una nueva gloriosa era de saber, de fe y de amor.

POESIA Y GRACIA

MAX JACOB

Pintor, poeta y crítico de arte. Intimo amigo de Picasso. Artista genial y hombre de mundo. Nació en Quimper el año 1876 y murió en 1944 al ser deportado.

24 de febrero de 1944.

Es muy temprano y el frío intenso.

Ante el portón de la Abadía de San Benito-sur-Loira se detiene un coche.

Dos agentes de la Policía alemana descienden de él.

—¿Max Jacob?

—No vive en la Abadía, sino en la pensión de la señora Pertillard.

El frío es muy intenso. El poeta está delicado de salud, pero... no hay tiempo que perder; como está y sin echarse encima ni siquiera el abrigo, ni despedirse de los amigos, Max Jacob sube al coche, que desaparece rápido por la helada carretera.

El poeta tiene contra sí la grave acusación de ser... judío.

Max Jacob es hijo de una familia judía sin religión. Ya desde muy niño da inequívocas pruebas de ingenio extraordinario. En el periódico escolar publica por entregas un romance: *La cigüeña.*

A los dieciocho años decide dedicarse a la pintura. Desagrada mucho a la familia, pero Max, sin dinero ni provi-

siones, abandona su pueblo natal de la Bretaña Quimper, para dirigirse a París, meta de sus sueños artísticos.

En la capital francesa tiene que dar clases de piano para procurarse un mendrugo de pan. Las noches las pasa acostado en una hamaca que le ha regalado un amigo bretón tan pobre como él.

Al presentarse en la Academia de San Julián, lo hizo con tal sencillez y encogimiento, que un socarrón le preguntó si iba allí a vender lápices o ligas de caballero.

La ironía hirió tanto al amor propio del joven, que huyendo en seguida no volvió a pisar los umbrales de la Academia.

Estudiará solo. No tendrá más guía ni maestro que su propio ingenio. Será un autodidacta absoluto.

En este estado de extrema miseria, le propuso un amigo dedicarse a crítico de arte. Le agradó la proposición y el primer artículo alivió su exhausto bolso con veinte francos.

También aquí la desilusión vino a tronchar sus pujos.

Rendido a la desgracia, Max emprende el camino de vuelta a su ciudad natal.

Trashumante de empleos, es primero aprendiz ebanista; luego, secretario en un despacho notarial; después, preceptor de una rica familia, y, por fin, dependiente de comercio.

Parece que la idea de Dios cruzó fugaz por su mente, relampagueando sobre el horizonte plomizo de sus días negros. Acuchillado por los reveses; ahogado por el infortunio, postrándose de rodillas, rugió desesperado: "Señor, si existes, haz que no sea tan desgraciado."

Un encuentro fortuito con Picasso, en 1901, abrió un clarón de luz en cielo negro de Max. Picasso, le dijo con aplomo: "Max, eres el único poeta de nuestro tiempo." Le alentó a publicar sus trabajos, que, en efecto, lanzó al mercado el editor Picard y Kahn.

Es curioso que el editor suplicara a Max que laicizara (!) una composición, sustituyendo en la narración una iglesia por una escuela, y un sacerdote por un maestro.

La miseria sigue acosándole sin tregua ni respiro.

"Mi morada—habla Max—está al fondo de un corral y frente a unos almacenes. Dando a la calle Ravignan. Un viejo somier sobre cuatro troncos. La luz me entra por un agujero que el dueño, compasivo, ha abierto en el techo de cinc. Aquella barraca será la capilla de mis eternos recuerdos."

Frecuenta el estudio de Picasso, y traba amistad con afamados artistas.

Max es de buen corazón; sencillo como un niño; generoso con los pobres, familiariza pronto con los humildes. A veces recibe encomiendas delicadas, como la de reducir a la casa paterna a un hijo pródigo.

En estas circunstancias nada tiene de extraño que le atraigan las prácticas y ciencias espiritistas, que se dé a la nigromancia y malabarismos y que predique sobre el futuro a la chiquillería del barrio.

La primera piedra del pedestal de su celebridad la colocó el año 1909, con la publicación de su afortunada trilogía de Matarel. La fortuna sonríe. Max tiene ya no uno, sino varios editores que se disputan sus escritos. Jefe de una escuela poética, es llamado a los salones de Paris a leer o recitar sus poemas en prosa o sus cantos bretones.

Sus aguadas y acuarelas figuran en los salones de arte moderno.

Borracho de fama, la gloria le acaricia, la riqueza es feudo suyo.

Pertenece a esta época el despertar religioso de Max.

Le interesa el Cristianismo y quiere conocerlo. Su caridad natural; su tendencia no disimulada al misticismo; su entusiasmo por los Libros Sagrados parecen preludiar una conversión ruidosa. Pero... el artista encuentra desconfianza en el ambiente eclesiástico, y habrán de pasar muchos años para que los sacerdotes se decidan a administrarle el Bautismo.

Max sigue a sus solas la instrucción religiosa. Lee con asiduidad el Evangelio; frecuenta las iglesias, y, aún catecúmeno, siente el acicate del proselitismo. Sube todas las mañanas a Mont-Martre, a suplicar a la Virgen le conceda la gracia de saberse vencer a sí mismo.

Tiene confianza particular en la Virgen, a quien invoca —llamándola de tú—con la confianza de un niño a su madre.

La acometida de la gracia fué inesperada.

Torturado por encontrar solución a su situación, le ocurre un hecho extraño, hallándose una noche en el cine. Absorbido por sus ideas, aunque contemplando el film, ve de pronto sobre la pantalla, no las figuras de la película, sino la Imagen de Cristo Crucificado que le mira.

Jamás podrá olvidar aquella visión. Desde aquel momento Cristo es su gran amigo, el objeto de sus ternuras.

Max cree ya sin distingos. Y él mismo pide el Bautismo, que le es administrado en febrero del 1915. Recibió el nombre de Cipriano. Picasso lo apadrinó.

Sería demasiado ingenuo pensar que la gracia había transformado instantáneamente al pecador en santo. No. Max cree; pero es muy pesado el lastre que le mantiene pegado al pasado.

En casa es sobrio y austero, pero... toma parte en las fiestas de mundo y se pasa las noches en galanterías y flirteos, en conversaciones chispeantes, en ironías agudas, en chistes subidos. Al amanecer vuelve a casa disgustado del ambiente, hastiado de sí mismo, pero... para repetir lo mismo al día siguiente.

Un accidente automovilístico le hace ingresar el 1921 en el hospital de Laborisiere, donde le rodean de mil atenciones.

En aquel retiro tiene tiempo de reflexionar, y comprende que su vida no es nada ejemplar; que no puede continuar así, y que se impone una decisión hacia la derecha o hacia la izquierda.

Y se decide hacia la derecha.

Se da perfecta cuenta de que el ambiente artístico de París, su mundo, sus peñas, le sorben el seso y hacen del todo ineficaz su conversión. Debe abandonar aquella atmósfera asfixiante de amigotes agnósticos, incrédulos y aun hostiles a su fe, o, a lo menos, que no creen en su conversión, y aun insinúan que no se trata sino de una sutil manera de propaganda.

"Cierto día—escribe Weil, sacerdote amigo de infancia—en que fuí a visitarlo, me dijo Max con infantil naturalidad: "Quiero dejar Paris y buscar para mi vida un lugar solitario en el campo, donde darme al trabajo y a la oración." Puso en mis manos la elección y yo le sugerí la Abadía de San Benito-sur-Loira, donde encontrará un inteligente sacerdote, una vetusta abadía benedictina y una de las mejores iglesias románicas de toda Francia."

Pocos días después, Max dejaba París, llevando todo su equipaje de libros y cartapacios, para avecindarse en el primer piso de la casa cural de San Benito. Días después se establecía en la hospedería del viejo convento. El ambiente pintoresco, la paz y el recogimiento del Valle de Oro, era, en verdad, ideal. Pero quizá resultara el cambiazo demasiado brusco para Max. Lo cierto es que siete años después, Weil aconsejaba a su amigo volver a París.

Pertenece a este tiempo el primer reconocimiento oficial de su genio: la Legión de Honor.

Vuelto a París, Max vuelve a su vida de antaño y se zambulle en ella como un pez en el Océano.

Resulta nuestro poeta un hombre de contrastes. Todos lo somos un poco, pero Max lo es elevado a la enésima potencia.

En este ambiente, que es carne de su carne y hueso de sus huesos, comprende pronto lo que para él representaba la vida en San Benito y lo que ha perdido al abandonar aquel paisaje ideal. Y hacia fines de 1935 se restituye a él para reemprender su vida de oración, de trabajo, de fervor y de apostolado del hombre de fe.

La adoración perpetua que aún hoy dura en la basílica de Montmartre es una piadosa idea que floreció en su gran corazón.

Cuando los polizontes alemanes vinieron en su busca, Max no hizo la menor resistencia. Se abandonó del todo en sus manos.

Antes de ingresar en la cárcel de Drancy, escribía al viejo cura de San Benito: "Perdonadme esta carta de náufrago, que escribo por condescendencia de los guardias. Tengo confianza en Dios y en mis amigos. Agradezco al Señor el martirio que comienza."

Convivió con sus compañeros de prisión todas las miserias, escaseces y privaciones de la cárcel, confundido entre todos aquellos detenidos, culpables como él, de un solo delito: ser de raza judía.

Una bronconeumonía le encontró preparado. La Hermana Muerte le tendía la mano y Max la apretó gustoso.

Los compañeros de prisión y los médicos rodearon al paciente de toda clase de delicadezas y atenciones. Max lo agradecía todo sin pedir nada.

Oraba mucho, constantemente, en absoluto recogimiento. Se le oía repetir con frecuencia: "Estoy con Dios."

Sólo manifestó un deseo antes de morir: que se le hicieran funerales católicos. Y aun este deseo lo manifestó con suma delicadeza para no herir la susceptibilidad de sus ex correligionarios hebreos. "Bien sabéis—les dijo—que he unido mi vida a vuestra Pasión."

MI RETORNO

ARMANDO CARLINI

Nacido en Nápoles en 1878. Fué profesor de Filosofía Teórica en la Universidad de Pisa. Escribió varios tratados de Filosofía.

Mi retorno. Si, mi retorno a la casa del Padre, porque de ella sali un día aciago, queriéndome persuadir de que fuera de ella encontraría la libertad, libertad de pensar, libertad de conciencia y libertad de obrar sin leyes coaccionantes ni dogmas oprimentes.

Salí, en efecto, de un seminario, en que al propio tiempo que el amor a las letras y al estudio me inculcaron la verdadera piedad cristiana. Pero salido al mundo, sin guía ni sostén, me desorienté por completo. En la Universidad triunfaba Carducci, y el anticlericalismo campeaba a sus anchas.

¡Qué bello parecía a mis ojos ingenuos librarme de aquella pesadilla del seminario; qué agradable la vida sin responsabilidades; qué fascinadora la libertad!

Ya en la Universidad, hice con notable éxito mis pinillos en literatura, y Carducci me premió y animó a seguir por el camino de las bellas letras; pero yo, cambiando de dirección, me decidí por la Filosofía, abandonando un camino que se me abría de triunfos.

¿Por qué mi decisión?

No fué cierto porque esperara aquí mayores éxitos. Por lo demás, en el Liceo nada había aprendido de dicha cien-

cia, ni había sentido jamás inclinación hacia ella, ni tenía ideas claras, ni había podido aclararlas en mis días de Universidad.

¿Por qué, pues, tal cambio de dirección?

Al reflexionar hoy—después de tantos extravíos—cuál fuera la causa de mi cambio de ruta, no dudo en achacarlo a que habiendo perdido mi fe y no estando seguro ni tranquilo en mi nueva posición, quise buscar en la Filosofía la seguridad y tranquilidad que había perdido al abandonar mi fe.

Algún tiempo, sí, la encontré; mejor, creí encontrarla. ¡Se hablaba tanto de conciencia, de moralidad, de espiritualidad, del Cristianismo como doctrina que primero había revelado al hombre y propugnado los valores de la Humanidad!...

Por aquellos días, en reciente Encíclica, hablaba el Santo Padre de inmanentismo, de idealismo, de historismo, poniendo a los fieles en guardia contra sus disimuladas redes. Hoy, al estar ya de vuelta de aquellos sistemas, sé por infortunada experiencia cuánta razón tenía el Pontífice.

Por cierto, que a decir verdad, yo caí en cuenta de aquellas redes delatadas por el Papa, muy poco a poco. Advertí primero que estas filosofías iban muy allá en las negaciones de ciertos postulados de la fe religiosa; con sus principios no llegaban a lo más profundo del espíritu. Después, y cierto afortunado día, se me ocurrió preguntarme: ¿cómo se llaman cristianos estos filósofos si niegan la divinidad de Cristo?

En la Morcelliana de Brescia dejé el manuscrito de un opusculejo, al que puse por título *Por qué creo.* Allí discurro largamente sobre estos temas.

Voy a transcribir sólo un pensamiento que pongo en el Prólogo: "Creo porque en el dogma cristiano he encontrado la verdadera y auténtica expresión de la vida del espíritu, libre de las adulteraciones e interpretaciones sospechosas que dan las mencionadas filosofías. Dichas filosofías se inspiran, sí, en el Cristianismo como fuente de los principios que más ennoblecen al hombre ante sí mismo; pero para ennoblecer así al hombre, creen necesario alejar su corazón y su mente del Dios-Hombre, cayendo así en abierta contradicción consigo misma."

Un filósofo afirmó que poca filosofía aleja de la religión; y que mucha filosofía lo lleva a ella.

Este ha sido cabalmente mi caso.

La religión cristiana, además de verdadera religión, es filosofía verdadera, que por sí sola justifica los aspectos de la verdad; que corrige los errores y fallos de las otras filosofías y las supera a todas.

La libertad que busqué fuera del dogma, la encuentro ahora dentro de él. Es más: sólo el hombre cristiano es con propiedad libre en el pensamiento y en la vida.

La libertad en el dogma. Sin duda que sonará a paradoja esta afirmación al filósofo imbuído en prejuicios racionalistas. Sin embargo, si sabe prescindir un tantico de tales prejuicios, verá que está muy conforme con el pensamiento de insignes filósofos de hoy, de ayer y de siempre, acerca de la libertad.

Existen, en efecto, dos formas de libertad, dos formas fundamentales, que con palabras, hoy en moda, podríamos definir libertad de la acción propiamente dicha y libertad del espíritu en su totalidad. La una, es libertad del hombre como ser existente en el mundo, y la otra, libertad del hombre como ser trascendente del mundo. Una es, pues, libertad *en* el mundo; otra es libertad *del* mundo. La primera es acción y esfuerzo, que supone *posesión* de libertad; la segunda es exigencia y proceso de *liberación.*

Fué precisamente como en tantas otras cosas, Aristóteles el primero, que, a pesar de estar tan lejos de nuestro modo actual, expuso el concepto de libertad en ambas acepciones.

"La acción—escribe el Estagirita—es humana en cuanto es voluntaria, es decir, en cuanto procede de una iniciativa libre que se mueve a la luz del pensamiento. Por consiguiente—concluye—, somos padres de nuestras acciones, como lo somos de nuestros hijos."

La cuestión se hizo, diríamos, popular en la filosofía escolástica. Se la llamó del "libre arbitrio". Fué objeto de interminables y agudas discusiones, pero aun quedaba oculta hasta nuestros dias la faceta principal de la cuestión: ¿de dónde procede esa libertad cuya posesión presupone la acción voluntaria?

No cabe más respuesta que ésta: el espíritu es libre por sí mismo; precisamente es la libertad la que distingue al *espíritu* de la *naturaleza.*

Pero cabe insistir: y ¿de dónde nace esa espiritualidad que pone al hombre sobre todo el universo material?

Descartes dice que es el atributo de la libertad el que hace al hombre semejante a Dios.

De hecho, para el creyente, la fuente misteriosa de la libertad se ilumina con la palabra omnipotente de la Creación: Dios, queriendo hacer al hombre a su imagen y semejanza, lo enriqueció con el don de la libertad.

Pero al hablar de esta manera, estamos ya en la segunda forma de libertad, que es la que implica un concepto realmente elevado y original.

Según Aristóteles, la libertad auténtica, la más elevada, la que hace al hombre verdaderamente libre, es la filosofía, el filosofar. Sólo el filósofo—dice—, librándose de toda preocupación mundana y aun de la de la acción, es hombre libre, y, por tanto, feliz, el más feliz entre los hombres y el más semejante a Dios, que libre de todo, vive vida feliz en sí mismo.

Espinoza, a pesar de sus alardes antiescolásticos, viene a defender lo mismo. Atacó duramente a la escolástica en la cuestión del libre arbitrio por parecerle arbitraria y, sin embargo, defiende la forma más propia de la libertad como esfuerzo—al que el hombre se siente llamado por la conciencia del tesoro que lleva en sí encerrado—a librarse de la esclavitud de las pasiones, para adecuarse cada vez más—mediante "el amor intelectual a Dios"—a aquella perfección moral que constituye la verdadera y completa bienaventuranza.

He traído a cuento la doctrina de estos filósofos no cristianos, porque ningún testimonio menos sospechoso y más eficaz para hacer desaparecer la aparente paradoja, que para alguno podría significar el principio cristiano, de que la libertad fundamental del espíritu le deriva a éste de la fe en Dios, espiritualidad pura y absoluta.

El cristiano aprecia la filosofía y le concede todo el valor que ella significa entre las ciencias, pero le niega—siendo como es ciencia humana—la capacidad de saciar la naturaleza humana, como quería Aristóteles.

Para el cristiano, lo mismo que para Espinoza, es Dios el único que puede constituir la bienaventuranza del hombre, pero advirtiendo a Espinoza que Dios no es sólo verdad. Dios es verdad y vida; y vida de la verdad; y es la verdad de nuestra vida en el mundo. Por tanto, el amor de Dios no puede ser sólo "intelectual", sino que debe penetrar y embriagar nuestra alma en su totalidad.

Sin embargo, de lo dicho, sí que existe cierto aspecto paradójico, aparentemente contradictorio, en el principio cristiano.

En efecto: al propio tiempo que afirmamos que el amor de Dios libera al corazón humano de todas las ligaduras que lo atan al mundo, haciéndolo él, y sólo él, libre, defendemos que ese amor no lo debe enajenar de este mundo en el que Dios le ha puesto y al que el mismo Creador descendió para tomar carne humana y realizar la maravillosa obra de la Redención.

Aun más. Precisamente en este aspecto paradójico radica la fuerza y positivismo del cristianismo, porque esa libertad que él defiende es un proceso de liberación que no abstrae al hombre de la vida que viven todos los demás humanos, sino que lo deja en toda la plenitud de su existencia. Sin embargo, no sólo le procura la libertad *del* mundo, sino que le asegura la libertad *en* el mundo. De este modo no quedan desligadas las dos formas de libertad, sino que la segunda se subordina a la primera invistiéndose de su significado y valor.

Vivimos, pues, en el mundo con corazón puro, al desligarnos de ese mismo mundo y en tanto somos libres en el mundo, en cuanto estamos libres *de* él.

Dije antes—aunque supiera a paradoja—que la libertad está en el dogma.

Ahora añado más. Al aceptar el dogma de la divinidad de Cristo se encuentra en dicho dogma no sólo el fundamento de la libertad—como ya he pretendido probar—, sino el modo de usar esa libertad. Dicho dogma le enseña, en efecto, que el cristiano debe no sólo buscar su propia liberación, sino la de todo el mundo para continuar y completar así la obra de la Redención. El cristiano debe, pues, tener en cuenta que este dogma está implicado no el destino del singular, sino el del mundo entero.

He vuelto al cristianismo. He vuelto a la fe. Y he vuelto halagado por estos anchos horizontes que la fe abría a mis ojos.

Y es que mientras las demás doctrinas son más o menos unilaterales, la doctrina de la fe da a la vida del hombre tal universalidad, valor y significado de tal envergadura, que no podrán los siglos abarcar.

SEÑALES QUE NO FALLAN

PAUL VAN K. THOMSON

Alto cargo en la Iglesia protestante. Rector de la Iglesia Episcopaliana de Providence (Estados Unidos).

Fuí durante nueve años ministro de la Iglesia Protestante de los Estados Unidos de América.

La Vigilia del Año Santo—septiembre de 1949—fuí recibido en la Iglesia Católica, en la que ingresaron también mi mujer y mis tres hijos.

Cuando me pregunto por qué me he hecho católico, no encuentro otra respuesta sino las palabras de Cristo afirmando la existencia y eviternidad de ese humano-divino ser, cuya perpetua existencia El avala: La Iglesia Católica, Cuerpo visible de Cristo.

La narración de la historia de mi conversión es en verdad una historia maravillosa, cuyos resultados no pueden exponerse en todos sus pormenores, ya que hay señales que no son de este mundo.

No voy a exponer la obra de la gracia de Dios. Me siento incapaz de ello.

Expondré, sí, la parte que a mí me ha tocado en esta hermosa obra, mi búsqueda ansiosa de Cristo, mi confusión, mis errores, mi última respuesta ante la evidencia de lo que por tanto tiempo perseguí.

Soy un convertido al Catolicismo; pero puedo afirmar con íntima satisfacción que en mi corazón he sido siempre católico. No he tenido que convencerme del Credo de los

Apóstoles para admitir la Fe Católica; muchas de las cuestiones de la doctrina católica las he estudiado desde niño en la Iglesia Episcopaliana.

Quizá se extrañen de esto los que no conozcan las costumbres íntimas de las Iglesias llamadas comúnmente "Anglicanas". La Iglesia Episcopaliana Protestante—en la que he sido educado—es un ramo del grupo anglicano. Su historia arranca de la actividad misionera de la antigua Iglesia de Inglaterra durante el período colonial de los Estados Unidos bajo el gobierno de Inglaterra. Al declararse Enrique VIII jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra y sus dominios, surgió un verdadero confusionismo, un terrible compromiso entre secundar la rebelión protestante y ser fieles a la fe antigua, vida de su mejor historia.

El confusionismo engendró el fraccionamiento.

Una minoría—compuesta en su mayor parte por clero, que se mantiene católico según su creencia de que hay tres clases de católicos: romanos, orientales y anglicanos—que presume tener el mismo Credo, la misma Escritura, los mismos Sacramentos, el mismo Orden Episcopal, sacerdotal y diaconal, que la Iglesia Católica. Esta minoría ha sido reforzada en el siglo pasado, teniendo su epicentro en la universidad de Oxford, donde cultivaron calurosamente estas ideas un grupo de estudiantes dirigidos por el gran convertido al Catolicismo John Henry Newman.

En todas las diócesis anglicanas, y a veces en una misma parroquia, hay teorías derivadas de estas doctrinas modernas anglo-católicas, hasta llegar a la aceptación teórica de los derechos de Roma. Y lo más extraño es que los que más se acercan a los principios católicos se confiesan los más fieles intérpretes de la posición anglicana. Cerrando los ojos a las contradicciones en que sus teorías les hacen incurrir, se sienten animados de fuerte amor a la antigüedad cristiana y dan con frecuencia pruebas de intensa espiritualidad. Conservan y fomentan costumbres en abierta oposición, muchas veces, con el frío anglicanismo oficial.

Pero volvamos a mi propia historia.

Son los días ya lejanos de mi juventud. Preparándome a entrar en el Colegio, durante la crisis económica de los Estados Unidos, 1930, experimenté natural y fuerte necesidad de unidad, paz y concordia.

Creí que la respuesta a mi necesidad la encontraría en la verdad cristiana, en la que creía con toda mi sinceridad juvenil. Tenía la seguridad de que como anglo-católico

de la Iglesia Episcopaliana pertenecía al Cuerpo Místico de Cristo, única respuesta al deseo de todos los hombres.

En cierto modo tenía razón, ya que creía pertenecer a la Iglesia Católica. Experimentaba, sin embargo, cierta desagradable ambigüedad en la religión que profesaba. Mi espíritu se sentía alejado de aquella unidad espiritual, aquella fuerza y calor de espíritu que adivinaba en los que están realmente unidos al Cuerpo Místico de Cristo.

Este sentimiento de aislamiento lo experimenté más vivamente durante mis últimos años de estudio.

Mi vocación decidida fué el ministerio.

Pensé poder servir mejor en él a Cristo.

Esta decisión, sin embargo, no desvaneció la sensación que tenía de hallarme desconectado del principio de la energía espiritual.

Tampoco se resolvieron mis dudas con ponerme en contacto con el clero episcopaliano, que no se creía católico ni precisado a aceptar lo que yo había aceptado.

Continué mis estudios en el Columbia-College, donde mis estudios sobre Santo Tomás y la filosofía escolástica afianzaron mis convicciones católicas. Pero preferí todas las contradicciones que me inquietaban y rechacé el pensamiento de que la falta de paz, unidad y concordia que en mí y en los demás advertía, era originada por nuestra lejanía de Roma. Supuse que el frío formalismo de mi vida espiritual era sólo un defecto personal mío, que no tenía nada que ver con la separación del Anglicanismo de Roma.

Y, en efecto, aquella situación espiritual, era culpa mía.

Me ordené de Diácono el año 1940, recibiendo el Sacerdocio un año después de manos del Obispo de la Diócesis Episcopaliana Protestante de Newark, New Jersey.

La Iglesia Episcopaliana Protestante usa indistintamente dos fórmulas de ordenación sacerdotal. La una hace mención del perdón de los pecados: "Los pecados que perdonares, serán perdonados, y los que retuvieres, serán retenidos." La otra, omite estas palabras para no ofender la sensibilidad protestante.

Mi obispo ordenante, en atención a mis preferencias católicas, usó la primera en mi ordenación, pero pocos años después declaraba en público que consideraba las órdenes del clero episcopaliano iguales a las del clero presbiteriano.

No comprendí en aquel entonces la intención de mi obispo al ordenarme, pero después, con el correr del tiem-

po, he llegado a la conclusión de que no tuvo la menor intención de intentar lo que entiende la Iglesia Católica al imponer las manos al ne-presbítero, dándole eficiencia para renovar en la Santa Misa el Sacrificio del Señor.

Esta triste convicción se acrecentó con motivo de unos estudios que hice sobre la doctrina eucarística, durante mi estancia como párroco en la Iglesia Episcopaliana de Grace, en Newark.

En estos estudios tomó parte un Obispo de la Iglesia Ortodoxa Rusa.

Fuí examinando con morosa atención los libros eucarísticos en uso en la Iglesia anglicana desde el año 1548. Estos libros son muy numerosos, pues es sabido que cada Iglesia de las derivadas de Inglaterra tiene sus propias formas litúrgicas, que van renovando de cuando en cuando.

Tuve interés particular en averiguar si en aquellos libros se contenía la fe en la Eucaristía como verdadero sacrificio "incruento" del mismo Cristo por su vida y su muerte. No me interesaban las fórmulas de los catecismos o de los llamados "artículos de religión". Sabia, como sabe cualquier ministra protestante, que el catecismo llama a "La Cena del Señor" *recuerdo* de su muerte; y que los "artículos de religión" niegan la Misa como sacrificio propiciatorio, condenando la adoración de la Hostia y afirmando que la "transubstanciación" "repugna" a la Sagrada Escritura. Pero yo esperaba hallar alguna oración anglicana que contuviese el concepto católico de Sacerdocio y Sacrificio en el que yo, como tantos otros anglo-católicos, creía.

Mis investigaciones fueron inútiles.

Las fórmulas sobre punto tan importante eran ambiguas.

Cualquiera podrá comprobar—leyendo el libro inglés de la Oración Común, en las oraciones de la consagración y comparándolo con el Canon de la Misa, de donde toma dichas oraciones—que han sido omitidas todas las alusiones al Sacrificio propiciatorio como esencia de la Santa Misa.

No ignoraba yo que la Iglesia Anglicana no compartía las creencias de los anglo-católicos sobre sacerdocio y sacrificio. Por si lo hubiera olvidado, el obispo, de pura ortodoxia anglicana, me aseguró que él consideraba heréticos nuestros puntos de vista sobre tales temas.

Sin embargo, y de momento, resolví la aguda cuestión ilusionándome con poder dar a aquellas fórmulas tan am-

biguas de la liturgia oficial una interpretación de signo católico.

Seguía con estas dudas, cuando en 1943 fuí nombrado capellán de la flota de los Estados Unidos. Presté mis servicios en el Pacífico hasta el fin de la guerra. Entre los marinos de la dotación había protestantes, católicos y judíos. Fuí designado como capellán protestante a pesar de mis ideas anglo-católicas. Los protestantes y episcopalianos —que constituían la mayoría de la dotación—aceptaron mi designación prescindiendo de las sectas a que pertenecieran. Presté mis socorros a todos, excepción hecha de los católicos.

Mi situación se hizo insostenible cuando el coronel me invitó a participar en una exhibición de danzas paganas consideradas como ceremonias sagradas, en compañía de nuestros *boyes scouts* indianos. El coronel, hombre sin escrúpulos, me dijo con tal ocasión: "La danza no es ni católica ni judía, debe ser, pues, protestante, y como esto le compete a usted...".

Además del burdo equívoco que supone equiparar el ministerio de un sacerdote, sea o no disidente, me indignaba de modo especial el ser considerado como protestante.

Frente a las necesidades de aquellos hombres de guerra y las duras circunstancias por que hube de pasar, renacieron mis dudas. Quise ensordecerlas simulando decisión y arrojo que, en realidad, no tenía. Los nebulosos conocimientos con los que me había de desenvolver, se fueron esfumando y disgregando dejándome sin defensa en mis propias inquietudes.

Una experiencia—que llamaré afortunada—me hizo ver más claro lo ilógico de mi situación.

Vivían en el buque capellanes católicos con los que trabé amistad. Por primera vez—con motivo de mis trabajos ministeriales—me ponía en contacto con la Iglesia Católica.

En la actividad de aquellos hombres pude apreciar el espíritu práctico romano, desenvolviéndose con toda seguridad, sin dudas ni incertidumbres. Sobre todo, vi y admiré el espíritu joven de la Iglesia que sabe servirse de distintos elementos para alcanzar o perseguir el mismo fin: la salvación de las almas. Allí veía en toda su belleza la paz, la fraternidad, la unidad que yo tanto deseaba y que por ningún lado veía llegar a feliz realidad.

Pude comprender que la unidad de la Iglesia Católica no dependía de una organización eficiente ni de la unidad jurídica de sus estatutos. No es la unidad que viene de fuera. Es la unidad perfecta de un organismo vigoroso, de un cuerpo vivo.

En este cuerpo de la Iglesia Católica es uno el pensamiento; la fe de uno es la fe de todos. El corazón late vigoroso llenando de vida a todos sus miembros, llevándolos a todos al amor de Cristo, Eucaristía, levantándolos a buscar confiadamente la intercesión amorosa de la Virgen María, haciéndolos solidarios de los Santos del Cielo. La voluntad es poderosa para aceptar valerosamente el deber como expresión de la voluntad divina. Y si la enfermedad —el pecado—viene a desequilibrar la armonía de este cuerpo, viene a restablecerla el Sacramento de la Confesión regeneradora.

El cuerpo de la unidad católica vive y obra como obra y vive el Cuerpo Místico de Cristo descrito por San Pablo en su Carta a los Efesios.

Nunca había visto unidad orgánica tan perfecta.

La magnífica visión de la unidad católica aumentó en mí el disgusto por la dolorosa disgregación de la iglesia anglicana, tan dividida y minifundiada. La Iglesia a la que pertenecía, se me hacía responsable de la profunda y fundamental división que sufría, tan profunda y tan fundamental, que llegaba a constituir una enfermedad del más descorazonador diagnóstico: el de incapacidad de regeneración.

El realismo de la vida militar y la viviente sobrenaturalidad de la Iglesia católica agrandaron en mí la idea de mi posible ingreso en el Catolicismo. Pero me angustiaba un terrible interrogante: ¿cómo dar este paso decisivo?

Me parecía ser necesario para tal decisión enorme valor y arrojo espiritual, y yo no encontraba en mi espíritu sino debilidad e indecisión.

Después he comprendido que estaba engañado; no era tanto valor, cuanto humildad y fe de lo que estaba falto.

Mis oraciones de entonces eran una constante lucha conmigo mismo; pero al fin, para acallar mis preocupaciones, resolví hacer "más estudios" tan pronto como fuera licenciado para volver a la normalidad de mi vida.

Y emprendí nuevos estudios; pero alejado de la vida práctica de la vida militar y hechos de modo muy acadé-

mico, no sirvieron sino para restar interés a mi vida y agostar mi voluntad.

Vuelto a la vida civil, más maduro y más prudente, caí muy pronto en el rutinarismo de un vulgar anglo-católico, y el problema de mi conversión se esfumó sobre el fondo misterioso de la mística luz de nuestras iglesias pseudo-góticas.

Recuerdo a este propósito lo que me decía un monje benedictino cuyo recuerdo conservo con veneración: "puede suceder que el mayor enemigo vuestro sea la suave luz de vuestras iglesias".

Después de la guerra me casé con una joven, educada, como yo, en la iglesia anglo-católica. No podría yo en este momento ponderar debidamente cuánto influyeron en mi vida su probidad, su interés por los problemas que nos preocupaban a ambos, su amor a Dios y a mí, su veneración por la Madre de Dios.

Estoy seguro que Dios quiso unirnos para que juntos camináramos por el mismo camino hacia la Iglesia católica.

Abandoné por este tiempo Newark yendo con mi mujer a fijar nuestra residencia en Providence—Rhode Island—, donde en abril de 1946 fuí nombrado Rector de la Iglesia episcopaliana de San Esteban.

El trabajo excesivo, aerodinámico, de aquella moderna parroquia americana, me hizo dar de mano a mis problemas religiosos. Mis nervios estaban como los de un avaro banquero abrumado de operaciones.

El año 1948 fuí a Inglaterra. La ocasión fué un Congreso Internacional Protestante de Sacerdotes "organizado por la unión de las iglesias de Inglaterra y en el que participamos representantes anglo-católicos de todo el mundo. Nuestro tema fué la unificación de la cristiandad.

Participaron en aquel Congreso hombres de mucha experiencia y conocedores de la grande importancia y necesidad de la unificación del mundo cristiano, particularmente al comprobar el hecho descorazonador de la profunda división espiritual del mundo protestante frente a la organización de la filosofía materialista, reforzada por la técnica de los poderes públicos.

Además, aquellos hombres se daban cuenta perfecta del inminente peligro del comunismo que, siendo en tiempo de Marx sólo un espectro, es hoy un terrible ser de carne y

hueso, capaz de alúdicas invasiones incontenibles en las barreras del Oriente.

Y buscaba un refugio. Un oasis donde organizar la defensa del mundo.

Pero contenían el lamentable error de buscarlo en Inglaterra, donde tiene sus fundamentos la Iglesia protestante.

Buscaban salvar la triste situación del mundo cristiano trazando el esquema de unos cuantos estatutos, hallando el común denominador de fe que une a los pueblos, buscando ese hilito de fe común con que hilvanar los pueblos de la cristiandad.

Bien conocían los anglicanos—y mejor que cualquiera otro—que el simple formulismo de la aceptación de una fórmula común de fe no podía ser causa eficiente de la unidad que buscaban. Ocurre, en efecto, que poseyendo todos los anglicanos el mismo Credo apostólico viven en ideas y en prácticas en perfecto desacuerdo. Así, por ejemplo, mientras los Rectores de las grandes y magníficas iglesias anglicanas niegan desde el púlpito el nacimiento virginal de Cristo, lo afirman en sus cantos y recitaciones corales.

Les falta la unidad del Cuerpo Místico de Cristo, que no es obra de los hombres, sino de Dios. Unidad de un Cuerpo viviente y visible, como visible y viviente e infalible fué Cristo en su humanidad perfecta.

Y como no puede existir un cuerpo viviente y visible que no tenga su cabeza visible, Cristo hizo a Pedro cabeza visible en su Cuerpo con aquellas eficaces palabras: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia."

Salí de Inglaterra con la absoluta seguridad de que Cristo no iba a fundamentar la unidad de su Iglesia sobre unos cuantos acuerdos y conclusiones de aquel Congreso Internacional. La había ya fundamentado sobre la roca inquebrantable de Pedro.

Mis inquietudes renacían. Y en ansias de aquietarlas, recordando la suave tranquilidad que fluye de la doctrina de Santo Tomás, asistí, durante el verano de 1949, a dos cursillos de Filosofía Escolástica leídos en la institución dominicana de Rhode Island, el Providence College.

Allí me convencí de que para obtener la ayuda de Dios no hay sino pedirla.

Mi mujer y yo resolvimos decidirnos en un sentido o en otro aquel mismo mes.

Pusimos nuestra entera confianza en Dios y la decisión no se hizo esperar.

No sé cuándo, pero sí recuerdo cómo un día vi en mi interior, distinto y luminoso, el camino que debía seguir. Me parecía como si Cristo, apareciéndoseme, me dijera, como otro día a Tomás: "Acércate. Mira las señales inconfundibles de mi Cuerpo Místico. Ve la unidad de mi Iglesia; su inmutabilidad en la doctrina apostólica; la catolicidad de su vida y de sus fines; su exuberante santidad que florece aun hoy en numerosos santos, la abundancia de sus dones que brotan en milagros y la hacen morada agradable en la que la Virgen Inmaculada tiene sus complacencias y se aparece aún hoy en Fátima a inocentes pequeñuelos. Tiende las manos a Mí y métetelas en las heridas abiertas en mi Cuerpo Místico por crueles persecuciones. Mira en él las señales de los clavos y de la corona de espinas. Acércate y no seas incrédulo sino hombre de poderosa fe"."

Todo me pareció claro desde entonces.

El mundo es un teatro de divisiones y de irremediable confusión; corrompido por el materialismo, comido por los odios; podrido por el interés; extraviado por falsas doctrinas.

La Iglesia, en cambio, vive en perfecta unidad, en juventud perpetua vigorizada por la presencia del Espíritu Santo, maestra infalible de verdad; firme sobre la roca de Pedro, fundamentada y sostenida por Cristo.

La Iglesia es el Templo de Dios. Es la Ciudad fuerte en cuyas murallas se lee: una, santa católica, apostólica. La Ciudad inconmovible levantada contra todos los poderes del infierno, de la muerte y del error y contra la que jamás podrán prevalecer.

Mi camino quedaba iluminado.

Mis ojos, abiertos a la plena luz.

Mi decisión, ya la conocéis.

El Señor me condujo a mí y a mi familia a su sagrado Templo. En él hemos hallado a ese Cristo al que buscan todos los hombres. Y en Cristo, por intercesión de Nuestra Señora, la gracia salvadora. Por esto nuestras almas agradecidas repiten con la Virgen Inmaculada: "Mi alma engrandece al Señor y se regocija en Dios su salvador."

ODISEA ESPIRITUAL

JEAN-CHING-HSIUNG-WU

Ex embajador de China ante la Santa Sede. Hoy, profesor en la Universidad de Honolulú.

NACÍ para sufrir.

A mis cuatro años perdí a mi madre, muy jovencita. Apenas la conocí, y las líneas de su fisonomía se esfuman en mi memoria.

Me han contado más de una vez lo que mi madre dijo, moribunda, a mi padre: "Entré en tu casa para pagarte una deuda; la he pagado dándote tres hijos; ahora me voy." Y se despidió de la primera mujer de mi padre expresándole el sentimiento que tenía de abandonarla tan pronto dejándole la responsabilidad de tres pequeñuelos que educar.

He tenido, pues, dos madres; la que me trajo a la luz de la vida y la que me educó.

No he podido dar una respuesta satisfactoria a aquellas palabras de mi madre: "He venido a pagar una deuda." Creo que para dársela he de recurrir a la doctrina budista del "Karma", la reencarnación de las almas.

Según estas doctrinas, si alguno ha recibido satisfacción de otra persona, debe a su vez proporcionarla a otra en la vida futura. De este modo, sirviendo a un tercero, se logra saldar la cuenta contraída en la vida precedente.

Claro está que todo esto es falso, aun cuando sea fundamentalmente bueno el pensamiento de la satisfacción.

Es un buen sentimiento unido a una falsa idea.

Para mí, el sentimiento de "deuda" que he contraído con mi madre, se ha transformado, por obra de la divina gracia, en sentimiento de gratitud hacia Dios.

Cuántas veces digo con el Salmista: "¿Qué ofreceré a Dios por todos sus beneficios?" Y mezclo en mi oración el espíritu de la fe católica con el sentimiento de la tradición china que inyectó en mi espíritu desde mi infancia el sentido de "deuda" que yo revierto ahora del todo en Dios, de quien me considero deudor.

Seis años después de la muerte de mi madre, murió mi padre; tenía sesenta y tres años y sólo contaba diez.

Su muerte me impresionó. Agonizante en su lecho, vueltos sus ojos hacia la ventana y como en éxtasis, dijo reflejando en su semblante celestial alegría: "¡Oh, los ocho *busa*—ocho hombres divinizados—que vienen para llevarme al cielo! ¡Oh, qué gran condescendencia!, ¡qué gran condescendencia! ¡Y soy un hombre indigno, soy un hombre indigno!" Y expiró.

Jamás he presenciado muerte más bella que la de mi padre.

Su vida había sido más bella todavía. Durante todos los años de mi infancia oí resonar en la ciudad de Ningpo alabanzas unánimes a su virtud. Era llamado "santo viviente" y se aseguraba que jamás en su vida había dejado de ayudar a ningún necesitado. Muchas veces nos decía a sus hijos: "Si esperáis socorrer a los pobres cuando seáis ricos, jamás los socorreréis".

La vida y la muerte de mi padre me sirvieron de ocasión con las que Dios me inició en los misterios sobrenaturales. Ya desde mis primeros años tuve la seguridad de que existía misteriosa relación entre la bondad de las almas y su divinización.

Desde entonces jamás he podido dudar de la existencia de otra vida.

La dulzura y satisfacción de ser hijo de un buen padre me hacía presagiar cuánto más dulce y satisfactorio sería sentirse hijo de Dios.

Pero ni mi padre ni mi madre me fueron tan amados como la que hubo de sustituirlos a los dos, haciendo de verdadera madre con nosotros. No teniendo ella hijo ninguno se dedicó enteramente a nosotros, tratándome a mí con no disimulada preferencia, por ser yo el más pequeño

de los tres. Me mimó haciéndome probar la dulzura del amor materno.

Junto a nadie he sido tan perverso—pues sus mimos todo me lo consentían—, pero también para con nadie he sentido más intensa afición.

A mis quince años me atacaron las fiebres tifoideas. Y aquella buena mujer vivió día y noche clavada junto a mi lecho; y cuando yo estaba en franca mejoría, ella caía contagiada de mi propia enfermedad. Se le rompió un vaso sanguíneo, dejándola muda durante diez días, al fin de los cuales murió.

Tenía entonces sesenta y tres años. Se decía que había sacrificado su vida por salvar la mía.

Jamás he experimentado dolor más profundo. Anduve por mucho tiempo fuera de mí. Cada vez que salía a la calle y encontraba alguna anciana, exclamaba yo, incontenible e instintivamente, "madre".

Los que me veían en aquel abatimiento sentían por mí intensa compasión.

Pero un día, mirándome al espejo, se me ocurrió un pensamiento que conmovió profundamente mi alma, la curó de su tristeza: "Después de algunas decenas de años —me dije—moriré y volveré a juntarme con mi madre."

Un torrente de alegría brotaba para mí del pensamiento de la muerte.

Y ¿cómo había yo de sospechar que antes de encontrar aquella madre, con mi muerte, había Dios de proporcionarme otra inmortal?

Asistí a la escuela.

Comencé a nutrir mi inteligencia con los elementos de las ciencias naturales. Aquellas ciencias me presentaban la naturaleza revestida de una belleza inexpresable. Aquellos conocimientos me hacían conocerme a mí mismo como pimpollo recién salido de las manos del Creador, y al internarme en los misterios del Universo acrecentaban de continuo mi devoción hacia el Creador.

La moral la fui aprendiendo en los clásicos confucionistas, que eran entonces textos oficiales.

Nos hacían aprender de memoria los libros de Confucio y Mencius. Sus normas morales llegaban de este modo a ser carne y sangre de nuestra vida. Y las seguíamos con la misma exactitud con que se adopta la moneda oficial.

Confucio había dicho, por ejemplo: "Lo que no quieras para ti, no lo quieras para otro." ¡Cuántas veces recordé a

mis condiscípulos en sus peleas escolares esta máxima del maestro! Y cuántas otras consolé a mis compañeros, decepcionados por sus fracasos, con estas otras palabras de Mencius: "Cuando el Cielo quiere confiar a uno alguna misión excelsa, llena antes su corazón de amargura, somete sus nervios a la fatiga, abandona su cuerpo al hambre, lo reduce a la extrema indigencia, desbarata y trastorna sus proyectos y empresas. De éste despierta en él nuevos sentimientos, fortifica su voluntad y le transmite lo que le faltaba!"

No voy a hablar aquí del confucionismo. Los que tengan interés por conocer su doctrina, podrán leer con provecho el libro de Monseñor Lokuang, "La sabiduría de los chinos, el Confucionismo."

De lo que sí voy a hablar es de la influencia que el confucionismo tuvo en mi vida espiritual.

La figura de Confucio se me ha presentado siempre tan buena y tan bella, que ha ejercido en todo momento sobre mí una fuerza fascinadora. Sus discípulos escribieron de él, "El maestro era majestuoso y afable, severo sin acritud, noble sin altivez."

De hecho, Confucio procuró de continuo armonizar las tendencias que se agitaban en su interior. Era vivaz, humorista, al propio tiempo que tierno y severamente amante de la disciplina, sin ser opuesto al honesto pasatiempo; emotivo a la vez que debidamente reservado. Se presentaba de distintos aspectos, pero siempre aureolado de humildad.

A los siete años comencé los estudios bajo la dirección de un maestro confucionista. Me enseñó a leer el libro *Los veinticuatro modelos de amor filial.*

Todavía recuerdo un verso escrito en él: "el amor filial hace vibrar al Corazón Celeste".

Para mí, el modelo de mayor atracción era Leo-Lai-Tseu. Era éste un viejo de setenta años con muchos hijos y una madre que había pasado ya los ochenta. Aquel buen anciano jugaba con sus hijuelos como un niño más, sólo por dar gusto a su madre.

Más que los modelos confucianos, ha sido Confucio mismo el de mayor influencia en mi espíritu.

"El sabio—dice Confucio—observa cuatro leyes; yo todavía no he observado ninguna. No he ejercitado con mi padre los deberes que exijo a mis hijos; ni con mis superiores los de mis inferiores; ni con mi hermano mayor los de mis hermanos menores; ni hago antes a mis amigos

lo que para mí quiero de ellos. El sabio verdadero es el que en la práctica de la virtud ordinaria y en la vida cotidiana se esfuerza por evitar hasta el más mínimo defecto; el que teme prometer mucho por si no puede cumplirlo, el que trabaja porque sus palabras correspondan a sus obras y sus obras a sus palabras."

En manos de los confucionistas ha perdido el confucionismo. El teísmo de Confucio ha degenerado en un vulgar politeísmo. Sin embargo, China hace justicia al gran maestro. No hay en su historia nacional hombre más grande que Confucio, porque no lo hay tan lleno de amor filial hacia Dios.

La influencia de Confucio en mí ha sido, pues, enorme.

Más de una vez he dicho a mis amigos católicos de China, como me lo he dicho a mí mismo: "Si nuestra justicia no es más grande que la de Confucio, no entraremos en el Reino de los Cielos; habremos recibido la gracia de Dios en vano."

Algunas palabras de Confucio nos revelan sus deficiencias.

Así, por ejemplo, preguntóle uno en cierta ocasión: "¿Qué se debe pensar del axioma: vuelve bien por mal?" A lo que respondió: "Si vuelves bien por mal, por el bien, ¿qué vas a volver?".

Esta respuesta me pareció poco generosa. Era demasiado utilitarista. "¿Quién es, pues, el que ha dicho volved bien por mal?", me preguntaba yo.

A los dieciocho años frecuenté una escuela de Derecho, de Shanghai, dirigida por un metodista americano: mister Chas W. Rankin.

Era un hombre extraordinario. Me inició en el Evangelio y adoctrinado por él recibí el Bautismo, ingresando en la Iglesia Metodista.

A pesar de mi decisión, no tenía yo entonces un conocimiento claro de Cristo. Mi fe oscilaba entre términos opuestos. Unas veces consideraba a Cristo como puro hombre, ya que El mismo se llama "Hijo del hombre". Por consiguiente, no era Dios. Podía ser, sí, un héroe, un hombre ideal, el más perfecto de los hombres, pero al fin hombre. Otras veces lo consideraba sólo Dios. La Humanidad era sólo un disfraz exterior del todo a su naturaleza y del que podía tranquilamente despojarse. La pasión, por tanto, no la había sufrido El.

Después de un año de estudios jurídicos en la Univer-

sidad de Michigán, salí para París. Aquí conocí y me enamoré de la Filosofía de Bergson. Su influencia no me fué perjudicial. Cuando menos, tuve la virtud de liberarme del Positivismo de Augusto Comte, según el cual el espíritu humano pasa de la religión a la filosofía.

Las obras de Bergson, William James y el autor de la *Danza de la vida,* Havelock Ellis, me dieron a conocer la falsedad de la proposición de Comte.

Yo juzgo que el espíritu humano, al menos en este siglo, debe pasar de la Filosofía a la Religión; pero en aquel entonces mi pasión dominante era la filosofía, y precisamente la filosofía del devenir y de la danza de la vida.

El año 1922 lo pasé en Berlín.

Fausto me encantaba. Me atraía irresistible Mefistófeles y lo adopté por modelo de mi vida. Quería saberlo todo y poderlo todo. Quería probarlo todo, incluso el infierno. Alimentaba, sin embargo, una secreta confianza de que Dios triunfaría al fin de mí y de mi ídolo Mefistófeles.

Las palabras del prólogo me llenaban de alegría, sobre todo aquellas en que dice "un hombre bueno en su deseo oscuro está seguro del recto camino".

La fascinación del Fausto me traía al retortero; me hacían seguir con pasos apresurados las huellas del demonio. Mi final no podía ser otro que el que Fausto describe en sus palabras: "¿Acaso no soy yo el fugitivo..., el desterrado, el monstruo sin objeto y sin reposo..., que como el torrente brama de roca en roca suspirando con furor por el abismo?"

Hay, sin embargo, algunos pasajes en Fausto que han contribuído a mi vida espiritual. Sobre todo el Coro Místico final: "No son más que símbolo y fábula lo Temporal y lo Peligroso. Llegan aquí lo Insuficiente, lo Inenarrable, lo Incomprensible. Es el Eterno Femenino lo que nos llama al cielo."

Volví a China.

Allí hice de todo: profesor, rector, juez, abogado, editor y hasta legislador. En lo exterior todo iba viento en popa; mi vida era feliz. Pero en realidad mi vida era una continua angustia.

Mías son y de aquel año estas palabras: Espero que en la segunda parte de mi vida encontraré lo que en la primera parte con tanto y tan inútil empeño he buscado.

La gran miseria del pecador conmueve la infinita misericordia de Dios. Mi redención llegaría.

El invierno siguiente caía Shanghai en manos de los japoneses. Yo tuve que abandonar mi casa, refugiándome en otra. Sentí muchísimo dejar mi biblioteca de miles de volúmenes. Me llevé, con todo, algunos que serían mis compañeros de fatigas.

Viví solo en una habitación secreta. Mi única ocupación era meditar día y noche sobre los misterios de la vida y de la muerte. En aquella soledad los más negros pensamientos me asaltaban como bandada de cuervos alborotando mi alma con sus graznidos blasfemos.

Llegué a murmurar de Dios. Si en mis manos estuviera la dirección del mundo—me decía—de otra manera y mejor gobernado andaría todo. Jamás habría permitido la guerra.

Con estos criminales devaneos vagaba mi alma, cuando cierto día y al azar abrí la Santa Biblia en el Salmo 14.

Y leí:

Dice el necio en su corazón: "No hay Dios."
Todos obran torpemente,
no hay quien haga el bien.
Mira Yahvé desde lo alto de los cielos
a los hijos de los hombres
para ver si hay entre ellos algún cuerdo
que busque a Dios.
Todos van descarriados,
todos a una se han corrompido,
no hay quien haga el bien,
no hay ni uno solo.

(Trad. de Nacar-Colunga.)

No pude continuar leyendo.

Había hallado respuesta a mi blasfemia.

Las reflexiones se sucedieron alborotadas. ¿Acaso soy yo el único que hace el bien? No. ¿Acaso no he cometido acciones abominables? Sí. ¿Tengo, por tanto, razón para murmurar de Dios? No, no.

Si hubiera sido sinceramente bueno; si hubiera buscado de verdad a Dios, habría desarmado su justa cólera.

Mi espíritu se debatía en una lucha cruel. Habría de haber llegado a una decisión. Pero... era demasiado duro continuar acusándome a mí mismo, y... busqué la fuga.

Busqué algo que me distrajera. Y encontré una selección de trozos sacados de la *Apología pro vita sua* del Cardenal Newman.

Luego, la *Historia de Cristo,* de Papini. Sus páginas llegaron a conmoverme profundamente. Cuando leí las páginas vívidas, en que con rasgos vigorosos describe Papini a la Magdalena arrojada—deshecha en llanto—a los pies del Divino Maestro, cuyos pies riega con sus ardientes lágrimas y frota con sus dorados cabellos, no pude contener mi emoción y rompí en copioso llanto: "También yo, Señor—roto de contrición—, he sido toda mi vida una prostituta. Desperdicié en vanidades mundanas los bienes con que Tú me enriqueciste."

Dios se compadeció de mí; antes de terminar mis palabras, ya lágrimas de alegría se mezclaban con las de dolor.

Un solo libro me quedaba. El *Select Essays,* de T. S. Eliot.

Encontré en aquella selección un estudio en que confronta Eliot dos geniales figuras de la literatura internacional, Dante y Shakespeare: "Shakespeare—dice—describe la pasión humana en su extensión; Dante, en su elevación y profundidad."

He sentido siempre grande simpatía por Shakespeare; hasta he publicado un ensayo sobre él. A Dante lo admiraba, sí, pero de lejos. Repetidas veces comencé a leerle y otras tantas le dejé, casi casi aburrido. El juicio de Eliot tenía ahora la virtud de despertar en mí vivos deseos de leer la Divina Comedia. Había llegado en mí la hora de Dante.

Para satisfacer mis deseos me di a buscar la genial obra, que al fin encontré en una traducción inglesa.

Desde el primer Canto quedé fascinado. La leí a destajo. Algunos tercetos me exaltaban. No puedo describir la emoción que me embargaba. Hay que viajar por la selva oscura y haber perdido el camino para comprenderlo.

Tenía un amigo católico. Cierto día vino en mi busca. Ignoraba aquel buen amigo lo que Dios había hecho en mi alma. Me aconsejó insistentemente que cambiara de habitación y me invitó a pasar en su casa algunos días.

Acepté.

En aquel hogar católico se rezaba todos los días el Rosario en familia.

Había en su casa diversidad de objetos religiosos.

Un día pregunté a mi amigo, a propósito de un retrato de mujer: "¿Es la Virgen María, no?"

Se quedó espantado de mi ignorancia. "No—me dijo amablemente—, no es la Virgen María, es Santa Teresa de Lisieux, la florecilla de Jesús."

"Y ¿quién es la florecilla de Jesús? Jamás he oído hablar de ella."

Mi amigo me entregó un opúsculo sobre Santa Teresa del Niño Jesús.

Estaba en francés. Abriéndolo al azar, topé con estas palabras: "Yo estoy segura de que aunque sintiera mi conciencia cargada con todos los crímenes que se puedan cometer, no disminuiría en un ápice mi confianza; con el corazón roto de dolor iría a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que todo ese cúmulo de crímenes se desvanecería en un instante como una gotita de agua arrojada a un brasero ardiendo."

Aquella lectura me decidió del todo.

El Padre German, Rector de la Universidad de Aurora, me administraba en la pequeña capilla de Santa María y bajo condición el santo Bautismo.

Era el 18 de diciembre de 1937.

EL JUDIO DE LA CRUZ

ABRAHAM BLOCH

Gran Rabino de la Sinagoga de Lyón. Voluntario en la primera gran guerra, murió en la batalla del Marne.

El relato es de Max Jacob.

Max Jacob es un judío convertido al Cristianismo durante la guerra mundial del 14 al 18.

Era el día aciago en que Max Jacob, con otros judíos prisioneros como él, salían de París en un convoy de carros tirados por mulos, camino del destierro. Agarrado a los hierros del carromato, Max Jacob miraba fijamente, a través de la harpillera, hacia un punto que se alejaba hasta perderse de vista en una vuelta del camino.

Max cayó entonces desplomado.

Un compañero se inclinó sobre él.

—¿Qué te pasa, Max?

—Nada. Nuestro nombre ha sido borrado. Lo ha borrado Dios. Entre vosotros no soy más que un hermano. Júrame que a nadie has de revelar un secreto. Júramelo por tu Dios. Y puso las manos sobre las rodillas del compañero.

La respiración de Max era entrecortada.

—Te lo juro—respondió el compañero—; pero dime: ¿qué mirabas con tanta atención a través de la harpillera?

—La Basílica de Montmartre, hermano.

—Traidor.

—¿Quién ha entregado a Cristo? ¿Yo o vosotros? ¿Quién lo clavó en la Cruz? Pero no temáis, hermanos. Vosotros y yo lo seguimos ahora. Me hubiera podido salvar. Pero... no he querido; mi sangre es vuestra sangre y la estrella de Judá refleja ahora sus fatídicos reflejos sobre mí como sobre vosotros.

—Pero estabas mirando a la Basílica de Montmartre.

—Su sangre se ha derramado por mí y por vosotros. Y ahora, camino de la muerte, vamos todos a su encuentro. Creáis o no en ella, la Cruz nos espera. ¿Conocéis la historia de Abraham Bloch, el gran Rabino de Lyón?

—En Lyón no hay ya ni un judío. Pero cuenta; es interesante.

—No es larga. Se cuenta pronto.

Conocí a Abraham Bloch en los comienzos de la Gran Guerra; frisaría entonces en los cincuenta años. Se enroló voluntario en artillería como simple soldado, formando en el 9.° Regimiento reorganizado por el general Foch, para lanzarlo al ataque contra el ala derecha del ejército alemán en las históricas jornadas de Reims y del Marne. Allí estaba, como un soldado más, el Gran Rabino, durante el cruel ataque, pegado a su cañón. Con él, en buena camaradería, un estudiante de Bordeaux, un labrador de la Vendée y un obrero de Tarbes.

El teniente era nuevo en el puesto. El Rabino apenas lo conocía, pero temblaba ante él.

Allí en las avanzadas. El combate atruena los espacios. De pronto, una ráfaga de metralla. Humo, polvo, fango. Luego, un momento de silencio.

El Rabino se desentierra, arrancándose del fango. Una herida sangra en su mano. Levanta sus ojos para pedir auxilio, pero ante él, boca arriba, yace el teniente. Por un rasgón de la guerrera, a la altura del estómago, se ve manar abundante sangre.

Abraham se acercó al herido. Sacó unas hilachas del vuelo de su capote y vendó como pudo, con la mayor rapidez y en silencio, la herida de su teniente.

El teniente sonrió.

—Gracias, camarada; ¿no ves que estás tú perdiendo sangre? Venda tu mano. Ya no te preocupes de mí. De todos modos, si algo quieres hacer en mi socorro, anda; vete a Sanidad y tráeme el Crucifijo que está colgado en el barracón. Tráemelo...; me miraba esta mañana de una manera...

Abraham titubea.

—¿No te atreves?

—No es que no me atreva, mi teniente, es que creo que en este momento, un sacerdote sería...

—He hablado con él esta mañana. Ahora necesito a Cristo. Sólo a El. Anda.

—Mi teniente, soy judío y... Si usted quiere se lo diré al estudiante.

—No, no; vete tú, camarada. Es mi última voluntad, ¿entiendes? Es mi testamento que no admite excusas, ¿comprendes? Pronto.

Abraham Bloch se lanzó a la carrera hacia Sanidad.

El combate seguía mugiendo. Las camillas de los heridos, oscilando en la oscuridad de la noche rasgada de dolor y de luz, le indicaban el camino. Las granadas seguían machacando la oscuridad acogedora.

Abraham está en el barracón de Sanidad.

—Despacio, despacio. ¿Vienes herido?

—Un poco. Pero el teniente de Liburne... está muy grave.

—Marcel y Charles—dijo otro con voz queda—, traedlo en seguida—y al propio tiempo hizo una seña al médico.

—Creo que no lo necesita—objetó tímido Abraham—. El teniente se muere y sólo desea que le lleve la Cruz que tenéis ahí colgada. Es su última voluntad; su testamento. Pero... sabéis que yo soy judío.

—Ya, ¿y qué? Cada uno tiene su manera de morir. De todos modos, si vas a volver..., aquello es un infierno...

—No importa, es orden de mi teniente y yo llevaré la Cruz aunque sea a través del infierno.

—Como quieras. Marcelo, baja la Cruz. Rápido.

Una granada cayó sobre la chabola. La luz temblorosa de la candela cesó de rasgar la noche espesa.

—Por esta vez—dijo el médico encendiendo la candela—no han atinado. A la siguiente...—y cogiendo el Crucifijo que pendía de la pared lo entregó al Rabino diciendo—: Esto para tu teniente.

El judío cogió el Crucifijo y apretándolo entre sus brazos como un talismán flechó en la noche hacia su pelotón.

El bosque ardía. Entre los troncos chispeantes el judío buscaba una senda. Muchas veces sus pies tropezaron en la maleza; su rostro se juntó al broncíneo de Cristo, al que tanto había odiado y al que ahora apretaba contra su pecho. Golpeado de estampidos y embestido de llamas, Abraham perdió el camino. De una parte a otra, abrazando

su tesoro, buscaba a su herido. Lleno de sangre, de polvo y de sudor llegó al puesto.

El teniente yacía como muerto. Abraham colocó el Crucifijo sobre el pecho del moribundo y los brazos yertos de éste se cruzaron oprimiendo fuertemente el Crucifijo. Los labios del moribundo se abrieron y como una flor muriente brotó un suspiro:

—Jesús mío, por Ti vivo, por Ti muero; soy todo tuyo.

El Rabino lo contemplaba petrificado. Luego, volviéndose a sus compañeros, dijo:

—¿Me necesitáis, camaradas?

—Por ahora, no. Un sargento ha ocupado el puesto de nuestro teniente. Nos ha dado la orden de no disparar. ¿Qué quieres tú?

—Quiero recuperar la Cruz.

—¿Y para qué? Déjala sobre el cuerpo del oficial. Es un símbolo.

—Ya no le vale para nada—respondió Abraham. Arrancó la Cruz de entre las manos crispadas del teniente y volvió al puesto.

Otra granada rugió sobre el destacamento. Polvo y humo envolvió a los soldados. Abraham quedó en tierra. Tendido y cadáver, bañado en su sangre.

Sobre su pecho apretaba fuertemente el Crucifijo. La cara de Abraham se juntaba en apretón amoroso con la de Cristo.

En las dos florecía una sonrisa.

TRIUNFO EN LA DERROTA

FRANCISCO CARNELUTTI

Nacido en Undine en 1879. Abogado penalista y civilista, profesor de Derecho Procesal en la Universidad de Roma. Escritor jurista y literario fecundísimo.

HOMBRES al encuentro de Cristo?

Por lo que a mi toca, la frase no es del todo exacta.

Yo no salí al encuentro de Cristo; fué El quien vino al mío. Mi único mérito—si hubo alguno—sería el de haberlo reconocido. Pero ni este mérito me atribuyo; también es de El.

Cuántas veces vino El a mi encuentro y... cuántas torcí el camino para no encontrarme con El. Cuánto lamento mi pasada ceguedad.

A Cristo se le encuentra por el camino. Como a cualquier transeúnte. Así lo encontraron Simón y Andrés; así, Juan y Santiago.

Pero cuantos lo encontraron tuvieron algún rastro; por ejemplo, el de Juan el Bautista. Hay, con todo, encuentros netos sin rastro. Así, el de Mateo. Está él sentado a la mesa de exacciones. Pasa Cristo y... Mateo tiene un arranque decisivo. Admirable encuentro.

Primero se encuentra; después se conoce.

Conocer a una persona es saber su vida, obras y milagros, como solemos decir vulgarmente. Pero ¿qué sabía Mateo de Jesús? Según la narración evangélica, este encuen-

tro se efectuó al principio del trienio de la vida pública de Cristo. A estas fechas habrá podido oír Mateo algún milagro o comentar aquello que a los oyentes debió de parecerles un diluvio de paradojas, el Sermón de la Montaña. Pero ¿qué significa esto para conocer a una persona? Cristo mismo no se daba entonces por conocido, puesto que es casi un año más tarde cuando hace a sus discípulos la intrigada pregunta: ¿quién decís vosotros que soy Yo?

Sin embargo, este recaudador tiene un verdadero arranque. Al ver a Cristo y oírle decir "sígueme", se levanta de su mesa, abandona el pingüe empleo y va tras El. Un verdadero "golpe".

No sería aventurado decir de Mateo, que ver a Jesús y quedar enamorado de El fué todo uno.

Cualquiera de nosotros que haya tenido la fortuna de enamorarse de verdad, podrá conocer—siquiera sea pálidamente—esta experiencia maravillosa. Podrá darse que haya alguno que se vaya enamorando de una mujer a medida que la vaya conociendo y en pequeñas dosis; pero, generalmente, y si se examina el enamorado, hallará un momento, un golpe, un empujón de arranque. Y sin preparación. Nada se sabe de *ella:* ni el nombre. Pero en un momento improvisado os dice el corazón que es *aquélla.* Lo demás viene después.

El encuentro es así.

La fortuna de Mateo fué grande. El que no viviera en Galilea o Judea no podía contar con ella. Pero el vivir allí y entonces, puede decirse condición suficiente y aun necesaria para encontrar a Jesús.

No puede llamarse condición suficiente cuando muchos vieron a Jesús y no lo encontraron. Pablo, entre otros. Como fiel israelita es de suponer que más de una vez vería a Cristo en Jerusalén o en Nazaret; y, sin embargo, para encontrarlo fué necesario que el mismo Cristo le diera un encontronazo en el camino de Damasco. Hubo Cristo de suplir el encuentro natural frustrado, por el sobrenatural de plena eficiencia.

Podrá ser una observación fútil, pero pregunto: ¿no encontrarlo cuando vivía en la tierra fué posible, pero encontrarlo cuando ya no vive, es posible?

Dice Lippert en un sugestivo capítulo de su *Einsam und gemeinsam*—libro que de verdadera casualidad afortunada cayó en mis manos—que todos nosotros caminamos por el sendero de la vida, teniendo a nuestro lado—como los dis-

cípulos de Emaús—al Viandante desconocido. Y lo podríamos descubrir muchas veces si tuviéramos costumbre de meditar lo que El mismo dice en su discurso acerca del juicio final, en el que se ha identificado con sus "pequeños hermanos", el hambriento y el sediento, el encarcelado y el enfermo.

En el enfermo. Y a propósito, recuerdo haber leído el emocionante capítulo en que Alexis Carrel narra el milagro que más para él que para María Bailly consiguió de Cristo la Virgen de Lourdes. La joven enferma que agonizaba víctima de tuberculosis peritoneal, joven de pura y vigorosa fe, era uno de esos "hermanitos" de Jesús; de aquí que Cristo recibiera—sin saberlo Carrel—los solícitos cuidados que el doctor le prodigaba.

Tratando de explicar hace unos días, en un discurso, sobre los problemas de la evangelización, los fenómenos que se debieron realizar en el alma de Mateo, se me ocurrió impensadamente el encuentro con la joven que había de ser la madre de mis hijos. También ella era una de esas pequeñuelas...

Sabía yo de ella menos que lo que Mateo sabía de Cristo. Ni siquiera me dijo como Cristo a Mateo "sígueme". Fué un momento. Una mirada, y... nuestra vida se decidió.

Al continuar mi discurso temí haberlo profanado al traer a cuento mis amores. Pero se me ocurrió que habiendo sido este amor un amor puro entonces y después, no era sino una participación del amor en que se difunde el amor divino. Por lo demás, al rehacer mi historia hacia Dios, debe revivir la memoria blanca de aquella mujer, sin la cual no pudiera yo contarla, porque no existiera quizá.

Estoy convencido que en aquella "pequeñuela" de Cristo, el verano de 1896 y en la relojería próxima a San Julián de Venecia, vino a mi encuentro el Señor.

Y si recuerdo cuanto después ocurrió y cómo se fueron sorteando las dificultades de aquel primer amor, merced a un nuevo y más maravilloso encuentro, comprendo por propia experiencia el sentido de las palabras oídas por Saulo: "durum est contra stimulum calcitrare".

Bien sabes, Tú, dulce Maestro mío, Jesús, que aquel día saliste a mi encuentro. Pero..., ¡no te reconocí!

Ni siquiera por que el amor terreno, cuando es puro, es un reflejo del amor divino.

Quizá vislumbré un rayito en aquella deliciosa armonía de nuestros primeros coloquios. Pero después..., ¡cómo

te olvidé, Señor, en tu bella creatura! Y Tú, con qué paciencia esperabas; Tú, "der Kunstler des Wartens", como leí y jamás olvido, en el libro de von Lippert. Treinta años te he hecho esperar. Treinta años desperdiciando un inestimable tesoro.

Trabajo, estudio, libros, faenas de abogacía, todos son bienes de la tierra que minan los topos y consumen los gusanos. Pero, al fin, un día—pálido día de abril—la luz mortecina de sus ojos moribundos se volvió a clavar en mis pupilas. Una mirada. Mirada de misericordia en la que de nuevo, Tú, Señor, volvías a mi encuentro. Y... te reconocí.

¿Hombres al encuentro de Cristo?

No, don Juan Rossi, no. Sino Cristo al encuentro de los hombres.

De El es la iniciativa; suya, la paciente espera. Suya, la acogida misericordiosa. En los ojos de mi amada moribunda latía Su amor y Su dolor. Aquella mirada no la olvido jamás. La llevo clavada en el corazón como la espada que Simeón anunció a María. Era la mirada de Jesús. Y las palabras de oro que ensartó aquella mirada eran las palabras, cada vez más distintas, que resonaron en los oídos de Pablo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"

Murió mi esposa. Y pocos meses después moría también la madre.

Dos muertes que terminaron por rendirme, "Durum est contra stimulum calcitrare". El dolor, el remordimiento, la desesperación, me arrastraron hacia don Juan Urbano. Don Juan Urbano era un joven sacerdote veneciano aureolado ya de buen nombre en la población. Yo no lo conocía. Además no era nada amigo de sotanas, pero... allá me fuí.

Fué hacia fines de noviembre de 1934. Por la tarde. Me recibió en un pequeño y limpio despacho. Desvaneció mi turbación al saludarme con inesperada franqueza, al propio tiempo que me decía que me estaba esperando. Y me miró con sus firmes ojos claros. Yo no comprendí Quién era el que por aquellos ojos me miraba. Lo comprendería después cuando al día siguiente, comentando benévolamente la improvisación mía sobre Pedro en la Pasión del Señor, me decía en Asís el Obispo de Todi: "Fije su atención en las palabras de Lucas: "...el gallo cantó. Y el Señor se volvió para mirar a Pedro..."

No sé qué le dije, pero harto comprendió el joven sacerdote que necesitaba su ayuda sacerdotal.

Y me ayudó.

Vino repetidas veces a buscarme para enseñarme algunas cosas que yo me avergonzaba de ignorar.

No recuerdo casi nada de aquellas conversaciones. Quizá porque me sumergían en una deliciosa paz. Sí, me acuerdo de una vez que preguntándome entre diferencia de caridad y justicia, yo le respondí que en Dios no veía diferencia ninguna. Por toda reprensión me sonrió bondadosamente.

Ganado por su amabilidad le pedí me admitiera en confesión.

Su bondad sembraba en mi corazón. Y la semilla daba después sabrosos frutos.

¡Qué dulce encuentro con Jesús, este de mi confesión!

La recuerdo con imborrable emoción. Estábamos en una habitacioncita de la casita adosada a la Iglesia de San Fantino. Apenas me puse de rodillas prorrumpí en copioso llanto. No podía hablar. Sólo era capaz de llorar.

Como lloraría Pedro cuando Jesús le miró.

En el llanto se derramaba toda mi vida. No sé si era dolor o alegría.

En un soneto de Verlaine encontré más tarde la más estupenda expresión de aquella incertidumbre. Me gustaría trasladarla aquí si tuviera el libro a mano. Y no temería profanarme con la cita de uno de los "poètes maudits" entre mis más caros recuerdos. También en aquel demacrado rostro veo resplandecer—siguiendo las enseñanzas de Cristo en la Montaña—las luces de Dios. Sobre aquel mi dulce sollozar y tartamudear, dolerme y gozarme, dudar y creer, avergonzarme y esperar, se desplegaban amorosos los brazos compasivos de mi Dios.

¡Qué divina paz aquélla! Entonces, sí, reconocí a Cristo.

Y desde aquel instante—el encuentro es en un instante—proseguí mi conocimiento, que es progresivo.

Según Guardini—en uno de sus últimos libro—el camino debe ser en tales casos el que conduce de Pablo y Juan (el del Evangelio y Apocalipsis) a Mateo, Lucas y Marcos. Del espíritu al cuerpo.

Es una observación atinada. Nos resulta más asequible conocer a Dios como espíritu que como carne y espíritu; son Pablo y Juan frente a los otros tres evangelistas.

Sin embargo, yo he sido una excepción. Comencé por Mateo. Y no por otra razón que la de haber caído sus páginas en mis manos las primeras después de cincuenta años, como obsequio de mi amigo Antonio María Bettanini.

Debo confesar que en un principio me parecían aquellas páginas una recopilación de discursos fútiles y una crónica de hechos muy dudosos a mi educación positivista.

El fenómeno no es exclusivamente mío. La verdad es que al milagro, para darle crédito, necesitamos verlo con nuestros ojos. Si a Carrel, por ejemplo, se le hubiera contado la curación de María Bailly con todos los pormenores de rigurosa crítica y avalado por los mejores testimonios, es dudoso que llegara a convertirse.

Añádase a esto que es Mateo, entre los evangelistas, el que por sus frecuentes citas o referencias a los profetas, crea más fácilmente en el lector que desconoce ser los profetas historiadores del futuro, la conciencia de estar leyendo una historia acomodaticia.

En esta mi experiencia encuentro razón para comprender y compadecer la ignorancia de muchos intelectuales en temas evangélicos. Yo mismo no hubiera superado esta ignorancia de no haberme salido de nuevo Jesús al encuentro.

La dificultad nace, a mi entender, de considerar el Evangelio como un libro de historia o de crónica, cuando en realidad es un libro de poesía; y además de suponer más verdad en la historia que en la poesía.

Para vencer esta dificultad creo que no ayudan nada—y Dios me perdone—esas disquisiciones históricas y teológicas con que entendimientos preclaros y voluntades óptimas quieren hacernos asequible el Evangelio.

Mi experiencia me ha enseñado que el único camino es dejar hablar a Jesús. El simplifica los problemas más difíciles; el hombre complica los problemas más fáciles. Nosotros, además, no sabemos hablar sino a los hombres de nuestro tiempo y lugar. Cristo, en cambio, habla a los hombres de todo lugar y tiempo.

De aquí que la más grande barrera para comprender el Evangelio—y de consiguiente reconocer a Cristo—sea la mentalidad de los que le conocieron y trataron en su vida temporal.

El error está en creer que sólo ellos fueron contemporáneos de Jesús.

De ordinario no sabemos saltar las barreras del tiempo, ni siquiera en el pensar de Dios.

Para saltarla, el camino es considerar el Evangelio como obra de arte.

Al menos éste fué el mío.

El arte—el verdadero arte—se hurta al tiempo.

El arte es arte en razón de esa multitud—presente o venidera—en cuyas mentes hace resplandecer su verdad. Pero la poesía del hombre tiene muy limitado este poder, comparada con la poesía de Dios.

La Naturaleza es el arte de Dios. Y el arte, el enriquecimiento de esa Naturaleza por el hombre. Es un poema de Dios y del mundo.

Precisamente porque Jesús en sus discursos logra la belleza del mundo, la Naturaleza y el arte "osculatae sunt" en el Evangelio que nos los transmite.

Y precisamente porque el Evangelio es arte, y tal arte que se iguala con la Naturaleza, y no historia, aunque historia, el Evangelio es Verdad. Y a la Verdad se llega por el gozo de la belleza.

De aquí que yo me acerque al Evangelio con el mismo sagrado temor que ayer contemplaba desde esta colina la sublime belleza de una indescriptible puesta de sol.

Así escuchados los discursos de Jesús se nos hacen más verdaderos y sus milagros más ciertos y tan claros que nos avergonzamos de no haber creído antes en ellos.

Si, Tú, Señor, no tuvieras conmigo una paciencia infinita, no pudiera escribir esto. Por eso, Dios mío, me ruborizo y te alabo al acordarme de aquella ya lejana noche, cuando Tú, compadecido de mi cortedad, me trataste como a los Apóstoles, a quienes templabas el esplendor de tu palabra presentándola envuelta en las vestiduras de la parábola. Caminaba hacia Roma con el alma turbada como un cielo en borrasca. Quería rezar. Pero... no sabía más que mascullar Padrenuestros y Avemarías. En un momento, como el fulgor del rayo que ilumina al viajero un paisaje desconocido, el Pater Noster me pareció una catedral de colosal estructura, de maravillosa belleza. Fué una instantánea revelación de un poema gigantesco, que se dividía en dos cantos y cada canto en tres estrofas, con sus antífonas correspondientes cada canto, y subía en el primero y por grados, el hombre hacia Dios, y en el segundo y por grados, bajaba Dios hacia el hombre para volver a subir en la segunda antífona.

Lo vi todo tan claro, el todo y las partes, y las relaciones de las partes entre sí, que toda la noche la pasé en constante esfuerzo por hacer que aquella estupenda visión no se me desvaneciese. Llegado a Roma, antes de terminar la discusión de mi causa, escribí de un tirón el primer

capítulo de mi *Interpretación,* que en menos de una semana dejé concluída.

Cristo no estaba contento con haberme salido tantas veces al encuentro.

Ahora se me presentaba también como poeta; el más grande poeta que jamás haya presentado a los hombres la belleza del universo. Y al presentárseme así me enseñaba que la poesía—como las demás formas del arte—es verdad.

En aquella revelación me mostró Cristo cómo en pocas palabras y las más sencillas se puede componer la más bella sinfonía que propone y resuelve los problemas del hombre y Dios.

Aquella noche, después de tal encuentro, comenzó mi coloquio con Jesús.

Comprendí entonces cómo pudo decir con toda justeza que El era la Verdad, el Camino y la Vida.

Desde entonces tengo la impresión de que sólo tengo vida cuando El me habla. Todo lo demás es muerte.

Desde entonces han ido sus palabras venciendo poco a poco mis obstáculos para su reconocimiento.

El primer obstáculo venía camuflado con el aspecto de contradicción implícita en la idea de Dios-Hombre. Para alcanzar, además de la personalidad, la humanidad en Dios, resulta mayor dificultad—cuando menos para entendimientos de cultura mediocre—la fe en un Dios personal que el vagodeísmo en que se refugian muchos intelectuales sedicentes.

El camino diseñado por Guardini tiende a superar esta dificultad.

A mí me costó no poco tiempo la demostración racional del error que se ocultaba en esta aparente contradicción. Y bien sabemos cuán pocos son los que prestan oídos al toque de alerta para no confundir la relación entre parte y parte—que es oposición o contradicción—y entre parte y todo—que es negación o insuficiencia.

La parte no puede ser ni el todo ni la otra parte. El todo, en cambio, por ser todo, es también la parte. De que el hombre no pueda ser Dios, no se deduce que Dios no pueda ser hombre.

Para superar racionalmente esta dificultad me ayudó algún tanto el altísimo concepto que siempre tuve de la inenarrable perfección de *aquel* hombre, a una infranqueable distancia de todo otro por perfecto que lo supusiera. El primer aspecto, pues, que se me ofrecía de Jesús, era el de

Maestro, y con tal impresión de grandeza y belleza, que llegué a persuadirme al meditar el Evangelio, que si Dios no se hubiera encarnado en El, hubiera sido incomparablemente menor la luz del mundo.

A este propósito recuerdo en mi libro *La strada* cómo cierto día al preguntarme monseñor Urbano cómo iba mi concepto sobre Cristo, le respondí en dialecto véneto: "se nol ghe fosse stá ghe saria un buso". Por cierto, que al bondadoso censor de mi libro, Padre Lener, le pareció poco correcta mi expresión. Quizá sea sólo por la manera vulgar de expresar mi pensamiento, por eso lo traduzco ahora en estas palabras de Pico de la Mirándola: "quemadmodum... inferiorum omnium absoluta consummatio est homo, ita omnium nominum absoluta est consummatio Christus...: illi scilicet datus spiritus non ad mensuram, ut de plenitudine eius omnes nos acciperemus..." Y téngase en cuenta—lo digo una vez más—que no trato de hacer teología, sino que intento solamente reconstruir el camino por el que llegó a mí el Revelador—uso palabras del Padre Cordovani—antes que el Redentor. Y he experimentado en esto tal satisfacción, que me siento impulsado a decir con Pico de la Mirándola: "si non pecasset Adam", Dios no habría sido crucificado, pero se habría encarnado.

Entiendo muy bien, que si yo me hubiera limitado a ver en Jesús sólo al Maestro, por más sublime que lo considerara, mi concepto de El sería asaz incompleto. Es más: comprendo que sin su Pasión no hubiera conseguido Cristo esa cumbre de incomparables perfecciones que lo hacen "omnium hominum absoluta consummatio". Tanto, que he llegado después a dudar si de no existir la Pasión se hubiera realizado como se realizó la encarnación. Del Monte de las Bienaventuranzas había que pasar al Monte de la Crucifixión.

En este momento mi camino es verdadera encrucijada imposible de describir. Ocurre que cuanto la gracia de Dios se hace más íntima, se presenta a los ojos del incrédulo como azar y acaso. Quizá fuera ésta mi situación.

Crucifijo significa para los que han recibido una educación racionalista la solución del problema del dolor. Para mí, en cambio—jurista y amante del derecho y más del procesal—, crucifixión era pena.

Sin embargo, de esta mi tendencia, mi formación de aquel entonces era predominantemente civilista. En el campo de mi profesión había hecho tan poco como en el de la

ciencia. A pesar de mi experiencia en más de un proceso célebre, y de dos o tres libros sobre Derecho procesal, no había hecho serias reflexiones sobre el problema de la pena hasta el año 1942. Este año ocurrieron algunos incidentes de valor decisivo para mi vida espiritual.

Llegó cierto día a mi estudio de Milán el director de la "Casa de redención", de Niguarda, para pedirme hiciera conmemoración del décimo aniversario de aquella benéfica institución, en el discurso que yo iba a pronunciar en el Conservatorio. Para mi información me entregó algunos ejemplares del diario *El retorno,* que se publicaba en el correccional.

Recuerdo todavía la honda impresión que me produjo aquel periodiquillo, al enfrentarme por primera vez con el inmenso problema.

El discurso no se pudo pronunciar, porque el día anterior al de la fecha fijada una bomba caída en el Conservatorio lo dejó medio destruído. Para mí fué en medio de todo una fortuna aquel percance, porque no estaba preparado.

Se diría que pasada la ocasión y con el traqueteo de la guerra, el asunto habría terminado allí. Y no fué así, porque cuando el Señor llama "durum est contra stimulum calcitrare".

En una visita que poco tiempo después tuve ocasión de hacer a Desierto de la Camaldula, comprendí cómo la reclusión perpetua puede ser lo mismo castigo de un malvado que premio de un justo. Ante la celdita donde estaba recluído, desde no sé cuántas años hacía, Monseñor Bianchi, al que el capítulo de los monjes había juzgado digno de aquella soledad, afloró a mi alma el pensamiento de lo que ya el Padre Lener había calificado "escuela cristiana del Derecho penal". Allí intuí por vez primera el misterio de la Cruz.

Para que el pensamiento no cayera en el vacío, me empeñé después en mi temeraria aventura de la cátedra de Derecho penal, cuyas singularísimas vicisitudes merecerían ser narradas a propósito del "durum est contra stimulum calcitrare". Tan temerario fué mi lance, que pensé en cierto momento batirme en retirada. Por las más raras coincidencias mi retirada fué imposible.

El último empujón hacia la meta me lo dió el consejo fraternal de Monseñor Olgiati.

Y llega mi exilio en Suiza, con todo su cortejo de sinsabores y penalidades. Allí, como a la viuda de Sarepta, por

intercesión de Elias, me enviaba el Señor "paulum olei inlecitho" y tuve ocasión propicia para meditar a mis solas. Allí, los vastos horizontes del problema de la pena se fueron serenando. Allí, sobre esa inmensidad, se fueron dibujando, cada vez más vigorosos y largos, los brazos de la Cruz.

Si intento ahora rememorar el punto de mis estudios del que emergió el reconocimiento de Jesús, hallo ser aquel pasaje de Mateo en que a propósito del juicio final—pasaje que primero me enfrentó con el tremendo problema—cuenta el evangelista cómo Cristo no tuvo inconveniente en identificarse no ya con el hambriento, con el sediento, con el enfermo o con el desnudo, sino hasta con el encarcelado.

Aquella mi primera intuición, tímida como botoncito de rosa, se desplegó después en toda su magnificencia, dejándome patente todo su enorme significado. Cuando yo me auguraba que San Francisco se decidiría a volver a nosotros para entonar la estrofa del "hermano asesino", conocí que ya siglos antes la había cantado el mismo Redentor.

Y entiéndase que ese "encarcelado" no es un inocente; como no lo es el enfermo de espíritu—que en el Evangelio va como de costumbre en las enseñanzas de Cristo—parejo con el enfermo corporal. El enfermo de espíritu es el pecador, el homicida, el ladrón, el adúltero. Y la visita a ese encarcelado la considera Cristo hecha a sí mismo.

¡Oh abismos de la divina misericordia!

Cristo, que vino por los pecadores y no por los justos; por los enfermos y no por los sanos, tiene la dignación de descender en esta escala de degradaciones—de aniquilamiento, diría San Pablo—hasta el abismo, para identificarse con uno de ellos.

Todas las luces de los misterios descubiertos por el Revelador palidecen ante los esplendores de esta luz colosal.

Y el sermón de la Montaña continúa... Continúa sobre la cumbre del Calvario, donde Cristo, en alto entre dos ladrones—con uno de los cuales ejercita sus funciones de Redentor—identificándose con ellos...

¡Oh Señor, y fué necesario que Tú no sólo afrontases la incomprensión, la ingratitud, el odio, sino que descendieras abatiendo tu inalcanzable grandeza hasta el último de nosotros; que mancharas tu inmaculado candor con nuestro fango; que expusieras tu bellísimo cuerpo al ludibrio y al tormento, para que yo, pecador miserable, llegara a reconocerte!...

No extraño ahora, Señor, que tanto hayas hecho por

salvar a mis hermanos, cuando has hecho tanto por salvarme a mi, la última de tus criaturas.

Y llegó el año 1949.

Desde enero a la Pascua de aquel año, como escolar que hace sus deberes, me puse a glosar el Primer Evangelio. Los días más felices fueron los que dediqué a comentar las últimas páginas de Mateo, aquellas que antes había arrancado a Sebastián Bach su colosal inspiración.

¡Oh dulce Huerto de los Olivos, que cuando te vi por vez primera hace ya tantos años, apenas suscitaste mi curiosidad, de cuán distinta manera te vi ahora que el suave tacto de la mano de Jesús desvaneció las sombras de mis ojos!

¡Oh sueño de los discípulos predilectos, torpeza del traidor, bajeza de los jueces, cobardía de Pedro, inconsciencia del pueblo, vileza de Pilatos, crueldad de los sayones..., frutos corrompidos de los hombres, cómo llenáis de vergüenza mi rostro de hombre!

¡Oh José de Arimatea, oh Marta, Maria y Magdalena, cuánto alentó y consoló mi corazón vuestra agradecida piedad!

¡Oh alegre campaneo del Sábado Santo, cuando mi alma revoloteaba en torno al sepulcro vacío y contemplaba al Angel de blancas vestiduras dar a las mujeres la buena nueva! Cómo aún resuena en mi corazón vuestro juguetón tintineo salpicando el iluminado cielo de alborozados alleluyas. ¿Eran, oh Señor, aquellos repiqueteos, los latidos alborozados de tu Corazón por haberte al fin yo reconocido?

"Durum est contra stimulum calcitrare." Ahora me doy cuenta dónde quedó roto el rejón.

Tú dijiste; "Cuando fuere levantado sobre la tierra, arrastraré todo hacia Mí."

Es inefable la mella que hicieron en mi alma las palabras de Jesús. Pero fué mucho más honda la que hicieron sus obras. Las Bienaventuranzas hubieran sido sólo grata música, si sus obras, la Pasión, no las hubieran hecho historia.

Puedo afirmar por propia experiencia que si la vida de Jesús hubiera terminado sin Cruz, sus divinas enseñanzas no serían lo que son. No tanto por haberlo enseñado cuanto por haberlo confirmado con el sudor y la sangre propias, pudo decir con absoluta verdad: "Yo soy el Camino."

Haced, oh Señor, que sepa yo seguirlo hasta su glorioso fin.

LA ESPERA INTERMINABLE

ALBERT BEGUIN

Desempeñó varios años la cátedra de Literatura francesa en la Universidad de Basilea. Aquí tuvo lugar su conversión al catolicismo. Hoy es director de la revista francesa "Esprit".

CUANDO la gracia persigue a un alma la conquista. No sigue los caminos que seguimos nosotros. Tiene sus propios caminos, que es ella misma. Cuando no llega por arriba llegará por abajo. Esta agua brota a veces como una fuente de chorro, a borbotones, a veces como un hilito leve, silencioso que se cuela por entre los diques del Loira."

Así describe en su obra *Clío,* Charles Peguy los caminos y recursos de la gracia. Según él son dos los caminos ordinarios de la gracia; el acometer de una fuente a chorro o el insinuarse de su hilito inadvertido. El incendio instántaneo que en un momento abrasa al alma, como en el caso de Paul Claudel la noche de Navidad en Nuestra Señora de París, o el filtrarse suave, que llega desapercibido a anegar el dique.

No todos han tenido la suerte de experimentar aquel "fuego" que embistió a Pascal "hacia las diez y media de la noche" del día 23 de septiembre de 1654, dándole el cambiazo que él mismo narra en quemantes líneas de su *Memorias.* Otras conversiones no podrían contar sino una serie de datos de insignificante apariencia. Todo se ha ido

haciendo allí silenciosamente, sin que vuelcos o empujones hayan alterado la normalidad.

Yo pasé mis años infantiles y aun mis años mozos sin sentir el menor desagrado por la educación completamente agnosticista que recibí.

En mi familia, más bien que un positivismo científico, reinaba un verdadero ateísmo de la tinta y color del siglo XVIII. En la biblioteca de mi abuelo ocupaban puesto de honor la Enciclopedia y las Obras completas de Diderot, y los muros de la casa estaban decorados con frases de dichas obras.

Renan era para mi abuelo demasiado blando con el cristianismo y le hacía demasiadas concesiones. Siguiendo la tradición volteriana, leía asiduamente los clásicos griegos, el Corán, los Sabios asiáticos, para reafirmarse en la convicción de que todas las religiones tienen la misma verdad y, por tanto, es falsa la pretensión de las que se dicen únicas verdaderas.

A mí no me desagradaba esta posición y aun la creía fundada.

El ambiente protestante de mi tierra natal; su moral natural y su austeridad convencional no llegaron a ejercer atracción ninguna sobre mí. Lo mismo se diga de la poesía religiosa o de otra libertad distinta de la que gozaba en mi ateísmo.

Sin embargo, la primera inquietud me la inyectó la poesía. Las obras de Peguy *Annonce fate a Marie* y *Eve* con algunas de Claudel me revelaron las proporciones y belleza que la verdad católica ponía en las cosas. Sin embargo, no creo me hicieran mayor mella que la podían hacerme los trágicos de Atenas, o Virgilio u Homero. Atenazaban mi espíritu otras lecturas tan perniciosas como Gide, tan seductoras como Proust, tan incisivas como Montesquieu, alejándolo de las ideas religiosas y anulando el efecto aun de mis más predilectos poetas.

Hacia mis veinte años comencé a vislumbrar las contradicciones de las ideas de mis antepasados y la oposición al espíritu revolucionario que yo tanto admiraba en la revolución rusa de 1917 y que me lanzó a participar en las actividades subversivas del surrealismo.

Había, sin embargo, un escritor, que por la vigorosa y firme expresión de su fe cristiana, sostenida con toda fuerza de su perspicaz inteligencia, me atraía imponiéndose a mi espíritu; era Pascal. Sus Pensamientos, que conocí en

mis años de Liceo, suscitaban en mi interior una voz que me exigía un sí o un no y se me imponía de tal manera que aquel libro no me abandonó ya jamás.

De Pascal subí a sus fuentes, San Agustín, que me llegó a fascinar.

Algunas tentativas inoportunas de ciertos amigos católicos, por atraerme a la fe católica, tuvieron un efecto contraproducente. Me puse en guardia contra tales miras, y aunque llegué a asistir a algunos actos de culto y a leer algunos libros litúrgicos, no produjeron provecho alguno.

Sería demasiado largo si quisiera relatar minuciosamente las distintas etapas que recorrí hasta mi conversión Vayan algunos datos nada más.

Mi vida poco cauta, y las muchas experiencias peligrosas que la salpicaron, engendraron en mí la convicción de una hermandad entre los hombres, nacida precisamente de su fragilidad.

No había en esta mi convicción relación alguna con la moral cristiana—la que por cierto enseñaba sin conocer ni parar mientes en ella—, sino una experiencia inmediata que poco a poco y sin yo darme cuenta me iba revelando el misterio de la comunión de los pecadores.

Creo que salió por entonces el libro *Sois le soleil du Satan,* de Jorge Bernanos, que me dió a conocer la existencia concreta del mal y me hizo presentir al propio tiempo el profundo secreto del sacerdocio.

Ocurría todo esto en el año 1925. Mi bautismo tuvo lugar en 1940. Catorce años para dar los pocos pasos que ahora creo eran necesarios para llegar a la fe desde mi estado espiritual de entonces.

¿Cómo necesité tanto tiempo?

No he tratado nunca de averiguarlo, porque estoy convencido de que esto no pertenece a un examen de psicología, sino a los caminos ocultos de la Providencia.

Sucesos de carácter práctico que me arrancaron a mi aislamiento intelectual, enfrentándome con la vida de mi prójimo, y la lectura apasionante de los románticos alemanes, me lanzaron a una singular aventura religiosa, en esa noche oscura de la inconsciencia, en la que el soñador, hurtando el cuerpo a sus sueños, se despierta con una inefable realidad entre las manos.

Casi sobre la cresta misma del despeñadero me encontré en aquella ambigüedad de la experiencia poética que hizo afirmar a Rimbaud que el poeta es el ser maldito, al

propio tiempo que es el único que sabe dar caza a la única realidad de valía.

Hallábame en esta situación cuando estalló la guerra de 1939.

Hacía ya algún tiempo que ante el espectáculo de una época atormentada y el gesto heroico de la guerra que España emprendió en nombre de Jesucristo, había entendido que sólo la escatología cristiana podía dar sentido a la historia humana.

El pensamiento de Manuel Mounier y sus colaboradores en la revista *Esprit* habían cooperado en mi concepto cristiano del mundo. Pero todo esto era una simple adhesión intelectual que me llevaron, sí, a consecuencias prácticas, pero nunca a postrarme ante la Cruz.

Preveía la imminencia de la guerra desencadenada sobre el mundo, la necesidad de combatir al fascismo y me sentía por esta ideología a saltar el foso. La espantosa derrota de Francia en mayo de 1940 y sobre todo la vergüenza de un régimen que se arrogaba el apelativo de cristiano, fueron factores decisivos, junto con otros de carácter más íntimo, para mi cambio de ideología.

Once años antes me había casado por la Iglesia. Había bautizado a mis hijos y procuré que recibieran educación cristiano católica. Y entonces creí que las pruebas que comenzaban y de las que podían ser ellos víctimas, exigían de mí una resolución que me atraía, pero sin imponerse a mi espíritu.

Añadióse a esto que mi padre cayó víctima de mortal dolencia. Sus últimos días los pasó dado a una moral más rígida, pero atea y en una aterradora soledad de espíritu

En estas circunstancias pedí el bautismo. Y lo pedí con una prisa que alguno podría juzgar impremeditada; pero me sentía impelido por el incontenible deseo de que hubiera quien rezara junto al lecho del dolor de mi pobre padre.

El día de San Alberto, 15 de noviembre de 1940, fuí bautizado por un sacerdote al que me liga la más viva gratitud, el Padre Hans Urs von Balthasar.

Cuando me dirigía a la iglesia me entregaron una carta, que metí al bolso para leerla por la noche; la escribía una joven noruega, que ignorando mi conversión, me decía cómo un curso que sobre Paul Claudel había dado yo dos años antes, le había a ella abierto el camino de la verdad,

llevándola hasta abrazar el estado religioso, cuando yo estaba tan lejos aun de aquel camino.

Todas estas cosas me parecen demasiado pequeñas para ser narradas. En una conversión sólo se pueden narrar las cosas de poco relieve, las etapas accidentales. Y es que se va realizando todo con la mayor normalidad, con una serie de mil hechos accidentales hilvanados por la divina Providencia. Sin embargo, cuando llegamos al fin de este camino que siempre nos parece pedregoso y cuesta arriba, nos paramos a mirar atrás. Y me admiro al hacer esta retrospección. Porque tantos errores y desvíos me parece ahora formar una línea recta; tantos sucesos particulares no parecen sino de instantánea duración. Y no hay aquí tiempo perdido; porque no hay tiempo perdido alli donde sólo pesa la llegada que resume todo el tiempo pasado.

Sin embargo, el descubrimiento más sensacional se hace después, cuando se advierte que no hay descanso en la llegada y que el puerto de arribo es principio de nueva navegación.

El alma que abrazada a la Cruz se confía a los brazos amorosos de la Iglesia, sigue siendo un alma falible, pecadora: la gracia le da la capacidad para el bien, pero no la facilidad. No es la paz de un corazón hecho angelical, sino la alegría de una nueva visión del dolor y el deseo insaciado, sí, pero decidido a continuar, esperanzado, su camino.

Son pobres las palabras, pero la vida humilde cotidiana la hacen tan dulce realidad que no hay ESPERA INTERMINABLE del Reino de la Luz.

CHALANEABA CON DIOS

FRANCISCO MESSINA

Siciliano. Desde 1934 profesor de Escultura en la Academia Brera de Milán. Galardonado con el Premio de Escultura en la Bienal Internacional de Venecia en 1942. Académico de Italia y de diversas Academias nacionales y extranjeras. Muchas de sus obras figuran en Museos europeos y americanos y en plazas e iglesias de Italia.

COMIENZO una de mis conferencias, que titulo *Tradición y arte religioso*, con una introducción apocalíptica en vistas del ocaso catastrófico que amenazaba al arte y a la vida.

He aquí dicha introducción:

"Si el termómetro del arte marca en relación con la cultura ambiente—y no puede hacerlo de otro modo—, debemos afirmar que se ha levantado una gigantesca barrera frente a las grandes ideas de los más preclaros ingenios.

"Vivimos embutidos en espesas sombras y vamos haciéndonos incapaces de reflejar y de recibir luz.

"La ciencia está en la cumbre y asomándose al abismo.

"Volver a la tradición o perecer.

"Hemos desbarrado mucho y necesitamos poner todo nuestro empeño en encontrar el camino de vuelta al Padre.

"Hasta las ilusiones nos abandonan.

"Esta pobre sociedad que lejos de Dios, lucha de modo

tan cómico y tan triste, parece ignorar que se ha lanzado a la primera y última era atómica en un esfuerzo desesperado de suicidio.

"En momento tan crítico, ¿qué remedio nos queda? ¿Podrá un reducido número de hombres incorruptos ahuyentar el espectro del fin que nos amenaza?

"En medio de tan espesas sombras sólo brilla una luz, la oración que brotó de los labios del Salvador en el sermón de la Montaña."

Hasta aquí mi introducción. Es el quiquiriqueo de un polluelo, es la expansión de un primerizo que ha encontrado una puerta abierta hacia el mundo verdadero, el mundo de Cristo Victorioso.

Mi situación actual es mi nueva conciencia; no mi nueva historia, porque cristiano, aunque sin espíritu, lo fuí siempre.

Mis padres eran pobres ya por tradición y también por tradición cristianos, con ese cristianismo heredado y no sentido, que no encuentra más motivo de existencia que "porque lo fueron mis padres".

Frecuentaban los sacramentos por costumbre, por herencia, por ser *fiesta* y algo, de cuando en cuando, por sentimiento. Y en sus fiestas, ¡cuánta ignorancia!, ¡cuánto ardor de sangre y de sol!

Los pobres son con mucha frecuencia disipados, descuidados. Sin embargo, Dios los ama y los perdona. Y es que los pobres tienen en su pobreza el primer motivo de parentela con Dios, aunque de ordinario la miramos por estúpida incomprensión, como pórtico del infierno.

Los pobres nacen, en cierto sentido, con el pasaporte para el Cielo.

Ni mi padre ni mi madre me hablaron jamás de Dios. A mis abuelos apenas los conocí; vivían en la lejana Sicilia y su recuerdo se despertaba en casa envuelto en las brumas del rencor.

Tengo el dolor de confesar que en mi casa no había ni tiempo ni lugar para la fe profesada. Con frecuencia, en cambio, para el terror y avidez de la fiera. La pobreza prensaba a mi padre sumiéndole en una absorbente preocupación.

Hasta hace algunos años, los Evangelios eran para mí una de tantas obras poéticas.

La Cruz y la Humanidad de Cristo eran una de tantas cosas familiares.

La Doctrina cristiana, asignatura incluída en el programa escolar, y las funciones sagradas, me aburrían soberanamente.

De adolescente me vi envuelto en el torbellino de las bajas pasiones que tanto repugnan al Señor de la pureza.

En mi juventud sentí los primeros halagos de Cristo. En mi ideología aparecía como un bello compañero oprimido por una Cruz, pesada unas veces, ligera otros; y junto a él caminando yo amorosamente, cayendo con El, no tres, sino infinitas veces.

Llegué a sentir nostalgias de vida claustral en medio de las marejadas de mi alborotada sangre juvenil. Pero ganó éste la batalla de mi espíritu. Soy un testimonio irrecusable de que el hombre, desde su nacimiento, se revuelca en el cieno, y sólo la gracia lo puede hermosear.

Tengo la fortuna de poseer un Amigo lejano, pero fidelísimo. Un Amigo que me ha concedido y sigue concediendo la libertad de perderme y de reivindicarme. Un habilísimo artífice que me ha modelado con la materia de mis pecados.

Y heme aquí una sublime estatua de fango.

¿Me pide, mi apreciado don Rosi, algunos datos sobre mi arribo a la gracia de Cristo?

Dios se ha valido de muchos felices instrumentos para mi regeneración. No debo nombrarlos todos. Sólo, sí, citaré los nombres de los sacerdotes que en ella intervinieron. Helos aquí en testimonio de mi afecto y gratitud. Padre Florián Ferro, de los Menores de San Francisco; don Luis, párroco de San Brusón, de Dolo; el Padre Vago, de Milán; el Excmo. señor Arzobispo de Milán, Ildefonso Schuster, recientemente fallecido; el Padre Genesio, capuchino; el Padre Pio di Pietrelcina, el afortunado halcón de Jesús, que atrapó su presa en los riscos de San Juan Rotondo.

Lea mi historia narrada por Piera Delfino Sessa en su libro de adhesiones al estigmatizado de Cristo (1).

Transcribiré aquí solamente una de mis cartas allí insertas. Pero antes de leerla le ruego pida a mi esposa dirija una fervorosa oración a Sor Germana, tía suya, misionera salesiana, que ofreció el sacrificio de sus ojos por mi salvación y, que siendo oída, murió ciega como víctima agradable al Señor.

"Durante muchos años, siempre que oía hablar del Pa-

---

(1) *R. P. Pío de Pietrelcina*, Edit. Demos, Génova, 2.ª ed., noviembre 1949.

dre Pío y sus estigmas, sentía en mi corazón una emoción profunda y aún viviendo enfangado en mis pecados una secreta esperanza me enlazaba con el Padre Pío. En realidad, por estos días no sabía cosa cierta del dichoso estigmatizado y lo achacaba todo a la emotividad de la imaginación del narrador. Por esto, una acuciante curiosidad se fué apasionando de mi alma; todo, claro es, en el plano de lo natural y humano, pues lo divino se me escondía en absoluto.

"¡Ver un santo! ¡Qué tremenda emoción si lo lograba! ¡Y cómo dilataba, a veces, mi espíritu esta insatisfecha curiosidad! Un pecador como yo, Señor, lleno de lacras morales; un miserable que sólo en Ti encontraba la paz en aquellos angustiosos momentos en que me ponía frente al descuajo de mi vida criminal. Pero la arrancada energía no llegaba nunca.

"Pecado sobre pecado se me rompía el alma en el pecho.

"La vanidad, la presunción y todas las miserias humanas, parecían constituir el programa de mi existencia. Ni siquiera la guerra, ni la muerte que más de una vez me rondó, lograron arrancarme de mis vicios.

"Pegado a la tierra, amarrado por la carne, mordido por los remordimientos, me postré repetidas veces ante la Cruz y Te pedí la Gracia.

"Pero chalaneaba contigo.

"Me pedías valor y te ofrecía cobardía.

"Señor, dame castidad o dame la muerte.

"Esta fué mi oración que Tú, Señor, te dignaste escuchar, haciendo Tú el descuajo para el que yo jamás tuve valor.

"Y lo hiciste por medio de tu predilecto de San Juan Rotondo. Y en él me diste un Padre por cuya mano sostenido he logrado la obra de mi recuperación. Un padre que me comunica diariamente su llanto ante la Sagrada Eucaristía; que me recomienda a Ti; que me ilumina con tu luz; que me enseña a caminar por tus caminos.

"Mi vida comenzó, Señor, aquel dichoso 11 de abril de 1949."

LIBERTAD EN LA CARCEL

OSWALD POHL

El 11 de febrero de 1950, en la cárcel de criminales de guerra de Landsberg, con las cautelas del caso, era recibido en la Iglesia Católica el general de las S. S., Oswald Pohl. Estas notas autobiográficas fueron escritas los días inmediatos a su ejecución.

VERANO de 1913.

Me encontraba ante unas tumbas de soldados en la pequeña isla de Ponapé, que vigila desde el Pacífico las costas meridionales del Japón.

En aquellas tumbas reposaban soldados de la marina imperial alemana, muertos dos años antes en una insurrección de los naturales.

Pocos días después de mi visita escribí una exposición sobre las causas de aquella insurrección provocada por la rivalidad de las diversas misiones cristianas.

Tenía yo entonces veintiún años. Viajaba en un buque militar alemán.

Era aquélla mi primera salida al gran mundo, cuyos límites hasta hacía dos años estaban reducidos para mí a unas cuantas millas de navegación por el Rin.

Dejé mi casa perfumada con el aroma de la sincera piedad de mis padres y siete hermanos. La doctrina de la Fe, conforme a las orientaciones de la Iglesia Reformada Evangélica, eran mi norma inquebrantable de conducta. Por esto, cuando a mis veintiún años dejé mi hogar, creí estar

al resguardo de cualquier lazo de seducción que pudiera tenderme el mundo corrompido.

Pero ahora me encontraba ante aquellas tumbas, de cuyo seno me parecía salir una voz de protesta contra el cristianismo, que había provocado la muerte de aquellos inocentes. ¿Era posible que murieran aquellos jóvenes por la extraña rivalidad de los que habían abandonado su Patria para predicar a los infieles el Santo Evangelio?

Y mi fe comenzó a tambalearse.

Una duda cruel atenazaba mi espíritu. ¿En qué se apoya—me decía—el cristianismo para afirmar que es él la sola religión verdadera, la religión de la Religión de la salvación? ¿Acaso son menos verdaderas que el Evangelio de Cristo las enseñanzas de Mahoma, Buda, Brahma o Confucio? ¿Quién es ese Cristo que da a sus discípulos precepto tan totalitario como éste: "Id y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"?

Mi instrucción religiosa se limitaba casi únicamente al conocimiento de las Sagradas Escrituras, cuya devota lectura solíamos hacer en casa. Pero ahora me acuciaba una insaciable avidez de conocer toda publicación, aun profana, que llegara a mis manos, con sólo sospechar que sospechara me pudiera ser de alguna utilidad para ampliar mis conocimientos religiosos, harto limitados.

Mi hambre de saber crecía desmesuradamente.

Pero mi escepticismo crecía en la misma proporción.

Las dudas sobre la pretendida universalidad del cristianismo llegaron a ser tan fuertes, que la misma idea de Dios amenazó naufragar en mi espíritu. ¿Estaba quizá en la idea cristiana de Dios y en su conocimiento la misteriosa refutación de sus terrenas falsificaciones? ¿O existía revelación también en otras religiones?

Y ¿quién es ese Dios? ¿Qué puesto ocupa en el concepto del Ser supremo de los filósofos? ¿Cuál es su influencia en la vitalidad de las religiones terrenas? Y ¿cuál su puesto ante la profunda sabiduría de la religión popular china, el Taoísmo; y ante las sublimes concepciones griegas, su monstruosa intensidad de vida y su exaltación olímpica? ¿Qué idea de Dios tuvieron los creyentes precristianos? ¿Cómo lo vieron y lo honraron los pueblos del alba de nuestra era histórica? ¿Cómo lo concibieron los filósofos?

Años enteros estuve bajo la influencia del estoicismo sin poder sustraerme a ella. La ética estoica—sin duda

de las más nobles doctrinas que sirvieran de sostén a la moralidad en la antigüedad—me parecía a mí de suficiente vitalidad para inyectar vigor y eficiencia a la vida moral de hoy.

La dignidad de la persona humana; la victoria del mundo por la superación de sí mismo; la sumisión incondicional del singular a las leyes sociales y bien de la comunidad; el ordenamiento de nuestros miras a los intereses del espíritu, principios todos éstos defendidos por el estoicismo, tenían para mí eficacia indiscutible.

Sin embargo, tampoco en él había encontrado la respuesta, la solución portadora de la tranquilidad para mi espíritu inquieto.

Acuchillado por la duda y del todo insatisfecho, me lancé a una exploración de todos los sistemas de los pensadores de todos los siglos. Y al retorno de mi correría hallé ciertas las palabras de Voltaire "leemos más y sabemos menos; estudiamos más y no es sino para comprender mejor que nada sabemos".

En el Cristianismo, el fundador de la religión era Jesús Nazareno. Bien, pero ¿quién es ese Jesús? Su doctrina y su personalidad las conocí en mis años de gimnasio, a través de las explicaciones de un modesto teólogo protestante, pero me parecían menos real que mi vocación de soldado.

Cuando más tarde leí *La Vida de Jesús*, por Renan, acabaron por desaparecer los últimos restos de mi fe en El.

Así despojado, ¿qué me quedaba ya del fervor religioso que una madre piadosísima se había esforzado por inyectar en mi alma, para que fuera mi viático en mi peregrinación sobre la tierra?

Al volver de Flandes, terminada la primera guerra mundial, intenté de nuevo, profundizando en la fe de mis padres, hallar el sentido de este mundo que se me antojaba sin sentido.

De nuevo tomé en mis manos la Biblia de mi Confirmación.

Durante mi infancia, la lectura de la Sagrada Escritura, había sido uno de los deberes más intangibles. Cada noche, antes de acostarme, leía un capítulo. Era un deber inalienable; una costumbre a la que jamás me sustraje.

Ahora comprendo que la lectura de la Biblia no es nada fácil. Su lengua profética, sus alegorías, sus misterios, el significado oculto tras el literal, exigen inteligencias muy

maduras. Por eso no me extraño de que mi corazón permaneciera frío dado que mi inteligencia no penetraba en el sentido hondo de la Sagrada Biblia.

Dios, con su Palabra, su Verbo, estaba, sí, muy cerca de mí; pero yo no lo advertía.

Cuando ahora volvía a fijar mis ojos en las páginas sagradas advertí que mis disposiciones para su inteligencia no habían mejorado y arrojé con desesperación la Biblia al fuego, repitiendo las palabras impías de Nietzsche: "Dios ha muerto."

Lejos de Dios, caminaba a trompicones por el pedregal de la ciencia humana; y cuando los hombres no pudieron dar solución a mis inquietudes, me volví a las estrellas. Había leído las palabras que el viejo Diesterweg dirigiera a sus discípulos: "La contemplación de las estrellas alarga la vista del hombre y lo eleva sobre las ruines opiniones personales y las mezquinas miras humanas. La astronomía es una ciencia que eleva, afina y purifica."

Y es verdad. La contemplación de las estrellas produce magníficos efectos. La majestuosa multitud del infinito, enseña modestia y dignidad. Esa modestia que cura al hombre de la necia presunción humana y nos hace comprender que el hombre—en el fondo—no es más que la hoja que tiembla en el árbol.

Ya dijo Kant: "El quehacer más importante del hombre es saber qué puesto ocupa en el universo y comprender con exactitud qué deba hacer para ser hombre."

El estudio de la inmensidad del cosmos se me antojó excelente camino para lograr mi objetivo.

No hay duda de que la "Fe sideral" no tiene nada de común con la "Fe" cristiana. Y a esta "Fe sideral" pregunté con la ansiedad que tenía en ascuas mi alma: ¿Son eternas las estrellas que brillan en el firmamento? ¿Pueden ellas dar respuesta satisfactoria al problema de Dios?

Y la fe sideral no desvaneció mis inquietudes.

En la veintena de años posteriores a la primera guerra mundial, me puse en contacto con muchas sectas, muy florecientes algunas. Hasta con los "Bibel-Forscher", los adversarios más tenaces del cristianismo.

En este período—y concretamente el año 1934—acepté el encargo que me diera Himmler de organizar la administración de las S. S.

Este encargo me lo había ofrecido Himmler en Kiel, algunos meses antes. Pero me aterraba el compromiso y

dudé mucho antes de aceptar. Sobre todo porque perteneciendo ya hacía veintidós años a la marina imperial alemana, y proporcionándome mi puesto los medios económicos suficientes para mi sostenimiento y el de toda mi familia, no tenía por qué cambiar ahora mi destino

Pero... no pude rehusar. Algunos años antes había ya dado mi adhesión al Movimiento Popular y poco después al N. S. D. A. P. (1). Como soldado de carrera, los postulados de la política militar del Nacionalsocialismo me halagaban. Veía yo entonces el plano político, económico, cultural y social con ojos de político ingenuo, de soldado bisoño; su significado íntimo y sus consecuencias las vería más tarde.

Al aceptar el encargo de Himmler, caí en aquella organización que once años más tarde sería señalada con el sambenito de "criminales de guerra".

No es este lugar de discutir la justicia de aquella condena global. Lo que sí me interesa—puesto que en ello está comprometida mi vida religiosa—es examinar las tendencias religiosas y políticas del Nacionalsocialismo.

Puedo testificar que muchos valientes colegas ofrecieron su vida por Alemania como simples soldados, y que muchos de ellos permanecieron fieles a sus ideas religiosas a pesar de las influencias opuestas.

Se ha afirmado que por orden de Himmler, los pertenecientes a las S. S. debían renunciar a sus ideas religiosas. Desconozco esa orden y puedo afirmar que no era exigida tal renuncia, aunque también puedo asegurar que en cierta localidad era impuesta dictatorialmente.

Existieron jefes que no se dieron descanso hasta que consiguieron que todos sus subordinados abandonaran sus creencias, como existieron otros muchos que dejaron la cuestión religiosa al criterio de cada uno. Yo, por mi parte, no tuve ni la menor idea de discutir con mis súbditos ni de religión ni de política. Es más: entre mis más íntimos colaboradores había hombres—católicos y protestantes—de profunda fe religiosa, que jamás fueron molestados lo más mínimo en sus prácticas ni en sus sentimientos.

También se dió el caso de oficiales en las S. S. que por congraciarse con Himmler desertaron de sus creencias religiosas, pero que después volvieron ocultamente al seno de sus iglesias.

Fe en Dios.

---

(1) Siglas del Partido Nacionalsocialista Alemán.

Tener fe en Dios significaba para mí algo así como ser sabio, superior y vencedor de toda esa jerga de preceptos eclesiásticos, que se me antojaban preocupaciones de retrógrados, indignas de un hombre progresista, cosas que se podían echar a la trastera como trapos viejos.

La fe en Dios, del Nuevo Estado, me la figuraba yo como complejo tenue de verdades primas; una forma abstracta de ligadura con Dios; una forma de comunidad nueva sin dogmas, sin cultos, sin ritos; en fin, una iglesia libre. Pero tal iglesia ni existe ni ha existido jamás.

La inconsistencia de la pretendida fe en Dios, propagada por el Nacionalsocialismo y cuyo espejismo ofuscó a no pocos, se prueba por su duración efímera. Destruída la auténtica religiosidad, esa fe degenera en una religiosidad subjetiva que se resquebraja al choque de las pruebas y contradicciones, puesto que picota en el nihilismo religioso al negar la existencia del más allá, fulcro en el que se apoya y principio del que toma sentido toda auténtica religión.

Hay muchos creyentes en Dios que sostienen una posible comunicación del individuo con la divinidad, comunicación autónoma desde el fondo de su experiencia religiosa. Olvidan los tales que no es incumbencia del hombre el estar en trato directo con Dios, e ignoran qué sea aparecer ante la divinidad.

Dios es un Dios escondido. Se comunica con los hombres por medio de sus mensajeros. De aquí que resulte propio del hombre recibir los mensajes de Dios a través del hombre.

Pero ocurre con frecuencia el fenómeno de que el hombre rechaza esta mediación; y es que el hombre quiere saber, no creer; quiere obedecer según su propia experiencia que equivale en los más de los casos hacer su propia voluntad.

Ocurre en la vida espiritual lo que en la vida natural: ninguno se forma por sus propios medios. En efecto. Si vivimos con nuestros medios es valiéndonos de los que recibimos de los demás. Crecemos por nosotros mismos, pero sirviéndonos de los alimentos que otros nos procuran. Recibimos la verdad con nuestra inteligencia, pero bien prefabricada por los demás.

En la negación de la fe no suele llegarse a las últimas consecuencias por falta de valor para ello. Se teme el verse señalado como ateo o librepensador y para evitarlo se ca-

mufla con la "fe en Dios", palabra sin sentido que el Nacionalsocialismo ha puesto de moda.

La "fe en Dios" Gottglaubigkeit, que adoptaron no sólo los pertenecientes a las S. S. era, a mi modo de ver, la mejor interpretación del cristianismo positivo que proponía el programa del N. S. D. A. P.

Cuantos apostataron fueron víctimas de la Gottglaubigkeit.

Y llega el terrible 1945.

La derrota de Alemania y la victoria aplastante de los aliados me arrastró ante los tribunales de los vencedores. Después de treinta y cinco años de militar, me condenaban a muerte como criminal de guerra.

El día 1 de diciembre de 1947 la puerta de prisión se cerraba detrás de mí. El último período de mi vida acababa con una condena de muerte. Fuera, quedaba toda mi vida. Aquella vida, que sin apoyo ni influencias, me había conducido desde la humildad de mi hogar de trabajadores a los más altos cargos de la vida militar, en la que con entusiasmo y abnegación luché por un ideal que arrebató mis entusiasmos.

Mi vida tocaba a su fin. Mi carrera brillante llegaba a su ocaso.

Pero... ¿cuál era el panorama que se ofrecía a mi alma?

Sentado en el poyo de una celda fría y oscura, absorto en estos pensamientos, sentí que me oprimía una glacial soledad, una aplastante impresión de abandono, de pérdida en desierto calcinado o tierra deshabitada.

Un abismo llama a otro abismo. Viéndome presa del abatimiento intenté recobrarme irguiéndome con arrogancia; por algo había sido tantos años soldado.

Pero... jamás había sido tan oprimente la soledad; nunca tan dura y aterradora la autorreprensión. ¿Qué intentaba camuflarse con aquella arrogancia? ¿De dónde manaba su vigor? ¿Qué significaba frente a una real culpabilidad? ¿Qué frente a mis pecados?

No podía evadirme a estos interrogantes que día y noche atormentaban mi espíritu.

¿Dónde estaba mi conciencia aquellos últimos años cuando los excesos del Nacionalsocialismo iban tomando caracteres auténticamente apocalípticos?

Tuve conciencia de muchas violencias de las que fuí testigo, pero en las que jamás tomé parte personal. Violencias contra las que en tiempos normales se hubiera su-

blevado todo sentimiento recto. Pero ahora, ¿dónde estaban las conciencias de tantos que enmudecieron ante tales atropellos?

No recrimino yo tanto a los ejecutores, cuanto a aquellos que siendo testigos, lo vieron con impasibilidad, fueran jefes o súbditos, gobernantes o gobernados, intelectuales o analfabetos.

Ante aquella terrible degeneración me he preguntado muchas veces si tendrá el hombre moderno conciencia. Y la respuesta no es problema teológico o filosófico, no. La conciencia, hoy como siempre, es aquella secreta voz que desde lo más íntimo del ser humano aconseja o reprende; es el "demonio" como la llamaba Sócrates; es "la voz de Dios", como la llamamos los cristianos. Pero si se pierde la fe en Dios, o se reduce la religión a la participación material en un rito, esa voz se hace imperceptible y termina por enmudecer; porque allí donde Dios calla porque se le niega, su voz, la conciencia, ya no tiene papel alguno que desempeñar.

Las consecuencias de tal degradación llegaron, y fueron tan deplorables, que se creyó en la necesidad de lanzar al estercolero al Nacionalsocialismo como un producto diabólico.

La salvación de la conciencia—defensa de la Humanidad—está únicamente en el reconocimiento incondicional de Dios Trino como medida y norma únicas de todo acto moral.

Durante los meses de cárcel toda mi vida fué desfilando por mi recuerdo; mis años jóvenes en la paz del hogar, donde una madre sencilla y piadosísima plantó en mi alma el amor y la piedad; mis años de soldado, cumplidor de su deber con honradez y sacrificio; mi adhesión no tanto a un partido cuanto a una idea con vislumbres de redentora de la Patria a la que nunca traicioné, porque hasta el fin creí en ella.

La ideología política del Nacionalsocialismo la he examinado sólo en vistas de las desastrosas consecuencias para el individuo y para la comunidad. Podría hacerlo en su aspecto histórico, filosófico, psicológico y también desde el punto de vista del pueblo sencillo. Pero no me interesa. Sólo me preocupa mi responsabilidad.

Puedo presentar mis manos limpias de sangre; no he matado a nadie ni inducido a otros a ello, aún más: repe-

tidas veces me opuse a tal violencia. Pero, ¿es esto suficiente para declararme libre de pecado?

Muchas veces hice memoria de cuantos fueron en mis mismas condiciones. ¿Qué ha sido de todos ellos? Obserbaba también a cuantos pasaban por el Tribunal de Nüremberg como acusados o como testigos. Hechas contadas excepciones, no los volvía a ver. ¿Dónde estaba la decantada fidelidad al régimen que en tiempos más despejados pregonaban aquellas elevadas jerarquías del Nacionalsocialismo? ¿Qué se había hecho del juramento de fidelidad a la intangibilidad de la organización? ¿Y qué del levantado ideal de Hindenburg "La fidelidad es la contraseña del honor", o el de Himmler, "Tu honor se llama fidelidad"?

Eran pocos, muy pocos, los jerarcas confesos; excepciones nada más, para confirmar la regla.

Ciertamente no son héroes todos los hombres. Pero que una Weltanschauung abocase a una desbandada general, era desconcertante.

Las causas no las podemos buscar sólo en la fragilidad humana, sino más hondo, en su ideología misma. Al quedar aplastada toda espiritualidad por la máquina monstruosa de la organización, quedaba ésta sin consistencia. No hay organización capaz de supervivencia destruídos los principios morales y espiritualistas. Un árbol sin raíz cae a la primera racha de viento.

La deserción moral de los grupos dirigentes fué consecuencia inevitable de la apostasía de aquellos principios que tienen su raíz en lo más hondo del ser humano y que tienden a la trascendencia. Esos principios habían sido sustituídos por ficciones y la ficción no tiene consistencia.

El hombre fué despojado de los vínculos sobrenaturales y quedó limitado el sentido de la vida a lo temporal y adjetivo.

Y aquí aparece mi culpabilidad. Yo he contribuído con mi apoyo al Nacionalsocialismo, a la propagación de estos errores. No que el hecho de no haber reconocido a tiempo el error me haga culpable, pero... tampoco me deja en inocencia.

En los meses siguientes a mi condena conviví un par de horas diarias con un centenar de colegas, a cuya muerte asistí. Los conocí a todos. Los más vivían enmascarados con un antifaz que encubría con dificultad su verdadero estado de ánimo. Condenados a muerte, estaban decididos a morir como soldados, con un desprecio a la muerte lleno

de coraje, de altivez, de orgullo del que cumple su deber y salva su honor. Unos daban su "paseo" cantando en alta voz himnos patrióticos; otros caminaban a la muerte con el paso marcial del jefe militar; otros entonando melodías de salón o canciones marineras.

¡Afortunados los que reposaban en las fosas abiertas detrás de aquella fatidica puerta! Allí dormian heroicos soldados y entre ellos cuántos creyentes que en su última hora habían repetido con la resignación del Salvador: "Fiat voluntas tua."

Por estas fechas comencé a frecuentar las funciones religiosas que se hacían en la cárcel. ¡Cuántos años, cuántas decenas de años hacía ya que no había resonado mi voz formando coro con los fieles que alababan al Señor! Se agolpaban en mi memoria los recuerdos de mi infancia y aquellos de mi juventud cuando aguardaba con impaciencia que terminase el molesto sermón. Luego..., los años de la guerra mundial, tiempo intermedio y nueva conflagración; y en todo este tiempo alguna, rara vez, entré en la iglesia por exigencias del servicio o por observancias de tradición.

Ahora me llevaba una atracción interior.

Comencé por frecuentar indiferentemente las funciones protestantes y las católicas. Luego fuí dejando las protestantes por las católicas; por fin terminé por ser asiduo asistente a éstas, particularmente al Sacrificio de la Misa.

¿Qué estaba ocurriendo en mí? Jamás había asistido a la Misa y ahora lo hacia con asiduidad. La riqueza del culto del sagrado rito me atraían con poderoso influjo. Me parecía estar en un mundo por completo desconocido.

De domingo en domingo iba aumentando mis conocimientos sobre aquel Sagrado Misterio. Cierto día acepté un librito de oraciones que me ofrecieron al salir de la iglesia. Lo llevé a mi celda y me enfrasqué en su estudio.

Lo que en la Santa Misa llamaba más poderosamente mi atención era la Eucaristía. Aun cuando entonces no penetrase el significado hondo que en ella se encerraba, sospechaba que algo inaudito se escondía allí.

Asistiendo a la Santo Misa tenía la viva sensación de la presencia del Señor. Un día me pareció sentirle junto a mí y que, poniendo su divina mano sobre mi hombro, me decía con dulce voz: "Komm!" "¡Ven!"

Esta llamada se fué repitiendo y cada vez se me hacía más perceptible.

La Comunión de los católicos me sugestionaba de tal manera que, no pudiendo recibirla sacramentalmente, me unía espiritualmente a los comulgantes.

Respiraba en un mundo de adoración a Dios, y comenzaba a comunicarme su plenitud desbordante.

En este tiempo llegué a conocer algunos reclusos más que, al conocer mi afortunado destino, hicieron suyo mi dolor. Entre ellos había católicos que fueron para mí ángeles de Dios y que me comunicaron nuevas luces de fe.

Una agitación interna y una profunda inquietud se fueron apoderando de mi ánimo. No podía ni quería resistir, y llamando al Capellán católico, le expuse mi situación.

Las predicaciones de aquel apostólico varón habían ya removido las cenizas de mi espíritu aireando las brasas de mi fe primera. Ahora sus manos arrojaban a voleo la semilla generosa en mi espíritu abierto. Todo mi ser se iba transformando bajo su experta dirección. Con el ángel de Dios, mis dos años de prisión camino de la muerte, fueron la noche de transición hacia el amanecer de un día radiante. Las nieblas espesas de mi alma se fueron disipando sobre la tierra de mi alma desbrozando, corrieron salvíficas las aguas del Evangelio.

Busqué a Dios en centenares de libros; me torturó la duda del racionalismo; pregunté muchas veces a las estrellas mirando en noche clara al infinito: ¿dónde está Dios? Ahora, la mano amorosa de su ministro me conducirá a El por camino llano.

Toda la satisfacción que había encontrado en el triunfo o en la humillación, en la alegría o en el llanto, era inconmensurablemente menor a la dicha que experimenté cuando, arrodillándome sobre el pavimento de mi celda, abierta toda mi alma a la luz esplendorosa de la verdadera fe, pude exclamar: “Credo in Deum”, “Creo en Dios”.

LA CONFESION DEL MARINO

GUIDO MILANESI TORRIANI

Valeroso almirante, condecorado con dos medallas de plata. Es autor de unas treinta obras traducidas a varias lenguas. Vicepresidente honorario de la "International Mark Twain Society". Caballero de gracia de la Gran Cruz de la Orden de Malta.

CÓMO retorné a Cristo?

Pregunta delicada, que más que la voz cara al público, exigiría el susurro tembloroso ante las rejas de un confesonario. La respuesta pide absoluta veracidad; como allí. Alterarla implicaría cierto sacrilegio, como cuando —y pongo un ejemplo profano—el jugador de solitario se embrolla a sí mismo en su extravagante orden de ideas.

Ante todo debo notar que la palabra *retorno* supone como relativa esta otra, *alejamiento*. Una *huída*. Y yo era eso, un *fugitivo*.

En nuestra infancia fuimos todos creyentes sinceros, sin dudas, sin problemas, sin reservas. Dios y nosotros formábamos una sola cosa, por la sola razón de que así nos lo decía nuestra madre, oráculo para nosotros infalible.

Nuestra oración inocente, arrodillados junto a la camita, era el beso fragante de nuestra naturaleza, como el beso del botón de rosa que se abre al sol de primavera.

Y así fuí yo.

De muchacho asistí a un Colegio de mucha fama entonces y abandonado poco después, dirigido por religiosos

No quiero revelarme contra su sistema educativo; hoy, a tantos años de distancia, pido a Dios poder sofocar los recuerdos aún ásperos e ingratos a pesar de estar ya difuminados por el tiempo. Los resultados de aquel duro sistema eran de esperar; salíamos del Colegio llevando en el alma irresistible aversión a cuanto supiera a iglesia, sacerdotes, religiosos, convento o monasterio.

Me trasladé luego a la Escuela Naval de Liborno. De allí sali con el grado de guardamarina.

Ni que decir tiene que no encontré allí ambiente propicio para recuperar mi fe.

Un dignísimo capellán celebraba para los alumnos en la capilla de Santiago la Santa Misa todos los días festivos; asistíamos a ella todos, pero con devoción ficticia, en fuerza de la educación recibida y ante la imposibilidad de escaparnos obligados a asistir en formación.

Confieso, por lo demás, que estuve lo más remoto de intentar volver a un orden de ideas para mí ya fenecido. Mi norma de conducta era la educación y sobre todo el deber, que constituía—y constituye—para los oficiales de Marina Militar un verdadero culto con sus dogmas y sus grandes sacrificios.

No se puede vivir sin amor, pero para nosotros era bastante el inmenso amor que profesábamos a la Patria y al mar.

Sobrado es decir que este mi triste cuadro espiritual hallaba perfecto marco en el ambiente crudamente anticlerical que reinaba en la juventud de la Italia de aquellos días.

Yo era un fugitivo y podía seguir siéndolo con toda tranquilidad, sin el menor•remordimiento. El vasto mundo me abría sus brazos puerto a pueıto fascinándome en loco galopar de mi juventud y embriagándome con lo que era y con lo que gozaba sin darme lugar a pensar en remordimientos.

Era un fugitivo.

El marino es un ser extraño, tiene el alma dividida en dos partes desiguales. Blanca la una, la más pequeña. casi casi un rinconcito invisible. Y negra la otra, grande, muy grande. La negra para la tierra, para las locuras que en ella comete como bestial compensación de las fatigas de a bordo. La blanca, para las noches tranquilas, cuando sobre el oscuro puente de mando o en el puesto de vigía, abisma sus ojos en el infinito firmamento arrullado por el monó-

tono murmullo de las olas y el bárbaro cantar de las máquinas.

Pero he aquí que esa porcioncita blanca absorbe un día el manchón negro. ¿Cómo se realiza el milagro?

El oficial, profundo conocedor de la astronomía, adivina tras aquellas estrellas apenas visibles por la enorme distancia, a centenares de años de luz—y piénsese en la fantástica danza de números recordando que en un minuto recorre la luz 18.000.000 de kilómetros—se le ocultan otras miríadas de estrellas más grandes y más hermosas. Reflexiona sobre la imposibilidad de señalar el entendimiento humano, límites ni al espacio ni al número incalculable de cuerpos celestes que pueblan el universo obedeciendo todos las más inquebrantables leyes, en la más estupenda armonía. Y comprende que toda esta obra colosal no puede brotar de sí misma, como no puede sacarse de la nada la materia y menos el milagro de la vida. Todo ha debido tener su principio; todo ha salido de una voluntad creadora. El no admitir este principio innegable, clarísimo aun para las inteligencias más romas, y obstinarse en dar absurdas explidaciones pseudo-científicas, significa la más ruda aberración a que puede llegar criatura racional.

Y la explicación invisible, la razón suficiente que se esconde a sus ojos tras aquellas maravillas, se clava en su alma: Dios.

Menos complicado, el marinero de guardia escudriña el firmamento y sin detenerse a preguntar por el principio motor de aquel universo en armonía, ve reproducirse tras las estrellas la imagen sagrada que le entregó su madre y que él guarda con veneración en su guardarropa bien custodiada con cadena y llave. Y al mirar al cielo piensa en su madre, y para él, madre, imagen, estrella y Dios son una misma cosa.

Esta fué mi parte blanca, descartadora de la parte negra.

Lástima grande que diera muestras de vida tan sólo las noches tranquilas y estrelladas para no durar más que el tiempo de una guardia. Sin embargo, era un respirón regenerativo; un esfuerzo de mejoramiento. Hilo sutil, en verdad, pero resistente a la rotura. Llamita temblorosa de tímida lámpara escondida en un rinconcito de mi alma, pero inasequible al apagón.

Y esa llamita encendió todo mi espíritu. Ese hilito ensartó mi alma a Dios.

Creer en Dios no implica dificultad esencial, ni esfuerzo alguno. Sólo el cretino—como antes dije—y el idólatra fanático de Moscú—añado ahora—pueden ignorar su existencia.

Lo que si implica es admitir a la Iglesia como única intermediaria entre Dios y la criatura como depositaria de la verdad en sus dogmas y escrituras.

Esta dificultad resulta mayor para el que debe superarla con su propio esfuerzo luchando contra los argumentos de una lógica meterialista y atea.

Este fué mi caso.

Hube de habérmelas solo, ya que jamás se me ocurrió un guía que me alentara y orientara en la desigual lucha por la conquista de la verdad. Por lo demás, me resulta poco menos que imposible el hallarlo dado el constante paso de un buque a otro por exigencias de mi vida marina militar y por no darse entonces capellanes a bordo.

Llevado por la profunda afición que Dios me dió al arte, y bajo el influjo del estatismo de Rusbin y Shure—dominante en las primeras decenas del siglo—, me di a visitar obras de arte en iglesias de Italia y del extranjero. No había en mis visitas ni pizca de interés religioso; iba allí con la única curiosidad artística de quien visita un museo, una pinacoteca o cualquier colección de fama. Oí más de un sermón, pero tomaba aquellas prédicas por retórica ingenuamente programática incapaz de convencer. Asistí indiferente a algunas misas.

Sin embargo, no todo me era indiferente; admiré el fervor y recogimiento de las multitudes creyentes, dando testimonio público de su fe.

Un día, en San Marcos, de Venecia, como lanzada por un antagonista que luchara dentro de mí y contra mí, se me clavó en el alma esta idea: ¿Crees que toda esta multitud, en la que sin duda hay inteligencias muy superiores a la tuya, está compuesta de ilusos?

Quedé estupefacto. Aquello era para mí un fenómeno inexplicable.

Se me ocurrió sospechar si estaría en el momento descrito por las palabras "un ángel del cielo le dijo", o aquellas otras: "una voz del cielo le dijo", que tantas veces repite la Sagrada Escritura, y que, oídas algunas veces en discursos de iglesia, me habían sugerido comentarios cabalísticos.

Pero repito que era un fugitivo. Y téngase en cuenta

que, como antes dije, estoy escribiendo con la sinceridad de quien se confiesa.

Cuando estalló la primera guerra mundial tomé parte en ella al mando de diversas naves. Ya se puede comprender los numerosos peligros de que escapé.

Puedo comparar mi espíritu—aquel entonces—a un cántaro lleno de líquido turbio. Ligeramente resquebrajado por el golpe recibido en San Marcos, perdía algunas gotas, pero era esto suficiente para dejar de rebasar.

El resquebrajamiento se aumentó hacia el fin de la guerra. Y fué precisamente merced a un hombre, cuya memoria guarda con veneración todo el mundo católico: Bartolo Longo.

Al volver de Africa y desembarcar en Nápoles tuve la idea—no sé por qué—de irlo a conocer en Pompei. Era muy viejo y estaba muy achacoso.

Mi nombre le era conocido por mis obras. Me recibió muy afable y sin esperas. Tumbado en su poltrona, monopolizó—con grande satisfacción mía—la conversación, dándome así lugar a conocerlo mejor. Pude advertir en él una potencia enorme sobrehumana e irresistible. Fluía de sus labios aquella su recia fe que le capacitaba para llevar a cabo ese magnífico milagro que es el Santuario de Nuestra Señora del Rosario.

Su palabra lenta iba cayendo sobre mi alma como suave lluvia de bendición y como fuego lento que iba purificando de escorias mi corazón. Entre sus rugosos párpados se asomaban sus pequeños ojos clavando en mí una mirada escrutadora, tan profunda, que nada se le ocultaba. Y entonces fué cuando, cogiéndome una mano entre las suyas —ya con frío de muerte—, me preguntó con voz dulcísima salida de ultratumba:

—Y, ¿usted, cree?

Por toda respuesta me callé avergonzado.

—Creerá—afirmó martilleando las sílabas. Calló un momento y después continuó—: No sólo creerá, sino que escribirá un libro sobre la Santísima Virgen de Pompei.

Y salió profeta.

No podía suponer él al cortar por dos veces mi "hasta la vista" con "no, adiós", que había de ser yo quien poco tiempo después, rodeado de sus huerfanitas y entre un numeroso público, presa de la misma emoción, pronunciara su elogio fúnebre.

La resquebrajadura de antes era ya grieta insuturable.

Llegó el día en que fuí recibido en la Orden Militar de Malta, que durante nueve siglos viene siendo fiel custodia de sus inalterables estatutos religiosos, filantrópicos y orgánicos. Tuve de este modo ocasión de practicar los que fueron para mí primeros ejercicios espirituales, conforme a la costumbre disciplinar de realizarlos cada año todos los Caballeros reunidos en la Iglesia de Gesu, de Roma.

Fué director de los ejercicios el sabio Padre jesuíta Magni, cuyo nombre está grabado con letras de oro en las páginas de mi gratitud.

Recuerdo todavía con cuánta repugnancia me arrodillaba—práctica olvidada desde los lejanos días de mi infancia—y con cuánto automatismo unía mi voz a la de mis cohermanos en el rezo del Rosario antes de comenzar el Padre su plática.

Veamos qué sale de aquí, dije resignadamente.

Y fué ésta la última y poco delicada frase que de cuestiones religiosas brotara de mis labios.

Cuán lejos estaba de sospechar las extraordinarias sensaciones que iba a experimentar. Desde el primer momento, la voz insinuante del Padre—como eco prodigioso de la suave palabra de Bartolo Longo, a la que daba vida y color—penetraba irresistible en mi corazón. Mi solapada indiferencia desapareció y se convirtió en aguijoneante curiosidad cuando el orador anunció su tema con estas palabras: "Ahora comenzaré por hablaros de la divinidad de Cristo, para terminar demostrándoos el Sacramento de la Comunión." Se me abrieron los cielos. Iba a recibir la respuesta por tantos años deseada. La respuesta que me ofreciera a Cristo como Dios, sustituyendo la gigantesca, sí, pero humana, muy humana, enteramente humana figura de Cristo que me diera Renan. Que borrara la amarga crítica de los Evangelios con los esplendores de la Divinidad de Cristo Redentor.

El Padre, pertrechado de razones claras, precisas e irrefutables, fué desbaratando uno a uno los argumentos que van manoseando todos los capitostes de la oposición atea o materialista.

Veía brotar la verdad de sus labios con aquella maravillosa fluidez que Dios otorgó a los apóstoles cuando los envió a la divina aventura de convertir al mundo y abrirse camino de luz entre las sombras del paganismo.

Por cinco veces más nos reunimos en la capilla de Nobles para nuestros ejercicios. Antes de terminarlos quise

conocer personalmente al Padre. Me presenté a él y con la claridad de un niño le relaté mi historia deshojando ante él el libro de mi azarosa vida.

Las palabras amorosas del Padre caían como fuego purificador sobre mi pasado y fortificaban mi espíritu para las luchas del porvenir. Sus consejos se resumieron en dos fórmulas fundamentales que deberían estar grabadas a fuego en el corazón de todo cristiano como condensado de las doctrinas de Cristo: Abandonarse a El con la simplicidad del niño: renunciar a toda discusión: El es la única Verdad, la VERDAD.

Y pensar que era tan fácil arribar a puerto tan seguro...

La primera profecía de Longo estaba cumplida. La segunda se cumplía pocos días después cuando, en efecto, escribia un libro sobre Nuestra Señora de Pompei, *Sancta Maria*.

El que lo haya leído podrá recordar las peripecias por las que pasa la protagonista bolchevique—enviada especial a Italia para recoger datos con que ridiculizar después en la prensa rusa las prácticas religiosas de Italia—hasta que, guiada siempre por una fuerza secreta, irresistible, vencida por una Voluntad suprema, cae de rodillas ante la Inmaculada Virgen.

Aquella historia—aparte de los fines propagandísticos—es la historia de mi alma. Por esto considero el libro como un exvoto.

PLETORICO DE VIDA

GUSTAVO COHEN

Judío, profesor en la Sorbona, persegu'do por los nazis durante la ocupación alemana. Se inició su conversión al enseñar y poner en escena con sus discípulos dramas sacros franceses del medioevo.

Como perteneciente a una familia judía bastante indiferente, mi educación primera se desarrolló muy al margen de todo culto religioso.

Mi madre, sí, era una devota mujer que con toda fidelidad leia cada sábado sus oraciones en un viejo devocionario bilingüe de páginas gastadas. Quiso enseñarme el catecismo, pero desistió en su empeño, cuando al preguntarme un día: "¿Quién eres tú, hijo mío?", le respondi estúpidamente con las palabras rituales del texto hebreo: "Yo soy un israelita."

Caí después en un agnosticismo completo, aunque me gustaba asistir a la Misa mayor en las iglesias católicas para escuchar la solemne música religiosa que me extasiaba y admirar la pompa de los oficios divinos, cuyos vivos colores y ritos largos y majestuosos me encantaban.

Nada de esto, sin embargo, llegaba a mi corazón. De aquí que no me llamara la atención el que mi profesor de Filosofia en la Facultad de Letras de Bruselas, René Barthelot, me expusiera—olvidando el axioma de que "inegatio non probatur"—las catorce pruebas contra la existencia de Dios. Por cierto que antes que él, a mis veinte años, había yo descubierto—y lamento haberlo admitido, aun-

que de momento—el absurdo aquel del gran Laplace "no necesito la hipótesis de Dios".

Aunque parezca extraño, mi primera publicación —1906—fué mi "historia del teatro religioso francés de la Edad Media". Sentía respeto por las formas y ceremonias de la Iglesia, y no me placía ese espíritu volteriano de sarcasmo contra los sacerdotes y religiosos de capucha. En cambio reaccionaba contra toda exhortación que me llegara de la Sinagoga, de los Rabinos y de las tradiciones familiares, lo mismo se manifestara en sus ritos sabáticos que en los ázimos pascuales. Jamás practiqué el Kascher, y me era desconocida toda la jerga yidisch.

Estalló la guerra del 14 al 18. Tomé parte como voluntario en el ejército francés, primero como aspirante y después de suboficial de infantería en el malogrado 46 regimiento de La Tour de Auvernia.

El día de Santa Juana de Arco asistía a la emocionante Misa de campaña. En un combate a bombas de mano, en Argonne, fuí herido y aun llevo en mi costado trocitos de metralla como recuerdo de aquel aciago día.

Me hicieron las primeras curas de urgencia en el hospital de Clermont, presentándoseme complicaciones de tétano. Me asistía precisamente una monjita, Sor Gabriela, que me aseguró al volver en mí que yo había prometido comulgar si lograba la curación.

En el hospital, mejor, en la clínica del doctor Tèmoin, de Burges, fuí también asistido por otra monjita, una verdadera santa, que subía las escaleras llorando, atornillada por el cáncer que la mordía, y, sin embargo, se presentaba siempre sonriente en la sala de oficiales enfermos.

Mi primera visita al salir de la clínica fué para la catedral de Burges. Me encantaba aquel soberbio monumento de cinco naves.

El año 1947 fuí comisionado a Holanda para hacerme cargo de mi puesto en la Universidad de Amsterdam. Me fueron encargados como discípulos muchachos franceses del Norte, prófugos de la guerra, y yo los confié en su mayoría a Congregaciones religiosas refugiadas por allí.

De la Universidad de Estrasburgo pasé, el año 1925, a la de la Sorbona. Aquí, en un ambiente de librepensadores, había de encontrarlo yo para el desarrollo de mis teorías y hallar mi revelación.

La ocasión me la presentó un texto medioeval, el *Milagro de Teófilo.*

Estaban cierto día mis discípulos particularmente ajenos e insensibles a las bellezas líricas del medioevo. Levantando el tono, algún tanto exasperado por aquella insensibililar a lo que a mí me entusiasmaba, les dije: "Esta obra fué escrita en el gran siglo XII, no para interesar a los estudiantes de 1932 a 1936, sino para conmover a los del Colegio fundado por Robert de Sorbón, "in vico qui dicitur Coupegueule". Si repartimos los papeles y la reproducimos en un teatro, volveremos a admirar su vida y colorido primitivos." Y añadí: "Nuestros anfiteatros no se hicieron para presenciar la disección de cadáveres, sino para la resurrección de los muertos."

Mis palabras no cayeron en el vacío. La semilla germinó, y a principios de febrero de 1933 se me presentaron en mi gabinete, próximo a la sala de estudio de los universitarios, dos estudiantes. Eran un estudiante joven, alto y moreno, y una muchacha, pequeña y regordeta, estudiante también.

Sin preámbulos de ningún género me dijeron con toda decisiós: "Maestro, haga usted una acomodación del *Milagro de Teófilo,* de modo que sea comprensible al público de hoy, y nosotros estamos dispuestos a recitarlo donde usted quiera."

Un profesor debe ayuda y obediencia a sus discípulos. Por esto me lancé a la acomodación y en ocho días—con el ritmo acelerado de trabajo que esto supone—arreglé el original para ser comprendido por los oyentes de hoy.

El 7 de mayo y en la sala Luis de Liard de la Universidad señalaba la fecha áurea de la resurrección del teatro medieval francés.

Goetze sale al tablado improvisado y grita: "No se recita porque no hay bastidores." Y yo respondo: "Se recita sin bastidores."

Los actores están al fondo hasta que les toca entrar en escena, avanzando hasta el proscenio en el momento oportuno.

Fué tan bello el efecto, que desde aquel día todas las representaciones se hicieron sin aparato escénico.

He aquí la escena de nuestra primera representación: Dios Padre, acompañado de dos angelitos que llevaban palmas en sus manos; Nuestra Señora tocada de blanco estrechando una cruz de oro; el Obispo con tres sacerdotes; Teófilo vestido de negro y Saladino con vestido amarillo y gorro frigio.

Toda la escena se desarrolló en el más emocionante silencio de los espectadores, que al entonarse el Te Deum final prorrumpieron en atronadores aplausos.

La experiencia había sido un éxito estupendo.

Al *Milagro de Teófilo* siguieron otra representación como el *Jeu d'Adam et Eve,* siglo XII, la primera composición dramática del teatro francés, y que reprodujimos ante la monumental portada de la Catedral de Chartres, el día de la Asunción de 1935. Luego siguieron otras composiciones elegidas entre los Misterios del siglo XV.

Fué precisamente un joven hebreo sirio el que comentando cierto día la representación del *Milagro de Teófilo,* me dijo: "cuando uno ha presenciado el *Milagro,* queda pletórico de vida".

En aquel ambiente de idealismo exuberante entre estudiantes y estudiantas, con los que vivía familiarmente, en comunión de sentimientos, acción e ideales, fui comprendiendo la fe que a ellos los animaba y que poco a poco fué penetrando hasta la medula de mis huesos.

En el noticiario *Quartiere Latino* se llegó a decir que comulgaba todos los miércoles con mis discípulos en San Esteban del Monte. No era cierto, a no ser en espíritu y en deseo.

Mi inclinación hacia el catolicismo se acentuó durante las vacaciones de Semana Santa. Las disfruté a orillas del lago Lavandou, fuerte evocación del de Tiberíades. Allí tuve las más bellas lecciones sobre el drama litúrgico y allí reprodujeron mis discípulos en función improvisada el precioso poemita *Peregrinos de Emaús.*

La noche aquella de Pascua fué para mí una borrachera de emoción.

En el fondo de la noche estrellada, al arrullo de las olas inquietas, Jesús, como blanca aparición salía de entre los negros abetos sin dejar en la arena ni la huella de sus divinos pies.

Desde aquel momento estaba del todo ganado para el Catolicismo.

"¿Por qué no te conviertes?", me preguntaba con frecuencia mi esposa, protestante.

"No lo sé", era toda mi respuesta.

Quizá mi vida demasiado agitada me impedía tomar a pechos la instrucción necesaria para dar tan decisivo paso. Las representaciones en Holanda, Bélgica, Inglaterra, Francia y España, se sucedían sin interrupción, no dándome

lugar a una meditación reposada de mis propios problemas. Pero mi espíritu seguía madurando al contacto de aquellos discipulos que yo llamaba "mis hijos teofilianos" y de quienes era amado como padre.

Hijos cristianos y padre hebreo... Sin practicar religión alguna, pero que sentía en su corazón a Jesús y a María, cuya gesta veía reproducida en un tríptico esculpido en madera: María Magdalena, Judas y Nuestra Señora.

Y estalló la segunda guerra mundial, deteniendo todo bruscamente al acuchillar la atmósfera con los fuegos fátuos del mito hitleriano. La juventud enloquecía. Mis discípulos permanecieron fieles a su deber; ni uno solo de ellos abandonó al "proscrito"; todos siguieron perdidamente adictos.

Un telefonazo del Rectorado de Aix, me expulsaba el 1940 de la Universidad y me privaba de la cátedra de la Sorbona después de treinta y cuatro años de servicio. Maï-Thé me mandaba una tarjeta por triplicado; no lei más que esta palabra harto elocuente: "Maestro."

Me refugié en Niza, a cien kilómetros de la zona de ocupación. Un grupo de personas de buen corazón me agasajaron pronto con su simpatía. Entre ellas el Padre Augusto Valensin. Un día me dijo: "Arrendaremos la sala Carlonia y dará usted en ella un curso de cultura." La Prensa lanzó la noticia contentándose con decir que el curso lo explicaría *un profesor*. Mi nombre era tabú.

En él entretanto, los americanos, compadecidos de mi situación, crearon en Yale University una cátedra equivalente a la de la Sorbona.

Un día se me llega el Padre Valensín y me dice: "¿Tiene usted los pasaportes con los visados? ¿Está dispuesto?"

"Sí—le respondí—, pero mi hija debe sufrir antes el examen de madurez clásica."

"No importa—añadió decididamente—. El domingo deben ustedes salir. Yo les acompañaré al tren que sale para España a las seis y treinta de la mañana."

¿Tenía el Padre órdenes recibidas? ¿Temía por mi seguridad? No lo sé; pero yo debía obedecer sin dilaciones y obedecí. La Iglesia velaba por mí, aun antes de pertenecerle.

El Padre Valensin conocia mis sentimientos. Sabia que no necesitaba convertirme, pero con frecuencia me decia en tono de amable confidencia: "Hay que dar el salto." Por

cierto que a mí no me agradaba esto, y... me hacía el remolón.

Lo que retardaba mi resolución era el ver objeto de inhumana persecución a los que consideraba—no por comunidad religiosa, sino por unidad de sangre y de piedad inmensa—unidos a mí con indisolubles lazos. Me hubiera parecido una bellaquería abandonarlos en circunstancias tan adversas para los de mi raza. De ninguna manera quería cargarme con el sambenito de traicionarlos en la desgracia.

Estas ideas siguieron turbándome la primera temporada de mi estancia en los Estados Unidos. Y detenían mis pasos.

En Nueva York sobrevino un hecho que fué decisivo.

Me enteré de que había por allí un buen número de eminentes profesores belgas y franceses perseguidos o aventados por el terror hitleriano y se me ocurrió la idea de reunirlos a todos en una Universidad.

Madurada la idea, logré fundar la Universidad con el nombre de "Escuela de Estudios Superiores" el año 1942, comenzando a funcionar bajo la presidencia de Henri Focillon, primero, y de Santiago Maritáin, después. Los estudios en ella implantados fueron: Letras, Ciencias y Derecho.

Nuestra Universidad tuvo acogida entusiasta y sigue hoy muy floreciente.

Con esta ocasión tuve la feliz oportunidad de entablar íntimas relaciones con Maritáin, al que visitaba con frecuencia en su pequeño despacho de la Quinta Avenida, y con el Padre Ducatillón, a quien amaba con verdadera ternura.

Manifesté repetidas veces al Padre Ducatillón mis intenciones de pasar a formar parte de la Iglesia Católica; pero sólo las puse en práctica, cuando en 1943 recibí del Gobierno de "Francia libre" y de las Universidades de Oxfor, Cambridge y Manchester, invitación expresa y simultánea de pasar a Inglaterra.

Podía ser aquélla mi última travesía, dada la intensidad de la guerra submarina, y me decidí a hacer antes mi viaje hacia la paz de mi conciencia.

Jamás olvidaré aquella fría mañana. Estábamos en la sacristía de la iglesia francesa de Nueva York el Padre Ducatillón, Maritáin y yo. Ni se borraba de mi memoria la Misa, el Bautismo y la Comunión, mi Primera Comunión...

¡Con qué emoción, con qué concentración e ímpetu tendía mi ser todo hacia la Hostia Santa, en cuyo divino contenido creía con viva fe, aunque no me atreviera ni a mirarla!

Mi espíritu rebosaba en una llanez de paz y de alegría inefables.

Y así comenzó mi vida de católico. Ahora, mi súplica constante a Dios es que me conceda seguir sirviéndole con fidelidad y que me otorgue poder servir a la Iglesia por algún tiempo, antes que me llegue mi último fin, que deseo edificante.

Los sufrimientos que he de soportar por la renovación de las heridas que recibí el año 1915 los ofrezco como expiación por haber tardado tanto en entregarme a Dios y los miro como una gracia que me permite unirme a Cristo, cuya Pasión he descrito, y más aún, he vivido.

REENCUENTRO CON MI CONCIENCIA

ENRIQUE PEA

Poeta y dramaturgo toscano, autor de numerosas obras literarias de no escaso valor artístico.

MAÑANA dominical del 18 de agosto de 1918.

Parduscos nubarrones avanzan en una atmósfera de fuego.

No amenaza lluvia; son nubes de calor que huyen hacia el mediodía heridas por los rayos de Febo, que brilla rozagante anunciándonos una deleitosa tarde de verano.

He dormido muy poco esta noche. En un cuartucho de la factoría, habilitado para almacén, y sobre unos sacos en el suelo, hemos dormido como gitanos mi mujer y yo, con nuestros tres hijos. A eso de la medianoche mi mujer vió subir, por el lado de los niños, pequeños alacranes oscuros y brillantes. Como madre que ve en peligro a sus hijos, dió la voz de alarma con todo el terror que se deja suponer. También a mí me sobrecogió el terror, sospechando que entre el maderamen del piso o el roto machimbrado, podrían ocultarse gigantescos alacranes que acecharan la vida de nuestros hijos.

Pasamos la noche en vela. Yo un rato y otro rato mi mujer, con una vela en la mano, vigilábamos avizoramente los camastros de nuestros chicuelos que dormían sueño tranquilo, muy ajenos al peligro que les amenazaba.

Al amanecer bajé al jardín, al extremo del cual habíamos levantado para la representación de *Judas* una mole,

que lo mismo podía ser palacio que templo. En el arquitrabe de aquel edificio había hecho grabar este ambicioso lema: "Por el culto del genio." Apoyado en el repecho de una ventanuca, me sumergí en la contemplación de la campiña que se extendía a mis pies hasta perderse en la lejanía, en magnífico ajedrezado de huertos y jardines, a los que hacían fondo, erguidos hacia el azul, los montes de Versilia.

Los montes, arropados por la bruma tempranera, ocultaban las chozas y los árboles. Lisos y cenicientos como estampa de Vía-Crucis.

Aunque sin fe, la imaginación me pintaba vívidos y exactos paisajes bíblicos.

Un antojo, pero lo veía. El montículo más próximo era entonces para mí el "Monte de la Calavera". Sólo faltaban sobre él las cruces...

Y ¿quién me dice—reflexioné—que este pórtico en que me hallo no es el sanedrín de la condenación?...

Desde este momento un extraño pensamiento se apodera de mi mente.

Cuando hacia las diez reiteramos los ensayos de la parte más difícil del drama, apenas entre el bullicio del ensayo podía despojarme de los pensamientos que me atenazaban.

Desconocedor de la obra blasfema que poníamos en escena, un amigo mío, religioso de San Francisco, el Padre Roberto Domínico, del convento de Viareggio, vino a los ensayos por no poder asistir a la representación que se haría por la noche. Avanzaba cauteloso el frailecillo por el anfiteatro, sonriendo en amistoso saludo y acercándose al proscenio, en el preciso momento que Aníbal Ninchi—que hacía el papel de Judas—, con bronca voz, lanzaba desde el soberbio arquitrabe palabras groseras contra Jesús. En tan crítico momento miré con disimulo al fraile y vi cómo en sus labios se agostaba la sonrisa, cómo se ponía serio, retrocedía poco a poco y volviendo las espaldas se marchaba del anfiteatro.

Era imposible tener en cuenta las partes prohibidas por la censura. Eran muchos los párrafos tachados en cada página del folleto ya impreso. La censura de Luca había cortado tres cuartas partes del drama, que quedaba sin pies ni cabeza, y ya era demasiado tarde para arreglar el folleto, que así reducido quedaba inutilizado para toda representación.

Al saltar de esta manera las barreras puestas por la censura, vino, como era de temer, la prohibición para todas las representaciones que habían de seguir a aquella primera.

Esta medida rigorista de la censura, aunque dolorosa, fué para mi de indudables benéficas consecuencias, porque sobre aquellas palabras tachadas brotó y maduró en mi espíritu el arrepentimiento por haber escrito obra tan reprobable.

No quiere esto decir que el propósito de repudiar el drama—como lo hice más tarde—naciera de súbito en mi voluntad. No. Resulta demasiado doloroso deshacerse de una producción ambiciosa, que como la mía, ha costado mucho tiempo fatigas e ilusiones, sobre todo si se oyen, como yo oía, los plácemes de muchos y los aplausos de los espectadores.

Entre tanto, la Policía, con mi consentimiento, había tomado cartas en el asunto. Un abogado hizo recurso de interpelación ante la Cámara, en nombre de la libertad de pensamiento. Luego, para evitar alborotos y de acuerdo con el ministro, la retiró, consiguiendo que se diera a *Judas* el visto bueno para ser representado en teatros situados fuera de la provincia de Luca.

De acuerdo con esta concesión, se reanudaron las representaciones con el totum casi íntegro.

La compañía actuó en Pisa, Livorno, Venecia, Génova.

Cuatro ciudades, cuatro batallas.

Tanto en la Prensa como en las plateas, la obra era alabada y vilipendiada. Me oía ensalzar y revolcar por gentes de las que nunca me había importado un comino.

Y no era precisamente por motivos de arte.

En Livorno, el periódico católico *Fides,* de acuerdo con su director, alabó una obra tan ofensiva, aunque trazando un cuadro clarísimo hasta de sus inexactitudes históricas. Con esto quedó abierta la polémica sobre el *Judas.*

En Pisa, nueva batalla. El drama hubo de recibir las diatribas de la pluma de un tal E. M., que muy bien pudiera significar: Egilberto Martire.

En Venecia encontré pegado a la pared un manifiesto del Patriarca, como preparación de Pascuas, en el que repudiaba la entrega de Cristo. Aníbal Ninchi, convertido en tribuno, hubo de vérselas para, desde el proscenio del teatro Goldoni, sosegar el murmullo del público indignado.

Luego, la misma función en Génova.

Al fin, cansado de los aplausos y ganancias que alcanzaba a tan bajo precio, suspendí las representaciones para no reanudarlas jamás.

A esta decisión me había llevado la meditación, cien veces reprimida, de aquella mañana gris del 18 de agosto.

No tendrá valor de conversión, pero sí lleva aquella fecha el reencuentro con mi conciencia.

Comencé a hacer símbolos; los venenosos escorpiones de la noche sin sueño; la huída del buen franciscano; la imagen del monte versiliano, hecho Gólgota a mis ojos; la repugnancia por la condenación de Cristo; la imposibilidad de resistir mis oídos las palabras barbotadas por el protagonista; y, por fin, la irresistible aversión que se me fué despertando hacia el repulsivo personaje.

Era una fuerte llamada a la reflexión, el agua putrefacta del pozo de aquella desdichada factoría que había envenenado a mis hijos; la voz del Cardenal Maffi ordenando a sus párrocos prohibieran a los fieles la lectura de mis escritos; las palabras de aquella mujerzuela, que señalándome ante los que la rodeaban, les decía en tono de bruja convencida: "Aquél es el diablo en persona." (Palabras que repetía poco ha Pietro Pancrazi, presente a una representación de *Judas.)* Cosas éstas de poca monta, ¿verdad?

Concedido. Pero con la suficiente para despertar mi conciencia. Sus voces asaeteaban mi espíritu y no podía rehuir sus preguntas: ¿Quién te ha metido a ti a discutir cosas inconcusas desde hace dos mil años? ¿Con qué derecho escandalizas a tus prójimos?

Algo semejante me había dicho insinuante y cariñoso el viejo párroco del Fuerte de Miami, don Rafael Galleni, mi maestro en el único año escolar de mi infancia. Un día, al encontrarme con él, conmovido hasta derramar lágrimas me dijo del todo paternal: "¿En qué te has metido, hijo mío? ¿Quién te ha aconsejado tan mal? Mejor te hubiera sido haber perdido los ojos..."

—Retiraré el drama—respondí clavando, sonrojado, mis ojos en tierra.

—Pero... es necesario reparar, hijo mío.

Y en fuerza de este deseo de reparación, brotaron más tarde de mi pluma *La Pasión de Cristo* y *El anillo del pariente loco.*

Al recordar hechos de treinta años atrás, no intento revestir mi retorno con la aureola de una conversión a Cristo. No. Ya dije antes que sólo intento señalar la fecha de

un reencuentro con mi conciencia. Conciencia, que si ansiosa de levantarse sobre el común sentir de una vulgaridad, caminaba a ciegas, fascinada y encadenada por las lisonjas de un orgullo culpable.

Bien sé yo—amaestrado por saludables reflexiones—que no es caminar expedito andar a trompicones. Pero... esto son gajes de todos los nacidos de madre—hecha ella también de ángel y de demonio—y lanzados a la calle en un mundo que sabe más de sirtes y huracanes, que de brisas y de soles.

Además, tuve la desgraciada suerte de quedar muy pronto huérfano, echándome a correr por esos mundos de Dios, sin el apoyo de un padre o de una madre, solicitado por el hambre del pan y el hambre del espíritu, en un tira y afloja descoyuntador y en poder de elementos muy de izquierda. La Sociedad era cruelmente injusta y no podía existir Dios para protegerla. La palabra de San Pablo es muy clara y yo reivindicaba su valía: "El que no trabaje, que no coma." Además, antes que yo había dicho la Iglesia: ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adán sube a las alturas y el espíritu de los brutos bajó a la tierra? Y me dije: "nada hay mejor para el hombre que gozar de sus obras y ésta es la única felicidad que le espera".

Consecuencia de todo esto fué mi lema: "Ni Dios ni amo."

Heroico hubiera sido portarse bien todos los días de la vida sobre la tierra, sabiendo que después de ellos *nada* podía esperar. Pero... ese *nada* me parecía innatural y más terrible que el infierno.

Insatisfecho, abandoné mi credo, cierto sólo del polvo de la tumba.

Oscilé entre las dudas de tan crudo materialismo, sin que la vida proporcionara ningún placer a mi alma sedienta.

En estas circunstancias, después de un largo paréntesis que encierra el largo período de los días de mi media edad a lo lejanos de mi infancia, hallé a Cristo en las páginas de un Evangelio que compré a un vendedor ambulante, en una de las avenidas cosmopolitas de la ciudad egipcia de Alejandría. De las páginas de aquel libro, Cristo vino a despertar mi conciencia. Leía sin orden, pero con avidez. El Cristo de aquellas páginas se me revelaba más como hombre que como Dios. Separado—como yo lo concebía—del

Padre y del Espíritu Santo, Cristo no me infundía miedo; me infundía confianza; una confianza ilimitada; confianza tal que le hablaba de tú a tú.

Sin embargo, no llegué a trabar con El amistad perfecta. Quizá porque aun no había llegado a su plenitud el REENCUENTRO CON MI CONCIENCIA.

SILENCIO DEL UNIVERSO

PIERRE VAN DER MEER

Poeta holandés que, tras dura lucha con su conciencia, logra encontrarse con Dios en el abrumador silencio del universo.

VAN der Meer camina muy de prisa.

La mañana es displicente y amenaza tormenta.

Quedan atrás las casas que ya huelen a almuerzo. Son las ocho y media.

Una casucha solitaria. Van der Meer abre la puerta y se encuentra de manos a boca con un viejo bribón, un verdadero racimo de horca.

Apenas hay saludos. El viejo tiene prisa de contar su macabra historia al poeta desconocido. Y habla; habla sin interrupción.

No sabemos qué movió al viejo a contar su historia a un desconocido. Ni qué a nuestro poeta, a visitar a aquel viejo de cuenta. Lo cierto es que aquel encuentro desencadena en Van der Meer una violenta crisis espiritual.

Nacido en el Calvinismo y criado en incredulidad, ignoraba nuestro escritor de veintiséis años que el problema religioso, tarde o temprano, se impone a todos. Aquel encuentro se lo revelaba de un modo brutal.

La tarde de aquel aciago día, escribe: "Me siento prensado por una horrible pesadilla. Soy yo el que con el corazón lleno de amargura estaba sentado frente al viejo, escuchando su negra narración, ¿o es todo una burla de mi loca

fantasía? Pero, no; lo veo, lo veo todavía ante mí, junto a la ventana, iluminado su rostro brutal por la pálida luz de un día borrascoso. Su rostro seco, apergaminado, rugoso, parecía antifaz de la muerte. En sus órbitas profundas centelleaban sus ojos que se flechaban en los míos para arrancarme espanto con su macabra historia. Era horrible. La tempestad rugía en la chimenea como voz lastimera de condenado; la lluvia batia los cristales. Y yo estaba solo; solo frente a él. En despoblado. Y creia estar abandonado de todos; abalanzado sobre un abismo negro que escupía vapores nauseabundos. Hubiera querido huir; necesitaba respirar aire puro. Pero... una fuerza invisible me encadenaba. ... me asomé; me asomé entonces al abismo del corazón humano y sentí disgusto de mí y de todos los hombres. ¿Qué somos los hombres? ¿Seremos, acaso, inmundos animales? Qué horas pasadas escuchando aquella narración infernal. La angustia me estrangulaba. Hubiera querido huir, ¿pero dónde refugiarme? La vida que hasta entonces me había parecido tan bella, ahora me parecía repugnante; abominable... No podré ya mirar con serenidad los ojos de los hombres; qué sé yo qué abominaciones se esconden tras aquellos globos luminosos... Qué pecados, qué probables delitos tras un rostro placentero...

"Pero debo reflexionar fríamente.

"¿Por qué han de ser malos, repugnantes, los hechos de aquel hombre? ¿Contra quién ha pecado? *Pecado.* Palabra absurda. Yo no sé qué sea el bien ni qué sea el mal. No creo en nada. No puedo, por tanto, condenar a aquel hombre. ¿En nombre de quién y de qué lo podría hacer? Todo está permitido. Cada uno es libre en hacer lo que le plazca si tiene bríos para ello. Este hombre no se ha dejado dominar por opiniones o conveniencias mezquinas. ¿A quién ha de tener que dar cuenta de sus actos? A nadie. Porque nadie existe sobre él. No existen las leyes. No existe el bien, ni existe el mal. Todo es lícito.

"Pero... ¿por qué tiemblas, alma mía? Tiendes a la pureza, a la nobleza, a cosas grandes y bellas. ¡Bah!, cosas de herencia. Prejuicios atávicos que debes escupir porque no corresponden a ninguna realidad.

"Y, sin embargo..., siento aquí dentro una voz que del fondo de mi alma sube atornillante. No es eso verdad; hay algo fuera de ti; hay algo en ese universo cuyo silencio te aplasta; no sois animales, sois expatriados, sublimes desterrados que aún no habéis olvidado la patria...

"Mi alma está rota por la angustia. Puedo reírme de las cosas sagradas. Puedo mancharla con las babas de mis blasfemias. Y con todo... ansío la sencillez del niño.

"¡Oh!, qué horrible tormento el no saber qué creer. Qué irresistible angustia no saber dónde encontrar remedio para mi inteligencia y para mi corazón."

En este desolado abandono, Van der Meer se inmerge en sí mismo. Mira la vida con distintos ojos. Todo—lo de dentro y lo de fuera—le suscita problemas.

El porqué de la vida le atormenta. Trabaja, enseña, escribe... La tierra continúa su alocado girar por los espacios; los años prosiguen persiguiéndose; no desata el cielo bello—implacablemente bello—su abrazo azul a la tierra.

Y... ¿qué significa todo esto?

Recuerda que está escrito en la Biblia que no se debe pensar en el mañana; cada día tiene su quehacer. Pero estas palabras no rezan con él. Le atormenta el porvenir.

Pero... y a fin de cuentas, ¿por qué devanarse los sesos, cuando todo existe sin objeto, y el mundo es un efecto del ciego acaso? ¿Qué importa todo, si a todos nos ha de absorber la muerte en sus insaciables abismos?

Noche de Navidad. Van der Meer tiene un invitado a la cena. La vianda es más selecta que de ordinario. Hay pavo y un plum-pudding exquisitos. Los comensales hacen honor a la mesa y a Ana María, la mujer de Van der Meer, buena, serena, hacendosa.

Ha terminado la cena.

La conversación de sobremesa recae sobre el porqué de la vida y la inmortalidad del alma.

Ana María defiende la existencia del alma, y lo hace con todo el brío de su inquebrantable convicción. Pero uno de los presentes sostiene que eso del alma es una blanca leyenda de tiempos idos; una palabra vacía de significado; y una tras otra van desfilando teorías de un flúido cósmico, de fenómenos eléctricos, de resultante armoniosa de células somáticas...

Van der Meer permanece neutral. Ambas posiciones le parecen muy razonables. Por lo demás aquello no es más que palabrería. Y corta la discusión con estas desairadas palabras: "¿A qué discutir lo inaclarable? Somos tres hombrecillos, cada uno con distintas ilusiones, sentimientos y deseos, que jamás hallarán correspondencia en este estúpido mundo material. La ilusión ciega. La verdad es inasequible. No existe."

El poeta se anega en el escepticismo que le invade hasta lo más hondo de su ser.

En su vida todo es desvaído. Nada le interesa. Nada hace hervir su sangre o palpitar su corazón.

Espera. No sabe qué, pero presiente un suceso desconocido que podrá ser una catástrofe o una inmedible alegría; pero algo enorme; algo descomunal.

Ana María viene hacia él. Sonriente, serena, bella, con su vestido claro. Van der Meer la mira, sonríe y su alma se abre a la emoción. Y piensa qué seremos los hombres, que insatisfechos de las magnificencias del universo, vivimos estirados con todas nuestras fuerzas hacia un mundo desconocido, eternamente inasequible. ¿Buscaremos algo que hayamos perdido?

Una tarde de primavera.

Van der Meer y Ana María se han puesto a comer, sentado uno frente a otro. De pronto, nuestro hombre rompe el hilo de la charla y en voz alta, como hablando consigo mismo exclama: "Henos aquí, Ana María, como dos seres solitarios, perdidos en la inmensidad del universo. Mira esta nata; incomprensible, ¿verdad? Mira nuestras manos; están vivas. Y vivos nosotros. ¡Vida! No podemos penetrar el sentido de esta palabra. Yo veo a los hombres y me lleno de terror. Veo a muchos caminar a ciegas, con el alma atormentada, inquieta. A otros correr como locos, correr como perseguidos por una sombra en la noche. A otros desesperados sin un vislumbre de certeza. A otros que trepan hasta las cumbres de la ciencia y luego se arrodillan murmurando oraciones a no sé qué Dios. Muchas inteligencias se embotan, enloquecen por la angustia inexplicable de la soledad en el universo. Veo niños que nacen y hombres que mueren a cada momento sobre la tierra. Y en medio de este caos descomunal, ¿iremos tú y yo al encuentro uno del otro, conducidos por ese mismo caos? ¿Será posible?..."

Ana María mira a su marido con ojos llenos de ansiedad.

Nuestro hombre se levanta. Se dirige a la ventana abierta y con mirada desvaída hacia el infinito continúa su meditación: "El hombre es un ser absurdo. Siento en mi derredor tinieblas impenetrables, y me requemo por ver. ¿Por qué no me contento con lo que está delante de mí, con lo que es visible, palpable, real? ¿Por qué mi espíritu hambrea lo infinito, lo eterno? Yo no puedo imaginarme el fin, lo infinito como un insondable abismo en que una piedra cae

y cae sin llegar jamás al fondo. El esplendor de esta noche estrellada que tiende sobre nuestras cabezas su manto regio, me conturba. Cuántos hombres como yo habrán confiado sus dolores a esos astros que brillan en el inmenso azul... y jamás han escuchado palabras que mitiguen su dolor. Lo más espantoso y lo más ridículo es que probablemente no existen misterios y que nos torturamos inútilmente. Quizá el universo y el hombre no sean sino accidentes de la materia. Pero... lo terrible es que tenemos conciencia. Que pensamos... Después de miles de años, según una hipótesis razonable, llegará un día en que la tierra se hará inhabitable; perecerá. Y será como si la Humanidad jamás hubiera existido. Todo se precipitará en la nada; en el olvido absoluto. Las sinfonías de Beethoven, la Biblia, las guerras, los sublimes ideales de los santos, Napoleón, Dante, el amor, la desesperación, los imperios gloriosos, Cristo, todo, todo será absolutamente inútil en este drama gigantesco que duró tantos siglos... ¿No es esto, Ana María, una ironía terrible?"

Van der Meer, volvió los ojos.

Ana María estaba llorando. El llanto se desató en sollozos, y un grito desgarrador brotó de los dulces labios de Ana María: "No puedo soportar esto. Lo has echado todo a perder."

Van der Meer quedó petrificado. ¿Qué podía él hacer para consolar aquella criatura a quien amaba más que a su vida? ¿Qué palabras le podría decir para calmar el dolor de aquel corazón idolatrado? Se acerca a ella; se sienta muy a su vera, aprieta las manos entre las suyas largo rato y en silencio. Busca en la compañía de su dulce esposa refugio en la fría soledad del universo.

Ha pasado algún tiempo. Van der Meer hace un viaje a Londres. Vive unos días con un amigo. Y allí tiene la oportunidad de presenciar dos hechos que le dan mucho que pensar.

Es mediodía. Paseando por un mercado de los arrabales, los dos amigos oyen una voz: "Japanese loan! ¡Japanese loan!" El grito se repite y de todas las callejuelas, de todas las puertas, salen hombres vestidos de negro y sin sombrero, que se precipitan hacia donde se oye la voz de reclamo. Se trata de un charlatán japonés. El lucro es evidente; la ocasión es magnífica y aquellos ingleses, de ordinario tan reposados, tan reservados, se lanzan como fieras sobre la presa.

Algunos días después los dos amigos asisten a un espectáculo opuesto.

Dos misioneros protestantes han llegado de América para convertir a los londinenses. Pronuncian sus discursos en el Albert-Hall. No bajarán de 15.000 oyentes los que escuchan aquel día las palabras de los misioneros. Después de un discurso que no tenía nada de extraordinario, uno de los misioneros invitó a dar un paso al frente a cuantos decidieran entregarse a Dios. "Who will come to the Lord?", gritó con poderosa voz.

Unos minutos nada más de impresionante expectación; después todo el público prorrumpió en un grito fragoroso: "I will, I will, I will."

Algunos meses después.

Van der Meer está ante la catedral de Nuestra Señora, en París. Le fascina aquel insigne monumento cargado de arte y de historia, que durante tantos años ha sido *La casa de Dios*. Y le admira, sobre todo, el mundo del espíritu, que adivina se esconde tras aquellas maravillas artísticas. Qué grande impresión sentirá aquí un creyente, se dice.

Está conmovido; piensa en la potencia de la fe católica que infundió tanta vida en la materia inerte. Admira al Catolicismo y aunque muy lejos de él siente vivos deseos de conocerlo.

Entra una y mil veces en la catedral gótica. Mira y remira las vidrieras, las bóvedas, la columnas, los frisos y se para a contemplar largo rato aquella lamparita, en guardia ante el Sagrario, avisando a los fieles de la presencia de Cristo Sacramentado.

Más tarde volverá a Nuestra Señora y confesará paladinamente que le atrae con fuerza el Catolicismo.

Por uno de esos inexplicables—mejor, providenciales—imprevistos de la vida, un amigo católico invitó a Van der Meer a visitar la antigua abadía de West Malle, en Amberes.

Aceptó. Iba espantado de sí mismo. Si cinco años antes le hubiera dicho alguno que llegaría pronto el día en que visitaría un monasterio católico, no por pura curiosidad, sino por conocer un mundo desconocido, se hubiera reído a carcajadas.

Llegan a Amberes La Abadía reposa en los alrededores de la vieja plaza fuerte. Comienza a anochecer cuando llegan a ella.

Ya está ahí. Un hermanito abre el viejo portón. Conduce a los viajeros a la hospedería y luego a la iglesia. Silencio;

gran silencio. Todo calla aquí, hasta la atmósfera calla en muda contemplación.

Entran en la iglesia, envuelta en mística oscuridad.

Una lamparita difunde su luz rosácea sobre el rostro de un monje, que de rodillas, tras una verja de hierro, vestido de blanco hábito, eleva sus manos y ojos al cielo.

Van der Meer se emociona, se aturde; no sabe qué hacer. Ha sentido la fuerte impresión de que al atravesar el umbral del monasterio, dejando atrás el bullicio de la inquietud, entraba en la morada de la paz. La impresión sigue y se aumenta, cuando después de la cena asiste en la capilla al canto de Completas.

Estático, inmóvil, escucha. Todo es nuevo para él. Jamás hubiera sospechado que en nuestros días hubiera hombres que se entregaran de por vida a alabar y rezar a Dios.

Incomprensible. Si Dios no existe; si Dios no es más que una invención del deseo humano; si Dios no es más que una ficción sugerida por la desesperación, producida por la espantosa soledad del universo, es un absurdo, un crimen encerrarse entre cuatro paredes, renunciar a los placeres de la vida, para adorar a una cosa que no existe. Sin embargo, él palpa allí la paz, el orden, mientras su vida—como la de tantos hombres—es una alocada carrera hacia un caos desconocido.

Han terminado los Salmos.

El canto de la Salve, pausado, armonioso, ondulante, comienza a desplegar sus alas hacia las alturas. Aquello es sublime, grandioso. No hay pasión en la plegaria; no hay sensualidad en la música. Emociona, no remueve, no produce angustia, no causa inquietud, tranquiliza el alma, eleva el espíritu.

Van der Meer se siente arrebatado.

Es ya medianoche. Pero no duerme; piensa. Piensa en el mundo que duerme o se divierte o se encenaga en el pecado. Piensa en estos hombres de hábito blanco, que rezan, cantan, meditan. Qué contraste... Estará loco aquí o estarán estos locos...

Y sigue el silencio, el silencio de la noche incubando paz y quietud.

Y el poeta sigue meditando, tendiendo su mirada sobre el mundo lleno de miseria, de sufrimiento, de pecado, de muerte y de dolor mudo más fuerte, más amargo que la muerte. Y sobre esta inmensa tragedia humana ve alzarse los claustros como cirios ardiendo en las sombras, como

miles de brazos levantados en oración. Los claustros son las bocas de la Humanidad lanzando al cielo en besos encendidos cuanto de más puro, de más bello, de más sublime hay en el mundo. Son las montañas que aúpan los deseos, las ansias, los ideales de los profundos valles.

La Fe. Qué grande es la fe. Cómo siente que a sus rayos van huyendo las sombras de la duda, las congojas de su espíritu atormentado. Y un murmullo suave de voz sin sonido le dice quedita, quedita: "Sé puro en tus pensamientos; está preparado. Espera. El espíritu se te puede acercar en la desesperación más negra o en la máxima alegría. El sabe cuándo debe penetrar en tu corazón. Estate siempre alerta."

Viaje a Italia.

La admiración lo embriaga al ver pasar la cinta de las bellezas del país.

Pisa, Florencia, Siena, Venecia, Padua, Perugia, Asís, el sol, el cielo, el paisaje; todo le encanta. "Es una borrachera continua de belleza—confiesa—para el hombre del Norte."

Ana María también goza de aquel derroche de encantos, pero su pensamiento va más lejos. "Creo—dice—que nuestro viaje a este bendito país tiene su misterio. Creo que causará en nosotros un cambio profundo."

Pedrito, el niño de cinco años, tiene una terrible, ingenua, pregunta: "Papá, ¿por qué no nos ponemos nunca de rodillas? ¿Por qué no rezamos?"

Roma es la meta del viaje.

Es extraña la impresión que causa en nuestro viajero la Basílica de San Pedro. No le encanta como le encantan otros monumentos de menos grandiosidad; pero en el interior de aquel colosal templo, Van der Meer comprende que Roma es el corazón del universo.

El día 1 de noviembre, Roma le declarará otras muchas cosas. Es día de difuntos. Visita el cementerio "Verano". Multitud de gentes hormiguean entre las tumbas, rompiendo con murmullo de oraciones el silencio del lugar. Los vivos están hoy con sus muertos.

Van der Meer no puede contener la admiración. "Es maravilloso. Con qué absoluta certeza creen los cristianos en la existencia e inmortalidad del alma. Qué firmeza debe dar tal convicción. Saber que tengo un alma creada a imagen de Dios, un alma de valor inestimable, tan inestimable que el mismo Hijo de Dios para salvarla se hizo hombre, y se sometió a la muerte de Cruz."

La luz le envuelve. Pero... persiste la duda. Duda siempre. Y dudará hasta el último momento de su búsqueda atormentada. Su espiritu siente vértigo frente a un cielo estrellado. Si piensa en la Humanidad, la angustia prensa su corazón. Las tinieblas se espesan en su derredor ocultando la luz que le ofusca...

Por circunstancias económicas, pasó con toda su familia a París.

Se dió a leer las Confesiones de San Agustín. Quedó gratamente sorprendido al ver cómo el santo, antes de llegar a la tranquilidad de la fe, había recorrido el mismo proceso de angustias, dudas y pesimismos que él, hombre moderno, impregnado de racionalismo.

En París se siente completamente solo. Y busca un amigo que le sirva de apoyo, León Bloy, "el hombre solitario que no se doblega ante nadie fuera de Dios y de su Iglesia; el hombre íntegro que no cuida ni poco ni mucho de los juicios de los hombres; el cristiano valeroso que fustiga con las expresiones más violentas las injurias y ataques a su fe".

El gran convertido ejerce sobre él una fascinación irresistible.

León Bloy le recibe en su estudio de Montmartre, a la sombra de la Basílica del Sagrado Corazón.

Es un anciano extraordinario; sencillo y mayestático; nos recuerda a Rembrand. En sus ojos brilla la certeza y la paz.

Cuando Van der Meer le dice que no es católico, Bloy le dice serenamente: "Amigo, si usted no pertenece a la Iglesia, está usted en el error."

El escritor holandés no tiene fe, pero no es un náufrago resignado a perecer en la tormenta del escepticismo a vista de un cielo irremediablemente mudo. Busca la luz; y la busca con ansiedad. Y espera que el cielo se abra dejandole ver lo que espera con el ansia de un hambriento después de largo ayuno.

Asiste con frecuencia a la Santa Misa en la Capilla de las Benedictinas de la Calle Monsieur. Ignora el significado de la Misa, pero siente que cada vez que pone el pie en la iglesia da un paso hacia la paz.

Uno de los días y durante la Misa se le ocurrió este pensamiento: "Qué grande y penetrante debe de ser la emoción de un hombre que solo, caminando por la calle, buscando y no encontrando la paz, siente y comprende que es hijo del

Padre, conocido por El, amado de El, y que no es jamás un átomo perdido en la inmensidad del espacio."

Y la conciencia le gritó con voz de fuego, que el hombre que camina buscando la paz es él; que su existencia no es anónima; que tiene un nombre eterno, imperecedero; que Dios lo conoce; que Cristo le ama, que toda su vida y su ventura hacia Dios ha sido por El seguida con divina atención llena de inefable amor. Comprende ahora que había profunda correspondencia de sus pensamientos, de sus sentimientos con el infinito, con el misterio; que le ha sido confiado un tesoro de inestimable valor—que es su alma—del que es afortunado depositario. ¡Oh!, qué alegría, qué satisfacción sentirse llamado...

León Bloy está a su lado. Le pone en comunicación con un sacerdote que le guía en el aprendizaje del Catecismo de Trento. Le enseña a rezar el Pater noster y el Avemaría. "Con estas oraciones—le dice—llamaréis a las puertas de las iglesias y Cristo os abrirá."

Iglesia de San Medardo de París. En presencia de León Bloy y Santiago Maritáin, Pedro Van der Meer de Walcheren y su hijo Pedrito reciben el Bautismo, ingresando en la Iglesia Católica.

Es el 24 de febrero de 1911.



Colección «UNUM OVILE»

En UNUM OVILE figuran autobiografías, memorias, apuntes de convertidos y también biografías y estudios de conversiones interesantes, escritos por otros autores. Todas las obras de esta Colección son apasionantes documentos humanos, al par que gloriosas estrofas que cantan los triunfos de la Divina Gracia.

En esta Colección se recogen también los anhelos de unirse en el único aprisco, anhelos que tan vivos se sienten actualmente en amplios sectores.

1.—Raquel María: DIVINO ASEDIO (La conversión de una intelectual ruso-judía).

2.—Christoff: POR LAS RUTAS DE DAMASCO (Pantaleimón o el San Vicente del Este europeo).

3.—O'Brien: LOS PRODIGIOS DE LA GRACIA (Historias de convertidos anglo-norteamericanos).

4.—Capánaga, O. R. S. A.: LA EUCARISTIA EN LA HISTORIA DE LAS CONVERSIONES. Tercera edición.

5.—M. Raymond, O. C. S. O.: DIOS BAJA AL INFIERNO DEL CRIMEN (segunda edición).

6.—Gallego, O. P.: ALMAS DE ORIENTE.

7.—Rossi: HOMBRES QUE ENCONTRARON A CRISTO.

ACABÓSE DE IMPRIMIR EN MADRID, EN LOS
TALLERES GRÁFICOS HALAR, EL DÍA 24
DE SEPTIEMBRE DE 1954, FESTI-
VIDAD DE NTRA. SRA. DE
LA MERCED.